

DESDE LA NOCHE Y LA NIEBLA

MUJERES EN LAS CÁRCELES FRANQUISTAS



JUANA DOÑA

Desde la noche y la niebla

Mujeres en las cárceles franquistas

Juana Doña

1978

Maquetación actual: Demófilo

Abril - 2019



*Libros libres
para una cultura libre*

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2019

Ω

Juana Doña

Desde la noche y la niebla

Mujeres en las cárceles franquistas

Apunte biográfico *

Juana Doña Jiménez nació en Madrid el 17 de diciembre de 1918, falleciendo en Barcelona el 18 de octubre de 2003.

Desde su adolescencia se comprometió activamente en la lucha por la justicia, la igualdad y la democracia en su condición de sindicalista, feminista, política, escritora y dirigente comunista.

Se afilia a la Unión de Juventudes Comunistas de España en enero de 1933, con sólo 14 años. En septiembre de ese mismo año es detenida por primera vez mientras actúa de piquete en la huelga general de Madrid. Es nombrada primero secretaria femenina del Sector Sur y luego secretaria femenina del Comité Central de las Juventudes Comunistas, para más tarde pasar a formar parte de la Agrupación de Mujeres Antifascistas.

En 1936, se fue a vivir con Eugenio Mesón, conocido dirigente de la Juventud Socialista Unificada que sería su compañero hasta que fue fusilado en 1941.

Al comienzo de la Guerra Civil, Juana colabora en labores de retaguardia. En enero de 1937 nace Lina, su primera hija. Este nombre se lo puso en memoria de su amiga Lina Odena, militante comunista y miliciana, que se suicidó en 1936 para evitar caer en manos de los falangistas. La niña muere de meningitis a los 7 meses, cuando estaba en Valencia con su abuela. En febrero de 1938 nace Alexis, su segundo hijo, mientras Juana sigue compaginando sus



* Los datos biográficos han sido extraídos de Wikipedia:
https://es.wikipedia.org/wiki/Juana_Do%C3%B1a
Las fotografías se han bajado de la Red.

labores en el Comité Provincial de la Agrupación de Mujeres Antifascistas.

Al finalizar la guerra su marido Eugenio es detenido y encarcelado en San Miguel de los Reyes. Juana marcha a Alicante con su hijo y su hermana para intentar salir del país, siendo apresados y trasladados al campo de concentración de Los Almendros. En mayo de 1939 son trasladados a Madrid, viajando en un tren de mercancías junto a otras presas en un viaje de 7 días. Durante el trayecto presencian cómo varios niños fallecen en el interior del tren y sus madres han de dejar los cadáveres en el andén de Valencia.

Al llegar a Madrid entra en contacto con la organización clandestina del PCE, permanece escondida en varias casas de amigos y, en junio de 1939, acude con documentación falsificada a la cárcel de Yaserías a visitar a su marido. El 5 de diciembre de 1939 es detenida junto a su madre y hermana, acusadas de pertenecer a la reorganización del PCE y de estar implicadas en el asesinato del Comandante Gabaldón, homicidio que ocasionó una terrible represión y que acabó con los fusilamientos, entre otros, de las Trece Rosas.

Juana es llevada a Gobernación y torturada con corrientes eléctricas. El 24 de diciembre ingresa en la cárcel de Ventas, donde volvió a ser torturada. Su madre, Paca Jiménez, y su hermana, salen en libertad tras haber sido torturadas con corrientes en los oídos y en una bañera con agua.

En la cárcel, Juana se encarga de dar clases a mujeres analfabetas, así como de recibir clases de otras presas que habían sido maestras republicanas. El 28 de mayo de 1941 sale en libertad. Un mes más tarde, el 3 de julio, su marido es fusilado junto a otros compañeros en las tapias del cementerio del Este.

Juana se pone a trabajar sirviendo y vendiendo pan en el mercado de San Miguel. En 1944 vuelve a la lucha clandestina entrando a formar parte de la guerrilla urbana madrileña, dentro de la Agrupación Madrid. Realiza varios viajes a Valdemanco, donde unos compañeros presos que trabajan en un destacamento penal le consiguen sacos de dinamita que ella lleva a Madrid, viajando en coche de línea. En el año 1947 es detenida junto a su madre y llevada

a la Dirección General de Seguridad, donde es nuevamente torturada y obligada a presenciar la muerte de un compañero. En mayo de 1947, es juzgada y condenada a pena de muerte. El PCE inicia una campaña internacional para intentar salvar su vida y la de otros compañeros con igual condena. Eva Perón, de viaje en España, a petición de su hijo, intercede en favor de Juana y consigue que su pena sea conmutada por 30 años de prisión. Sus compañeros de juicio son fusilados el 28 de agosto en el cementerio de Carabanchel.

Juana ingresa en la cárcel de Ventas, pasando luego por las prisiones de Málaga, Segovia, Guadalajara y Alcalá de Henares durante los 20 años que pasa en prisión. Participa en huelgas de hambre en las cárceles de Málaga y Segovia.

En el año 1961 sale en libertad. Marcha a Francia donde entra en contacto con el PCE exterior, y comienza una nueva etapa vinculada al movimiento feminista. Años después, funda el Movimiento por la Liberación e Igualdad de la Mujer.

En 1973 acudirá al I Congreso del PCE (m-l) junto a su hijo Alexis, donde participarán desde la mesa presidencial del mismo, aunque sin quedar claro su pertenencia a dicho partido.

Durante la Transición fue candidata al Senado por el PCE. Posteriormente se integró en la Organización Revolucionaria de Trabajadores, y participó en el nacimiento del Partido Comunista de los Pueblos de España en 1984. Escribe varios libros entre los que se encuentran: *Mujer, Desde la noche y la niebla, Gente de abajo y Querido Eugenio*.

Continúa su actividad política como miembro de Comisiones Obreras, colaboradora de Mundo Obrero y miembro del Comité Central del PCE. En el año 1998 recibió el premio Comadre de Oro, otorgado por la Tertulia Feminista Les Comadres, en reconocimiento a su trayectoria feminista.

Fallece el 18 de diciembre de 2003 en Barcelona, a los 84 años de edad. Actualmente hay una placa conmemorativa y una calle en su honor en Madrid.



Prólogo a la primera edición

Tampoco estábamos muy lejos de una cárcel de mujeres —¿verdad, Juana Doña?—, cuando el año pasado me hablaste de este libro y me propusiste —¿por qué a mí?, ello se debe, sin duda, a una gentileza tuya—, que te escribiera una nota a modo de prólogo y yo te dije, claro está, que sí, porque sabía que tu experiencia había sido muy grande en el “universo concentracionario” del fascismo español y confiaba en que hubieras conseguido contarlo, y, en fin, porque el tema forma parte de mi vida.

¡Vivir para ver!, se dice en castellano, y también: ¡quedar para contarlo! Y yo pensé que Juana Doña no sólo había vivido, ¡y había sobrevivido, quedado!; sino que ahora trataba de contarlos su experiencia. Si aquello (vivir, sobrevivir) fue muy difícil —¡casi imposible!—, esto (escribirlo) no se presentaba como demasiado fácil: difícilísimo más bien. ¡Brava empresa, pues, me dije, la de Juana Doña!; y muy necesaria por cuanto se trata de un mundo muy poco conocido por la generalidad de los españoles de hoy: el mundo de las prisiones de mujeres en la España franquista.

No se trataba de un mundo totalmente desconocido para mí. Mujeres muy amigas —como Tere, Isabel, Fifi, ...—, ya nos habían hablado muchas veces, en círculos familiares, de ese siniestro mundo; y personajes tan grotescos como la “Veneno” formaban parte para mí de un censo de personajes conocidos. Por lo demás, de algún Centro concreto como la Maternal de Ventas tal como era en el año 1962 tenía el testimonio personal de mi compañera Eva que estuvo allí dentro unas semanas con nuestra hija recién nacida. Entonces conocí personalmente a la tristemente famosa María Topete, la directora de aquel

Centro. No olvidaré su gesto adusto y su inhumana frialdad. Yo le pedí que me autorizara para pasar al interior un ejemplar del Quijote. Ella se negó diciéndome que dentro había “una biblioteca” (de risa) e ilustrando de este modo su negativa: “Mire usted, no insista; en las chekas rojas era peor; allí no teníamos ningún libro”. ¿Qué tendríamos nosotros que ver con sus chekas rojas? Eva tenía ocho años cuando empezó la guerra, y su detención se produjo en 1962, durante una manifestación pacífica de mujeres en la Puerta del Sol, en la que se protestaba contra la falta de información referente a las grandes huelgas de Asturias: y es que, efectivamente, en los periódicos no aparecía ni una sola palabra que informara de aquel importante hecho social. Ni más ni menos; pero ello nos convertía — y a mucha honra, por cierto— en los herederos de aquella herencia “roja” e “infernál”. (Lo que Eva vio entonces en la Maternal está publicado en *L'Express* de París por aquellas fechas). Tere Morán particularmente nos había contado en familia —y nos había hecho vivir imaginariamente— mil cosas de aquel mundo, con el cual me he reencontrado ahora, muy vívidamente, en estas páginas de Juana Doña. El resto de la información que yo poseía anterior a este libro sobre el tema se limita a muy poca cosa. Recientemente en una revista se ha publicado y he leído un alucinante testimonio de Carmen Chicharro, recogido por Elíseo Bayo (y comentado, precisamente en esa revista, por Juana Doña). También acaba de aparecer y también he leído un libro de María Francisca Dapena *Señor Juez (soy presa de Franco...)*, con un epílogo del abogado Miguel Castells Arteche. Este libro se refiere al período 1962-64, y Castells encuentra en él una aproximación al problema de las presas sociales, que enlazaría, de hecho, con los actuales planteamientos de la C.O.P.E.L. Yo no creo que este libro dé para tanto; pero sí que contiene el testimonio de una sensibilidad herida y que pugna por contarlo: cosa muy difícil, como decíamos al principio. Sobre este tema de las presas sociales hay también el libro *En el infierno*, de Lidia Falcón, que la-

mento no conocer en el momento en que escribo esta nota. (Otros documentos que oblicuamente tocan el tema de la cárcel de mujeres, son los dos de Eva Forest: *Diario y cartas de la cárcel* y *Testimonio de lucha y resistencia*).

¿Y pare usted de contar?

Algo más habrá, seguramente.

Pero, sobre todo, hay ahora esta novela-testimonio de Juana Doña, en cuyo título resuenan las siniestras palabras —Nacht und Nebel— de una siniestra bandera: la del exterminio nazi de los judíos durante el III Reich. Genocidio y solución final, son el patético halo de esas palabras cuya aura no era sino romántica antes de aquella barbarie: la noche y la niebla. (Para mí el eco de tales palabras suena muy dentro: con el mismo título escribí un relato, subtulado “Delirium”, que es una de mis noches lúgubres).

¡Hablo de cosas mías hablando de las cosas de este libro! Ello dice con mucha elocuencia algo de mi identificación con él en la lectura, conmovida a veces, suspensa otras, interesada siempre, que he hecho de esta obra. Empezando, si queréis, por la vivencia de Madrid, de nuestro Madrid: nuestras acacias, Juana..., aquel pan y quesillo de que tú hablas y que hacía de algunos rincones de Madrid lugares casi aristocráticos: ¡“teníamos una acacia”!, y recuerdo que los chavales nos comíamos aquel pan y quesillo... (Bajo una de aquellas acacias, en la calle de Ríos Rosas, pasé largas horas tumbado en una hamaca de convaleciente, curándome de una pleuresía y de unos ganglios: niño enfermizo y un tanto melancólico. Aquella calle era entonces casi como un jardín. Después, durante la guerra, quedó como el patio de armas de un castillo medieval, fortificado a lo largo de la calle Bravo Murillo. Y recuerdo a Isabel Sanz, la hija de Doña Carolina, que era vecina nuestra y conoció en su carne y en su espíritu el mundo que ahora nos cuenta Juana Doña, y luego fue mi profesora, y, aún después, profesora de mis hijos, y siempre amiga muy querida (como Tere y Fifi, a quienes antes también nombré).

Empezando, decía, por Madrid: por Madrid como pórtico de esta sinfonía de horror y de dolor que es el libro de Juana Doña. El Madrid de la guerra; del hambre, de los bombardeos indiscriminados, terroristas. El Madrid heroico y martirizado. Y las patéticas últimas jornadas de la resistencia de Madrid; y la Junta de Casado, y la última resistencia desesperada de los comunistas, y la vida clandestina en el Madrid del terror blanco.

Tal es el pórtico de esta barraca de los horrores en la que Juana Doña nos invita a entrar.

Juana-Leonor..., Novela-documento...

La autora nos dice que todo en este libro es real; y, en efecto, todo él rezuma, respira verdad, huele a vida. Lo imaginario se reduce en él, seguramente, a la “composición” de los materiales vividos, ¡durante nada menos que dieciocho años!, y a algunos “retoques”: por ejemplo, “Leonor” pasa veinte años en las cárceles... Otro ejemplo: el compañero en la vida de Juana Doña no hizo ese patético viaje al puerto de Alicante. Conocido dirigente juvenil, quedó ya detenido por la Junta que había decidido la entrega de Madrid. Otros muchos hicieron ese terrible viaje que Juana cuenta, y él hizo el suyo propio también hacia la muerte.

Viaje sería la palabra justa para definir lo que este libro nos propone: un viaje al otro mundo, al mundo de la cárcel, que tiene algo de “irreal” casi de “inexistente”, para quienes no han pasado el umbral de una prisión. En ocasiones he hablado — pero jamás escribí sobre ello— de mundos adyacentes para indicar un curioso fenómeno del espacio-tiempo en cuanto existencialmente vivido. Es extraña, en efecto, esa como irrealidad de lo contiguo, que se da cuando esos mundos contiguos son, por ejemplo, el de la calle y el de la prisión. O bien, el de la salud y el de la enfermedad. O bien aún, el de la riqueza y el de la pobreza; así el mundo del hambre para quienes no tienen hambre. No hay distancia mayor, podríamos decir, que la que se da en esa contigüidad: apenas me separa una pequeña pelí-

cula (de espacio) de ese enfermo (lo pondré grave, ya que no agonizante, para mayor claridad en el ejemplo) y, sin embargo, me hallo separado de él en tales términos que ni siquiera son de distancia, aunque lo que yo diga es que estoy lejísimos de él: es, no sé, como si estuviéramos “locados” —¿alocados?— en otra dimensión; y ello es así también en ejemplos tan banales como éste: si yo siento calor, estoy en otro mundo que éste hombre que, a mi lado, se muere de frío (quizá porque está al otro lado de mi ventana. ¿A mi lado? ¿Al otro lado?). ¿Pues qué decir, en el campo de la lucha de clases, de la “distancia” que hay entre el opresor y el oprimido? ¿O entre el verdugo y la víctima? He aquí dos planos ontológicos distintos: aquel en que está el pelotón de ejecución y aquel otro en el que se encuentra, casi inmediatamente, la víctima. Así es, como digo, entre la calle y la prisión, por precaria que sea la libertad de que se goce en la calle.

Es por lo que tienen tanta importancia testimonios como éste que nos comunican con mundos tan difícilmente comunicables. Viaje alucinante se llamaba una narración fílmica fantástica en la que se relataba una expedición humana el aparato circulatorio de un enfermo. He aquí ahora, diría yo, un viaje alucinante al vientre invisible de un sistema ignominioso. El Jonás de esta ballena monstruosa es nuestro “camarada oscuro”. Engullido por el gran Ogro de este nuestro cuento real, este camarada oscuro de hoy es una mujer: es las mujeres; y vemos cómo se trata de sobrevivir entre las heces de un sistema inmundado, donde todo horror, toda miseria, toda carencia, todo mal olor, todo frío, toda asfixia, toda enfermedad, todo aire irrespirable, toda desnudez, toda humillación, toda tortura, todo desconsuelo, todo abandono, toda soledad, toda desesperación, y para qué seguir, tienen su asiento. ¡También todo valor! ¡También el heroísmo del camarada oscuro! ¡La energía y la vida incontenible de nuestras camaradas! De todo esto se trata —de nada menos— ahora.

En un momento, casi al principio de este viaje, se abre el por-

tón de un vagón grande de ganado y un guardia civil pregunta a nuestras camaradas qué hay allí dentro: “Niños muertos y mierda”, se le responde.

Sigamos, sigamos. Esto es muy fuerte.

Habla tú, Juana.

Alfonso Sastre.

31 de diciembre de 1977.

*A la memoria de mi madre. Para ti, que
fuiste la mujer más valerosa que conocí.*

Introducción

Este relato, es una novela-testimonio que terminó de escribirse en octubre de 1967. Diez largos años han pasado y muchas cosas han cambiado en nuestro país desde entonces. Han sido en estos diez años, mientras la novela se encontraba metida en un cajón, cuando los pueblos de España, a través de su lucha, han conquistado al menos el derecho y la libertad de decir quiénes somos.

En este proceso de recuperación de identidad de todo un pueblo, las mujeres deben de emerger con luz propia; es preciso que hablemos nosotras desterrando la falsa “modestia” de la moral burguesa.

Los testimonios de este relato, demuestran que las mujeres no han sido un “grano de arena” en la lucha de resistencia, sino, muy al contrario, que sin la participación abnegada de miles de mujeres en todos los frentes, desde la pasividad silenciosa traducida en el “descanso del guerrero” hasta la guerrilla, pasando por la participación activa de la lucha clandestina, hoy no se habría conquistado este derecho de presentarnos con nuestros nombres.

Hace diez años, cuando escribí este relato ya me urgía que se conociera todo el horror de veinte años en las cárceles franquistas de mujeres; tenía la vana pretensión de que alguna editorial hiciera una edición “pirata”, pero las editoriales no hacían “piraterías” tratándose de una “cosa” de mujeres, decían que no “estaba el horno para bollos” y... así era. Pero por aquella época ya circulaban por el país libros- testimonios, denuncias, relatos y toda clase de escritos contra la dictadura. Se contaban las epopeyas de las cárceles masculinas y las heroicidades de sus protagonistas, se rompía el cerco de la censura y en la más negra clandestinidad se divulgaban acciones y sufrimientos protagonizados por los luchadores-hombres. Rara

vez se hablaba o escribía sobre las heroicidades de las luchadoras-mujeres.

Se puede contar con los dedos de las manos, lo que fuera y dentro del país se ha impreso para denunciar y poner al desnudo las iniquidades que las mujeres han sufrido y sufren en las cárceles de nuestra geografía. A las mujeres se les ha dedicado unas líneas apenas, en ese río de volúmenes que se ha escrito sobre la guerra civil y la resistencia en nuestro país.

Sin embargo, por las prisiones han pasado miles y miles de mujeres; no ha habido una sola lucha antifascista donde las mujeres no hayan participado. Ellas han estado presentes desde las primeras organizaciones clandestinas, que empezaron a montarse en el mismo trágico verano de 1939, hasta en los riesgos de las montañas como guerrilleras; a lo largo de casi cuarenta años de lucha contra el franquismo, no han sido sólo colaboradoras, sino organizadoras de la resistencia, han sido una cantera inagotable que ha nutrido la diversidad de formas clandestinas a lo ancho y a lo largo de nuestro país.

En todas las “caídas” ha habido mujeres y han sido medidas con una vara más larga aún que los propios hombres, porque hay torturas y humillaciones que sólo pueden infligirse en el cuerpo de una mujer.

En los casi cuarenta años de dictadura y resistencia las mujeres han estado presentes, pero eso sí, nunca han sido “cabeza de expediente”, casi ninguna dirigente con rango nacional o internacional, sus heroicidades y entregas han sido de segunda fila y a pesar de poblar las cárceles y los penales, bastaba con menciones esporádicas.

Cuando en el 67 escribí este relato, aún mantenía muy vivo el recuerdo de mis años de prisión, el de las mujeres que vi sacar a fusilar, de aquellas otras que murieron a mi lado, de las que sobrevivimos a todas las penalidades y la amargura de pensar en las que aún quedaban en las cárceles sufriendo lo que yo ya había dejado atrás.

Por ello, no pretendía más que dar testimonios vivenciales de

mi pequeño entorno, pero me topaba con la clandestinidad, donde no podía poner nombres auténticos para relatar hechos reales como la “fuga de Ventas”, la ayuda que desde el interior de la prisión de “Ventas” se prestaba a las guerrillas allá por los años cuarenta y tantos o hechos contados por sus protagonistas, pero desconocidos por la policía. Entonces decidí hacerlo en forma de novela con nombres supuestos, pero quiero dejar constancia, que ni uno solo de los relatos que se cuentan aquí, son producto de la imaginación; quiero aclarar, así mismo, que no es una novela auténticamente autobiográfica; yo por entonces estaba incorporada a la lucha clandestina y tuve que desfigurar algunos hechos para no dar mi propia identidad, confiaba que de alguna manera, el relato podría editarse y guardé esas elementales precauciones. Se va a publicar como se escribió en el 67, pero quiero rendir homenaje con sus nombres propios, hoy que se puede decir quiénes somos, a algunas de las protagonistas de esta historia que me acompañaron en el largo peregrinar 18 años de presidio. Y otras que ya se fueron porque terminaron con sus vidas los pelotones de ejecución; y a las más débiles que no pudieron resistir sus pobres cuerpos el arrastrar de prisión en prisión y murieron de hambre, de avitaminosis, de enfermedades desconocidas tiradas en las infectas salas y pasillos de las cárceles de nuestros pueblos. Y a las que a fuerza de voluntad pudieron traspasar los portalones de las prisiones mortalmente enfermas para morir con el primer soplo de calle.

Estos nombres simbolizarán a miles de mujeres, aquellas valerosas mujeres de todos nuestros pueblos que también fueron héroes en el duro combate silencioso por sobrevivir a la más tenaz y negra represión que jamás hemos sufrido: Pilar de la Torre, Manuela del Arco, Antonia García, Soledad Real, Margarita Sánchez, Elvira Castillejos, Luisa Varona, María Salvó, Ana Aragón, María Rosa Romeral, Angelita Gutiérrez, María Blánquez, Mercedes Gómez, Carmen Orozco, Pilar Claudín, Carmen Fernández, Rosa Cremón, Piedad Arribas, M.^a del

Carmen Cuesta, Nieves Torres, Petra Cuevas, Carmen Machado, las hermanas Carrasco, Consuelo Alonso, Felisa Herranz... Las “trece menores”, Clara Vallejo, Matilde Rebaquer, María Luisa, Isabel Expósito, las tres hermanas Farrucas, Milagros Garrigo, la abuela Candelas, Julia Lázaro, Adela, Palmira, Pepita, Josefina López, las tres hermanas Cuesta, María Ordiz, la abuela Brígida y su hija Eugenia..., nombre anónimos, desconocidos, como los miles de sus hermanas que cayeron frente al pelotón de ejecución casi sin dejar huella, su rastro se perdió por el largo callar de cuatro decenios, sin embargo, dieron sus vidas, muchas de ellas en flor sin haber cumplido los veinte años, otras como las abuelas Candelas y Brígida con más de ochenta que tuvieron que arrastrar sus pobres pies para enfrentarse a la muerte.

Comunistas, socialistas, anarquistas, republicanas, mujeres del pueblo, todas sufrieron la desatada represión de ese vendaval, juntas, hacinadas y hambrientas lo perdieron todo menos su valerosa resistencia, para ellas va dedicado este pequeño testimonio, amasado en las penas y la solidaridad.

Por último quiero aclarar, que este relato es un testimonio de mujeres pero no feminista. De haberlo escrito hoy, hubiese profundizado más en las raíces de por qué la mujer en todos los tiempos y circunstancias lleva la peor parte, hubiese reflejado que hay toda una gama de atrocidades y de opresiones que se ejercen sobre la mujer, por el solo hecho de serlo.

Así pues, este testimonio no plantea la gran problemática de la mujer, como ser inferiorizado a través de los siglos, sólo testimonia el sufrimiento de miles de mujeres que fueron perseguidas, torturadas y ejecutadas por defender los derechos generales de nuestro pueblo oprimido, pero que no pusieron nunca en cuestión su propia opresión.

Refleja ni más ni menos, que su martirio a secas.

Febrero de 1978

Desde la noche y la niebla

Primera Parte

Últimos días: febrero 1939

Leonor, con gesto preocupado, se dirigía a su trabajo. La mañana era limpia y fría; las aceras tenían la pátina de la escarcha y el agua de los arroyos aparecía cristalizada, taponando con fina capa lo sucio de su barro. El día no había rasgado por completo y alguna estrella perezosa se veía en el cielo sereno. La muchacha apretó el paso; el viento helado cortaba la cara y se subió el cuello del abrigo; su pelo corto dejaba al descubierto las finas orejas. Con pasos ágiles trató de alcanzar cuanto antes la primera estación del metro. En sus oscuros ojos había seriedad e inquietud, el gesto de su boca apretada denotaba honda preocupación.

Al bajar las escaleras del metro percibió ese vaho agridulce de los subterráneos con calor humano. Los andenes estaban abarrotados, aquella noche el bombardeo de la ciudad había sido particularmente duro. Durante horas cayó la metralla de los obuses sobre Madrid, lanzados desde el cerro de Garabitas y la Casa de Campo. Los subterráneos servían de refugio a los madrileños y muchos de ellos convertían esos pasillos de cemento en su vivienda habitual. El olor graso y agrio de los cocimientos de lentejas y caldo de repollo se esparcía por los túneles invadiéndolo todo. El escaso aire era pastoso por la falta de ventilación.

Los niños jugaban en aquellos andenes sin ver casi la luz del día. Los pequeños muertos por los bombardeos se contaban por centenares. Cada día las losas del depósito de cadáveres recibían la carga de esas vidas incipientes, inocentes y tiernas, machacadas por la metralla. Eran sorprendidos en sus juegos infantiles o en las aulas de las escuelas. Muchas madres les habían apartado de los jardines, de las escuelas y de sus hogares encerrándoles en aquella especie de guarida que eran los andenes del metro, para conservar así sus pequeñas vidas.

En aquella primera hora de la mañana aún estaban acostados en colchones tirados en el suelo; sus caras menudas y plácidas asomaban por encima de las oscuras mantas. Se habían acostado a dormir en medio del tráfago de las gentes y el silbido de las locomotoras. Sabían que este ruido no les hacía daño y su sueño era profundo. A su lado mujeres y ancianos casi en su totalidad, estaban sentados tapándose con mantas al estilo indio.

Era un vivir primitivo, el puchero, el colchón y las crías alrededor de la madre. El instinto de conservación podía más que la comodidad del hogar; por otra parte nadie estaba seguro de que su hogar, no estuviese en la mira de aquel ojo sangriento y voraz, que espiaba a los madrileños tratando de tragárselos poco a poco. La continua amenaza de los bombardeos, el salir por las noches desnudos con el silbar de los obuses por encima de las cabezas, les obligaba a esta vida nómada.

Algunos pucheros humeaban ya, las mujeres inclinadas sobre ellos vigilaban su cuidado. El aspecto de estas ciudades minúsculas era pintoresco. A lo largo de las paredes grandes cartelones de pintura vibrante y vigorosa alertaban a la población; en uno de ellos se veía la oreja monumental de un “quinta columna” en actitud vigilante, en su pie se leía: “Cuidado el enemigo escucha”; otro eran unos jóvenes de brazos vigorosos levantando el fusil o con granadas de mano deteniendo a los tanques enemigos; mujeres en la industria de guerra, aviadores republicanos sonriendo y cientos de consignas de guerra de todos los partidos del Frente Popular.

Por contraste, debajo de estas estampas, viejecitas acurrucadas y madres amamantando a sus hijos; colchones con mantas de colores y hornillos encendidos con carbón vegetal, el pitido constante de los trenes y el ir y venir incesante de los viajeros, daba a todo ello el aire de una feria de pueblo. Este espectáculo era familiar a todos y pasaba desapercibido, eran los “refugiados” que por una u otra razón no se habían evacuado fuera de Madrid, pasando allí sus días y sus noches. Pero ese día, Leo-

nor se fijó más en aquellos niños dormidos y en las mujeres que preparaban algo caliente que darles. Una de ellas preguntó en voz alta:

—¿Ha terminado ya el bombardeo? Alguien contestó:

—¡Está bueno! Sí, mujer, hace más de una hora.

A Leonor le gustaban esos minutos que duraba el trayecto del viaje. En Madrid se pasaba frío, no había calefacción y los estómagos estaban vacíos; el calorcillo que allí había, aunque pegajoso, le hacía reaccionar y a ella le agradaba.

Al salir de la estación subió ligera las escaleras para ganar tiempo, cruzó la calle y penetró en un edificio antiguo, al que su fachada rectangular de piedras antañonas le daban un aire severo y frío. Allí estaba el Comité Provincial de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, donde Leonor prestaba sus servicios. La Agrupación durante toda la guerra se había distinguido por su gran actividad e integración en todas las tareas de retaguardia. Desde el primer momento preparó promociones aceleradas de enfermeras, conductoras de vehículos, guardadoras infantiles, talleres de confección para el frente..., etc., todas las tareas que por necesidades de la guerra tenían que cubrir las mujeres se preparaban en las Agrupaciones.

El edificio estaba dividido en oficinas, salas para clases y dos salones de conferencias. Se empezaba a trabajar muy temprano y, como amanecía tarde, todas las luces de los despachos estaban ya encendidas.

Leonor penetró en el suyo. Detrás de una mesa vieja y deslucida se hallaba enfrascada en su trabajo una mujer de más de cuarenta años, sobriamente vestida, de mirada inteligente. Al entrar Leonor, levantó la cabeza:

—Buenos días —saludó la muchacha.

—Buenos días —contestó la mujer— y añadió con gesto serio:

—Llegas tarde.

—Lo sé.

Callaron, Leonor colgó el abrigo en una percha y rápidamente se puso a trabajar. Miró su reloj: “Las siete y cuarto..., tengo

que darme prisa... Nunca he visto a Emilio tan preocupado. ¿Irán las cosas tan mal?...”. Cambió la hoja del calendario: 20 de febrero. “¡Cómo ninguno de los dos se había dado cuenta! Hoy cumplía su hijo el primer año. Llamaría a Emilio para decírselo...”.

Aquella mañana se había ido más temprano que ella, por lo que no salieron juntos como de costumbre. “Si pudiera regalarle unas botitas”. Leonor sacudió su cabeza como desechando los pensamientos que la estaban distrayendo de su tarea.

Toda la mañana trabajó duro y casi a la hora de la comida recibió una llamada de Emilio pidiéndole que fuese a comer con él. En el comedor colectivo había conseguido un vale y deseaba pasar esa hora de descanso a su lado. Comúnmente cada uno comía en el comedor de su trabajo. Ella lo hacía rápidamente. Amamantaba aún a su hijo y le daba el pecho tres veces al día, aprovechando la hora del mediodía. El alimento que daba Puericultura a los niños lactantes no era suficiente y cada día se temía un racionamiento mayor por lo que a pesar de tener el niño un año no le retiraba la teta. Llegó presurosa, tomó al niño en sus brazos y lo miró con el miedo y la aprensión de perderle en una vida cada vez más incierta en este Madrid asolado y cercado, bombardeado continuamente y hambriento. Temía perder esta casa, que aun en medio de los horrores de la guerra mantenía a todos juntos. Su madre y sus cuatro hermanos, dos chicas y dos chicos. Los tres pequeños muy niños aún. La que seguía a Leonor, tenía diecisiete años y trabajaba en una editorial de publicaciones juveniles de la JSU.

Los pequeños iban a la escuela cuando los bombardeos lo permitían y se pasaban parte de sus horas libres en las “colas” de las tiendas para coger algún alimento “extra”. Eran despabilados y habían adquirido la “picaresca” de todos los niños que, sin haber salido de la infancia, tienen que hacer tareas de adultos.

El niño la estaba vaciando los pechos, cada día era igual, llegaba con ellos reventando y a medida que el niño mamaba sen-

tía un alivio gozoso, esa especie de dolor de los pechos llenos disminuía poco a poco y todo lo que de ella se vaciaba iba a ese ser pequeño y goloso que llenaba su boca y sus manos de leche tibia. Relajada, miraba el espectáculo de su hijo, siempre le resultaba nuevo ver a su hijo con el pezón metido en la boca riéndole los ojos.

De pronto su madre con voz tímida le preguntó:

—Hija mía, por todas partes se habla esta mañana de que se termina la guerra, se dice en voz baja, con miedo, como si la fuésemos a perder, ¿será posible hija que la perdamos?, ¿es que ya no podemos resistir más?

Leonor cogió las manos de su madre y la miró a la cara, en sus ojos se reflejaba todo el horror de esa posibilidad. Era la primera vez que su madre en tres años le hacía esa pregunta. Nunca antes, ni aún con la caída de Barcelona, se había hecho esa pregunta. “¿Qué pasaba —pensó Leonor— para que gente tan sencilla como su madre y tan llena de fe en la victoria empezara a dudar?”. Su madre insistió: ¿No podemos resistir?

—Sí, madre, creo que podemos y debemos resistir. En resistir está nuestra única salvación.

—Los rumores son, de que hay generales que quieren terminar la guerra sea como sea —insistía su madre.

—Pero ese no es el criterio del Gobierno, ya has visto la proclama llamando a la resistencia. Si tenemos que terminar la guerra será con los “Tres Puntos” del Gobierno, nunca sin condiciones.

Leonor no sabía cómo tranquilizar a su madre, ella misma estaba tan preocupada que también por primera vez empezaba a tener miedo.

Enfrente de la actitud de resistencia del Gobierno y de algunas organizaciones del Frente Popular, sobre todo el Partido Comunista, había generales y dirigentes políticos que ya no creían en esta resistencia y presionaban por las cancillerías inglesas y francesas para llegar a un acuerdo con Franco y terminar la guerra. Después de la caída de Cataluña su terror era tan gran-

de que creían en las promesas del enemigo. El pueblo era ajeno a estos manejos y a lo que se tramaba a sus espaldas, no podía comprender una entrega sin condiciones y una pregunta flotaba en el ambiente: “¿Quién nos entrega?”.

La “quinta columna” trabajaba esos días febrilmente, pero ni aun ese trabajo soterrado y de zapa había logrado crear un ambiente de derrota. La frase lanzada por los derrotistas de que “termine la guerra sea como sea” era rechazada “como sea no”. Este era el sentir general en la capital; sin embargo, algo flotaba en el ambiente, algo que se cernía sobre la ciudad como buitres de negras alas, con presagio de dolor y muerte.

Tres años de guerra pesaban ya en el ánimo de las gentes. El hambre en Madrid estaba dejando en los puros huesos a sus habitantes, pero era este mismo sacrificio, el que impedía que fuese baldío; después de tantas calamidades y sufrimientos, de soportar impávidos tres años de metralla, de dar a sus mejores hijos, no podía resumirse en una entrega que anegaría a España en ríos de sangre de los vencidos.

Por eso la inmensa mayoría de la zona republicana estaba en contra de la entrega.

—¡Felicidades mamá! —Emilio la cogió de las manos y la dio un beso.

“Así pues, se había acordado”, pensó Leonor. Emilio sacó un paquetito del bolsillo y se lo dio, ella abrió el paquete y lanzó una exclamación:

—¡Una pastilla de jabón! ¡De jabón de olor! Esto es un tesoro, querido.

Los compañeros en el comedor empezaron a embromarles; eran una pareja muy popular. Él, dirigente juvenil, de la vieja Juventud Comunista, después de la JSU. Era querido por todos y tenía un gran prestigio entre la juventud madrileña. Muy joven, casi un niño, en la incipiente organización de la Juventud ingresó en sus filas siendo desde el primer momento un militante ejemplar. Allí se conocieron y unos meses antes del levantamiento fascista, unieron sus vidas. Se tenían un profundo

cariño y su mayor alegría era estar juntos.

Por eso, a pesar de que los garbanzos estaban duros, de la escasez de pan y de lo mísero de la comida se sentían felices de disfrutar esa hora de mutua compañía.

Un joven de ojos risueños y cara escuálida dijo a Leonor:

—Leo, Emilio te ha invitado hoy porque tenemos segundo plato, ¿verdad chicos?

—Sí, ya verás, croquetas de gallina, ¡vamos eso dice Fermina!
—contestó otro.

En ese momento Fermina, la cocinera, ponía una fuente humeante en la mesa. Todos callaron y ella como si fuese un rito, empezó a servir tres rollitos de aquellos a cada plato. Efectivamente eran croquetas..., pero ¿qué pasta era aquella?, no se sabía si era cebolla o cáscara de patata.

Los jóvenes reían, se habían acostumbrado ya a aquellas comidas, que nada tenían que ver con los buenos “cocidos madrileños”, con el tufillo de las patatas con carne, o las judías estofadas con la sabrosa pata de cerdo. Exquisiteces olvidadas por los paladares de la gente de la capital.

Ahora se hacían verdaderos milagros con cebolla, almortas, lentejas y hasta con ¡cáscaras de patata!

En los comedores colectivos, se hablaba y se reía más que se comía y, aquél era un comedor de jóvenes..., de jóvenes que en su mayoría no podían estar ya en el frente porque estaban mutilados o enfermos y ejercían tareas de retaguardia.

Terminó la comida y Emilio dijo a Leo:

—Vamos a echar la casa por la ventana, te invito a café.

—Y..., ¿dónde hay café? —preguntó Leonor extrañada.

—¿Te fías de mí?

—¡Cómo no!

Anduvieron cogidos de la mano, hasta llegar a un café que, precisamente no brillaba por su limpieza, y atendido por camareros ancianos, que arrastraban los pies de una a otra mesa.

Se sentaron en una, al lado había otra pareja como ellos, él soldado y con una mano vendada, ella le acariciaba los dedos

que le salían del vendaje. Al fondo un grupo de tanquistas de permiso con unas muchachas, con uniforme de enfermeras, entonaban canciones de guerra.

El camarero se acercó y preguntó a Emilio:

—¿Qué va a ser?

Emilio con voz tímida preguntó:

—¿Hay café?

El anciano con un guiño dijo:

—¿Café..., café?

—Sí...

—Ya sabe..., cuesta el doble que el corriente.

Leonor miraba a Emilio un poco asombrada, “¿cómo sabía que había café en ese cafetucho?”. El camarero pidió el importe al servir las tazas, éstas eran pequeñas como dedales y al ver el líquido que echaban en ellas Leo pensó que aquello tenía más bien color de bellotas que de “café-café” como le había llamado el camarero. En Madrid, ni pagando el doble, se tomaba café.

No quiso preguntarle nada. Temió estropear el momento. Miraron al reloj: las cuatro. Se habían tomado una hora, demasiado tiempo. En el rincón del cafetucho se besaron y cada uno corrió para emprender su trabajo.

Por la tarde aumentó el nerviosismo y la preocupación en todos.

Precisamente aquella tarde había una conferencia en la que intervenían tres mujeres de organizaciones distintas. Leonor fue a la conferencia y cuando llegó el local rebosaba; una vez acomodada, se puso a mirar a las mujeres que llenaban el gran local, las miró de una forma nueva, como aquella mañana a los niños de los andenes. Veía su gesto atento y diría que orgulloso por sentirse allí. Una salva de aplausos recibió a la primera oradora. Después un silencio que podía cortar el aire.

La voz timbrada y serena de la mujer que estaba en la tribuna llegó hasta la última concavidad del local. Leo se distrajo de esa voz para volver a contemplar las caras de las que escucha-

ban. “Hace tres años —pensó— no hubieran soñado siquiera con estar aquí. Las necesidades de la guerra ha incorporado a la inmensa mayoría de estas mujeres, a una vida activa. Este hecho las ha radicalizado, en estos tres años han aprendido mucho, despertando de su letargo para mirarse a sí mismas como a seres nuevos. Sus manos les han demostrado que eran útiles para algo más que lavar, zurcir o cocinar. Algunas ya eran obreras pero de la más baja categoría, nunca saltaban la valla del peonaje. Ahora eran especialistas en la industria de la guerra, enfermeras, dirigían talleres, guarderías..., etc.”. La voz de la oradora distrajo los pensamientos de Leonor..., “los que ametrallan a nuestros hijos en nuestros propios hogares; los que si no ponemos toda nuestra energía en combatirlos mañana serán nuestros verdugos, los que tratan de desmoralizar a la población para que nos entreguemos sin condiciones...”. Ya se habla de la entrega de una forma pública —pensó Leo— esto debe ir muy deprisa para que así se haga sonar el clarín de alarma. Volvió a escuchar “las mujeres tenemos mucho que perder, si nuestros enemigos vencen, seremos otra vez sometidas, todo lo que hemos adquirido con la República será barrido. Compañeras, hemos adquirido el sentido del derecho y de la responsabilidad. Un sentimiento de dignidad ha aflorado en todas nosotras porque hemos demostrado que tenemos igual capacidad creadora que nuestros compañeros los hombres...”. Aplausos y la primera oradora dejaba paso a la siguiente. Era muy joven y hablaba por la JSU. Su voz era madura para sus pocos años..., “todas estamos condenadas si nos entregamos sin condiciones, vosotras obreras de la industria de guerra; vosotras activistas sindicales y de partido; las que cuidáis niños mientras sus padres luchan; las que conducís un camión; aquellas otras que labran la tierra para que no falte el alimento a nuestros soldados, las que enseñáis a leer y escribir a nuestro pueblo analfabeto, a todas y a cada una nos encontrarán delito; porque delito es para el fascismo salir de la ignorancia y combatirle, todas compañeras, sufriremos persecución y muer-

te...”. ¡No a la entrega!, —gritó una voz en la multitud—. Aquella joven había hecho vibrar a las mujeres y aplausos atronadores la impedían hablar. Al terminar el acto hubo una ovación cerrada, contundente.

En el ánimo de todas había calado el peligro, no se cantó alegremente como otras veces y en todos los rostros se reflejaba la inquietud...

Durante tres años la palabra “entrega” había sido como un anatema que quemaba los labios y ahora se hablaba desde una tribuna, sin rebozo, como de un peligro inminente. ¿Qué iba a pasar? Muchas de esas mujeres habían dado ya a sus maridos e hijos; habían estado en los frentes, ahora resistían impávidas diez y doce horas de trabajo, estaban separadas de sus hijos menores evacuados en Levante y de sus mayores que luchaban en los frentes. Y esas mujeres que no se daban cuenta de su gran heroísmo, que lo hacían como función natural, sometidas a los mayores sacrificios se negaban a que fuesen estériles.

Cuando salieron a la calle era completamente de noche.

Madrid no tenía una sola luz; en las casas antes de encenderlas, se cerraban herméticamente puertas y ventanas para no dejar filtrar ni un solo rayo. Todo Madrid era una inmensa mancha negra; no se permitían linternas y en las noches cerradas, sin luna, la gente andaba a tientas. Se oía en la oscuridad el golpear de muchos bastones y garrotes. En las horas de la noche Madrid era como un gigantesco ciego que se valía de esos apoyos para prevenirse de los grandes hoyos que los obuses y bombas abrían en mitad de las calzadas.

Paquita Ortiz preguntó a Leo:

—¿Vas a tu casa o a la Agrupación? Leo miró el reloj: eran las nueve.

—Para casa —contestó.

Emprendieron el camino juntas; vivían en la misma zona y trabajaban juntas en la Agrupación. Paquita era viuda desde el primer año de guerra. Le mataron a él a los cuatro meses de haberse casado. Después de nacer su hijo, ella se incorporó a

una fábrica de la industria de guerra, alternaba las tareas de la dirección de su sindicato con las de la Agrupación.

Se cogieron del brazo para apoyarse mutuamente y empezaron a caminar. La noche era fría y quieta; a lo lejos se oía el ruido de la fusilería en los frentes de la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria. Habrían andado escasamente quinientos metros, cuando sintieron el retumbar seco, seguido del fulgor de un obús; inmediatamente el rugir aturdidor de las sirenas advirtiendo a la población para que se guareciese ante el peligro del bombardeo que se avecinaba.

El impulso de Paquita fue echar a correr, pero Leo la arrinconó contra la pared; el silbido de un segundo obús pasó por encima de sus cabezas, yendo a incrustarse en la pared de enfrente. De pronto la noche se iluminó, el fragor intenso hacía retumbar los goznes de las puertas, cayendo los cristales hechos añicos; la quietud del aire se rasgó por mil sitios; al silbar de los obuses y al retumbar de sus explosiones se unían los gritos de las gentes que salían de sus casas buscando refugio. No acababa una explosión cuando reventaba otra, estaban batiendo esa zona metro a metro.

En medio de su aturdimiento, Leonor se daba cuenta de que lo más seguro era no moverse de la pared; tratar de correr era suicida. Con los resplandores del bombardeo veía a la gente cómo corría para alcanzar los refugios. Leo vio caer un coche y a sus ocupantes volar por los aires, semejando a muñecos de trapo. El fragor del bombardeo era alucinante, hasta ellas llegaban trozos de piedras y arenillas, pero Leo se mantuvo quieta. De pronto se agachó llevándose las manos a la cabeza, le dio la sensación de que le estallaban los oídos; a unos metros de ellas, un mortero había abierto un gran hoyo, agachada instintivamente corrió para meterse en él, se volvió para llamar a Paquita, pero ésta ya no estaba. Cuando alcanzaba el boquete tropezó con algo que tocó; era un cuerpo caído y al lado un niño que lloraba. Al tocarle el niño loco de terror se agarró a su cuello, Leo le arrastró consigo al agujero; sintió algo viscoso

que se le pegaba a las manos, palpó la cara de la criatura y notó una herida de donde le manaba sangre, Leo no sabía qué hacer, no podía moverse; como pudo sacó un pañuelo del bolsillo y limpió al niño a tientas.

Un fulgor que hizo la noche día iluminó la calle; algunos edificios eran pasto de las llamas; a su alrededor todo aparecía nítido y los objetos se agrandaban como aumentados por una lente gigantesca, los árboles parecían sombras fantasmales y las ventanas de las fachadas semejaban aterrorizados ojos con sus negras pupilas dilatadas. El crepitar de la madera incendiada y el golpear de las puertas daba a todo aquello una visión terrible y siniestra.

A pocos pasos de donde estaba cayó sobre sus rodillas un muchachito de unos doce años, la sangre le cegaba los ojos. Allí mismo al borde de la gran abertura donde Leo se guarecía, pegajosa y sanguinolenta, la mandíbula inferior de una mujer colgaba de su maxilar. Leo cerró los ojos. No supo cuánto duró el bombardeo. Cesó de súbito, como había empezado. El grito de las sirenas anunciaba que ya se podía salir de los refugios. Ella salió del agujero con el niño que estaba medio inconsciente, en brazos. Se introdujo en el primer portal que encontró, necesitaba que se le atendiese y no conocía si había por allí algún puesto de socorro. Grupos de gente iban ya por la calle recogiendo a los heridos e introduciéndoles en ambulancias y coches. Alguien llamó:

—¡Por favor, ayúdeme!

Leo corrió hacia donde partía la voz.

—Ayúdeme a levantar a esta mujer.

Cogieron el cuerpo por las axilas y lanzó una exclamación de estupor. Al brazo le habían cercenado la mano por la muñeca y ésta quedaba en el suelo tan limpiamente cortada como si fuese un guante. En la misma ambulancia donde introdujeron a la mujer, un viejo con la pierna izquierda casi desgajada trataba de taponar con sus manos el torrente de sangre que le salía.

Las ambulancias se llenaban rápidamente. Leo buscaba a Pa-

quita y sintió un grito desgarrador a su lado, era una madre que levantaba a su hijo ensangrentado, la sangre se heló en las venas de Leonor, la carita de su hijo le hirió de pronto como un impacto, desesperadamente echó a correr.

Corría alocadamente, sorteando los bultos, tragándose la oscuridad de la calle y, repitiéndose febrilmente: “¿y mi hijo?... ¿qué habrá sido de mi hijo...?, ¿y los míos que será de ellos...?”.

Abrazó a su madre preguntando una y otra vez, “¿estáis todos bien?, ¿y los niños?”. Su madre la acariciaba tratando de tranquilizarla: “Emilio envió recado que llegaría tarde; Paquita ya está en su casa... Vamos, vamos hija mía tranquilízate, todos estamos bien, hoy no ha tocado a esta zona”.

No pudo cenar; un violento dolor de estómago la atenazaba; tenía la sensación de que una mano feroz la estuviese removiendo las entrañas. Ni siquiera intentó amamantar al niño; dormía y le besó muy quedo para no despertarle. Se acordó de la madre que levantaba al suyo sin vida.

Se acostó sola; la cama le parecía tremendamente grande y vacía sin Emilio. Permaneció mucho tiempo con los ojos abiertos en la oscuridad. Pensaba en el año que él estuvo en el frente, hasta que una bala le atravesó el pulmón derecho; en lo enfermo que estaba entonces y cómo cada noche de esos doce meses sintió el mismo frío y vacío y la misma soledad.

La guerra no se le había comido totalmente. A otros les comía las piernas, los brazos o los ojos, a él un pulmón; pero..., le tenía, no había perdido su compañía cálida, la seguridad de su presencia, se preguntaba ¿por cuánto tiempo? El bombardeo de hoy había sido feroz, el de anoche igualmente, ¿querían aterrozar a la población para que les fuese más fácil la entrega?

Encendió la luz: las dos de la madrugada. Sentía náuseas, estaba desasosegada por la tardanza de Emilio y, las escenas del bombardeo las mantenía vivas en la retina. Cogió un libro y no pudo leer.

De pronto, se reprochó su egoísmo; pensó en los millares de mujeres que en estos tres años pasaban sus noches frías y solas, con el temor en sus corazones, esperando la fatal noticia. Los millares de enamoradas que cada noche llorarían en sus camas vacías para siempre por la noticia de “muerto en combate”; de aquellas otras que esperarían el regreso en vano y que ya dieron su último beso. De tantas mujeres que, en su sencillez y grandeza, cambiaban sus vestidos claros por ropas de luto y duelo, sin estridencias ni quejas.

Su cuerpo, joven y sano, se rebelaba ante la viudez prematura, recordando a sus jóvenes amigas solas, porque ellos, sus compañeros en el camino de la vida, ya la habían entregado.

Durante los tres años que duraba ya esta guerra, nunca se había hecho estas reflexiones, las calamidades y sufrimientos no afloraban en el luchar diario; “¿qué le pasaba hoy?, ¿por qué este temor, por qué esta angustia, este miedo repentino?”.

Había visto otros bombardeos; la pérdida de Cataluña creó horas de incertidumbre pero jamás se adueñó de ella la idea de algo irremediable. Se encogió en la cama para entrar en calor: “no diría nada a Emilio de sus temores”. Por primera vez era pesimista y le daba vergüenza demostrarlo.

La despertó el beso de él, de forma ansiosa le enlazó el cuello con sus brazos.

—¡Emilio!

—¿Qué te pasa? —le preguntó él.

—Nada, es muy tarde, ¿verdad?

—Las tres y media.

Se acurrucó junto a él; su cuerpo familiar le devolvió la tranquilidad.

Cuando Leonor salió de su habitación, ya se había levantado su madre y se extendía por la casa el olor a malta hervida que servía de desayuno para todos.

Había dormido escasamente tres horas y se encontraba cansada; así pues, a pesar del frío, se dio una ducha de agua helada que la reanimó.

—¡Buenos días, hija! —su madre tenía un gesto risueño que la extrañó.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Leo.

—Os tengo una sorpresa, tostadas de pan con margarina.

—¡Mamá!..., eres formidable, ¿de dónde has sacado la margarina?

Su madre estaba radiante; no quiso decir su secreto, pero era algo hermoso poder preparar una bandeja con tostadas impregnadas en “mantequilla”.

Eran las siete de la mañana. Los árboles del paseo estaban azotados por un viento frío y cortante que se divisaba a través de los cristales empañados; a los tres mayores que se disponían a salir ya, su madre les recomendaba que se tapasen bien con las bufandas. El día comenzaba muy temprano por ser muy corto: a las cinco de la tarde las gentes se metían en sus casas o refugios y la ciudad quedaba a oscuras sólo alumbrada por los fulgores de los obuses cuando había bombardeo.

Emilio y Leonor se fueron los primeros; Laura comenzaba el trabajo en la editorial a las ocho y media de la mañana.

Era un día frío y ventoso que helaba las palabras; cogidos del brazo muy juntos para darse calor y, con las bufandas tapándoles la boca, Emilio y Leo caminaban presurosos; ella dejaba el metro dos estaciones antes que él y cada mañana, le hacía la misma recomendación: “baja al sótano, si hay bombardeo”.

Se compró pipas de girasol. Había cesado el viento de la mañana y lucía un sol casi primaveral que matizaba lo pelado de los árboles con tonos dorados y marrones. Leo caminaba perezosamente, degustando las pipas y absorbiendo por todos los poros de su piel el olor a sol que invadía a lo ancho y a lo largo la calle de Velázquez. Todo era plácido a su alrededor: ni un solo ruido de fusil, ni el retumbar de los cañones en la ciudad universitaria; el cielo estaba límpido, sin nubes ni alas de aviones que lo oscureciese. Grupos de muchachas, casi todas con zapatos planos y gruesos abrigos caminaban alegres y sonrien-

tes; mamás que paseaban a los bebés en los cochecitos como si el sol fuese una coraza que los envolviese alejando de ellos el peligro. Todo era hermoso y sereno. En esa hora y en esa calle, Madrid había perdido su fisonomía de ciudad en guerra. También Leonor bajo la influencia de esa clara mañana, había perdido sus temores por unos momentos. Se alegraba enormemente de haber sido ella la elegida para hacer esta gestión, de no haber sido así estaría metida en el caserón frío y sombrío donde trabajaba. Pensaba que la calle de Velázquez mantenía aún el sello señorial de la zona aristocrática de Madrid. Ya no vivían allí los grandes señores a quienes les esperaban los chóferes uniformados abriendo las portezuelas de sus lujosos coches y, saludando con la mano en la visera; ni se veían en los portales anchos y elegantes de mármol de Carrara a los orondos porteros de librea llenos de entorchados semejantes a generales. Tampoco deambulaban por su ancho paseo, festoneado de árboles, las criadas de las “casas grandes” con los blancos delantales almidonados y las cofias de puntillas. Había desaparecido el signo inconfundible de las clases, ya no era la zona “aristocrática”; los grandes palacios se habían convertido en escuelas, hospitales, casas juveniles; su paseo estaba invadido por soldados, trabajadores, gentes sencillas y sin embargo, parecía flotar su sello en las heráldicas, en las grandes mansiones de miradores acristalados, las vetustas rejas que encerraban jardines enarenados, todo aquello que había ejercido un poder mítico sobre los desheredados, estaba allí, quieto, como esperando.

Leonor desembocó en la calle de Alcalá y tomó un tranvía que la llevó a la puerta de Atocha. Soldados de larga barba y macutos al hombro llegaban a la estación del Mediodía, convalecientes con piernas y brazos vendados, muchos de ellos con muletas, entraban y salían del Hospital General; vendedores con pequeños puestecillos de caramelos, paloluz, jalea, etc., voceaban sus mercancías bordeando las

aceras; grupos de gente cambiando pan por tabaco, huevos por

harina, aceite por café, bares atestados de combatientes con permiso. Era ésta una plaza ruidosa y trajinera. Tenía ese aspecto abigarrado que toman las ciudades en guerra. En ella se mezclaba lo trágico con lo frívolo, lo hondamente humano con la truhanería. El mercado negro tenía en esta plaza uno de sus puntos de concentración. No estaba en la superficie; sólo los iniciados sabían quiénes eran y cómo encontrar aquellos “señores de la guerra”, que, como buitres, cogían la carnaza de Levante para soltarla en Madrid con cuentagotas y cada gota se les convertía en oro. Eran los desaprensivos y enchufados de todas las circunstancias a los que la guerra les estaba sirviendo para llevarse la parte del león, los eternos “pancistas” que se aprovechaban de todos los colores y etiquetas.

Leo iba a la agrupación de mujeres de aquella zona para ultimar los preparativos de un festival que estaban organizando para los antitanquistas. No era la primera vez que se rendía tributo a este arma del ejército. Cuando el 7 de noviembre del 36 irrumpieron los tanques en los frentes de Madrid, un movimiento de estupor hizo retroceder a las primeras líneas, los tanques-oruga avanzando machacando todo lo que encontraban a su paso; no se conocía cómo detenerlos pero surgió el heroísmo y de aquellos jóvenes combatientes salieron los antitanquistas. Uno de ellos dio el primer ejemplo saltando las líneas y oponiéndose solamente con un par de granadas de mano a aquel monstruo de acero que despedía fuego por sus bocas. Así se pararon los tanques a las puertas de Madrid. En el campo de batalla aprendieron la técnica que les faltaba y allí detuvieron a los tanques que habían considerado serían el terror de los madrileños. Desde entonces los antitanquistas se convirtieron en algo muy querido para la capital.

Ahora se trataba de hacer un festival en su honor por una nueva victoria conseguida.

Leonor tuvo que esperar a que llegase la secretaria general de la Agrupación. Era una mujer de unos cincuenta años, vieja luchadora del Partido Socialista, enraizada en la política de

Largo Caballero y tenía a orgullo ser del ala izquierda de su partido. Leonor mantenía muy buenas relaciones con ella, por lo que después de concretar la gestión que allí la llevó preguntó sin titubeos.

—¿Qué piensas de los rumores que circulan por Madrid sobre la entrega?

La mujer la miró fijamente, se quitó las gafas y de forma meticulosa empezó a limpiar sus cristales. Parecía que quería ganar tiempo, la pregunta le había sorprendido. Como masticando las palabras contestó:

—No quiero ni oír hablar de ello.

—¿Piensan muchos de tu partido como tú?

—No sé, yo así lo pienso.

Leonor estaba terminando de arreglar las cuartillas que llevaba como guión para la conferencia de aquella tarde. Hablaba con cinco oradores más. Emilio la miraba arreglar las cuartillas.

—Prométeme que no irás a la conferencia, seguro que si te veo me pondré nerviosa —le dijo Leonor.

—No te preocupes, no iré —contestó él sonriente.

Leonor no se acostumbraba, cuando participaba en algún acto, a ver a Emilio sentado entre el público mirándola entre risueño y preocupado, por eso siempre le hacía el mismo ruego.

La conferencia fue un éxito. Hubo que poner altavoces en el vestíbulo, el público invadía hasta los pasillos. Cuando el acto terminó la pararon unos amigos para felicitarla, sintió que alguien la cogía de la mano. Sin volverse supo quién era.

—¡Magnífico! —le dijo Emilio.

Ella le miró sin contestar, esta vez no le importó que hubiese ido.

La entrega

Le despertó el timbre de la puerta. Alguien tenía el dedo puesto en él apretando insistentemente. Con apresuramiento encen-

dió la luz y vio que clareaba el día y que Emilio no había regresado aún. Cuando salió de la habitación ya estaba su madre poniéndose la bata y con cara de susto preguntó:

—¿Quién es, hija mía?

—No sé —y en voz alta preguntó—: ¿Quién llama?

—Soy yo, Leo.

Reconoció la voz de Ramón, su tono era conciso y apremiante.

—Vamos Leo, vístete de prisa.

—Pero..., ¿qué pasa?, ¿y Emilio?

—Está bien por el momento, vengo a buscarte porque la situación es grave. Esta noche se ha producido un golpe contra la política de resistencia del gobierno; encabezado por Casado y apoyado por socialistas con Besteiro a la cabeza y los anarquistas de Mera.

—¿Qué pretenden?

—Pretenden entregar la zona republicana sin ninguna garantía, creen que todo está perdido y piensan que si nos entregamos sin oponer más resistencia el enemigo será “benévolo” con nosotros.

Ramón la apremió y Leo se vistió rápidamente. Laura que se había levantado preguntó:

—¿Puedo ir con Leo?

—Ven —contestó Ramón lacónico—, y levantando en vilo y en fuerte abrazo a Cristina le dijo: “ánimo mamá todo se arreglará”.

—Esto tiene mal arreglo —musitó ella muy quedo. Salieron los tres, aún no se veía bien, eran las 6 de la mañana del 6 de marzo. En la puerta les esperaba un coche con otro compañero al volante, Ramón le dijo:

—Trata de evitar los controles.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Leonor.

—El golpe lo han dado a las doce de la noche, han hablado por radio Besteiro, Mera y Casado anunciando una “junta o consejo” o no sé qué puñetas pero quitando toda autoridad al gobierno.

—¡Vaya!, otro levantamiento contra la república —exclamó Leo.

—Han cambiado las consignas de los controles y ya hay numerosos detenidos —prosiguió Ramón.

—¿Detenidos?, pero ¿quién y a quiénes detienen? —preguntó Leo con asombro.

—¿Quién detiene?, la Junta; y ¿a quiénes detienen?, a los que se oponen a ella —contestó sombríamente el otro compañero.

Leo estaba asombrada a pesar de los rumores de los últimos días, a pesar de su miedo no le había calado como una realidad posible. Estaba convencida, como muchos españoles de la zona republicana, que se podía resistir y en su ingenuidad había creído que los rumores no eran más que eso: rumores. Ahora un nudo la atenazaba la garganta, porque los temores se habían convertido en realidad.

Llegaron a un hotelito de las afueras de Madrid, en la zona de la Ciudad Lineal, y se encontraron con más de una veintena de camaradas, entre ellos Emilio. Éste llegó hasta ella y cogiéndola de las manos le dijo:

—Bien querida, lo temido ha llegado.

—¿Qué haremos ahora?

—Tratar de salvar todo lo que se pueda.

—¿Pero..., cómo?

—Brigadas enteras están con nosotros, lucharemos.

—¿Luchar contra los “entreguistas” y contra Franco?, ¿podremos hacerlo?

Ya era tarde, las ocho de la mañana, todos comenzaron a salir para incorporarse a los grupos de resistencia, había muchas cosas que salvar, mucho por hacer. Emilio le dijo:

—Cuidado y suerte, guárdate de todo.

—Igualmente, querido.

Laura y Leo salieron juntas. “Guárdate de todo”, en Madrid, en ese Madrid tan nuestro había que guardarse de todo, de una cara amiga, porque ya no se sabía con quién estaba, Leo y Laura se dirigieron a la Agrupación de Mujeres: dieron un rodeo

por las calles estrechas evitando las grandes avenidas, se notaba ya algo extraño, había menos circulación, los brazaletes de los controles no eran los habituales y en algunas terrazas que hacían chaflán a las avenidas se veían ametralladoras. No obstante, Madrid aún no se había dado cuenta, cuando tomara conciencia de la gran tragedia ya no tendría remedio.

Eran las tres de la tarde cuando las dos hermanas fueron a ver a su madre. A Leo se le reventaban los pechos, hacía casi veinte horas que no daba de mamar a su hijo. Cuando llegaron su madre estaba agotada por la impaciencia, había presenciado un tiroteo en el intento de un asalto a un local del Partido Comunista; les contó cómo su hermano Andrés el pequeño había salvado a unos camaradas: “han venido a buscar a Juárez, no estaba, y la policía se ha quedado esperándole en su casa, entonces Andrés se ha puesto a jugar con un aro en la puerta y a todos los amigos de Juárez que él conoce y que iban a subir les avisaba que estaba la policía, ha avisado a cinco y ha venido la mar de contento porque uno le ha dicho: ¡bravo, chaval!”. “Joaquín se ha ido a esconder unas cosas que yo he recogido de casa”. Leo sonriendo miró a su madre y dijo:

—Ahora soy yo la que te digo: ¡bravo, mamá!

Tres días hacía que los “casadistas” habían dado su “golpe de mano”. Que Franco sabía que se le estaban abriendo las puertas de Madrid; que sus calles eran escenario de la resistencia de aquellos que no querían entregarse maniatados; que todo lo que quedaba de la zona republicana tenía los ojos fijos en la capital pulsando su forcejeo.

Mera con su 70 Brigada había ocupado los locales del Partido Comunista y detenido a muchos militantes; la policía al servicio de Girauta hacía registros domiciliarios, de hecho ningún comunista podía estar ya en su casa. Sin embargo, Madrid no era todavía de la “Junta”. El comandante Guillermo Ascanio, leal al Gobierno, había entrado en Madrid desde el Pardo con la 8.^a División; los tanquistas y guerrilleros de la base de Alcalá seguían fieles a la República; el Partido Comunista y la Ju-

ventud Socialista Unificada lanzaron manifiestos a la población para que no se dejara entregar inerme a la feroz represión que les esperaba.

Aquel día 8, después de los cruentos encuentros del día anterior, Leo se encontró con Emilio y éste le dijo que la situación les era favorable: Ascanio y el coronel Barceló dominaban la mayor parte de la capital.

Leo estaba sucia y hambrienta, y con tanto estupor en su corazón que oía a Emilio como algo ajeno a ella. Aquel mismo día vio un camión lleno de presos; hacía unas horas que había tenido que correr, para no ser detenida ella misma. El estupor y la confusión había hecho presa en toda la población que hasta entonces y a pesar del hambre, las privaciones, y los reveses de la guerra, no se había desmoralizado. Muchas zonas de Madrid se habían convertido en verdaderos frentes de batalla: Manuel Becerra, el Paseo de María Cristina, Usera..., fueron testigos de la resistencia. Los centros de las organizaciones comunistas y aquellas que se oponían a la “Junta”, lanzadas ya, prácticamente a la ilegalidad, semejaban fortines asediados; las patrullas de la “Junta” patrullaban por las calles pidiendo la documentación. La “quinta columna” ayudaba a la confusión y al derrotismo. Leo pensaba que éste era el preludio, la antesala del terror que le esperaba a Madrid.

El día 10, después de cinco trágicos días, terminó la resistencia. Los “casadistas” se hicieron dueños de Madrid. El teniente coronel Barceló y el comisario político Conesa, fueron fusilados en la Moncloa.

Las cárceles se llenaron de presos; muchos de ellos fueron entregados en “bandeja” a la entrada de las fuerzas franquistas. Todo era un caos.

Se resistió, se combatió y se perdió; el “hay que salvarse” entró en las conciencias de las gentes de este Madrid heroico, como objetivo inmediato. Los partidos fueron desbordados. Las gentes huían hacia Levante como podían: en coches, en camiones, carros y hasta en mulos.

El éxodo de los vencidos llenaba las carreteras, la ciudad se vaciaba como un gran globo pinchado. Sin embargo, para algunos era tan absurda la idea de perder la guerra que no se daban por vencidos y gritaban por las carreteras: ¡ánimo, aún nos queda Levante!

Alrededor de ellos estaban su madre y hermanos. Sabían que era la última hora que estarían juntos. Ninguno hablaba, pero su madre en una maleta, les iba metiendo aquello que consideraba útil. Tenía los ojos secos, un rictus amargo cerraba su boca. Emilio la miró pensativo:

—Madre, es posible que tardes muchos meses en saber de nosotros, no pierdas la esperanza. Espera con paciencia. —Sí, hijos, esperaré, ¿qué otra cosa puedo hacer?

No se decidían a marchar, hasta que la madre, en un esfuerzo sobrehumano, les puso las maletas en las manos y les empujó. Con Emilio y Leonor iban Laura y el niño. Se volvieron a mirarla, allí estaba, en el umbral de la puerta con los ojos brillantes, los labios apretados.

El éxodo

Valencia reventaba, la capital levantina era estrecha para albergar la riada que llegaba por la carretera procedente de Madrid. Camiones y coches que tenían que ir al paso de la multitud, desembocaban en la ciudad de noche y de día, incesantemente, sin parar, arracimados y compactos. A lo largo de la carretera las gentes extenuadas se quedaban en las cunetas para descansar. El aire estaba impregnado de olor a azahar y a tierra fértil. Las naranjas al alcance de la mano les servían de alimento.

En Valencia las casas estaban abarrotadas, no había hoteles ni pensiones, todo desbordaba. Valencia era el último baluarte, el punto de concentración. Su puerto y el camino abierto a los puertos de Alicante y Cartagena, eran las tablas de salvación

de los vencidos. Allí estaba el mar y todos tenían esperanzas de poder embarcar. Ahora cuando todo estaba perdido, lo importante era salvarse, no dejarse atrapar.

Las calles valencianas tenían un colorido abigarrado: soldados con fusiles al brazo de todas las armas, de todos los cuerpos, caminaban de un lado para otro, buscando, indagando la forma de salir. Hombres y mujeres de todas las edades llenaban las calles; la Plaza de Emilio Castelar estaba invadida por una muchedumbre que no encontraba refugio a techo cubierto. Se repartían sacos de jugosas naranjas; miles y miles eran consumidas por los refugiados, toda la plaza amarilleaba sembrada de cáscaras.

A los domicilios de Partidos y sindicatos no se podía entrar; escaleras, pasillos y despachos estaban llenos de personas que querían saber dónde, cómo y cuándo iban a salir. Las gentes iban a la playa para descansar en sus aguas, los doloridos pies reventados por las ampollas.

Valencia, que había sido la gran ubre que amamantó a Madrid, que recibió en sus pueblecitos alegres y soleados a millares de evacuados madrileños y andaluces, ahora tenía que hacer el último esfuerzo: encajar el golpe de la avalancha, ayudar a sus hermanos en la activada final.

Seguían afluyendo huidos de Madrid que traían noticias del engalanamiento de la ciudad por la “quinta columna” para recibir a las tropas de Franco.

¿Qué pasaría, si aún estaban en la capital levantina esperando no se sabía bien “qué”, cuando ya Franco hubiese dado por terminada la guerra? ¿Cómo salvarse?... Se hablaba de la llegada de unos barcos de la Sociedad de Naciones que embarcarían a todos los que lo desearan..., pero ¿cuándo llegaban?, aquello no podía ser una ratonera, no podían dejarles allí. Miles y miles de personas pululaban por las calles. Sobraban manos. Se esperaba el momento de poder emplearlas en “hacer algo”, en organizar la salida definitiva.

Corrió la noticia como reguero de pólvora: “No llegaban los

barcos a Valencia”.

¿Dónde ir entonces? “El puerto de Alicante”. Aquel puerto había sido declarado “zona internacional” por la Sociedad de Naciones. Se decía que ese trozo de tierra sería respetado para que esperasen allí los que querían embarcar. Los gobiernos francés e inglés enviarían barcos suficientes para las casi treinta mil personas que esperaban pudiesen abandonar España. Las noticias iban de boca en boca. A nadie se le ocurría pensar que no estaba su salvación en Alicante. Un movimiento de reflujo se produjo en todos. Se dejó de deambular y empezaron a moverse con actividad febril.

El nuevo éxodo había comenzado. Ahora era Valencia la que se vaciaba; los que tenían medios enfilaron la carretera de Alicante; en los coches iban hasta encima de los “capots”; en los camiones se prensaban para no dejar un solo hueco; los que no disponían de esos medios acudían a los organismos oficiales, a los partidos y sindicatos; los más impacientes a pesar de su fatiga, seguían reventando los pies en el camino, con la esperanza de encontrar vehículo por la carretera.

A las tres de la madrugada Leo y Laura estaban esperando en la Casa del Partido su salida. Todo el local estaba lleno de hombres y mujeres esperando para poder salir. Leo tenía al niño dormido sobre sus piernas, Laura apoyada en su hombro dormitaba. Ella no podía dormir; llevada ocho días en Valencia y apenas había pegado los ojos. Su cara reflejaba las huellas del cansancio, grandes ojeras circundaban sus ojos y las mejillas estaban enflaquecidas y pálidas. Allí sentada pensaba en las muchas veces que en estos tres años había venido a Valencia: ¡qué distinto todo!, venía en misiones de trabajo, en viajes rápidos de tres y cuatro días; entonces Valencia le aparecía un emporio donde se podía encontrar Cernida con bastante facilidad. En la “Marcelina”, en la playa, cara al mar, se comían paellas con sabor a “tiempo normal”; no era una plaza asediada, había alegría, olor a flores, los naranjales perfumaban el aire. Sus gentes de tradición republicana luchaban en todos los

frentes, trabajaban en los campos para abastecer a Madrid y su fértil tierra mantenía a todo lo largo de la provincia millares de refugiados.

Leo recordaba Minglanilla, entre Valencia y Madrid, pueblo en el cual todos los que iban o venían de Madrid se paraban a comer. Minglanilla se había hecho célebre por sus huevos gordos como puños, su vino tinto y sus patatas fritas con ajetes. Ahora veía a gentes de toda la región huyendo de sus ricos campos, dejando sus casas, llevando únicamente con ellos un pequeño bulto.

La atmósfera estaba cargada por el humo de los cigarrillos, se fumaba con fruición y nerviosismo; cigarrillos que se encendían con manos impacientes y muchos de ellos tirados a medio consumir, medios cigarrillos que otros días constituían un tesoro.

Leo sentía sed y, le escocían los ojos por la pesadez del ambiente. Les habían dicho que Emilio se reuniría allí con ellas y que saldrían antes del amanecer. Ya casi estaba clareando.

—Tengo frío —dijo Laura.

Leo se quitó la bufanda que llevaba al cuello y se la dio.

—¿Creéis que saldremos de aquí o nos quedaremos con el rabo entre las piernas?

—preguntó una mujer que estaba a su lado.

—¡Vaya “estampía”!, yo hubiese seguido defendiéndome hasta con los dientes.

¡Es asqueroso estar esperando camiones para huir como conejos!

Leo calló. La amargura y desesperación se había apoderado del ánimo de muchos, todos los que estaban allí sabían que de quedarse les costaría la vida, pero era tremendamente doloroso marcharse así, en “estampía” como decía la mujer.

Alguien gritó: “¡Ahí están los camiones!”.

Todos se levantaron y desapareció el sueño, los ojos brillaban, se recogían bultos, se arreglaban cinturones, todos querían alcanzar la puerta.

Un hombre joven subido a una silla extendía las manos pidiendo silencio. Empezó a hablar “han llegado cuatro camiones, no han podido enviar más de momento; primero saldrán las mujeres y los niños, les llevan a Alicante. En los próximos saldrán los hombres. No pueden llevar bultos, todo el espacio es poco hay que ir de pie y comprimidos”. Las mujeres y los niños se pusieron en fila.

—¿Y Emilio, nos vamos sin saber nada de él? —preguntó Laura.

—Nos iremos, él sabe que estamos aquí le dirán que hemos salido y nos buscará en Alicante, —contestó Leo con sequedad.

Leo estaba angustiada sin saber de Emilio, desde que llegaron a Valencia se habían separado, a él se le había incorporado a los Comités de Evacuación y sólo una vez se habían visto en aquellos días. Irse sin él era para ella angustioso pero no podía quedarse, esta era la única oportunidad de salir, Emilio las buscaría.

Los camiones se llenaban rápidamente, Leo miraba con ansiedad a la puerta de la entrada; de pronto le vio, iba abriéndose camino y buscándolas con la mirada.

—¡Emilio! —gritó.

Llegó hasta ellas, la cara le renegreaba por la barba que le cubría, los pómulos los tenía más acentuados. Al besarle Leo se dio cuenta de que tenía fiebre.

—¿Te sientes bien? —preguntó.

—Perfectamente. ¿Y vosotras?, ¿tienes leche?, ¿qué habéis comido?

—Estamos bien, no te preocupes.

—Vosotras marchad ahora, yo iré detrás. Nos encontraremos en el puerto, alrededor del rompeolas..., un poco más y enseguida estaremos juntos.

Se besaron con un beso lleno de incertidumbre, los dos eran conscientes, de que de aquí en adelante, las cosas serían difíciles, muy difíciles. El niño reía y le acariciaba la cara, que en-

contraba extraña y áspera.

El trepidar del motor, los baches, el inmovilismo forzoso; ni un hueco quedaba para mover un pie, el aire azotaba la cara, era un viaje infernal. Iban prensados en el camión como sardinas en lata. Leo y Laura habían puesto al niño entre ambas, con sus cuerpos trataban de protegerle del viento y el polvo. El niño asustado por lo prensado que le llevaban y por los saltos del camión, miraba con los ojos muy abiertos sin atreverse a llorar. A Leo le cegaba el pelo y no podía retirárselo de la cara, no le era posible levantar una mano.

El camión tenía que sortear mil obstáculos. Las gentes iban por las cunetas y algunos atravesaban los campos por atajos, alumbrándose con linternas, parecían un cortejo de luciérnagas. Pasaron los primeros pueblos, a la altura de Denia y Altea y a pesar de lo temprano de la hora, había gentes por las calles. Leo desfallecía, le pasó como pudo el niño a Laura y se apretó el vientre con las manos, un dolor intenso la hacía doblarse. Nadie hablaba, muchos llevaban cerrados los ojos enrojecidos por el insomnio y la fatiga.

El “Puerto de Alicante”

El puerto era un hormiguero.

Leo dudaba de que Emilio les pudiese encontrar entre tantos miles de personas; como pudo llegó al rompeolas y buscó un sitio lo más visible para que Emilio las viera. Por todas partes encontraba caras amigas. Había grandes grupos sentados en círculos, otros no podían permanecer inactivos y caminaban nerviosamente. A horcajadas, sobre el pretil del rompeolas se apiñaban cientos de personas mirando al agua, como obsesos. La mayoría habían llegado el día anterior, procedían de toda la costa levantina, Orihuela, Elche, Valencia, y miles de castellanos y madrileños. Más de quince mil personas se hacinaban en

el pequeño puerto.

Leonor se sentó en una piedra incrustada en la arena. Seguramente en lejanos tiempos fue una pequeña roca, ahora brillaba pulida por el continuo lamer de las olas. Dio de mamar al niño que cogió la teta con verdadera fruición. Lucía un sol espléndido y el olor salino del mar saturaba el aire.

Echados sobre la arena, con los fusiles de almohada y el rostro hacia el sol, se esperaba; no se hablaba, de vez en cuando se incorporaban para mirar al horizonte.

Leonor pensaba que ahora que todo estaba perdido, necesitaban hacer una suma de posibilidades de salvación por si los barcos prometidos no llegaban. “Emilio, sobre todo, se tendría que salvar a toda costa, en ello le iba la vida”. Miró a Laura que echada en la arena descansaba del infernal viaje. Se la veía pequeña, casi una niña, extremadamente delgada, no tenía más que ojos en la cara, sus largas pestañas sombreaban sus pómulos salientes. No se quejaba, pero su estómago hundido revelaba la tortura de la falta de alimento. Tenía diecisiete años y hacía casi un mes que no ingería una comida sólida.

Un hombre se incorporó sobre un codo y las miró; había en su mirada la decepción de no esperar nada, el vacío de la desesperanza; dirigiéndose a Leo preguntó: “¿De dónde venís?”.

—De Madrid.

—¿Qué comes para amamantar a ese pequeño?

—Hasta ayer, naranjas y boniatos.

Metió la mano en el bolsillo de su sahariana, sacó un puñado de azúcar, y sin decir palabra se lo ofreció. Leo lo cogió y se llenó la boca; la mitad se la dio a su hermana. Algunos granos de azúcar habían quedado pegados en la palma de la mano, la acercó a la boca del niño y éste la lamió dejándola limpia.

—Allí, al otro extremo —dijo el hombre señalando con la mano— había sacos;

campesinos que entraban ayer, traían víveres para embarcar.

—¿Dónde? —preguntó Laura—. Se levantó y se dirigió donde el hombre la señalaba.

Con Laura venían tres compañeras de Madrid. Una traía un bote humeante en las manos, Laura un gran papelón de azúcar y un trozo de tocino.

—Hola Leo —saludaron—. Un grupo de Madrid, estamos en la parte baja de la playa, venid con nosotros.

—Estamos esperando a Emilio, él nos buscará aquí.

—Te hemos traído esto. Son lentejas que hemos hervido. Nos dijo Laura que no tenéis nada. Nosotras hemos sacado de por ahí lentejas y tocino; ya hemos improvisado hasta una cocina, cuando venga Emilio bajar con nosotros.

El hombre se dirigió a Laura:

—¿Qué, pequeña, encontraste azúcar?

—Ya lo creo, y hasta un trozo de tocino también. ¿Tiene una navaja?, le voy a dar un poco.

—No, para vosotras, cuando tenga hambre buscaré.

Se comieron las lentejas hervidas, estaban malas como rayos no tenían ni sal pero no dejaron ni una en el bote, después un trozo de tocino y un puñado de azúcar. Se quedaron tan repletas que parecía que nunca habían pasado hambre. Aún guardaron una parte para Emilio. Laura se llevó al niño al agua y Leonor se quedó esperando, no se atrevía a moverse de allí por temor de que Emilio no las encontrara.

Pasó la mañana y parte de la tarde y, cuando en el horizonte aparecieron los primeros tintes rojizos del crepúsculo y el puerto y la playa perdían la luminosidad del sol, cuando ya casi le ahogaba la desesperanza le vio aparecer. Corrieron el uno hacia el otro, se abrazaron estrechamente sin palabras; Ramón que venía con Emilio dijo:

—Bueno, ya está bien. ¿Y para nosotros no hay nada?

Ramón era alto y fuerte. Minero asturiano, luchó en Oviedo hasta la caída de la capital, por quedarse de los últimos pudo salir. Estuvo escondido y después pasó a la zona republicana. Era un tipo singular, macizo y pesadote; pero en la lucha se empequeñecía y embestía con la rapidez de un felino. Cogió a Leonor y a Laura y las levantó del suelo con su abrazo.

En el grupo también venía Juan. Le llamaban el “filósofo”; de cara angulosa y ojos y cabellos claros, enjuto; adivinábase en él voluntad y nervio. Simbolizaba a su raza celtíbera; había bajado de las montañas para unirse al ejército republicano. Por nada se inmutaba y para todo encontraba una “razón filosófica”.

—¿Qué noticias hay?, ¿vendrán los barcos? —preguntó Leonor. La miraron sin contestar. Ella los miró también, y vio algo en ellos que la hizo temblar.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Hace una hora.

—¿Habéis comido?, tenemos azúcar y tocino.

—Sí, hemos comido, guardadlo bien —contestaron ellos—, hay que prepararse a pasar la noche, buscaremos un sitio para acomodarnos.

—En la playa está Paquita y un grupo de Madrid; nos han dicho que vayamos.

—Pues, en marcha.

Emilio cogió al niño y los cinco se dirigieron en busca de sus camaradas. Cuarenta y ocho horas llevaban en esa faja de tierra, única ya de la que fuera la España Republicana que podían pisar. Pero tampoco era libre, la habían convertido en un campo de concentración. Habían rodeado el muelle y el trozo de playa en el cual estaban hacinados con una muralla de camiones y con ametralladoras mirando hacia ellos. No había retroceso, el mar o el plomo; los barcos salvadores o la prisión y la muerte.

El mar parecía insensible al ansia de los treinta mil pares de ojos que lo devoraban con la mirada. De tanto mirar los ojos se habían familiarizado con las gaviotas y se las envidiaba por tener alas. Los hombres arrastraban su impotencia y su rabia, callados y taciturnos; apretaban en su costado las pistolas que aún conservaban y limpiaban, los fusiles, como si aún les pudieran servir. Se pasaba hambre y se buscaba a los campesinos que habían entrado al puerto con zurrónes de comida.

En la mañana del tercer día corrió la voz de que llegaban los barcos. ¡Los barcos!, corría la noticia de unos a otros. ¡Hurras y vítores!, salían de muchas gargantas. Una alegría desbordada se apoderó de aquellos hombres y mujeres porque creían tener ya al alcance de la mano su salvación. Se hacían cábalas de cuántos barcos llegarían; cómo se embarcaría; si serían ingleses o franceses y hasta se formó un Comité para organizar el embarque.

Alguien se subió a un pretil y reclamaba silencio. Se iban a dar las instrucciones del orden por el cual se tenía que embarcar.

“Lo harán primero los militares de mayor graduación; después los dirigentes políticos de mayor responsabilidad...”. Había voces preguntando si no había “Barcos para todos”, “tenemos que salir todos, nadie se puede quedar”.

En otro lado un militante comunista también hablaba a la multitud. “La Sociedad de Naciones, ¿cómo confiar en ella? Seamos realistas camaradas, no nos dejemos engañar por el deseo de salir de esta ratonera. La Sociedad de Naciones nos ha traicionado siempre, con su política de “no intervención” bloqueando a nuestro gobierno, a nuestro pueblo. Nos han embargado los envíos de armas, que aún están paralizados en la frontera francesa, con lo cual, de forma real han desarmado en buena medida al ejército republicano. Nos han aislado mientras permitían la ayuda masiva de Alemania e Italia a la zona fascista; nuestro gobierno cumplió el compromiso de que no quedaran en España fuerzas extranjeras y salieron de nuestra zona las Brigadas Internacionales; pero y ¿los fascistas lo cumplieron?! ¡NO!, y eso ha sido con el beneplácito de los “señores” que hoy esperamos que envíen barcos para salvarnos. Al otro lado de la frontera, están nuestros hermanos catalanes y buena parte de nuestro ejército metidos en campos de concentración. Alemania, estos días se ha engullido a Checoslovaquia, y Francia e Inglaterra no mueven un dedo. Sus concesiones miedosas ante el avance del fascismo en Europa cada día son mayores.

¿Cómo queréis que nos saquen de aquí? No son los pueblos inglés y francés quienes tienen los barcos, son sus gobiernos, y éstos no nos los mandarían, nos dejarían aquí.

¡Hay que buscar la salida como podamos camaradas y compañeros!...”.

Se levantó un murmullo y voces ¡derrotista!, ¡derrotista!, gritaban a la cara del orador. No podían ni querían creerle, eso era tanto como matar sus últimas esperanzas. La esperanza de su salvación, porque la Sociedad de Naciones sabía que de dejarles ahí, les entregaba a una muerte segura y eso no lo podría hacer. No, los barcos vendrían, había que tener paciencia.

Un barco se acercaba, ahí estaban, era verdad, llegaban los barcos. Muchas voces gritaron que eran barcos ingleses. La masa se apiñaba de todas partes para ver el barco..., estaban allí los ingleses...

Aquel barco llegó de vacío y de vacío se fue. Se llevó a bordo a unas señoras inglesas pero ni un solo republicano pisó su maderamen.

Juan sin inmutarse ni un músculo de su cara dijo al grupo:

—Habría que buscar cómo salir de aquí, no vendrán barcos, tendremos que salir por el mar si no podemos por tierra.

—Sí, hay que buscarlo ya, mañana podría ser tarde —afirmó Ramón.

—Yo no puedo irme con vosotros, sería una rémora —dijo Emilio—, que se vaya Leo.

Hacía dos días que Emilio tenía 40 grados de fiebre y no podía tenerse en pie, la herida del pulmón se le había abierto por falta de alimento y el mucho trabajo de los últimos meses. Leo le acarició la cabeza y besándole le dijo: “no me iré, yo también sería una rémora con el niño, tú no estás en condiciones de quedarte con él”.

—Vete Leo, yo me quedo con el niño y Emilio —le pidió Laura.

—No hablemos más de ello, nosotros no podemos irnos, al menos de momento, si Emilio se pone mejor y no es demasia-

do tarde, encontraremos el modo de salir.

Cuatro días, las noches eran húmedas y frías. Sucios y hambrientos. Ya no se miraba al mar. Había llegado la hora de contar con uno mismo, de individualizarse. El día 30, un día gris y frío los italianos al mando de Gambará tomaban el puerto. Los italianos subidos en los camiones les miraban; muchos de ellos vestían sus famosas “camisas negras” resaltando la calavera que simbolizaba su uniforme fascista. Se había perdido toda esperanza, por eso los movimientos empezaban a ser individuales, no cabía esperar la salvación de todos. Se trataba de saber si en el escaso tiempo —quizá sólo horas— en que aún podían disponer de ese trozo de tierra había posibilidad de zafarse

de aquella ratonera. La evasión era ya difícil, había que salvar los reflectores para deslizarse como un reptil por algún hueco, contar con los propios nervios, con la propia habilidad para si la salvación era por mar nadar como un pez sin mover las aguas; había que darse prisa, nadie sabía por cuánto tiempo ese singular campo de concentración estaría considerado “zona neutral”.

De forma febril todos buscaban “algo”: ¿cómo?, ¿por dónde salir de allí?, pero también los había con tal desesperanza que su única huida, su auténtica evasión era la muerte. Sonó un disparo, los que estaban cerca vieron como un hombre vestido de uniforme se desplomaba en la arena con la cara destrozada, se había dado un tiro en la boca levantándose la tapa de los sesos. Las ametralladoras enfilaron hacia donde había sonado la detonación; los amigos le echaron una chaqueta sobre la cara, “otro que no ha querido salir de aquí con vida” —dijo Emilio.

Este no era el primero que se quitaba la vida en el puerto. Las detonaciones desde hacía dos días se sucedían con bastante frecuencia.

La noche anterior se habían marchado Ramón, Juan y Paquita. Abrazaron estrechamente a sus amigos. Una emoción que les impedía hablar les embargaba a todos. Durante tres años fueron juntos por el mismo camino y ahora se separaban sin saber si nunca más volverían a verse. El abrazo fue largo, entrañable. Leo les vio partir y perderse entre la multitud con los ojos llenos de lágrimas.

El primero de abril, fuerzas franquistas, junto a las tropas invasoras italianas, hablaron por los altavoces dando fin a la tregua. En ese momento acababa de perderse la última tierra de lo que fue la España republicana.

Empieza el terror

Formaban calle los camisas negras a un lado, los falangistas a otro y, como muro protector a ambos las ametralladoras. Se cerró el cerco y se apiñó como ganado a las miles de personas que durante cinco días con sus noches esperaron la salvación del lado del mar. Retumbó a lo largo del puerto la voz ronca de los altavoces: “todos los que se encontraban en el puerto, sin excepción, eran considerados prisioneros de guerra: comenzaba la evacuación”.

El puerto se llenó de imprecaciones; se encendieron grandes hogueras donde ardían las documentaciones; muchos que habían esperado hasta el último instante, morían en aquel último trozo de tierra libre.

Instintivamente se agrupaban los amigos y familiares, sabían que dentro de unas horas los separarían quizá para siempre.

Los falangistas entraron en el muelle y a punta de fusil hacinaban a los prisioneros formando cordón para la salida.

Leonor y Emilio estaban reunidos con un numeroso grupo de amigos. Emilio se esforzaba por mantenerse en pie. La fiebre le vencía y se apoyaba en el brazo de Leo y de Manuel, un amigo que había intentado la evasión tres veces sin conseguir-

lo. Laura llevaba el niño en los brazos. Los rostros expresaban la impotencia que les dominaba. Sin poderlo evitar, hombres curtidos por la lucha, dejaban deslizarse las lágrimas por sus caras hirsutas, por la barba descuidada y áspera.

Leonor estaba insensibilizada. Sus pensamientos huían de la tremenda hecatombe del momento: “mamá habrá vuelto a casa con los niños, ¿cómo se arreglarán para el alimento diario...? En Valencia me dejé mucha ropa de Emilito, ahora la necesito”..., “¿dónde nos llevarán?”, “ni soñar con que nos den algo para cambiar a los niños...”, “en fin, Laura y yo aún disponemos de nuestros vestidos...”, “reservaré el azúcar que llevo en los bolsillos”.

Emilio la soltó del brazo para acariciar su cabello; este gesto la volvió a la realidad. Alzó los ojos a él y le vio pálido y demacrado con una mirada tal de sufrimiento que todas sus fibras se rebelaron. Se abrazó a su cintura escondiendo la cara en su pecho, él la apretó contra sí.

—Prométeme que, pase lo que pase, pondrás todas tus energías en sobrevivir.

—Te lo prometo.

Y él la habló como si estuviesen solos, como si no les rodease la desesperación, el horror y la amargura de la derrota. Hablaba quedo, para ella y, como siempre su tono y la gran fortaleza que se desprendía de su persona, la tranquilizaron.

La salida era lenta, pero todos avanzaban inexorablemente hacia el pasadizo que, como un tamiz, cribaba a cada uno, sin que nadie pudiera escurrirse por un agujero.

Pasado el mediodía, se notaba ya descongestionado el muelle. Los camiones de prisioneros partían a medida que se llenaban. El espacio se reducía y constantemente eran empujados formando filas que vaciaban el puerto.

Emilio, Leo y sus amigos se encontraban ya próximos para formar, no sabía si los separarían; llegaron al camión y entraron todos juntos en él. Ante las bocas de los fusiles ametralladores habían ceñido sus costados; al lado de los camiones

grandes pilas de chaquetas de cuero y uniformes militares se amontonaban; grupos de falangistas iban despojando a los prisioneros de todo, dejándoles en mangas de camisa. En cajones echaban los relojes y cualquier alhaja que se llevase; a Leo le quitaron el anillo de casada, la pluma estilográfica y el reloj de pulsera. Subieron únicamente a los vehículos los hombres con la camisa y el pantalón y las manos atadas; las mujeres despojadas de todo lo que no fueran sus vestidos. El camión partió inmediatamente.

Un gran campo, erizado de alambradas y vigilado estrechamente les aguardaba: el “Campo de los Almendros”. Allí, como volquetes de arena, eran volcados, para volver a marchar por nueva carga.

Ya no había mar, ni horizontes, ni armas, ni comida, ni abrigo, ni un reloj que marcase la hora para medir el tiempo, ni nada. Sólo hombres y mujeres desnudos, esperando, sin saber qué; despersonalizados, ausentes de todo lo que había sido antes su vida.

Sólo ese campo con su poético nombre y aquellas manos portadoras de la muerte ante cualquier gesto que se hiciese fuera de lo ordenado por ellos.

Cuarenta y ocho horas. Leo cubrió con su abrigo a Emilio durante esas dos noches de intemperie. Se agrupaban alrededor de un almendro de grueso tronco que despedía el olor fuerte de su flor abierta en los primeros días de la primavera. Laura inquieta, iba de un grupo a otro buscando almendras de sabor ácido y áspero —aún no habían madurado—, pelando tallos de plantas, todo le parecía bueno a sus diecisiete años que no le daban reposo y recorría el campo sin cesar. Leo no se movía, no quería gastar energías. No tenía casi leche en los pechos y le quedaban unos últimos granos de azúcar para el niño que, hambriento y débil había dejado de andar, acurrucado en sus brazos. De pronto otra vez los altavoces: “Todas las mujeres y niños deben prepararse para salir del campo... ¡sólo las mujeres y los niños!”. Leo vivió esas horas con el temor lacerante

de este momento, del momento de la separación. Lo esperó cada minuto obsesionada, callada, pero con el horror de que tenía que llegar. El altavoz le hizo daño en el estómago. Como un lebrel que estirara la oreja quedó quieta para oírlo de nuevo. Lo volvieron a repetir y todo el campo se puso en pie. Unas cuatro mil mujeres habría en él, en su mayoría acompañadas de sus maridos, padres, hermanos. Hasta ese momento la suerte les fue común; ahora, desgajados los unos de los otros, la incertidumbre por el ausente sería un nuevo tormento y hacía de este momento el más trágico de cuantos habían pasado desde que fueron vencidos.

Leonor no hizo ni un solo movimiento para levantarse, Laura llegó corriendo y se abrazó a Emilio; Vicenta, una de las compañeras que formaban el grupo, tirada en el suelo arañaba la tierra con sollozos histéricos, su marido tuvo que sacudirla por los hombros para que reaccionara; llanto y entereza, gestos de desesperación y serenidad; todo el campo era un inmenso abrazo, una entrañable despedida, un adiós a la ternura de los seres queridos.

No, no podía separarse de él, abrazados estrechamente sin palabras, con las demacradas mejillas juntas, Leo y Emilio se aferraban el uno al otro.

Los altavoces apremiaban, pero los abrazos no se aflojaban, ni los oídos escuchaban más que las palabras de cariño y despedida.

Entraron en el campo y las mujeres fueron arrancadas de los brazos de sus compañeros. Leonor los oyó venir, Emilio sostenía con un brazo al niño y con otro rodeaba la cintura de ella. Sintió unos dedos como garfios que atenazaban sus brazos; no se soltó, un culatazo dado en los riñones le hizo encorvarse. Emilio le dio al niño y la apartó de sí. Un amigo la echó el abrigo sobre los hombros y la condujeron con Laura a la fila de mujeres.

¿Cuántos días llevaba en este campo de concentración? Casi

había perdido la cuenta. Habían estado cinco días sentadas en las butacas de un cine, de los muchos que en Alicante habilitaron para este fin; inmóviles, sin levantarse de ese asiento ni para las necesidades más perentorias. Las materias fecales y las hemorragias corrían por los suelos de vieja madera infectando con su hedor el local herméticamente cerrado. Los llantos de los niños se habían apagado, mareados por el olor nauseabundo y por el hambre que debilitaba su pequeño organismo. La luz mortecina de unas bombillas empolvadas daba al local un aspecto mísero. Después..., unos días en la prisión de Alicante, durmiendo en los patios y escaleras y con una escasa comida cada veinticuatro horas; posteriormente el traslado a un destartelado caserón llamado “Casa de Ejercicios Espirituales”, convertido en campo de concentración. ¿Cuántos días llevaban allí? Parecía una eternidad desde que se separara de Emilio. El niño ya no andaba, una disentería cada vez más aguda iba dejándole con la piel y los huesos; todo el día cogido a la teta de su madre a la que había abierto grandes grietas, por donde más mamaba sangre que leche.

Durante el día pasaban sus horas sentadas en el suelo del campo, cercado por dos gruesas alambradas guardadas por soldados y guardias civiles; por la noche dormían en el edificio en las losas frías y húmedas de grandes salas rectangulares, desnudas y batidas por corrientes de aire que se filtraban por los cristales rotos de las ventanas.

Al mediodía tocaban el pito y Fariñas, el jefe de campo, picado de viruelas y con gesto de “matón”, vigilaba el reparto de una sardina o un boniato, único alimento para veinticuatro horas; a veces como algo extraordinario un cazo de agua con lentejas; el sabor del pan, era una reminiscencia del pasado.

Las mujeres empezaban a sentir pesadez en las piernas y a abrirseles llagas de avitaminosis. La escasez de agua daba paso a los parásitos. A Leo y a Laura no les quedaba ya en sus cuerpos más que la braga y el sujetador, cubierto por el abrigo atado a la cintura por una cuerda. Toda su ropa interior la habían

empleado para proteger al niño contra la disentería que petrificó cada prenda por falta de agua.

La población del campo estaba haraposa y escuálida; sin noticias del exterior y sin la menor perspectiva de lo que les esperaba. Les habían dicho que los hombres fueron llevados al campo de concentración de Albatera y que allí los estaban clasificando y que el régimen a que estaban sometidos era muy duro. Se hablaba de palizas y de haber sacado ya algunos para fusilar. Estas noticias se filtraban no sabía nadie muy bien por dónde, puesto que los guardias no hablaban nunca con ellas y eran su única relación con el exterior, pero las noticias habían llegado y las mujeres que tenían a sus maridos, hijos y padres en Albatera sufrían horriblemente sin saber la suerte que ya les había cabido.

Al salir aquella mañana al campo notaron un cambio: en lugar de los guardias civiles en las garitas estaban los italianos de Mussolini. Casi inmediatamente se oyó el pito de Fariñas para que se formaran, aquello ya era insólito, pero mucho más oír por los altavoces que se cogieran los platos, “qué raro..., ¿a aquélla hora comida?”. Las mujeres vieron entrar al campo grandes calderones rebosantes de leche y varios italianos con cazos en la mano..., “¡leche!, ¡era leche!”, las mujeres no creían lo que veían. Rápidamente, en pocos minutos, aquellas miles de mujeres estaban en perfecta formación. Se llenaron los primeros platos, las mujeres empezaron con verdadera ansia a tomárselos sin retirarse siquiera de la fila, lo tomaban ávidamente, sin respiro. Varias filas estaban formadas y se miraba en cual había menos, para que llegara antes la leche. Leo llevaba al niño en brazos, Laura iba delante, cuando le tocó su turno, preguntó uno de los italianos indicando al niño: —¿Y el bambino?

—Tengo un solo plato —contestó Leonor.

—Signorina, tómese esa leche y ponerse de nuevo en la fila para su bambino —se esforzaba con gesto risueño por hablar español.

Leo le miró dándole las gracias, eran las primeras palabras que cruzara con los del “otro lado” y, a pesar del gesto amable del italiano sintió repugnancia. Cogieron sus platos de leche y Laura pregunto: “¿dejamos toda para el niño?”. “No, querida, bébete hasta la última gota”.

Se preparaba para dar de beber al pequeño, cuando una mujer mayor de aspecto campesino la detuvo:

—Cuidado muchacha, no des al niño esa leche sin hervir, ¿tiene disentería, verdad? —y sin esperar contestación prosiguió—. Le matarías. Tómala tú y la otra ración hiérvela, hazme caso, sé bien lo que me digo.

Hablaba con aplomo pero Leo la miró un tanto dubitativa, “¿dónde hervir la leche?”, la mujer comprendió su gesto y añadió:

—Haz lo que te digo, busca donde hervirla. Soy doctora y sé que esa leche mataría al niño.

No había medio de encontrar una cerilla con qué encender el montón de papeles que reunieron para hacer fuego. Todo un equipo se destacó para buscar por el campo dos piedras de pedernal que dieran chispa, nada, allí no había pedernal, sino piedra de arenisca. Leo se decidió a abordar al italiano, que aún estaba con el cazo en la mano, repartiendo a las últimas de la fila.

—¿Podría darme una cerilla?, el niño está enfermo y no puede tomar la leche sin hervir.

—Una cerilla no, eso el jefe del campo, más leche para los niños sí.

Fueron a buscar a Fariñas, le pidieron la cerilla y le dijeron que si daban la leche sin hervir a los niños del campo muchos de ellos morirían. Fariñas las miraba moviendo el pito que llevaba colgado de la sahariana, “le estaban pidiendo algo que estaba prohibido”, “¿por qué no podían tomar los niños la leche así?”, “la leche era muy buena”. Se adelantó la doctora y le explicó para que aquel bruto lo comprendiera, el peligro que significaba esa leche helada para los niños con disentería. Daba vueltas

al pito y movía la cabeza sin decidirse; un italiano se acercó a él y sacando una caja de cerillas preguntó: “¿puedo dar cerillas?”. Fariñas con gesto hosco dijo: “sólo una”.

Se arreglaron para hervir la leche y los italianos les volvieron a llenar los platos a todas las mujeres que tenían niños. Después de un mes era el primer alimento serio que tomaban. Aquella mañana hacía sol y los estómagos no arañaban tanto como de costumbre. Una gran quietud se extendía por el campo. Parecía que cada mujer estuviese atenta al funcionamiento de su aparato digestivo, tanto tiempo parado por falta de combustibles; se asombraban de que aún no estuviese enmohecido. Plácidamente echadas sobre la arena o sentadas ayudaban a su organismo a no desperdiciar ni una sola gota del precioso lubricante. Los niños dormían por vez primera con las barriguitas llenas; hasta el campo llegaba el aroma de los dátiles ya maduros y Leo se evadió a otros tiempos.

Como una película veía trazos de su vida pasada, como algo irreal que hubiese pertenecido a otra persona: “aquel día que su madre se presentó en el colegio de improviso y pidió a la directora permiso para que la dejara salir antes de la hora; con qué orgullo recogió sus cuadernos por la envidia que todas las niñas sentían de ella porque se iba del aula oscura en una espléndida mañana de sol. Su gozo al ver el cochecito tirado por una jaca que conducía su padre.

Fueron al campo, porque su padre tenía libre y todos cantaban...”, “y aquel otro que estrenó sus primeros zapatos de tacón, eran negros, con una tirita blanca bordeando el remate se esforzaba por andar con naturalidad, pero los chiquillos del barrio empezaron a burlarse de ella y azorada se torció el tobillo y rompió el tacón, desde ese día detestó los tacones...”. “En un día como éste, en mayo, conoció a Emilio. Era pecoso y tímido. Desde el primer momento se gustaron. Fue en una reunión de la juventud comunista; él la preguntó muy dogmático: ¿por qué has ingresado en nuestra organización? Ella no sabía muy bien por qué”. “Será porque vivo al lado de unos

niños que sólo comen pan con chocolate y sus padres mueren tuberculosos y porque dicen que los comunistas luchan porque esto desaparezca”. No le pareció muy convincente a Emilio esta contestación y se ofreció a ser su maestro “para prepararla ideológicamente”. Sus charlas fueron más amorosas que “ideológicas” pero fue su maestro. Los ojos semicerrados, recordó: los primeros balbuceos amorosos, ingenuos, tímidos y a la vez apasionados; las largas despedidas sin poderse separar, en aquella calle estrecha y sucia de casas bajas y miserables; pero ellos no veían nada, era el escenario de costumbre y no percibían su sordidez.

Toda la calle olía a coles y pescado barato, en las noches de invierno solitaria y mal alumbrada; en las tórridas de verano hormigueante, niños medio desnudos jugaban en el arroyo, los hombres y las mujeres sentados en sillas de paja en las aceras, respiraban el aire viciado de la calleja, sus casas de techos bajos y sin ventilación, eran pequeños hornos. Era la hora del solaz, las familias más afortunadas comían un melón dulce y jugoso y olvidaban momentáneamente sus miserias. Esa fue la calle de sus amores, “su calle” y la de tantos niños depauperados, y la de tantos hombres hambrientos y la de mujeres de vejez prematura.

“Qué contraste tan pavoroso —pensaba Leo— con aquellos palacios que después en los primeros meses de la guerra pudo ver el pueblo. Jamás pensó que hubiese seres que pudiesen vivir con ese derroche de lujo: sábanas de seda natural, finas como alas de mariposas; colchones de miraguano forrados de terciopelo; suelos de madera de caoba; gigantescas lámparas, ¡doce cuartos de baño, para sólo tres personas!; obras de arte, caballos de pura raza, bodegas repletas de viejos vinos, pieles, coches..., etc., exquisiteces desconocidas para millones de hombres y de mujeres que vivían en callejas como la suya. Hombres de manos callosas que comían un melón como algo extraordinario”. Miró a las mujeres tiradas en el campo y a su hijo que hoy no estaba agarrado a su teta sangrándole los pe-

zones y pensó que, quizá y, a pesar de la derrota no tendría que vivir en un mundo tan injusto como el suyo.

A los cuarenta y cinco días, empezaron a descongestionar el campo. Las primeras en salir de él fueron las madres y las menores; Leo y Laura no fueron separadas cuando las metieron en aquellos vagones que servían para llevar ganado y que ahora habían sido habilitados para conducirlos a ellas.

Las sacaron custodiadas del campo. Eran más de cien mujeres con sus hijos. Las llevaron a la estación donde les esperaba una hilera de trenes de mercancías. Los andenes estaban llenos de guardia civil y falangistas; éstos las subían a los vagones que llenaban hasta reventar, una vez llenos eran precintados por fuera. Al sacarlas del campo, no les dijeron dónde las llevaban; se encontraron metidas en aquellos vagones de techo bajo, con un tragaluz en el techo como única ventilación, con el suelo sucio y pastoso por los excrementos del ganado y con un olor fétido que las mareaba.

Los vagones estaban en una vía muerta dándoles el sol de plano. Cada mujer llevaba una cantimplora de agua y dos sardinas de lata; en cada vagón iban unas treinta mujeres con otros tantos niños. En menos de treinta minutos dieron la orden de partida y el convoy se puso lentamente en marcha.

El calor era asfixiante, todas las mujeres querían apiñarse bajo el tragaluz, los niños desasosegados por el calor y la poca luz, comenzaron a llorar. Leo no logró estar debajo de la débil brizna de aire que entraba por el enrejado del tragaluz y buscó un ángulo del vagón donde se sentaron Laura y ella y pusieron al niño entre ambas. Los llantos de los niños poco a poco se extinguieron y las mujeres se fueron acomodando como mejor podían y el vagón quedó en silencio. ¿Qué podían decirse?, ninguna sabía dónde iba y cada madre llevaba a su hijo moribundo por la desnutrición y la disentería. El convoy caminada muy lentamente y, para aquellas mujeres metidas en aquel cajón apiñadas y hambrientas, era como un ataúd.

Leo pensaba constantemente en Emilio, no habían vuelto a tener ninguna noticia del campo de Albaterra, no sabía si aún continuaba allí, si habría sido ejecutado o si ya le habrían clasificado y encerrado en alguna prisión de las muchas que se estaban abriendo en todo el país. No se hacía ninguna ilusión sobre la suerte que le habría cabido, su experiencia personal le decía que la suerte de los hombres sería atroz, “¿dónde estaba Emilio?”, y, “¿dónde las llevaban a ellas?”. Ninguno de los dos sabía del otro. Parecía que hacía años que se habían separado en aquel campo de los Almendros.

El convoy se paró; a la marcha que llevaban debían haber recorrido poquísimos kilómetros, por la pequeña mancha de cielo que se veía a través del tragaluz todavía se reflejaba lo violáceo del crepúsculo.

Laura estiró las piernas que se le habían entumecido y trató de levantarse, al hacerlo rozó con algo en el maderamen del vagón, miró y vio que se trataba de una astilla que se desprendía de la junta de los tablones; la arrancó dejando una finísima rendija. Se quitó una horquilla que llevaba en el cabello y, como por entretenimiento empezó a escarbar, pronto se dio cuenta que, la madera reseca por el sol, saltaba fácilmente en pequeñas briznas; pidió a Leo dos horquillas, Leo se las dio y alguna otra mujer las suyas. Hicieron una especie de punzón y Laura se puso a escarbar con verdadero ahínco. Al otro extremo del vagón la imitaron y pronto todas las mujeres estuvieron pendientes de los agujeros que se estaban abriendo.

No se podía resistir el olor fétido de las descomposiciones de los niños, Leo ya no tenía con qué atender al suyo, no le quedaba más que la braga que se quitó en el vagón y se la puso de empapadera en el culo del niño. Su cuerpo se quedó completamente desnudo, cubierto sólo por aquel pesado abrigo de tela gruesa y rugosa empapado en sudor que se le pegaba al cuerpo. Toda la noche permaneció el tren parado; se oía el gorgoteo de las cantimploras, el calor secaba las gargantas y algunas mujeres se bebieron el agua de una sola vez. Laura y Leo se habían

bebido una, les quedaba otra que trataban de reservar para cuando de día apretase más el sol y convirtiese el vagón en un horno. El niño acurrucado no se desprendía de la teta de su madre.

Apenas habían dado una cabezada cuando oyeron el grito de una mujer:

—¡Mi niña!, ¡no respira!..., ¡mi hija se ha muerto! Lloraba despacio.

La madre lloraba comprimiéndose en la oscuridad del vagón. Leonor sentía que estaba muy cerca de ella y estiró una mano, tocó los pies desnudos de la niña, húmedos y fríos, dio su hijo a Laura y se levantó para escuchar la respiración de la niña; estaba muerta. Empezaron a revolverse las mujeres y alguien dijo: “¡hay que llamar!”, y las treinta mujeres empezaron a golpear el vagón; las palmas de las manos se enrojecieron y las gargantas se secaron de tanto llamar pero..., nadie acudió. Durante toda la noche la madre apretaba fuertemente a su hija entre sus brazos.

Amaneció y una luz lechosa empezó a filtrarse por el tragaluz. Cuando se distinguieron las sombras, todas tenían las miradas en el mismo punto, sabían que de durar mucho aquello ni uno solo de los niños que iban en el vagón saldría con vida.

Con la luz, Laura con su improvisada herramienta reanudó su trabajo para ensanchar la rendija, ya había logrado abrir unos dos centímetros y se veía perfectamente el exterior; las del otro extremo habían abierto otra rendija. Pegaron los ojos a la ranura, un campo de naranjos se extendía a todo lo que alcanzaba la vista; así, pues, ¿aún estaban en Levante?, pero..., ¿hacia dónde se dirigían? Todas querían mirar, las había de la región y creyeron distinguir que los campos no eran levantinos sino murcianos.

Leonor se fijó que la madre echaba agua de la cantimplora en la boca de la niña muerta:

—¿Qué haces mujer? —le preguntó.

—La niña suda —contestó.

—No suda, no desperdicies el agua, la vas a necesitar — prosiguió Leo.

—Sí suda, mira.

La mujer señalaba los poros en descomposición del cadáver, hacía mucho calor y la niña se descomponía rápidamente. Las mujeres miraban con susto a la madre, pensaban que había perdido el juicio.

Leo tendió la cantimplora a su hermana; el agua estaba caliente, con sabor a latón viejo pero Laura comenzó a beberla con ansia, de un solo trago vació la mitad, la otra mitad la terminó Leo y, se quedaron sin agua; no se atrevieron a pesar del hambre a comerse la sardina reseca y salada por temor a que aumentase su sed.

Habían pasado dos días y aún el campo no había cambiado de fisonomía, el tren estaba largas horas parado y cuando andaba lo hacía a paso cansino, era la lentitud de la muerte, otro niño había muerto en el vagón. De vez en cuando oían que llamaban de otros vagones, pero nunca hacían caso ni acudían a las llamadas. Al tercer día entraron en una estación espaciosa, por las rendijas identificaron que era la de Valencia; el convoy cambió de vía y no se paró en la estación siguió hacia una vía muerta y allí paró. Cerca de tres horas pasaron sin que nadie como de costumbre se acercase por los vagones; de pronto oyeron como si estuviesen quitando los travesaños que cerraban los vagones, prestaron atención y cuando más tensas estaban, llegaron al suyo y lo abrieron. Una bocanada de aire tibio y perfumado invadió aquel cajón. Dos guardias civiles asomaron la cabeza e instintivamente se taparon la nariz; el olor pesado y pestilente de cadáveres en descomposición les echó para atrás. Con la nariz tapada preguntaron:

—¿Qué lleváis ahí?, ¡apesta!

—Niños muertos y mierda —contestó una mujer.

—¿Niños..., muertos?

—¡Sí, niños muertos! —contestaron las mujeres—, ¿por qué

se extrañan?, no tenemos ni aire, ni comida, ni agua. Aquí sólo hay muerte.

Se miraron los guardias y uno de ellos exclamó: “¡Qué carroña!”, y dirigiéndose al vagón, añadió:

—¡Saquen eso!, y todas las mujeres que sean de Valencia que bajen también. Sin “camuflarse ninguna”. En la próxima estación vamos a identificarlos. ¡Vamos, abajo!

De entre las treinta solamente cinco eran valencianas, pero los niños fallecidos no pertenecían a ninguna de ellas. Bajaron las de Valencia y al darles el aire en la cara las tuvieron que sostener porque se mareaban. Las juntaron en una fila, con las que salían de los otros vagones; las madres que habían perdido a sus hijos se resistían a entregarlos, el guardia metiendo la boca del fusil en el vagón gritó:

—¡Venga!, los muertos fuera.

Las mujeres los entregaron por la abertura de la puerta; los guardias los echaron en unas arpilleras que colocaron en el suelo y con el mismo pie los llevaron rodando hacia una especie de cuneta. No sólo de ese vagón salía esa carga macabra.

Las llenaron las cantimploras y les dieron un pan, precintaron de nuevo los vagones y se pusieron en marcha.

A las veinticuatro horas de haber salido de Valencia, reconocieron los campos de la Mancha: los viñedos y la tierra cultivada para cereales se extendía a lo largo del camino; iban a Madrid, pensaron que no por casualidad, todas las que quedaron en el vagón eran madrileñas, las entregaban a los lugares de procedencia, donde eran conocidas y podían ser mejor clasificadas.

Mugrientas y haraposas, enflaquecidas y enfermas; encerradas en cajones como ataúdes carcomidos por gusanos, entraron en Madrid para ser carne de ejecución y cárcel.

Bajaron de los vagones y las hacinaron en una sala de espera de la estación. No podían sostenerse en pie; estaban irreconocibles, se sentaron en el suelo para no caer. Cerraron la puerta de la sala y dos guardias civiles las guardaron. Tan cansadas y

depauperadas estaban que ya ni siquiera se preguntaban qué iba a ocurrirles. Toda la tarde estuvieron encerradas en la sala tiradas en el suelo y, cuando anocheecía ocurrió lo imprevisto. Se abrió la puerta y en ella aparecieron dos hombres, bien vestidos y fumando puros: recorrieron con la vista, aquel montón de carne sucia y escuálida y uno de ellos dijo:

—¡Eh, mujeres! Estáis libres. Desalojad esto y marchaos —y añadió sonriendo—, pero no corred mucho, —nos tenemos que ver de nuevo las caras.

Dieron media vuelta y se marcharon, con ellos desapareció también la guardia civil, que guardaba la puerta.

Ninguna mujer se movió; quedaron tan sorprendidas que creyeron haber entendido mal, un sentimiento de miedo las paralizaba, todas pensaban que aquello era una “encerrona”, temían que al traspasar la puerta las estuviesen esperando las ametralladoras. Alguien se decidió:

—Han dicho que estamos libres, tenemos que comprobarlo.

—Esto es una “encerrona”. ¿Cómo nos van a dejar libres?

—Tenemos que salir y ver lo que hay fuera de esa puerta —insistía la mujer que primero había hablado.

Nadie se adelantaba y, sin embargo, la puerta estaba abierta.

Todas se miraron y tras un momento de duda se pusieron en pie y este gesto las devolvió el ansia de libertad. Salieron en pelotón como protegiéndose las unas a las otras, eran más de cincuenta mujeres y se quedaron paradas mirando el andén; estaban en la estación de Atocha y el espectáculo que se ofrecía a su vista las aturdió. Toda la estación estaba adornada con banderas falangistas; una apoteosis de consignas y altavoces invadía los andenes; boinas rojas, requetés, uniformes de falange con los brazaletes en rojo con el haz de flechas; tocas blancas monjiles; manteos curiles; guardias civiles; militares..., pareció otra ciudad de aquella que dejaron hacía apenas tres meses. Todo había cambiado. La España republicana había sido barrida, sus gentes se escondían y sólo pisaban fuerte los vencedores. Leo se llevó la mano a la boca para contener

un sollozo. Nunca, ni en los viejos tiempos de opresión España había sido tan sojuzgada y humillada como ahora.

Como autómatas se dirigieron a la puerta de salida; iban muy juntas, ofreciendo también ellas un espectáculo que hacía volver la cabeza a muchos “vencedores”. En la puerta de salida las pararon dos falangistas que les pidieron los billetes, se quedaron sorprendidas, una de ellas se adelantó y dijo: “No tenemos billetes”, “¿De dónde venís?, ¿sois rojas, verdad?”. Todas callaron; entonces el falangista rojo de ira gritó: “¡sí, sois rojas!, no hay más que veros, ¿de dónde venís?”. Tranquilas contestaron “de un campo de concentración”. “Putas, eso es lo que sois ¡unas putas!”. A los gritos del falangista se habían reunido otros y empezaron a empujarlas y reírse con grandes risotadas y a coro las decían: ¡putas, zorras, levantar el brazo! Ellas se apiñaban, creían que era eso lo que las esperaba: un linchamiento. En medio del andén las formaron, las hicieron levantar el brazo y cantar “cara al sol” el himno de los vencedores. Ninguna sabía ese himno, por lo que recibieron bofetadas que las hacían sangrar la boca. Así salieron del andén, sangrando y tambaleantes para desperdigarse cada una por un lado en busca de refugio.

Leo y Laura se encaminaron por el paseo de Delicias abajo, caminaban despacio; el abrigo se lasabría y dejaba al descubierto sus muslos desnudos, hacía calor y sus abrigos atados con cuerda en medio de la ropa veraniega llamaban la atención. Iban hacia su casa, no podían ir a otro lugar y querían saber qué le había ocurrido a su madre.

A la altura del cuartel que hay en ese paseo, vieron que la gente se paraba, un altavoz que invadía la calle con sus voces, cantaba el “cara al sol”, todo el que pasaba se paraba y cantaba brazo en alto el himno. Ellas tuvieron que pararse, un hombre les dio en el codo y con gesto de complicidad las dijo: “Muchachas... levantad el brazo”, el hombre se lo dijo en voz baja, casi sin mirarlas. Por segunda vez tuvieron que hacerlo en me-

nos de una hora. Cuando los altavoces callaron, la gente en su mayoría con la cabeza baja siguió su camino.

A pesar de su fatiga percibían todo; sus ojos eran como dos grandes antenas y hasta su piel estaba erizada por la sensibilidad; temían torcer las esquinas de las calles y abarcaban con una mirada las gentes que les venían de frente, no sabían si en cualquier momento se encontrarían con alguien que torciese su camino. Ya oscurecía cuando por fin, divisaron su casa. Miraron los balcones que estaban herméticamente cerrados; de prisa y mirando a todos lados entraron en el portal; sin esperar el ascensor subieron silenciosas la escalera. Sin darse cuenta de ello, iban encogidas como para empequeñecerse, el corazón les latía a golpes secos. Cuando llegaron a su piso se pararon en él sin atreverse a pulsar el timbre, en voz muy baja Leonor dijo a Laura:

—Escuchemos a ver si oímos la voz de mamá o de los niños. Pegaron el oído a la ranura de la puerta y a los pocos minutos oyeron hablar, pero..., eran voces desconocidas; la voz de un hombre como pidiendo algo y otra voz femenina que contestaba “ya voy”. ¿Quiénes eran aquéllas gentes que estaban en su casa?

—No es mamá —dijo Laura a punto de llorar—. ¿Qué hacemos?

—Llamaremos en casa de los vecinos —y muy bajo añadió Leo—, a ellos no les puede haber pasado nada, eran muy católicos.

Las dos estaban temblorosas, “¿qué le habría pasado a su familia?”. Con miedo apretaron el timbre de la puerta vecina; oyeron unos pasos ligeros y como el descorrer de un cerrojo, se abrió la puerta y la mujer se quedó mirando a las jóvenes sin reconocerlas:

—¿Qué desean? —preguntó.

Leonor con voz temblorosa, casi sin poder hablar preguntó a su vez:

—¿No nos conoce?

La mujer las miró fijamente y al reconocerlas se llevó la mano a la boca, ahogando una exclamación de verdadero terror, “¡Ustedes!”, y sin darles tiempo a más, las empujó hacia el interior de la casa y cerró rápidamente la puerta, apoyándose en ella se pasó la mano por la frente, volviendo a repetir:

—¡Ustedes!... Entren por favor en aquella habitación, no hablen, que nadie les vea —su mirada era de pena y de miedo—. Criaturas..., ¿quién las reconocería?... pero ¿cómo se han atrevido a venir aquí? Las están buscando sin parar.

—¿Qué ha sido de nuestra familia? —preguntaron ansiosamente.

Aquella mujer estaba paralizada por el miedo, un miedo más fuerte que ella, cerró el balcón y la puerta y, juntando las manos, las suplicó:

—No digan nunca que las he recibido en mi casa, me matarían, no saben cómo están las cosas. ¿Su madre?, ¿dónde está?, no lo sé; creo que en casa de una tía de ustedes. En su casa vive un capitán del ejército. Madrid está invadido de oficiales, como no hay palacios para todos han requisado muchas casas de los “rojos”. A usted, Leonor, y a su marido les busca la policía y falange; han preguntado a todos los vecinos y amenazado que si les vemos y no les denunciarnos nos meterá en la cárcel. No saben cómo está Madrid, las cárceles están llenas de presos y conventos, escuelas y, ¡qué sé yo!, todo son cárceles. Yo estoy asustada, nunca me metí en política, siempre fui católica y me creí que al terminar la guerra habría paz, pero esto es terrible; a todo el mundo buscan, se persigue y encarcela por nada; hasta dos sobrinos míos, que no son rojos, los tienen en la cárcel. No sé qué va a ser esto, yo no me atrevo ni a salir a la calle.

Leonor ante el terror de la mujer no se atrevía ni a pedir un vaso de agua, la escuchaba, pero ya no pensaba más que en salir de allí para buscar a los suyos. La vecina prosiguió:

—Su madre las daba en Francia, ¿cómo no están en Francia? ¿Y ese niño?, parece que está medio muerto; pero qué horror

como vienen ustedes —juntando de nuevo las manos pidió con voz suplicante—. Váyanse, váyanse y, por favor, no digan que las he recibido en mi casa, me meterían en la cárcel.

Laura y Leo se levantaron y siguieron a la mujer que, en su miedo, pisaba de puntillas; abrió la puerta y miró hacia el pasillo, cuando se cercioró de que no había nadie, con un gesto les indicó que salieran y en voz baja les dijo: “lo siento, no puedo hacer nada por ustedes, pero tampoco diré a la policía que las he visto”. La puerta se cerró tras ellas precipitadamente.

Estaban rodeadas de su familia, su madre no cesaba de mirarlas; en sus ojos también había miedo, pero no por ella, sino por su hija que creía a salvo y ahora no sabía dónde esconderla. Se había hecho cargo del niño y preparaba agua caliente y la poca comida que tenían para quitarles la mugre y el hambre que llevaban encima. En la casa sólo había mujeres y niños, todos los hombres estaban en campos de concentración o en la cárcel. Su madre ordenó a sus hermanos:

—Uno a cada esquina de la calle, si veis venir el coche de la policía o a falange, sed galgos, avisad inmediatamente.

—¿Temes que venga ahora? —preguntó Leonor.

—Vienen en cualquier momento y en cualquier hora. Puede haberos visto alguien y avisar. A ti y a Emilio os buscan como sabuesos. A los niños y a mí ya nos han tenido en los calabozos para que dijésemos dónde estabais, nos han soltado precisamente para servirles de cebo; por eso, hija mía, debes de salir cuanto antes de aquí, cada minuto es un peligro.

—Pero..., si me buscan así, ¿por qué me han soltado del campo?

—No sé, hija, sueltan del campo y después les detienen donde van, tienen todo controlado, amigos, familiares, todo. Dicen que en los campos no pueden clasificar a tantos miles, pero en cada calle hay un comité de falange y vigilan casa por casa.

—¿Dónde iré?, dices que todos los amigos están presos o huídos, ¿dónde puedo ir?

—No sé, pero hay que buscar un sitio y pronto, tienes que salir

enseguida de aquí. Comió vorazmente y se deleitó en un baño de agua caliente.

Cuando estuvo lista, escasamente una hora de estar con los suyos se despidió con un fuerte abrazo. Atropelladamente había contado a su madre lo sucedido en aquellos últimos meses, allí quedaba Laura, para contarle en detalle.

También su madre le contó a grandes rasgos todo lo sufrido en esos noventa días. Otra vez salía huyendo de esa misma casa, pero esta vez sola, sin saber nada de Emilio, acosada y sin esperanzas.

Su madre le había encontrado dónde esconderse de momento. El encontrar ese refugio, había supuesto para Cristina un gran esfuerzo pero no había dudado en hacerlo para salvar a su hija. Hacía seis años que Cristina se había separado de su marido después de veinte años de casada. Su matrimonio resultó un fracaso casi desde el primer momento, pero soportó esos veinte años porque su “marido no era peor que los demás”, se iba con otra mujeres pero no tenía ninguna “querida fija” que era lo único que no había soportado ninguna mujer de su familia. Por lo demás, él era el amo de casa “como tenía que ser”, para ella no era una desgracia que no pudiese salir a la calle sin su permiso, que la pegara si le hablaba fuerte o no obedecía con prontitud a sus mandatos, “él era bueno, no les faltaba de comer ni de vestir, otros ni siquiera cuidaban así a su familia”, le quería y ni siquiera podía concebir que las cosas fueran de otro modo. Como casi todas las mujeres españolas su marido había sido el único hombre de su vida, desde casi una niña hasta que la encanecieron los cabellos no había hecho otra cosa que obedecerle, eso no constituía ninguna desgracia, sino un deber que se cumplía por todas, hasta con cierto regusto. Esto fue así hasta que Cristina se enteró de lo único que no podía aguantar: que tuviera “otra fija”.

Era “su hombre” y le quería demasiado para permitirle amores “estables” fuera de casa y, lo planteó: “aquello” o “esto”. El marido se quedó con “aquello” y ella con sus hijos. Desde en-

tonces no le había vuelto a ver.

Poco a poco fue asimilando la nueva mentalidad de sus hijos y eso la dio fuerzas para soportar una separación que la hundió en las mayores desgracias. Ahora se acordó de su marido y del padre de su hija para que le ayudara a salvarla y a él le buscó tragándose su orgullo. Fue hasta la casa de la “otra” y su padre se hizo cargo de Leonor.

La llevó a casa de una familia amiga, para pedirle el gran favor, el inmenso riesgo de que escondiesen a su hija por unos días. Aquella familia la metió en una habitación sin ventana, comía sola y no veía a nadie, ni nadie a ella, salvo la mujer que le subía la comida y..., así empezó Leonor su odisea de persecuida.

Acosada

Ya corría el mes de septiembre y las primeras organizaciones clandestinas trataban de organizarse. Los militantes de los distintos partidos que no habían podido salir y que tenían que vivir una vida de absoluta clandestinidad no se resignaban a permanecer totalmente inactivos. A pesar del terror que invadía a todo el país, se buscaba a los compañeros y amigos para tratar de “hacer algo”, no se había machacado por completo la esperanza y no se medía muy bien si el momento era o no oportuno en medio de los fusilamientos diarios y masivos, para levantar esas organizaciones clandestinas. Aún quedaba rescaldo sin apagar y millares de hombres y mujeres escondidos creían un deber empezar a luchar contra el fascismo vencedor con nuevas formas. No existía todavía cohesión, el mazazo había sido tremendo, haciendo añicos todo, pero en pequeños grupos de máxima confianza, aislados unos de los otros, empezaban a hacer cada uno lo que podía.

Leonor estaba con uno de estos grupos, todos se conocían por haber trabajado juntos en tareas de la guerra. En los tres meses

que llevaba escondida los acontecimientos se habían sucedido rápidamente. Inglaterra y Francia habían declarado la guerra a Alemania. Emilio fue clasificado en el campo de Albaterra y trasladado a la prisión de Porlier, esperando un Consejo de Guerra; cientos de huidos estaban en las montañas y se esperaba de ellos no se sabía “qué”, pero empezarían las guerrillas y de ellos y el triunfo de Francia e Inglaterra sobre Hitler comenzaría la reconquista de España. Nadie daba al fascismo en el poder más de un año.

Más de media población de Madrid estaba perseguida o encarcelada. Los perseguidos que no podían escapar al monte se escondían en los sitios más inverosímiles; muchos eran descubiertos por las continuas “razzias” llevadas a cabo barriada por barriada, casa por casa. El terror dominaba la calle, la ciudad era una inmensa ratonera. Era una búsqueda sistematizada, incesante, hecha con saña, con método, pensando que tenían mucho tiempo para exprimir, estrujar, machacar; por eso la vida del pueblo era un azar continuo. Las familias que se decidían a guardar a algún perseguido no resistían por mucho tiempo la tensión nerviosa, y el terror de ver su casa marcada como “casa franca” podía a veces más que la solidaridad. Cuando una “casa franca” era descubierta se llevaban a todos los que la habitaban, desde los niños a los viejos.

Leonor en tres meses había recorrido ocho domicilios; cada día le era más difícil encontrar lugares donde la quisieran tener. Por otro lado, estaba el problema del hambre; todo estaba racionado por cartillas individuales y los perseguidos tenían que comer de la ya escasa ración de los demás.

Cuando terminó la reunión, Galván preguntó a Leonor:

—¿Qué hay de Emilio?

—Nada nuevo. Pendiente de lo que podamos hacer para su evasión —respondió.

—Porlier es muy difícil. Tiene más guardia que ninguna otra por la concentración de condenados a muerte —dijo Galván pensativo—. Sólo existe una posibilidad, si a los condenados a

muerte, les llevan a fusilar, por la carretera del Este, como lo que se hizo en Toledo, pero eso requiere mucha preparación.

—Leonor hizo un gesto de aprensión y, dejándose llevar por el ansia que la invadía, dijo:

—Si pudiera ser antes... Si esperamos al último momento y falla, no queda ninguna posibilidad.

—Sabes que no podemos antes, ya no sale nadie a diligencias ni juicios con falsos policías y falsas documentaciones. Salieron bien los primeros, pero eso se ha agotado. Que miren desde dentro una posibilidad y les ayudaremos en lo que podamos. Tú ten cuidado con las visitas a la cárcel. Te pueden “cazar” ahí mejor que en ningún sitio.

—Descuida, lo hago con toda clase de seguridades.

—No hay seguridades y estás cometiendo una imprudencia.

Leonor era consciente de la imprudencia que cometía al visitar a Emilio en la prisión; lo hacía con documentación falsa y sacando a otro preso a la vez que su familia sacaba a Emilio. Le visitaba cada quince días y siempre iba con el temor de estar cometiendo una grave falta para su seguridad; pero cada día, cada hora esperaba la noticia del Consejo de Guerra que le juzgaría y le condenaría a muerte, después de esto le podrían fusilar de inmediato y ya no le vería más.

Por ello no se resignaba a dejarle de ver mientras pudiera.

Emilio había logrado superar la enfermedad y se encontraba en mejores condiciones físicas que en el campo de concentración. En el Campo de Albaterra, al ser clasificado, había sufrido tortura y creyó que allí mismo lo eliminarían; sin embargo, ya llevaba tres meses en esta prisión pendiente de su condena.

Ese día le encontró triste. Ella crispó las manos en los barrotes, pues temió al ver su desacostumbrada seriedad que le hubiesen notificado su condena a muerte, y le preguntó:

—¿Te han notificado el Consejo?

—No, aún no.

—¿Qué te pasa, te encuentro extraño?

—Hace media hora que han metido a treinta compañeros en

capilla. Entre ellos a Ibáñez. Mañana al alba les fusilarán.

—Pero... no son más que las cuatro y media de la tarde, ¿tan pronto los meten en capilla?

—No tienen regla: igual da las cinco de la tarde que la una de la madrugada. A todos los fusilan al alba.

Hablaba triste. Leonor no intentó ahuyentar su pesadumbre.

Los escasos minutos de la comunicación estuvieron cargados de tristeza. El locutorio era menos ruidoso que otros días; en los rostros de los presos se leía la impotencia. Al despedirse, Emilio le dijo:

—Cúdate mucho. No caigas en sus manos. No vengas a verme, tengo miedo por ti.

Al salir, el tiempo presagiaba tormenta; las calles tenían un aspecto reseco con la somnolencia de la siesta. Las persianas en los balcones resguardaban a sus habitantes del sol pesado y plomizo. Las calles estaban medio desiertas y las pocas gentes que transitaban por ellas lo hacían con desgana. A Leonor le pesaban los pies al traspasar el umbral de la prisión. Estaba deprimida; no tenía ningún deseo de meterse en su escondrijo. Sabía que estaría pensando toda la noche en los treinta hombres que estaban en capilla para ser fusilados de madrugada. Tenía deseos de ver a su hijo, pero esto no era posible; sólo le veía de tarde en tarde cuando sus hermanas le avisaban que irían al parque. A distancia, le veía jugar, nunca se acercaba a él. Durante meses estuvo el niño entre la vida y la muerte, pero se salvó; ahora ya volvía a corretear, aunque aún flacucho.

No veía tampoco a su madre, sólo a sus hermanas, que más ágiles podían burlar mejor la vigilancia de la policía. Su búsqueda era incesante, continuamente iban a interrogar y hacer registros a los suyos.

Le pesaba como una losa de plomo el sufrimiento de su madre y la idea de verla en prisión si ella no aparecía como ya le había amenazado la policía. Así transcurría su vida solitaria y azarosa. Con escasísimos medios económicos y rodeada del

terror cada día se estrechaba más el cerco.

Se dirigió a su alojamiento y, como de costumbre, antes de entrar en el portal dio un rodeo y miró hacia la ventana. Tenía como contraseña que ésta estuviera abierta en caso de peligro. Vivía en el último piso y un temor tremendo se apoderaba de ella antes de empezar a subir las escaleras. Siempre era igual. En el primer rellano estaba la portería con puerta acristalada que daba al portal. Ese día, como todos, al entrar miró hacia la cristalera, paróse en seco: dos hombres vueltos de espalda hablaban con la portera. La expresión de ésta era de asombro y, al ver a Leonor, la miró un segundo con los ojos muy abiertos y bajó rápidamente la cabeza. Leonor no esperó más; un escalofrío le recorrió la espalda, dio media vuelta y salvó los dos pasos que la separaban de la calle. Trató de no apresurarse, de ir serena por si vigilaban el portal. Cuando llegó a la primera esquina volvió la cabeza y, al ver que no la seguían, aceleró el paso: “¿Habría sido una falsa alarma?”, “la ventana estaba cerrada, pero la actitud de la portera le pareció elocuente”, “¿qué podía hacer?”, “era posible que no les diese tiempo a abrir la ventana o que aún no hubiese subido la policía, aquella mujer apenas la conocía pero su expresión fue como de aviso”, “no podía subir ante la duda, ¿pero, dónde ir?”.

Seguía andando de prisa, sin detenerse, sin rumbo fijo.

No tenía nada personal en la casa. Todo lo que poseía lo llevaba consigo; en un bolso grande los objetos de aseo, tres bragas, medias y dos pañuelos; su único vestido y zapatos los llevaba puestos: “Si la portera no decía nada de que allí había una desconocida, sus amigos podrían negar”, “¿dónde meterse de momento?”.

La cabeza le daba vueltas; fatigada se sentó en un banco y trató de pensar dónde podría dirigirse. Repasó en su memoria alguien que la recibiese; sabía que era un peligro para quien la alojase y sentía escrúpulos de ir “quemando” a los amigos. Por otra parte, el terror de ellos era tan grande que ya había recibido múltiples decepciones. Recordó a una buena mujer que ha-

bía sido amiga de su madre y con quien siempre las unió una gran amistad. Había dejado de verla durante los tres años de guerra, por lo que no estaba segura de si aún vivía en el domicilio que ella conocía y de su actitud ante la situación presente. De lo que no le cabía duda es de que si no la recibía, tampoco la delataría. Iría allí. Esperaría la noche para que nadie la viera. Miró las monedas que llevaba en el bolsillo, muy poco. Si la mujer le fallaba tendría escasamente para pagar esa noche una pensión. Las pensiones y hoteles eran peligrosos; tenían que pasar cada noche la lista de los huéspedes a la policía y ésta hacía comprobaciones constantemente. Leonor tenía documentación falsa, pero toda la policía poseía su fotografía; ella había sufrido una transformación pero no lo bastante para que no se la reconociese; una pensión era tanto como meterse en la boca del lobo.

En el banco de un parque esperó hasta que anocheció. Evitaba subir a ningún transporte. Como la distancia era larga, antes de hacerse totalmente de noche empezó a caminar. No había comido y sentía hambre, pero no podía gastarse en comida las monedas que poseía.

Llegó a un barrio obrero; los temía, pues en ellos las “razzias” eran despiadadas, pero allí era donde vivía la mujer. La calle era como la suya, estrecha y sórdida, y como en la que se crio; la chiquillería jugaba en ella medio desnuda; también se sentaban las mujeres para tomar el aire. Leonor entró en el portal y se dirigió al segundo piso. Se acordaba perfectamente que era el número cinco la puerta de Dolores. Tiró del cordón de la campanilla y apareció una mujer gruesa secándose las manos en un delantal de dudosa limpieza. “¿Qué se le ofrece?” — preguntó con voz campechana.

—Usted es Dolores, ¿verdad? — preguntó a su vez Leonor.

—Sí, yo soy.

—¡Vaya con Dolores! Sin conocer a las viejas amigas — sonrió Leonor con voz festiva.

—Pero... ¡si es Leo! ¡Válgame Dios!, ¿pero quién te conoce

muchacha con ese pelo? Pasa, hija, pasa y dame un abrazo muy fuerte.

Se abrazaron y pasaron a un pequeño comedor, humilde pero pulcro, Dolores la cogió de las manos, preguntaba por todos, por su vida en esos años y le daba cuenta de sus peripecias en la guerra. Había estado evacuada en Levante y a su hijo “se lo habían muerto” en el frente de Teruel. Su marido acababa de salir de un campo de concentración y trabajaba sólo tres días a la semana. Su chica “estraperlaba” en harina que traía de los pueblos cercanos. No había más remedio, ¿cómo lo iban a pasar, si no?

—Aun así, Leo, hija mía, estamos a media ración, más hambre que la guerra. Sí, hija, sí. Al menos, en Valencia te hartabas de naranjas, patatas y boniatos. Y ahora...

¿qué hay ahora?, pan de serrín y judías con bichos. Pues... ¿y el carbón? ¡Qué colas, hija! Te tienes que ir a las doce de la noche, pasártela al sereno, para que por la mañana te den dos kilos que no tienes ni para hervir las judías. Bueno, cuéntame de vosotros.

Pero la buena de Dolores hablaba y hablaba y Leonor se iba sintiendo cada vez con menos fuerza para decirle el objeto de su visita.

—Te quedarás a cenar, ¿eh?, Pablo se alegrará mucho de verte y la chica igual. Mucho hablamos de vosotros y siempre decimos: tenemos que ir a ver a Cristina, pero un día por otro se pasan los meses. ¿Seguís viviendo en el mismo sitio?, ¿y tu marido?

Leo se armó de valor, y dijo:

—No, Dolores, no vivimos en el mismo sitio. Ya no tenemos casa. Mamá y los niños están con mi tía; mi marido en prisión y yo perseguida por la policía. Para decirte esto y pedirte que me guardes por unos días he venido.

Dolores la miró intensamente, dejó su parloteo y Leonor temió la cogiese de un brazo y la echara a la calle, pero Dolores apretó sus manos y con un gesto serio le dijo:

—No faltaba más, hija mía. Te daré cobijo por ti y en memoria de mi hijo muerto.

Quince días llevaba Leonor en casa de Dolores y ya empezó a notar el desasosiego de Pablo. La mujer, más tranquila, la miraba sin hacerla notar su condición de intrusa pero el marido, taciturno y malhumorado, casi no le dirigía la palabra; Leonor hacía que no notaba esa actitud hostil y procuraba suavizar su irritación extremando su amabilidad con él. Presentía que no podría estar mucho tiempo en esa casa, a pesar de la buena voluntad de Dolores. Envió recado a su madre para que le buscara otro sitio, sus posibilidades se habían agotado, pero se hizo el firme propósito de no marcharse hasta que no la echaran. Ese día no se hizo esperar.

Estaban comiendo unas gachas de almortas como único plato. Callaban; Dolores, antes tan parlanchina, ahora rara vez hablaba delante de su marido. Las tres mujeres habían dado ya cuenta de más de la mitad de su ración y Pablo no había empezado aún.

—¿No comes? —le preguntó su mujer.

—No tengo apetito. Anoche se han llevado a Teodoro; la policía estuvo en el portal de al lado. Digo yo, Leonor, que aquí no estás segura, ni nosotros tampoco. Ya nos preguntan que quién eres. Tú ya sabes..., ahora todo se husmea y todo el mundo tiene miedo. En el piso de arriba vive un falangista. Lo siento, muchacha, pero debes marcharte.

—¿Cuándo?, ¿hoy mismo? —preguntó Leonor.

—Hum..., lo antes posible —contestó el hombre, metiendo la cabeza en el plato; y prosiguió—: ya llevas quince días, podías haber buscado, ¿no comprendes, Dolores, que vamos todos con ella?

—Pablo, Pablo, acuérdate de nuestro hijo.

—¿Y qué tiene que ver nuestro hijo? A él le mataron en el frente.

—De haber vivido, ahora estaría como esta pobre niña —

contestó Dolores.

—Por favor, no discutan, me marcharé de hoy a mañana. Bastante han hecho por mí, y Pablo lleva razón. Comprendo su miedo.

La hija callaba, y el padre le preguntó:

—¿Tú que dices, hija?

La muchacha, con los ojos bajos, esquivando la mirada de Leonor, contestó:

—Que también tengo miedo, padre.

A Dolores se le llenaron los ojos de lágrimas, apartó su plato y se levantó de la mesa.

Otra vez otras caras y otros temores. Unos primos lejanos de su madre le dieron esta vez casa. A él, mal encarado, fanfarrón y mujeriego, no le gustaba trabajar y el alojamiento de Leonor les permitía de momento unas monedas fáciles, no la admitieron como amiga, sino como huésped. Desde el primer momento, Leonor se sintió incómoda en aquella casa. La mujer, flaca y fea, estaba frustrada frente a la poderosa masculinidad de su marido y le agradecía constantemente la limosna que la daba. Él era exigente y había doblado la cerviz de la mujer a fuerza de servirle. No conocía a Leonor y, al verla, la midió con la mirada y un reto de macho apareció en sus ojos; con voz de conquista le dijo:

—Pero..., chica, ¿cómo es que te has metido a “desfacedora de entuertos”? Leonor le miró sin contestar.

—¿No me oyes, paloma? —siguió preguntando el hombre.

La muchacha tuvo que hacer un esfuerzo para no hacer caso de su pregunta, dirigiéndose a Luisa —así se llamaba la mujer—, pregunto: “¿Cuándo has visto a mi madre?”, Luisa contestó:

—Ayer, está bien, no te preocupes.

Luisa la miraba insistentemente; Leonor, incómoda, volvió a preguntar: “¿cuál es mi habitación?”.

La casa era una planta baja en las afueras de Madrid. A Leonor le era muy difícil en tales condiciones ir y venir para hacer su trabajo en la organización clandestina. Antes de la caída de

la noche tenía que haber regresado; la carretera era un peligro, la guardia civil pedía la documentación y en pleno día no se aventuraba a andar por las calles.

Ya se notaba el frío de los primeros días de noviembre, de ese mes triste y precursor del largo invierno, y éste se presentaba particularmente negro y penoso para los españoles. Hitler seguía su marcha a largas zancadas engulléndose a Europa; los españoles exiliados sufrían también allí la persecución de la Gestapo. En el interior, los pasos de la montaña eran cada vez más difíciles. De mayo a noviembre los fusilamientos en toda España se podían contar por miles. El hambre se cebaba en las gentes; la prostitución en ocho meses de “liberación” había alcanzado cifras astronómicas. Se había vuelto a la época de los ricos más ricos y los pobres más pobres.

Leonor estaba en esa vorágine de calamidades. Una calamidad para ella insuperable estaba suponiendo el asedio de Pedro. La devoraba con los ojos y casi no se movía de la casa, siguiéndola siempre. Leonor temblaba cada vez que Luisa desaparecía de la casa. Ella procuraba estar todo el día en el huerto, evitando el interior, pero sabía que esto no era una defensa. Estaban solos a muchos metros a la redonda. Dos meses hacía que vivía en esas condiciones.

Ese día amaneció lluvioso. Estaba Luisa sola, cosa desacostumbrada a aquella hora de la mañana y al verla, le dijo:

—Leonor, Pedro ha ido al centro, tengo que hablarte. Tienes que irte, ya has visto la actitud de Pedro hacia ti, tengo miedo. No debí permitir que vinieses a esta casa, pero quiero a tu madre y tenía necesidad del dinero que nos da por tu hospedaje. Sin embargo, debí pensar en mi marido, no tiene escrúpulos de nada. Hemos vivido los tres años de guerra en la zona franquista, es capaz de denunciarte si no consigue sus propósitos. Busca otra casa y vete de aquí antes de que sea demasiado tarde — interrogante, preguntó—, ¿me comprendes, verdad?

Sí, la comprendía. Era honesta y buena y tenía miedo de la brutalidad de su marido.

Al mediodía sintió los pasos fuertes de él. No tenía ningún deseo de sentarse a la mesa; pretextó dolor de cabeza y se quedó en su habitación. A la caída de la tarde, cuando ya oscurecía, se levantó el pestillo de su puerta.

—¿Qué tal, palomita?, ¿te sientes mejor?

Pedro asomaba la cabeza y, abriendo totalmente la puerta entró en la habitación;

ella se levantó rápida, y contestó:

—Sí ya estoy mejor, gracias —y preguntó— ¿y Luisa?

—Marchó por unos mandados. Hace frío fuera; siéntate mejor. Chiquilla no he podido comer sin verte. Había ido al centro para traerte un regalito —y le enseñaba una pulsera con un corazón colgado.

—Gracias, Pedro, te lo agradezco, pero no me gustan las pulseras.

—Me lo vas a despreciar.

Leonor temblaba, pero procuraba aparecer tranquila.

—A Luisa le he traído otro regalito, no tan fino, ¿sabes...?, una bufanda para ver si se ahorca. No te hagas la ñoña. Tú sabes que me gustas, y lo que me gusta lo tomo

—se acercaba a ella con los ojos inyectados en sangre.

—No te acerques, por favor —le dijo Leonor.

—Sí, ¡ven!

Sintió sus manos en los hombros y su hocico rozándole el cuello. Leo, haciendo un esfuerzo, se zafó yendo hacia la puerta abierta. Él la cogió por la cintura y ella, rápida, volviendo la mano cogió lo único que había a su alcance, un jarro de porcelana del lavabo. Con él le dio un golpe en la frente que le hizo brotar sangre. A causa del dolor aflojó la presión y ella salió corriendo hacia la puerta de la calle. Cuando había logrado abrirla, él la volvió a alcanzar y con la sangre goteándole por la cara la abofeteó y, poniéndole la rodilla en los riñones, de una patada la tiró al suelo.

—Vete, maldita, o te mato.

Leonor cayó de bruces, pero se levantó y corrió sin fijarse en la

dirección que tomaba.

Todo se lo dejó allí. El poco dinero que tenía, su pobre ajuar y las cartas de Emilio. Ahora sí que estaba con las manos vacías. Sola, en despoblado y sin un solo céntimo. ¿Qué podía hacer? Se dio cuenta de que el chal se le había caído de los hombros al tratar de defenderse. Iba solo con una blusa fina y una falda negra, con zapatillas de casa, metida por un gran barrizal.

Se había hecho de noche y la carretera estaba a oscuras.

Se detuvo para tratar de orientarse a campo traviesa. Quería evitar la carretera para no encontrarse con la guardia civil. Le escocía la mejilla y se llevó la mano a ella; notó hinchazón alrededor del ojo. Y ahora se daba cuenta que la blusa estaba rota. “Bestia asquerosa”, musitó. Iría a su casa, no le quedaba otra posibilidad. Eran alrededor de las ocho y tenía que darse prisa, los portales los cerraban a las diez. Los serenos eran, casi todos, confidentes puestos al servicio de la policía y los comités de falange.

Anduvo sin descanso y, a pesar del frío, sentía calor. Una irritación interna la devoraba. El terreno estaba lleno de accidentes; había sido zona de guerra y las trincheras y agujeros de las bombas aún estaban frescos. Tenía que dar frecuentes rodeos, las trincheras estaban cenagosas de la lluvia que había caído durante la mañana. Las luces lejanas la guiaban, pero parecía que nunca las iba a alcanzar. Las zapatillas, ya húmedas y embarradas, la hacían el andar más pesado. En la oscuridad del campo vio reflejarse la luz de una linterna y, simultáneamente, el ladrido de un perro; “la guardia civil” —pensó—. No volvió la cabeza y apresuró el paso, pero una voz de hombre llegó hasta ella: “¿Quién vive?”.

“Tengo que contestar, aquí no tengo escapatoria”. Y parándose, elevó la voz.

—Soy una vecina de las casas de la carretera. Voy por un médico.

El hombre se había acercado. Llevaba en una mano la correa que sujetaba al perro y en la otra la linterna.

“No es guardia”, pensó Leonor con alivio.

—¿Dónde va por el médico?, ¿al puente?

—Sí, señor.

—Llevo el mismo camino, le acompañaré, ¿cómo no lleva linterna?, está expuesta a caerse en un hoyo.

—Conozco bien el camino.

—¿Quién está enfermo?

—Mi madre.

Leonor calló y empezó a caminar al lado del hombre.

El perro gruñía y su dueño, dándole un tirón de la correa le dijo:

—“A callar, lobo”, ¿no ves que es una moza?

El hombre la ayudó a salir de aquellos andurriales; anduvieron cerca de media hora juntos. Al llegar al puente miró el reloj de una casa de bebidas. Eran las nueve y diez. El hombre le preguntó:

—¿Sigue para abajo?

—No, voy a esta primera calle. Muchas gracias, señor.

—¿Me necesita para algo?

—No. Nuevamente, gracias por todo.

Se despidieron y ella torció por la primera calle para separarse de él. Aún le quedaba un buen trecho para llegar a su casa; no podía aflojar el paso. Cuando llegó, la calle estaba desierta y se metió rápidamente en el portal. En el piso bajo vivía una amiga y apretó el timbre.

—¡Leo! —exclamó la mujer, y apartándose de la puerta, dijo: pasa. La metió en una habitación y en voz baja añadió—: Espera aquí. Voy a acostar a los niños; no quiero que te vean.

Salió sin pedir explicaciones a Leonor y ésta se sentó en el borde de una cama. Entonces sintió fatiga y abatimiento. Sabía que no podría pasar allí la noche y que su madre tendría que buscarle nuevamente dónde dormir.

—¿Qué te pasa?, ¿cómo te has atrevido a venir aquí? —preguntó su amiga cuando volvió—, ¿qué tienes en la cara?, el ojo le tienes morado.

—Avisa a mi madre, por favor. Tengo que hablar con ella, no tengo dónde ir.

—Es un peligro que estés aquí o en cualquier otra casa de la vecindad, la policía lo mira todo. Voy en seguida a avisar a tu madre.

Al momento bajó, al verla con un ojo amoratado y sin abrigo la cogió las mejillas:

—¡Hija!, ¿quién te ha hecho esto?

—He tenido que salir de allí.

—¿Ha sido Pedro? ¡Será cabrón!, ya me las pagará —decía su madre.

Petra salió de la habitación poniéndose el abrigo y en la mano una chaqueta para Leo.

—Vamos —dijo—, mi madre te tendrá hasta que encontremos otra cosa.

De la cárcel de Porlier la sacaron mil pesetas, con lo que se compró un vestido y zapatos. No buscó más casas amigas, se fue a una pensión de “señoritas”. Se recogió el pelo y con un libro de misa en la mano pasó a ser la señorita Carmen Menéndez.

Una habitación mediocre con un Cristo a la cabecera de la cama, una cómoda incolora y unas señoritas “melifluas” eran ahora su compañía.

Por el módico precio de veinte pesetas diarias “gozaba” de la charla añorante de la dueña de la pensión. Vivía del recuerdo de su “difunto esposo”, de su “coronel”. Su butaca en la ópera, donde, a veces, veía a la familia real. “¡Oh!, Carmencita, aquello era vida... La reina tan guapa, las infantas... ¡qué simpática!, siempre les saludaban con una inclinación de cabeza, y... ¿el rey?, ¡tan arrogante!”. “Para la ópera siempre me ponía el collar y los pendientes de azabache que me trajo mi coronel de Melilla.

¡Preciosos! Todo era tan distinguido entonces. Claro que usted es una niña y en provincias la vida no es como en la Corte, pero seguro que sus papás también serían monárquicos, todos

los españoles lo somos, ¿verdad, señorita?”.

¡Si, sus papás eran monárquicos!, y su abuelita también tenía unos pendientes de azabache. “¿Eran carlistas o isabelinos?”, “pues... no sabía”.

Su madre se encontraba enferma y Leo decidió ir a verla. Entró a su casa ya oscureciendo sin que nadie la viera; su madre se incorporó en la cama y preguntó trémula: ¿Qué pasa ahora, hija?

—Nada, mamá, quería verte. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, hija, pero es una imprudencia que hayas venido.

—No me ha visto nadie.

—Puede venir la policía —añadió, dirigiéndose a Alicia—. Baja al portal mientras esté tu hermana aquí.

Como en los viejos tiempos, se sentó al lado de su madre y hablaron; ésta le contó cosas del niño y de su pequeña vida. Leonor le pidió que llevasen un recado a una amiga, la dirección la puso en la nota con un mensaje escrito y se lo dejó a su madre encima de la mesita de noche.

Llevaba casi una hora haciendo compañía a su madre y cuando se estaba preparando para marchar, apareció su hermana exclamando: “¡Leo!, ¡la policía!”.

Por una milésima de segundo madre e hija se miraron sin saber qué hacer, pero Leo, de un salto, salvó la puerta y subió escaleras arriba. No podía bajar, sentía subiendo las pisadas de la policía. Se paró en el primer rellano confiando que la escalera quedase libre para ganar la calle, pero..., de súbito, algo la golpeó: “La dirección de Julia dejada en la mesita de su madre”, “¿ésta se daría cuenta?”, “tenía que impedir que la policía la viese. Su madre vendía judías, éste sería su pretexto”. Decidió bajar la escalera y llamó a la puerta de su casa. Abrió un policía.

—¿Qué quiere?

—¿Está la señora Cristina?

—Pase, ¿quién es usted?

Leonor miró rápidamente a la mesa, el papel no estaba allí.

Los dedos de su madre hacían una bolita con “algo”, captó la mirada de su hija y, a pesar del terror que le dio verla allí, supo por lo que había ido. Sin dar tiempo a nada Leonor preguntó:

—Señora Cristina, ¿tiene judías para venderme?

—No, hija, no me quedan.

Los tres policías miraban la escena un poco perplejos. El que le había preguntado reaccionó y volvió a insistir:

—¿Quién es usted?

Leonor, con la voz más castiza que pudo, contestó:

—¿Que quién soy?, pues... una vecina que vengo a comprar a la señora Cristina judías. Bueno... ¿y usted quién es para preguntarme?

—Policía —dijo, masticando la frase.

—Usted perdone. Soy una vecina, vivo en el piso de abajo y sólo he venido a comprar judías.

—Eso es “estraperlo”, ¿no? Las podríamos llevar a las dos a la cárcel por eso.

—Venga, váyase, ¿dónde dice que vive? —era otro policía y parecía el jefe del grupo.

Salió de su casa, dejando a su madre con los tres policías. Las palmas de las manos las tenía húmedas del esfuerzo que había hecho para mantenerse serena. En la puerta sólo estaba el coche de la policía con el conductor. Salvó el portal y al torcer la esquina de la calle se encontró con una vecina que le dijo que avisara a Petra, por si la policía preguntaba si vivía allí. Corrió por las calles oscuras para desaparecer de aquel barrio. Se había escapado de entre sus manos, pero se daba cuenta de las imprudencias que había cometido aquella tarde. Leonor pidió a sus camaradas que la enviaran a la montaña, le era cada vez más difícil esconderse en Madrid. Tendría que esperar unos días, no era un buen momento para ello.

Una mañana que iba a ver a Emilio y que subía por el paseo de las Delicias se dio de cara, inesperadamente, con Pedro. Trató de esquivarle, pero ya era tarde. Él la había visto también y una amplia sonrisa se dibujó en su grosero rostro; poniéndose

delante de ella, le dijo:

—¡Vaya, paloma!, ¿en qué nido te guardas ahora?

Leonor le miró y, sin contestar, trató de pasar, pero el hombre, acercándose más a ella, la volvió a decir:

—No, rica, no; ahora no te escapas.

La muchacha le dio un empujón para quitárselo de encima. Él, rápidamente, la cogió de los brazos y la arrinconó contra la pared y empezó a gritar: “¡Guardias!, ¡guardias!, ¡aquí tengo una comunista!”.

Ella luchaba desesperadamente por desasirse de sus manos y veía que la gente ya les hacía corro, él, poniéndole una pierna en el vientre, gritaba cada vez con mayor fuerza: “Ahora no te escapas, ¡guardias!, ¡una comunista!”.

Leonor se vio perdida, la gente estupefacta contemplaba la escena y oyó decir: “Que vienen los guardias”. Sin saber cómo, alguien agarró a Pedro por el cuello y a ella de un brazo, diciéndole: “Muchacha, escapa”.

Salió de entre la gente y vio un tranvía que pasaba por la calzada y, sin medir el peligro, puso el pie en el estribo y lo tomó en marcha. Desapareció de su vista el grupo de gente que se disolvió rápidamente a la llegada de los guardias y Pedro frenético señalando hacia donde ella se había ido.

Ese día, Emilio le dijo:

—No vengas a verme, no vivo por ti, te están acorralando.

—No volveré más, esta es nuestra última visita. Me iré al monte, los camaradas lo están organizando, será dentro de unos días.

Emilio la miraba con infinito cariño, como acariciándola con los ojos, sabía que sería la última vez que la vería, estaba seguro de su fusilamiento, tenía la voz un poco ronca cuando volvió a preguntar:

—¿Quién sabe tu alojamiento ahora?

—Laura y Alicia y la mujer de Crespo.

—¿Por qué la mujer de Crespo?

—Fue necesario.

—No vuelvas más aquí, trata de cambiarte de alojamiento hasta que salgas de Madrid y que no lo conozca nadie más que Laura. Hazme caso, trata de irte de donde estás. Creo que andan detrás de la mujer de Crespo.

Le vio tan preocupado, que le contestó: “Lo haré”. La despedida fue penosa y triste. Los dos tenían la seguridad de no volverse a ver más, como no ocurriese un “milagro”, y ellos sabían que no había milagros. Estuvieron agarrados a la reja hasta que los guardianes se lo llevaron a él. Leo sintió una sensación de vacío y soledad como nunca. Tomó el camino de la pensión, sin saber cómo iba a poder salir de allí para cumplir la promesa que le había hecho a Emilio.

Al llegar a la pensión, doña Raquel obsequiosa, le dijo: “Señorita Carmen, tiene usted una visita”, “¿una visita?”. Sí, una amiga de su tierra, está en el saloncito.

Sentada, mirando una revista de las “Hijas de María”, estaba su hermana Laura. Se levantó elusiva, diciendo: “¡Hola, Carmen!, estoy de paso por Madrid y vengo a saludarte”. Pasaron a la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leo.

—Han detenido a mamá, a los tíos, a la mujer de Crespo, a doce en total, para interrogarles sobre ti.

—¿Dónde están?

—En una casa de falange.

—¿Si me entrego, los soltarán?

—No te entregues; mamá lo dijo, que pase lo que pase, no te entregues, eso no resuelve nada. Sería peor para ellos y para ti, si no te entregas pueden seguir negando, pero si lo haces la policía sabrá que ellos tenían relación contigo y os quedaréis todos detenidos.

—Llevas razón en lo que dices, pero no puedo soportar la idea de que esté mamá en manos de falange, la estarán torturando. La mujer de Crespo sabe dónde estoy, no sé si resistirá.

—Vete de aquí en seguida, ¿cómo te las vas a arreglar?

—No te preocupes. Me las arreglaré sola. Esta tarde me mar-

cho de aquí, y tú, querida mía, no vuelvas a verme. ¿Y tú, cómo te las arreglarás con los niños sin mamá?

—Todo irá bien, sálvate tú.

Se despidieron con un fuerte abrazo y Leo comenzó a recoger sus cosas.

No había pasado media hora de la marcha de su hermana, y cuando ya se disponía a salir, oyó un revuelo en la casa; doña Raquel llamó a su puerta y excitadísima, la dijo:

—Señorita, señorita, ¿no sabe lo que pasa? La policía ha rodeado la casa. No dejan salir a nadie y van a registrar piso por piso, buscan a un ladrón.

Salió de la habitación toda nerviosa, sin esperar contestación se fue “a ver qué pasaba”. Leo, se dijo: “se acabó”. Una especie de tranquilidad se apoderó de ella; soltarían a su madre y ella dejaría de huir.

Salió al salón. Todas las pensionistas hablaban a la vez: “es un ladrón que se ha refugiado en un piso de estos, Dios nos libre, menos mal que aquí somos todas señoritas honorables... Pero ¿para un ladrón tanta policía?, si han venido dos coches”.

Leonor callaba y pensaba qué podría hacer, toda la casa estaba rodeada, la terraza tomada y nadie podía salir, pero... ¿cómo no iban directamente a la pensión?, “no deben saber el piso y aquí hay varias pensiones, por eso van a registrar todo”.

Llamaron a la puerta; todas se agolparon. Era la policía. Doña Raquel, haciendo casi una reverencia, dijo:

—Señor policía, aquí no está el ladrón.

—Señora, vengo a hablar por teléfono, me han dicho que es usted la única que lo tiene. No buscamos a un ladrón, sino a una “roja”.

—¿Una roja? ¡Dios mío, eso es mucho peor!, pero aquí no está, porque son todas señoritas honorables.

—Bien, que no salga ninguna, ahora subimos.

Leonor entró por su maletín y se dirigió a la puerta. “¿Dónde va?”, le preguntó Doña Raquel, “a la calle”, “no la dejarán salir”. “Me mirarán la documentación y saldré”. Bajaba la esca-

lera y la policía subía. Uno de ellos, con bigote a lo Hitler, la paró:

—¿Dónde va?

—¿Cómo que dónde voy? A la calle.

—Policía. Suba con nosotros a su piso.

Entró de nuevo en la pensión. Pidieron la documentación y, al tomar la suya, la miraron fijamente.

—Conque... Carmen Menéndez, ¿eh?

Llevaban su fotografía en la mano. Cuando se la llevaron, doña Raquel, medio desmayada, gemía: “¡En mi casa una roja! ¡Y yo creía que era una señorita!”.

La tortura

Se estremeció al despertar. Abrió los ojos y vio que la luz de la madrugada se filtraba por la alta ventana enrejada de la celda dando a ésta un aspecto lúgubre y sombrío.

Tardó unos minutos en tomar conciencia de dónde se hallaba. Por fin, recordó. Se incorporó en el jergón de paja tirado en el suelo que le servía de cama. Una manta maloliente de borra la cubría el cuerpo. Paseó su mirada por aquellas cuatro paredes, que de ahora en adelante serían, sin saber por cuánto tiempo, donde viviría. Trató de echarse de nuevo y un quejido se escapó de su garganta. Su cuerpo, dolorido y magullado, se negaba a cualquier movimiento. Las ideas se agolparon en su cabeza, estaba ya completamente despierta. Un gran silencio invadía toda la prisión. Calculó la hora, debían de ser las seis o las siete de la mañana, se encontraba en aquella prisión desde hacía cuatro o cinco horas.

Había ingresado a las dos de la madrugada y venía de los sótanos de Gobernación. La segunda etapa de su detención había comenzado acabando con la primera, terrorífica y espantosa, de los sesenta días de interrogatorios.

De pronto, oyó un gran cerrojazo. Un instante de silencio, se-

guido de un siseo y nuevamente el ruido del cerrojo al cerrar una cancela. Silencio de tumba en aquella prisión que albergaba cerca de catorce mil mujeres.

Todos sus sentidos se pusieron en tensión. Aquella luz opaca, aquellas cuatro paredes desnudas, aquella ventana enrejada en poco se diferenciaba de aquel otro calabozo que acababa de dejar y allí... cada ruido era precursor de un martirio. Se relajó al oír alejarse las pisadas, su cabeza estaba enfebrecida. Un gran cansancio la invadía.

Quería descansar, dormir, convencerse de que ya había pasado lo peor, la “prueba”, que aún vivía, que ya no la rodeaba la jauría, que no la “subirían” de nuevo, que estaba en la cárcel, ¡la cárcel!..., idea liberadora para quien venía de aquel infierno.

Allí había cerca de catorce mil mujeres, entre ellas muchas de sus amigas y camaradas que habían pasado los mismos tormentos que ella. Todo su pensamiento era un amasijo. Llevaba sesenta días casi sin dormir y ahora no podía ordenar las ideas. Sólo quería descansar. De pronto, sin haber medido el tiempo, oyó retumbar en toda la prisión el ruido del claxon: era diana.

Inmediatamente, como si la vida que allí se encerraba estuviese conteniendo el aliento, esperando esta señal, un ruido enorme lo llenó todo: puertas que se abrían, palmas, pisadas fuertes... Desde el silencio de la celda a Leonor le reconfortó el ruido: ¡Estaba entre ellas! El silencio de sesenta días de calabozo había desaparecido.

Venciendo su cansancio, se puso en pie, dobló la manta y la extendió sobre el jergón para hacerse un asiento; se chapuzó la cara y las manos. Estaba vestida. No se

había desnudado esa noche siguiendo la costumbre de los dos últimos meses. Se sentó, rodeando sus piernas con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas. Expectante a cada nuevo ruido, esperó y escuchó.

Llegaron voces que no sabía distinguir, se encontraba alejada de las galerías generales, estaba en las celdas de incomunica-

das. No lo sabía, no conocía la prisión, pero percibía que los ruidos no estaban próximos. Una media hora después, un nuevo claxon más prolongado que el primero. Creció el movimiento y por los cuatro costados de la prisión se oía la misma voz: “¡Formen! ¡Formen!”. Oyó cantar el “cara al sol” por miles de voces, era impuesto a las presas después de las formaciones.

Ahora llegaban a ella unas palabras que percibió con claridad, alguien preguntaba “¿Ha habido ingresos esta noche?”, contestaron: “Sí, siete, una incomunicada que viene molida”. Desde esa distancia llamaron:

—Compañera, ¿quién eres?

Leonor se había levantado de un brinco. El corazón le latía fuertemente. La voz del otro lado de la cancela, haciendo bocina con las manos, volvió a insistir: “¿Cómo te llamas, compañera?”.

—Leonor García.

—¿Vienes de Gobernación?

—Sí.

—¿Te han pegado mucho? Pide ver al médico. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. ¿Cuándo saldré de aquí?

—Estás incomunicada. Nos será un poco difícil ponernos en comunicación contigo. Cuidado, la guardia que entra hoy es mala. Animo, compañera. Ya sabes que estamos contigo. ¡Hasta la vista!

Este fue el primer contacto que Leonor tuvo con sus compañeros de prisión. Su voz, cálida y solidaria, la reconfortó. Así, pues, estaba incomunicada. El juez no le había dicho nada. Algo extraño notó a la salida de los calabozos de Gobernación. Un grupo de mujeres estaba esperando para subir al coche celular y a ella la trajeron sola en un “jeep” con dos policías. Nada preguntó de por qué no iba con las otras, tanta repugnancia sentía de hablar con sus acompañantes. Ahora lo comprendía, estaba incomunicada, por lo tanto no había acabado todo. La cárcel no ofrecía ninguna seguridad. Estaba expuesta a nuevos

interrogatorios con la consiguiente tortura. Aún debían de quedar hilos sueltos para la policía, ¿qué podía ser? Habían cerrado su declaración y todos sus compañeros estaban en prisión, ¿qué faltaba? Tembló ante la idea de nuevas diligencias, de que la excarcelaran. Estaba débil, agotada, enferma; tenía miedo de no resistir otra vez. Resistió todos los tormentos, los de su pobre cuerpo herido y tumefacto, los de su propia carne y también... los otros, los de sus compañeros. El dolor y la impotencia de no poder hacer nada por nadie, la angustia de sentir los lamentos de quienes no podían resistir sin gritar los tormentos que les daban. Todos, sin excepción, los treinta y seis que se habían visto envueltos en el mismo expediente, fueron machacados por la “político-social”, que utilizaba los brutales métodos de la Gestapo y que, en España, era cosa común y corriente en todos los calabozos de interrogatorio. Habían ingresado en las prisiones con los pulmones desechos, y uno de sus compañeros había muerto en los mismos calabozos de peritonitis, por las patadas dadas en el vientre.

Creía que ya había pasado esa pesadilla y he aquí que de nuevo se encontraba ante ella. En cualquier momento podían venir, sacarla y empezar de nuevo.

Se abrió la puerta y, frente a ella, estaba una funcionaría con uniforme de paño verde y botones dorados; sus ojos reflejaban hostilidad y dureza, tintineaba el manajo de llaves en las manos. Dos reclusas, vestidas con batas grises, dejaban en el suelo una vagueta de un líquido negro. La funcionaría no despegó los labios. Una de las reclusas levantó los ojos hacia Leonor: “El café”. Leonor no tenía vasija donde cogerlo. Le dieron un plato y una cuchara de latón. El plato estaba roñoso en el fondo y Leonor lo miró. La funcionaría captó la mirada y, con voz dura, dijo:

—¿Qué mira?, ¿no le gusta el plato? —y, sin esperar respuesta, prosiguió—, está usted en la cárcel, ¿no se ha dado cuenta? Leonor, sin decir palabra, alargó el plato. Le echaron un cazo pequeño de aquel líquido que olía a bellotas; “cuando cambie

la guardia le traeremos una escoba para que barra la celda”, dijo mirándola una de las reclusas.

La funcionaría cerró rápidamente la puerta de la celda y nuevamente se oyó el cerrojazo de la cancela. Leonor se quedó de pie con el plato en las manos. Las tenía frías y le resultaba agradable el contacto tibio del latón. Se llevó el líquido a los labios y lo tomó a pequeños sorbos. Era casi peor que el de Gobernación, pero sabía que sería lo mejor del día, si ocurría como en los sótanos, donde el rancho del mediodía y la noche era una verdadera bazofia.

La ventana de la celda daba al patio de la cocina; se oía el ruido de las calderas al subir y bajarlas con cadenas. Se tapó con la manta, tenía los pies helados. Seguramente tardarían horas en abrir de nuevo la puerta. Después del relevo, la prisión quedó en relativa calma y Leonor se aletargó tapada con la manta. Era casi mediodía y entraba un pálido rayo de sol por la ventana que caía sobre las baldosas blancas y negras de la celda. No podía mirarlo; a pesar de ser tan tibio, le deslumbraba después de tantos días en una casi completa oscuridad.

—¡Leonor! —se puso en pie de un brinco.

—¿Qué hay?

—Leo, soy yo, Paquita Ortiz.

—¡Paquita!, ¿pero estás aquí? Creí que habías logrado escapar.

—No, ya te contaré. Háblame de ti. ¿Cómo estás?

—Ya sabes...

—Me han dicho que vienes molida. ¿Has pedido ver al médico?

—No, lo pediré.

—Pídelo. Es pura fórmula, pero que te vean.

—¿Sabes algo de mi incomunicación? ¿Estaré mucho tiempo aquí?

—No sabemos nada. Es difícil saber los motivos de una incomunicación. ¿Está muy complicado tu asunto?

—¡Pchs...! No sé, ¡con acusaciones arbitrarias no sé hasta dónde podrán llegar!, ¿hay muchas amigas?

—Muchas, demasiadas. A la hora de la comida te traerán una escoba. Y —bajando la voz—, mírala, ¿me oyes?

—Sí, te oigo.

—Hoy no podremos venir más. Es mala guardia, ¿tienes frío?

—No preocuparos.

Oyó como Paquita se alejaba rápidamente. Tres toques y otra vez el ruido de por la mañana; era la formación de la comida. Abrieron su puerta: “el rancho”. En la puerta estaba la funcionaria del relevo y las reclusas de la mañana. Leonor puso el plato y la echaron una cosa indefinida, una masa grisácea con olor a salvado, dándole un chusco de pan negro. “Aquí tienes la escoba, la basura la recogeremos nosotras a la noche”. No se miraron, pero Leonor, al coger la escoba, sintió una presión en la mano.

Cuando cerraron, Leonor esperó oír el cerrojazo de la celda para asegurarse de que estaba sola. Entonces cogió la escoba y la sacudió. No cayó nada, pero estaba segura de que allí había algo. La volvió hacia arriba y apartó las palmas.

En el moño de la escoba, clavado con un alfiler, estaba una nota y una cuartilla en blanco. Muy metido entre las palmas, un lápiz. Leyó: “Compañera, sabemos que te han maltratado bárbaramente. En nombre de todas, te saludamos. Mientras estés incomunicada, la misma compañera que te ha pasado este saludo seguirá en relación contigo. Dinos si necesitas sacar algún recado a la calle. Haremos lo que esté a nuestro alcance por ayudarte. Toda la prisión está llena. Resiste, aquí también luchamos”.

Sí, también luchaban. España entera estaba salpicada de cárceles como si le hubiera salido una erupción. La actitud de los presos era bien conocida por todo el país. Una inmensa mayoría luchaba por mantener su dignidad: su comportamiento en los calabozos, en los interrogatorios y ante los piquetes de ejecución era, en general, valiente.

A su madre la pusieron en libertad desde gobernación al mes siguiente de ser ella detenida. Salió torturada. La policía no le

perdonó que ocultase el paradero de su hija. La libertad de su madre aligeró a Leonor más de la mitad de la carga. No se vieron en aquellos calabozos y hasta pasados ocho días no supo que su madre no estaba ya en ellos. Un guardia, “el murciano”, se lo dijo con toda clase de reservas. Desde ese momento se sintió más fuerte. Su búsqueda individual se complicó en un expediente conjunto, al ser detenidos compañeros de la organización clandestina. Eran treinta y seis en total, entre ellos Carola, que no resistió las primeras torturas y la entregó a ella y a todos los que conocía.

El rancho, olvidado en el suelo, estaba ya frío, no obstante se lo comió. Trató de dormir sin conseguirlo, y así vio pasar las horas y cómo la celda oscurecía. Fuera, oía el ruido de la prisión que, como una especie de oleaje, crecía y decrecía; diríase que eran galeotes de una gran barca.

Ya era de noche. No le habían dado la luz ni ella la había pedido. Esperaba el último rancho. La celda estaba en sombras cuando sonaron los toques para la cena: “el plato”. Lo alargó y preguntó si le podían dar la luz y ver al médico. Leonor dio la escoba a la reclusa que repartía el rancho. Después de tomarlo, extendió la manta y se acostó; por primera vez en los sesenta y un días que llevaba detenida se quitó la ropa para dormir. Tocaron los toques de retreta y sintió venir a la funcionaria. No abrió la puerta, sino que miró por el “chivato”. Pero, al ver que estaba acostada, la funcionaria dio con las llaves en la puerta y, de forma airada, dijo: “¡Levántese! ¡Forme! ¡Nadie puede acostarse antes del toque de silencio! ¿Dónde se ha creído que está? Mañana le sacaré el petate a la galería y estará paseando durante todo el día”.

Leonor se levantó. No dijo nada, ¿para qué? Sólo deseaba dormir. Las amenazas de la funcionaria eran para el día siguiente. Le quedaban siete horas para descansar.

Había dormido algún tiempo, cuando la despertó la llave en la cerradura y en seguida la luz de una linterna en la cara. Era la requisita. La despertaron y tardó mucho en volver a dormirse.

Cuando al fin lo consiguió ya clareaba el día. Pero algo insólito la despertó de nuevo: un “tata-ta, tata-ta” y, pasado un momento, espaciados, otra vez sintió “ta, ta, ta”. Se puso a contar de forma inconsciente y contó veintisiete. Casi inmediatamente un murmullo en toda la prisión. Hasta ella llegó clara en el silencio de la noche una voz que decía: “Hoy han sido veintisiete, ¡malditos sean!”. Se desveló por completo; su corazón le decía que lo que acababa de oír era trágico. Con los ojos muy abiertos esperó el toque de diana. Cuando lo oyó se levantó a duras penas; tenía el cuerpo dolorido por los golpes y la dureza del suelo, el jergón estaba casi vacío.

Su segundo día en prisión. Hoy, el despertar de la reclusión era más lento, parecía que llevasen una pesada carga. El ruido no alcanzó las estridencias del día anterior. Cuando abrieron la celda para darle el café, la funcionaria dijo: “¡Fuera!, ¡fuera el petate!, está castigada por haberse acostado antes del toque de silencio”. La sacaron el petate y la manta y quedó la celda desnuda. Leo, antes de cerrar la puerta, volvió a preguntar a la guardiana si la vería el médico. “¿Para qué le quiere?”. “Estoy golpeada y con heridas en el cuerpo”. “Todas venís con el mismo cuento”, y dio un portazo que retumbó en la galería. Leonor esperaba que se acercase por allí alguna compañera. No tardó en llegar.

—Leonor...

—¿Qué?

—¿Cómo has pasado la noche?

—Bien, ¿qué han sido esos ruidos de la madrugada?

—Fusilamientos.

—¿Tan cerca? Se oye perfectamente.

—A unos quinientos metros en línea recta. Casi ninguna noche nos libramos de ellos. Aquí están las mujeres y las madres de los condenados a muerte; imagina cuando se oye la ametralladora.

—He contado veintisiete.

—Sí, habrá días que cuentes más. ¿Qué te ha pasado? Nos han

dicho que te han castigado sin petate.

—Sí, me acosté antes del toque de silencio.

—Se nos olvidó advertirte.

—¿No hay más incomunicadas que yo?

—Por ahora tú sola; pero pronto tendrás compañía. Esta galería nunca está vacía. Me voy, no me vayan a pillar y sea yo la que te haga compañía.

Pasó todo el día sin petate. No podía pararse, se le helaban los pies. Cuando el cansancio le rendía se sentaba en el borde del retrete pero solo unos minutos podía estar en tal posición. Se le hizo interminable aquel día, pensando en aquella manta y aquel jergón. Se sentía mareada. No consiguió que la viera el médico. Ese continuo andar por el reducido espacio de la celda le echaba las paredes encima; estaba débil. En Gobernación no había comido casi nada y se le aflojaban las piernas pareciendo que las tenía de trapo. Sólo sentía deseos de tener cerrados los ojos. Le parecía que hacía siglos, desde que le dieran el café de por la mañana.

La pasaron el petate a la hora de silencio. Sentía tal cansancio que se acostó vestida cubriéndose con la manta. Ya habían apagado la luz, cuando oyó que abrían la puerta de la celda de al lado; el golpe seco de un jergón al tirarlo al suelo hizo pensar a Leonor que había otra incomunicada, esperó a no sentir las pisadas de la guardiana y llamó con los nudillos en la pared de al lado. Nadie contestó. Volvió a llamar con más fuerza sin ningún resultado. Se acostó de nuevo. No le extrañaba esa actitud de mutismo. Seguro que la otra mujer que se hallaba tras el tabique vendría tan maltratada como ella. Era normal no entablar relación con otros detenidos si no se les conocía. Nadie ignoraba los métodos de la policía; tenían agentes a su servicio que los metían en las celdas y los calabozos para lograr por la confidencia lo que no habían logrado por la fuerza.

La mujer comenzó a pasear por el pequeño cuadro de la celda; Leonor siguió sus pisadas acompasadas “le habrán dejado la luz, para que arregle el petate” pensó. Leonor no tuvo cons-

ciencia de cuando se durmió, al despertar se reflejaban ya las primeras luces del amanecer. De pronto... ¡Otra vez!, el “ta, ta, ta”, no quiso contar los tiros de gracia. Se tapó la cabeza con la manta para no oír los lamentos de las mujeres que no sabían si en esos momentos estaban cayendo sus hombres. Ardientes lágrimas le resbalaban por las mejillas. Estaban al principio del año cuarenta y los fusilamientos se repetían cada día, como en mayo y junio del treinta y nueve. Nueve meses de fusilamientos diarios, ¿cuántos habían caído ya? Se levantó al retrete y oyó nuevamente las pisadas de la otra incomunicada, “¿no se habría acostado en toda la noche?”, “¿oiría también los fusilamientos?”. Ella también paseó y en el silencio de la noche retumbaban acompasadas las pisadas de las dos incomunicadas. Se hizo de día. Un día gris, plomizo, como de nieve. La celda estaba helada y ella no tenía más que un jersey no muy fuerte y la manta de borra tiesa y agujereada. Esperó el café, única cosa caliente.

Le dieron la escoba. Allí estaba la nota.

“Camarada, come el rancho, está infame pero no hay otra cosa. Está casi toda la prisión enferma de avitaminosis por falta de alimentación. Tenemos que comer lo que nos den si queremos resistir. Estamos hacinadas, la sarna y los parásitos nos comen a nosotras. Descansa, cuando salgas de ahí tendrás menos posibilidades de hacerlo; estamos a once en celda a dos ladrillos por cabeza. ¿Has sabido quién es la otra compañera incomunicada? Se sacó lo destinado para tu familia. Un abrazo”.

Aquel día no pudieron acercarse a la cancela.

A la hora del rancho, escuchó que la otra mujer se negaba a cogerlo; la guardiana gritaba, pero la mujer no hacía ningún caso de sus gritos. Como el restallar de un látigo se oyó en la quietud de la celda el bofetón, al tiempo que la funcionaria decía: “¡Perra!, vas a coger el rancho, o te lo voy a meter con embudo”. La mujer contestó con un ¡NO!, rotundo y seco. La sacaron el petate y la volvieron a abofetear.

Por la tarde se presentó el médico en la celda de Leonor acom-

pañado de la guardiana de turno:

—Vamos a ver, ¿es ésta la que viene herida?

Leonor sin hablar le enseñó las llagas abiertas de los muslos y una herida en la rodilla con gran hinchazón y los bordes purulentos; la dolía tanto, que no le dejaba casi mantenerse en pie. El médico lo miró de forma distraída, señalándole la cara preguntó: “¿tienes el cuerpo con los mismos hematomas que la cara?”.

—Todo mi cuerpo es un hematoma, en los riñones me falta la piel.

Se quitó la falda y subiéndose el jersey apareció la espalda y los riñones a tiras amoratadas y violáceas. En algunos sitios aún se veía cómo el vergajo se había llevado las tiras de la piel. La funcionaria y el médico lo miraron con la mayor naturalidad; estaban acostumbrados a ver cuerpos maltratados salvajemente.

—Esto no es nada. Polvos de azol para la rodilla y las ampollas reventadas, los hematomas en ocho días fuera.

Leonor no había pretendido al insistir sobre la visita del médico, que éste le aliviara sus dolores. Sabía que allí, como en todas las cárceles, decenas de presos se morían todos los días sin que a los médicos de prisiones les importase nada, sin embargo querían hacer constancia de las torturas. Los médicos de prisiones, casi todos franquistas, iban simplemente a cobrar la nómina y, a veces, a que los presos les sirviesen de “conejos de indias”.

Leonor estaba preocupada por la compañera incomunicada.

No comprendía como se declaraba en huelga de hambre; en aquellas circunstancias no tenía ninguna efectividad, la dejarían morir no sólo de hambre, sino a base de golpes; volvió a golpear el tabique para ver si la contestaba, la mujer seguía en su mutismo, Leo, acercando la boca al “chivato”, la habló:

—Compañera, escúchame. Estoy como tú, incomunicada. Nada te voy a preguntar, ni nada quiero saber, pero te ruego que comas. Come, no les allanes el camino, ¿me oyes?

—Sí, te oigo, pero déjame en paz, sé bien lo que tengo que hacer.

—Tienes que comer, al menos que quieras morir y no es una forma valiente de hacerlo.

—Quiero vivir..., si me dejan.

Llegó la hora de la comida. Igual que el día anterior no sabía de qué estaba hecho aquel condumio. Cerró los ojos y, a grandes cucharadas sin paladearlo, lo tomó todo; era una especie de salvado con sabor agrio que dejaba la boca con sabor a retama. Un sorbo de agua y un trozo de pan negro le quitó el mal gusto. Llamó de nuevo a la compañera de al lado:

—¿Has comido?

—Sí —fue la lacónica respuesta.

Leonor se echó y contó los baldosines de la celda: veinte por diez, el retrete en un ángulo y la pila al otro. Ni retrete ni pila tenían agua.

A la caída de la tarde oyó que habrían la puerta de al lado: “Vamos”, decía la funcionaría. Se puso a escuchar, “Levántese, vamos a la galería”. “¿Cojo el petate?”

—preguntó la mujer—. “No, le darán otro”.

Leo miraba por el pequeño agujero del “chivato” y vio proyectarse la figura de la mujer en la pared de enfrente. La funcionaría cerraba la celda; entonces la presa dirigiéndose a la de Leonor dio una palmada en la puerta y dijo:

—¡Hasta la vista, muchacha!, ¡qué salgas pronto de ahí!

—¡Suerte compañera! —le contestó Leonor.

Leonor no vio más que los pies grandes de la mujer, unos pies como si sostuvieran a una persona robusta, calzados con zapatos gruesos, a uno de ellos le faltaban los cordones. Se alegraba de que la sacasen de incomunicadas para llevarla con todas; sólo había estado veinticuatro horas. “¿Cuándo la sacarían a ella?”.

Casi no había terminado de tomarse el rancho de por la noche cuando apagaron la luz. La parecía que era más temprano que los días anteriores y tampoco fueron a verla en el último re-

cuento. Pasó la noche como las anteriores y muy tarde se quedó dormida.

Diana... ¡Qué extraño!..., no se oía ruido. ¿Se habría equivocado? Se lavó y esperó un poco perpleja del silencio de la prisión. Al fin, sintió en el segundo claxon los gritos de “¡Formen!”. No eran tan destemplados como de costumbre; el ruido era sordo, sin palabras. Las mujeres que se movían para la formación no hablaban. Casi no se cantó, y al romper las formaciones no hubo carreras, sino pisadas lentas, tristes. Todo esto lo percibía Leonor con claridad, “¿Qué pasaba?”. Sin saber por qué, cuando abrieron la celda para darle el café tembló. Cuando llamaron por la cancela se precipitó al “chivato”:

—¿Pasa algo, Paquita?

—¿No has sentido esta madrugada? Han sacado a cinco compañeras, las han fusilado a las seis de la mañana.

—¿Las han sacado de aquí? ¿Quiénes eran? Me quedé dormida muy tarde y no he oído nada.

—Conocías a dos: Adelita Prades y Palmira; con ellas dos campesinas, madre e hija; y la mujer que estaba contigo comunicada. No sabemos quién era. No dio ni su nombre.

Leonor no podía hablar. Su frente se apoyaba en la pared y sus manos se crisparon. Conocía a Adelita, veintitrés o veinticuatro años lo más; Palmira unos treinta. Y esta compañera que había estado un día y una noche a su lado, ¿quién era?; no debía estar condenada a muerte, de haberlo estado la hubiesen llevado a la galería de penadas, ¿entonces la han fusilado sin juzgar? Eso era normal en los meses de abril y mayo y en casi todo el verano del treinta y nueve, pero estábamos en enero del cuarenta y, ahora simulaban tras los “Consejos de Guerra” los fusilamientos “legales”. Sin embargo, si el “caso” les corría prisa lo liquidaban sin formalidades. Sin saber por qué, Leonor estaba más impresionada por la compañera que se despidió de ella unas horas antes. ¿Quién era? “Latieron nuestros pulsos juntos por los fusilamientos de las dos madrugadas pasadas; nos acompañamos veinticuatro horas separadas por un tabique

pero oía tu voz recia y enérgica, en pocos minutos acabaron contigo. No te conoció la prisión, sólo las cuatro compañeras que contigo cayeron; te deseé ¡suerte!, compañera, ¡qué sarcasmo!”.

Habían pasado veinte días y Leonor continuaba allí encerrada, como olvidada, sin saber ni una sola noticia de los suyos y casi todas las madrugadas la pesadilla de los fusilamientos. Habían traído otras incomunicadas, las celdas de aislamiento estaban llenas, pero no se podían comunicar ni aún por el tabique; una guardiana sentada en el pasillo hacía constantemente guardia. Con los veinte días de incomunicada en la prisión llevaba ochenta sin ver a nadie; aquel día apareció la funcionaría en la puerta:

—A jueces, ¡dese prisa! —la dijo parándose en el umbral. Leonor se quedó un poco parada, no comprendía bien.

—¿No ha oído? La espera el juez.

Se arregló un poco el pelo con las manos y siguió a la funcionaría. Al traspasar la cancela sus ojos se negaron a creer lo que veían. Eran dos galerías largas, con dos cancelas al fondo y una a la derecha que daban paso a las galerías de celdas; pero lo que asombró a Leonor era la masa de mujeres sentadas en el suelo con mantas. Había casi materialmente que pisar los pies de las reclusas para poder andar. Era una masa depauperada, figuras sin relieve, hacinadas, hechas montón. Ni un solo hueco sin ocupar en toda la superficie del suelo. Leonor se mareaba. No podía fijar la vista en ningún punto; se enredaba en los pies de las mujeres y sentía que iba a desfallecer. Después de ochenta días de soledad en el reducido espacio de dos metros cuadrados, no le obedecían las piernas al bajar las escaleras. También éstas estaban ocupadas, cada escalón servía de “dormitorio” para una presa. Desembocaron en la galería central. Allí se hallaban los locutorios; uno de ellos le habían habilitado para los jueces y, en fila, esperando a entrar para declarar había unas veinte mujeres.

Leonor no esperó, pasó la primera acompañada de la funciona-

ría. Al otro lado de las rejas estaba el juez: era menudo, de nariz alargada y ojos azules desvaídos con expresión de pez. Sus mejillas bien rasuradas y el olor a colonia que despedía, contrastaba con el olor infecto de las galerías. Al entrar la saludó campechano:

—¡Hola, Leonor! ¿Cómo estás? ¿Te tratan bien? —sin esperar contestación siguió hablando—. Leonor quiero que terminemos pronto; vengo sólo a hacerte una pregunta: ¿En qué fecha viste por última vez a Benito Galván?

—¿Cómo dice? No he oído jamás ese nombre —contestó.

—No empecemos, sí le conoces —había desaparecido la sonrisa de sus labios—. Dime cuando le viste por última vez y dónde. Sabes que no pierdo el tiempo con testarudos. Me lo dices o te mando a la policía para que te refresque la memoria.

—De verdad, no sé quién es por ese nombre. Enséñeme una fotografía a ver si le conozco.

El juez sacó una pequeña fotografía de su portafolios y se la enseñó. Leonor la miró con atención y devolviéndosela dijo:

—No, seguro. No le he visto nunca.

—Bien, por lo visto prefieres a la policía, la tendrás Leonor. ¡Mientes cuando dices que no le conoces! ¡Ya verás si le conoces!, te aseguro que te va a volver la memoria.

Llamó a la funcionaria y despidió a Leonor con un gesto. La muchacha no había acusado el impacto al escuchar el nombre de Galván, pero se estremeció. Pidió al juez la fotografía para saber si la tenían. No le reconocerían por ella, había cambiado mucho pero era peligroso.

Así pues..., dentro de poco estaría otra vez en manos de la policía. El juez no se conformaría con su negativa; Galván era una pieza de caza mayor y lo buscarían como sabuesos. Le asaltó la idea de avisar a las compañeras para ver si ellas podían decirle cómo le buscaban; pero la deshecho al instante, él lo sabía, que andaban en su busca como jauría hambrienta, cualquier imprudencia podría agravar su situación, por otra parte, ¿quién iba a saber su paradero para avisarle? Como una

autómata volvió a su celda sin prestar atención a nada. Sólo pensaba en cómo resistir de nuevo, el miedo le helaba la sangre.

La amenaza del juez no se hizo esperar, esa misma noche fueron a excarcelarla. Cuando la funcionaria fue a buscarla Leonor se vistió sin prisas. Se acabó; había llegado lo temido y había que hacer acopio de valor, que bien lo iba a necesitar. La funcionaria la señaló el camino por donde tenía que salir, que no era el mismo de por la mañana.

—Procure no hacer ruido.

Salieron a la galería del ala derecha. Sólo había dos luces a todo lo largo de ella, a ambos extremos. La funcionaria alumbraba con una linterna para encontrar un sitio donde poner el pie. Toda la galería era una mancha oscura. Las mujeres, acostadas en el suelo, se apretaban entre sí para darse calor. Se extendían dos hileras de reclusas a ambos lados de las paredes, dejando en el centro solamente la anchura de un pie para poder pasar. La luz de la linterna se reflejaba en las paredes, creando sombras grotescas y fantasmagóricas. No había en realidad silencio en la galería; la recorría ese latir de suspiros, sueños inquietos, gritos de pesadillas, quejidos de cuerpos doloridos, arrebujamiento de frío. Toda una vida aprensada, constreñida, hacinada, que no podía dormir porque la desvelaba el sufrimiento.

Leonor vio lo miserable de esta vida encarcelada, pero en ese momento las envidió. Dentro de unas horas se levantarían y lucharían por un jarro de agua para lavarse. Protestarían contra ese líquido de bellotas, se gastarían bromas haciendo mofa de su suerte y empezaría para ellas la lucha de lo cotidiano por sobrevivir; pero ella dentro de unas horas estaría otra vez en manos de sus torturadores.

Habían llegado ya casi al final del pasillo para tomar la escalera, cuando se despertaron algunas mujeres y al ver a Leonor con la funcionaria preguntaron: “¿compañera, dónde vas?”, Leonor contestó fuerte “me excarcelan”. La funcionaria le dio

un empujón que casi le hizo rodar la escalera.

El portero abrió la última puerta de la prisión, contrachapada, maciza, de una sola hoja. Cruzaron el recinto, dirigiéndose a la oficina. Allí, sentados en confortables sillones esperaban tres policías: Mateos, Angelín y el conocido por “el zurdo”.

Estaban fumando, al entrar Leonor Angelín le ofreció un cigarrillo.

—¿Quieres? Aprovéchate, nosotros no te prohibimos fumar.

—Las mujeres sois tremendas. Has tardado mucho en hacerte la “toilette” —añadió Mateos con mofa guasona y grosera. El “zurdo” la miraba de reojo.

—Venga, dejáros de pamplinas. A ésta sé yo cómo tratarla —dijo.

Después de las formalidades de la oficina, firmó la policía y se despidieron de los funcionarios de turno. En la puerta les esperaba un coche. Leonor temblaba de frío, lo sentía con mucha más intensidad después del calor de la oficina. El coche corría a gran velocidad.

—Ya ves, no te olvidamos. A ver si esta vez te comportas mejor —le decía Angelín.

—“Esta” es una zorra como todas. De seguro que no sabrá nada de lo que le preguntemos. Dejádmela a mí, ya veréis si hecha por esa boca —era el “zurdo” que le gustaba alardear de que nadie se le resistía.

—No. Ahora va a ser buena. Es poca cosa lo que queremos saber y garantizamos nuestra discreción. Te aseguramos que nada se sabrá de lo que nos digas. Muchos de tus compañeros se comportan como personas inteligentes y nos facilitan ciertos detalles, ¿decimos acaso quiénes son?

Leonor no escuchaba, conocía bien sus procedimientos. Tenían sus papeles distribuidos, hacían de “buenos” y de “malos” por turno, según las circunstancias. El papel de “bueno”, por lo visto se lo habían asignado esta vez a Angelín. No escuchaba, iba haciendo acopio de fuerzas: resistir, poder resistir. Eso era todo.

Cuando Leonor quiso darse cuenta ya habían llegado. El coche se deslizaba por el portalón de entrada al patio de guardia de Gobernación. Descendieron los policías y Leonor les precedió.

—Por aquí. Vamos arriba.

El “arriba” era para los detenidos sinónimo de tormento y el “vamos palante”, cuando los sacaban de los calabozos era el martirio de la “siberia”; llamada así por estar en la parte más alejada y fría de los sótanos. Era una habitación grande, fría, desnuda. Sólo la adornaban los vergajos colgados de las paredes, los enchufes eléctricos y las manchas de sangre.

Leonor empezó a subir las escaleras con todas sus potencias en tensión. Conocía bien el camino. Eran las dos de la madrugada y, precisamente a esa hora, empezaba la actividad en los departamentos de declaraciones. La policía iba y venía de un departamento a otro. Se hablaba fuerte, con risotadas. Algunos se dirigieron a Leonor:

—¿Qué, pájara. Otra vez aquí?

—Oye, Mateo, ¿dónde está ese célebre comisario político que os está haciendo sudar?

—Abajo, luego le subiremos. Si tienes interés en verle te llamaré.

—¡Hombre...! No está mal comprobar hasta dónde resiste. Llegaron al segundo piso. Un pasillo largo bien alumbrado.

A mano derecha cuatro o cinco puertas. La del fondo era donde la policía daba sus sesiones. Mateo abrió sin llamar y empujó a Leonor delante de él. Allí estaban: eran seis o siete en la actitud de siempre, en mangas de camisa casi todos —hacía calor— con tirantes, sentados algunos en el borde de la mesa, balanceaban las piernas; otros arrellanados en los sillones y, todos comentando en voz alta la actitud de los detenidos.

Se volvieron hacia Leonor. Ella no vio más que un conjunto de ojos burlones y dos manos que jugaban con un vergajo doblándolo y desdoblándolo.

—¡Hola, hola...! Parece que no te tratan bien en la cárcel. Vienes escuchimizada.

—Leonor, si te portas bien acabamos enseguida.

—¡Chica! ¿No saludas a los amigos...?

Parecían gatos jugando con un ratón antes de deshacerle a zarzapazos. Sus voces eran zumbonas y aparentaban no tener prisa por empezar. Leonor no había hablado desde que saliera de la prisión.

—Siéntate. ¿Un cigarrillo? —era Mendoza el jefe del grupo.

—No gracias, no fumo.

—Pues..., no será por puritana, porque todas las rojas sois unas putas..., qué, ¿no fumabas con los milicianos? —dijo el “zurdo” con una risotada.

Leonor le miró con tal desprecio que hasta las orejas se le pusieron rojas de ira.

—Si me miras otra vez así, te voy a poner los ojos que no vas a poder abrirlos en dos meses, ¡será zorra!...

—Vamos, déjala. Tengo la impresión de que se va a portar bien, ¿verdad, Leonor?

—ya había empezado el “juego” de Angelín.

—Ustedes dirán de qué se trata —dijo Leo.

—Es algo muy sencillo —dijo Mendoza—. Siéntate aquí, a mi lado y cuéntame todo lo que sepas de Galván. Si no lo quieres decir delante de los muchachos, se van.

—Ya me lo preguntó el juez esta mañana y nada le pude contestar porque no conozco a ese hombre.

—¿No os decía yo?, dejádmela a mí. No perder el tiempo, dejadla en mis manos, que va a hablar hasta de la primera papilla que le dieron.

—No quiero tonterías —añadió Mendoza—. Sé que le conoces. Necesito saber cuándo y cómo le viste la última vez. No me hagas perder tiempo.

—No sé quién es.

Rápido, Mendoza se incorporó y descargó un puñetazo en la boca de Leonor. “¡Habla!”.

—No le conozco.

Antes de terminada la frase otro la cogió del pelo y la echó la

cabeza hacia atrás. El “zurdo” empezó a darle bofetadas hasta que empezó a gotear la sangre de la boca y de la nariz. Leonor no se quejaba, sabía que esto era sólo el comienzo.

—Dejadla —ordenó Mendoza.

Al soltarla el pelo, la empujaron y se dio con la barbilla en el borde de la mesa, fue tal el dolor que estuvo a punto de perder el conocimiento. Se rehízo y se llevó la mano a la nariz para contener la sangre, pero era tan abundante que la goteaba por los dedos. Angelín le dio un pañuelo.

—Leonor, es tonto que calles, dímelo a mí y nadie te pegará más. Créeme, tus compañeros ya lo han dicho.

—No sé quién es ese hombre, ni le he visto en mi vida. ¿Qué quieren que les diga?

—Vas a echar las tripas por la boca ¡so perra! —la dijo Mendoza acercándose mucho a ella y mirándola fijamente.

La ataron las piernas y los brazos a las patas de una silla. No era una silla corriente. El respaldo era un marco de madera fuerte; las patas eran sólidas y macizas. Sostenía bien el cuerpo de un hombre sin caer, aunque lo golpearan salvajemente.

El que tenía el vergajo en la mano, levantó la falda de Leonor dejando sus muslos al descubierto, aún sin cicatrizar bien, las ampollas reventadas de las torturas pasadas. Descargó un vergajazo, después otro, al segundo sintió un dolor en el vientre que trató de inclinarse pero se lo impedían los brazos atados, al tercer vergajazo se llevó la piel de los muslos y una patada en la rodilla aún purulenta la nubló la vista, subiéndole un sabor amargo a la boca. Estaba atontada de los golpes, le dolían atrocemente, pero eran tantos que el dolor se generalizó. Parecía que le iban a arrancar la cabeza, le tenían cogido del pelo muy fuerte hacía atrás y le producía tanto dolor en las tripas como en el propio cuero cabelludo. En medio de los golpes oía que le decían: “¡Habla, so puta!”, pero ella no podía hablar, ni para decir: no, la lengua la tenía gorda y la garganta reseca, sólo sentía sabor a sangre. La abrieron la boca y le metieron un embudo, no sintió nada, ni supo por qué perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, estaba tirada en el suelo de un calabozo. Trató de moverse, pero el dolor de los muslos la paralizó, dos grandes ampollas de lado a lado los cruzaban. No se tranquilizó al verse sola. Volverían por ella. La tregua, era para que el terror se apoderase de su ánimo, ante la idea de empezar de nuevo. Era la fase de acción psicológica que, en algunos detenidos, hacía más que las propias torturas. Les machacaban y les dejaban “madurar” por sí mismos. Las torturas que eran espaciadas y lentas, hacían que muchos no resistiesen más de las dos o tres primeras “sesiones”. Los espacios de la espera, les sumían en el terror de un nuevo interrogatorio.

Era completamente de noche, cuando entraron dos policías en el calabozo y dándole una patada le dijeron:

—Venga, levántate, a ver si se te ha refrescado la memoria.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano se puso en pie y echó a andar detrás de ellos. Su aspecto era lastimoso; los ojos empezaban ya a ponerse morados y el labio superior lo tenía partido.

—“Palante”. No queremos hacerte subir escaleras.

La llevaban a la “siberia”; en aquella parte las torturas alcanzaban cotas alucinantes; allí se aplicaban las corrientes eléctricas y de esa habitación, desnuda, adornada nada más que con aparatos de tortura, habían sacado a muchos compañeros muertos. Recorrieron el pasillo largo, oscuro y húmedo, llegando al fin.

Al abrir la puerta, un haz de luz dirigido a los ojos de Leonor la deslumbró. La empujaron y anduvo a tientas, con la sensación de caer en el vacío. Cuando la apartaron la luz miró a su alrededor: un grito se escapó de su garganta. Este era su primer grito y fue de horror.

En medio de la habitación, colgado por los pies y con la cabeza hacia abajo, pendía un hombre completamente desnudo. Por distintas partes de su cuerpo brotaba la sangre. La cara congestionada, violácea, los ojos completamente abiertos, parecían salirse de las órbitas. Le rodeaban tres o cuatro individuos en

mangas de camisa. Dos con correas y otro secándose el sudor de la frente. Miraron a Leonor y, con el vergajo en la mano, uno de ellos hizo una reverencia diciendo:

—Pasa y no grites, puedes asustar a tu camarada —y, volviéndose hacia el hombre pregunto—: “¿Le mataste tú, verdad que sí?”.

Los labios de él no se movieron. Leonor creyó que nunca más podría moverlos. Empezaron a azotarle y aquel atormentado, en un supremo esfuerzo, les escupió a la cara. Entonces parecieron fieras. Le golpearon de tal forma que uno de ellos dijo.

—Le vamos a matar y no le sacaremos nada. Descansad.

No dio tiempo a ello. Del pene del hombre brotó un chorro de sangre que salpicó a Leonor y de su garganta un estertor... Cuando le descolgaron ya no tenía vida.

Leonor miraba horrorizada. Era tanto su miedo y estupor, que después del primer grito quedó callada, inmóvil, paralizada.

El agua que echaban a aquel hombre para reanimarle se mezclaba con la sangre, haciéndose una pasta sanguinolenta a su alrededor.

Leonor de una forma muy queda dijo:

—Está muerto, no le mojen más.

—¡Venga! Sáquenle de aquí.

—¿Tú ves esto? —dijo uno de ellos dirigiéndose a Leonor—. Seguirás el mismo camino si no hablas.

Leonor no habló, ni miró más hacia el hombre. Había cerrado los ojos y ya todo

le daba igual. Estaba convencida de que le sacarían como a él y se insensibilizó. Abrió los ojos y vio cómo arrastraban el cuerpo fuera de la habitación.

—Esto se acabó —dijo uno de los que tenían la correa en la mano. Alguien sacudió a Leonor por los hombros.

—¡Empieza!, no me quiero enfriar.

No contestó y recibió una patada en el vientre. Estaba apoyada en la pared y se mantuvo sin caer, pero la cogieron del pelo y la llevaron al centro de la habitación.

—Esta no sabe nada. Lo diría, está muerta de miedo. A ver si nos la cargamos como al otro sin ningún resultado.

—Tú eres bisoño, Jaime. Esta sabe, ¿no ves que no ha dicho ni una sola palabra?

—Chico tú verás..., pero para matarlos siempre hay tiempo, si acabamos con ellos antes de que hablen...

—Estás pálido, muchacho. Me parece que no vales para el oficio.

Leonor estaba en el suelo sin fuerzas para levantarse. De pronto sintió un gran dolor en las manos. Se las estaban pisando. Notó el crujir de la piel y como si una mano le arañase el estómago; una especie de náusea la envolvió casi en la inconsciencia. Reaccionó al golpe de agua fría que le echaban en la cara.

—Ponte en pie.

No se movió, no podía ni hizo esfuerzo para ello. Las manos le dolían atrocemente, “¡Levantadla!”.

Le quitaron el jersey a tirones y la desgarraron la combinación y el sujetador, dejándola el pecho al descubierto, Leonor no oponía resistencia. Le llevaron al extremo de la sala y, sentándola en un taburete, le pusieron los brazos en cruz con unas correas adosadas a la pared. En su semiinconsciencia, se dio cuenta de que le iban a aplicar las “corrientes”.

Ante su silencio, le cogieron las manos y el pecho por el pezón y le introdujeron anillas en los dedos como si fueran sortijas y en el pezón una anilla más gruesa, enchufaron la corriente y una gran sacudida la hizo gritar. Desenchufaron, “¿qué sabes de Galván?”.

Enchufaron de nuevo y esta vez fue tan fuerte la acometida que a pesar de estar sentada sus pies se levantaron del suelo.

No veía nada y sólo sentía como un fuego en la garganta, sin dolor pero algo tan indefinible que parecía que iba a perder la vida. El pezón se quemaba y olía al chamuscado de la piel quemada. No supo cuántas sacudidas recorrieron su cuerpo; sólo que perdió nuevamente el conocimiento con sensación de

agonía. Cuando volvió en sí, había resbalado del taburete y estaba en el suelo. Le acompañaba un solo policía. “¡Ponte en pie!”. “No tengo ganas de llevarte arrastras, por ahora hemos terminado”.

Estaba desnuda, las manos magulladas por los pisotones y quemadas por las “corrientes” no podía moverlas. También el pezón y le introdujeron anillas en los dedos como si fueran por las axilas y la puso en pie. No se sostenía; la apoyó contra la pared y la echó la falda y el jersey para que se lo pusiera. Con dolores tremendos logró ponerse las dos prendas y casi arrastras salió de aquel cuarto, pero a los dos pasos Leonor se cayó.

—¿Qué haces? —preguntó el policía.

—No puedo andar.

—¿No querrás que te lleve en coche hasta el calabozo?

—Haga lo que quiera, no puedo andar.

El policía la dejó tirada y echó a andar, a los pocos minutos apareció con dos guardias, uno la cogió por las axilas y otro por los pies y se la llevaron hacia su calabozo, donde la echaron como si fuera un fardo.

Al quedarse sola, trató de taparse; se miró el pezón y vio como una mancha negruzca y arrugada. Tiritaba de frío: oyó moverse el “chivato” y una voz conocida llegó hasta ella:

—Muchacha, ¿otra vez aquí?

El “murciano” le hablaba en tono compasivo:

—Voy a intentar traerte una manta. Estarás muerta de frío. Te han sacudido bien, ¿verdad?

—Por favor, tráigame un poco de agua, tengo la garganta reseca.

—¿Las “corrientes”?

—Sí.

Se alejó para volver al cabo de un momento, trayendo una manta y un vaso de agua. “No he encontrado otra cosa, al menos no te sentarás en el frío del cemento”. Leonor cogió el vaso pero sus manos heridas le fallaron. El guardia le ayudó a sostenerlo. Ella bebía con ansia. Al verla las manos exclamó:

“¡Cabrones...! Te han destrozado”.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media, por hoy al menos te dejarán. Es la hora en que se marchan a sus casas.

—Acaban de matar a un hombre en la “siberia”. ¿Sabe quién es?

—No, pero puede que mañana lo averigüe. Tengo que tener un poco de cuidado. El mejor día, tengo “lío”. He de guardarme de todos. Llama si necesitas algo, estoy de guardia hasta las diez de la mañana.

—¿Hay muchos detenidos?

—Todo lleno, los calabozos y la general.

—Gracias por todo.

—No hay de qué darlas, siento mucho lo que te han hecho; no te habías repuesto de las otras palizas, cuando te están dando nuevas.

Se fue. Leonor no pudo resistir mucho tiempo estar sentada; la manta no le tapaba los pies, y éstos se la helaban. El frío era tan mal enemigo como el hambre para los presos.

Frío, frío terrible en los calabozos, en las celdas de las prisiones, en los campos de concentración, en las salas de interrogatorios. Frío que producía el hambre, el miedo, la ansiedad. Frío que se metía en los huesos, en la punta de las uñas, en las orejas, en la cabeza congelando los pensamientos. Leonor tiritaba castañeándole los dientes. Intentó pasear. Imposible. Como pudo se colocó en el ángulo que formaba el banco cubriéndose de los riñones para abajo, con las manos debajo de las axilas, dejando los brazos en hueco. Así encontró relativa calma y permaneció mucho tiempo. Le daba miedo cambiar de posición, debieron de pasar horas. En aquellos calabozos no se sabía si era de día o de noche. Estaban alumbrados por una bombilla mortecina que apenas dejaba distinguir los objetos.

Casi a las 8 de la mañana dieron el “café”; no le tocó al “murgiano” y Leonor dijo que no lo quería, le daba miedo que al cambiar de posición le volviesen los dolores. El guardia que

repartía acompañado de un preso común dijo:

—¿Por qué no lo tomas? ¿No te gusta? ¿Tomabas “moka” con los rojos?

—No puedo moverme.

—Buena pájara serás, cuando te han puesto así.

—¿Se lo paso? —preguntó el chico que le acompañaba.

—Sólo por esta vez, ¡que espabile! Hay muchos así, no les vamos a servir a todos.

Relevaron a la guardia. El que entraba de turno se quedó con el “chivato” abierto mirando al interior para distinguir al detenido y dijo al otro: “¿ésta, no ha estado aquí ya?, Sí, hombre, se la llevaron a la cárcel y la han vuelto a traer, ¡buen bicho será!”.

En los calabozos el silencio era casi completo. Estaban llenos, pero todos torturados, muertos de frío, arrebujados en los rincones de las celdas. Había muchos calabozos; aquello parecía un laberinto de pasillos, corredores y salas. Eran las antiguas caballerizas de la guardia a caballo del antiguo Ministerio de Gobernación. Todo el cuadrante del edificio eran calabozos, y ya tenían fama en Madrid por las torturas que se aplicaban. Cada día entraban decenas de hombres y mujeres y salían torturados y machacados para las distintas prisiones de Madrid. Muchos no llegaban a ellas. Tan salvajemente eran torturados que perdían la vida en los mismos sótanos. Por eso allí no se hablaba. Por otra parte hubiese tenido que hacerse de calabozo a calabozo y la guardia no lo permitía. Se esperaba y el que podía resistía y el que se doblegaba ante las torturas su mutismo era mucho mayor. Sin embargo, de vez en cuando, retumbaban gritos en los angostos pasillos, de alguno que había perdido la razón o que quería dar ánimo a sus compañeros. También se avisaba de “chivato en chivato” cuando alguno se convertía consciente o inconscientemente, en “soplón” de la policía. Cuando se rompía el silencio de los calabozos era escalofriante. Se oían grandes vómitos producidos por las patadas dadas en el estómago, choques de cuerpos contra las paredes al ser golpeados, gemidos, arrastrar por los pasillos a los deteni-

dos ensangrentados que no podían tenerse en pie. Cada gemido, cada grito los repetía el eco por los estrechos corredores de los calabozos, penetrando hasta el fondo de los mismos.

En el silencio del pasillo, Leonor percibía el respirar entrecortado del detenido de la celda de al lado. No hacía ningún ruido; sólo se oía su respirar fatigoso. “¿Sería hombre o mujer?”, aunque quisiera no podía llamar al tabique, sus manos no le servían para nada, más que para producirla un dolor lacerante. Pasó todo el día sin que nadie se acercase por allí. No comió el rancho, la herida de la rodilla le producía fiebre y solamente sentía sed. Sería alrededor de las once de la noche cuando abrieron el calabozo y entró Angelín:

—¡Hola, Leonor!, vengo a hablar contigo como amigo; dime donde está Galván. El jefe no cree en tu ignorancia y te van a machacar. Dímelo a mí, siento verdadera simpatía por ti y me da pena de lo que te hacen.

Leonor le miró sin contestar. Él encendió una linterna e iluminó la cara de ella “te han puesto buena” y —añadió—, ¿no confías en mí? Ante el silencio de Leonor se acercó más a su cara y mirándola fijamente la masticó “peor para ti” y se marchó, sin que Leonor hubiese abierto los labios.

Todo el día había estado aletargada, pero ahora, de súbito se despejó. Ya era la espera de cada hora, de cada minuto de la noche. Tenía los ojos abiertos y el corazón le latía a cada ruido; sentía que el acolchamiento que se había apoderado de ella después de los golpes dejando su carne como adormecida desaparecía por completo, para sentirse viva, cada nervio estaba ahí, avizor y anhelante. Oía abrir los calabozos y cómo sacaban de ellos a los detenidos para los interrogatorios. Cada pisada parecía que se encaminaba hacia ella y un sudor frío le invadía. Le martilleaban las sienes, por el tesón que ponía en decirse “tengo que vencer el miedo, no puede ser más que la noche pasada y lo he resistido”, “un poco más y me dejarán en paz”.

Abrieron la celda y dos policías aparecieron en ella:

—Vamos —dijeron.

La llevaron arriba, sólo estaba Mendoza con una taza de café humeante encima de la mesa. Leonor se quedó de pie y él empezó a saborear el café con fruición. No la miraba. Cuando terminó dijo: “Comienza a hablar”.

Leonor apretó los dientes y le miró cara a cara. No se sostenía en pie y temió caerse antes de que la tocaran. Mendoza hizo una señal a uno de los policías y este apagó la luz. La enfocaron un potente rayo e instintivamente se llevó las manos a los ojos, pero inmediatamente sintió como se las retiraban y juntándole las muñecas se las ataban. Durante horas la tuvieron de pie enfrente a los focos y cada vez que se caía la volvían a levantar. La cabeza le zumbaba y le cegaban las lágrimas. Le introdujeron entre los dedos magullados algo que no podía ver, pero que tenía aristas; cuando dieron la primera vuelta a ese objeto ella dio un alarido y calló pesadamente al suelo sintiendo que la cabeza le estallaba. “¿Dónde está Galván?”. “¡Habla!”, aquellas vueltas en los dedos la revolvían las entrañas y gritaba enloquecida: “¡no le conozco!”. “¡No le conozco!”.

Debieron de bajarla nuevamente inconsciente al calabozo, ya que, al recuperarse se encontró en él, completamente sola. Un dolor intenso le impedía abrir los ojos y los mantuvo cerrados, incapaz de hacer el más leve movimiento.

Ya casi de día volvieron a abrir el calabozo y de una patada tiraron a una mujer en el centro del mismo. La llevaban dos policías, uno le dio con el pie y la dijo: “¡Zorra miliciana! Empieza a recordar todas las casas que te han tenido escondida; te voy a machacar los huesos”. Mirando a Leonor arrebujada en el suelo preguntó: “¿Esta es la de Galván, no?”. Y dando un portazo se marcharon.

La mujer miró a Leonor y acercándose a ella le dijo:

—Pero..., criatura, ¡cómo te han puesto! ¿Te ayudo a levantarte?

—Sí, por favor, quisiera taparme con la manta. ¿Cuándo le han detenido a usted?

—preguntó Leonor.

—Esta tarde a las seis. Y tú, ¿llevas muchos días?

—He perdido la cuenta. Creo que unos tres meses.

—¡Tres meses!, ¿sin salir de aquí?

La mujer la examinaba con gesto inquisitivo. Leonor sin saber por qué tuvo miedo de ella. De pronto la mujer dijo:

—He oído que ese policía te llamaba “la de Galván”, ¿tú tienes que ver algo con Galván? Muchacha, si has trabajado con él, supongo que no le habrás dicho nada a la policía, es uno de nuestros mejores dirigentes y todos tenemos que velar por él. No me preguntes como le conozco, pero que sepas que se me han puesto los pelos de punta cuando le he oído nombrar en este calabozo.

Leonor estaba asombrada. No le cabía duda que la mujer era una confidente de la policía o una inconsciente. De cualquier modo tendría que tener mucho cuidado. Contestó casi con un quejido:

—No sé quién es ese Galván. Me han torturado, pero aunque me matasen, no podría decir quién es, porque no le conozco.

—Haces bien en negarlo, pero yo no soy la policía —y como hablando consigo misma murmuró—: Si pudiéramos avisarle.

—Pero... ¿Qué está usted diciendo? Yo no conozco a ese hombre, si le conociera.

¿Cree usted que hubiese aguantado que me medio maten?

Leonor pensaba, que si la policía había puesto a esa mujer allí para sacarle confidencias, era su último recurso por lo que tenía ganada la partida. La policía sabía

muy bien, que si había resistido hasta ahí, era muy difícil que ya hablase y tenían que matarla o dejarla. Esa mujer estaba allí por algo; estaba incomunicada y no se la ponían en la misma celda, simplemente para hacerle compañía. Los incomunicados siempre estaban solos. No podría dormirse con aquella mujer en la celda por si se le escapaba alguna frase.

La mujer comenzó a dar porrazos en la puerta, Leonor le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Tengo ganas de mear.

—Tómalo con calma. Puede que vengan ahora mismo o que no te hagan ningún caso. Aquí racionan hasta eso.

—Hay unos ruidos tremendos de golpes y puertas. ¡Qué sé yo!

—Son los detenidos que los bajan de los interrogatorios. ¿A ti no te han interrogado?

—Sí. Y me pegaron también.

Leonor la miró. Su aspecto cuidado, el pelo bien colocado y ni una sola señal le dijeron que la mujer estaba mintiendo. Quedaron en silencio; Leonor escuchó a ver si oía el respirar del detenido de al lado, pero no oyó nada. “Se habrá dormido”, pensó.

Abrieron para dar el “café” y preguntaron que para qué habían llamado. La mujer dijo, que quería ir al retrete; “después del café”, contestó el guardia. Los calabozos estaban muy juntos y mientras un guardia les daba a ellas el cazo otro guardia abría el siguiente, de pronto dio un grito a su compañero:

—¡Eh, tú! Mira esto.

El detenido que llevaba la gaveta dijo con voz asustada: “¡Es sangre! ¡Está muerto!”. El guardia acudió a la llamada cerrando la puerta de las mujeres. Leonor se incorporó para escuchar mejor. “Se ha matado”, oyó que decían.

—Pero... ¿Con qué?, no tenía nada.

—Mira con el cristal de las gafas, se ha cortado las venas.

—Venga sal. Hay que avisar arriba.

—Uno menos, este era uno de esos comisarios políticos. Les estaba haciendo sudar; cada noche le bajaban arrastras. Un tío listo, se ha adelantado el camino y así se evita palizas. Venga vamos.

Leonor estaba rígida. La mujer no se movió del “chivato” y ni una ni otra dijeron nada. Al poco tiempo sintieron pasos de tres o cuatro personas que entraban en el calabozo.

—Sí, está muerto —era la voz de Mendoza—. Otro cabrón que se ha ido sin decir palabra. Esto es descuido de ustedes; están

advertidos de que hay que quitarles absolutamente todo: reloj, gafas, cinturones, si es preciso se les deja en cueros. ¿Qué guardia recibió a este hombre? Se la va a cargar; éste hubiera terminado por “vomitar”.

—¿Tiene que venir el médico a certificar? —preguntó un guardia.

—¿El médico?, ¿para qué? Sáquenle y echen un cubo de agua a esa sangre; necesitamos el calabozo.

Se marcharon y oyeron cómo arrastraban el cuerpo de aquel “comisario político”, que fue dejando un reguero de sangre.

No se supo de dónde salía la voz, pero se oyó potente y clara la primera estrofa de la “Marcha Fúnebre”: “Vosotros caísteis en lucha fatal amigos sinceros del pueblo, por él inmolasteis vuestra libertad, por él vuestro último aliento...”

Leonor cantó con toda la fuerza de sus pulmones, sin lágrimas, algo maravilloso era aquello; el espíritu invencible de los vencidos. Empezaron a abrir calabozos y se oían las bofetadas que daban los guardias a los detenidos; abrieron el de Leonor, la mujer se echó a un lado: “¡Calla, cierra el pico!”, le decía un guardia, mientras le daba un puñetazo en la boca. Se dio cuenta que la mujer no había cantado.

Pasó toda la mañana y al mediodía un policía se llevó a la mujer. Leonor ni siquiera le había preguntado su nombre. Su acompañante tardó en bajar cerca de dos horas. Su aspecto reflejaba fatiga.

—¿Te han pegado? —preguntó Leonor, procurando dar a su acento un tono de sinceridad.

—Sí, me han pegado y también me han desnudado y me han preguntado como a ti por Galván; se ve, que preguntan a todos los detenidos por él. Creo que debíamos hacer lo posible por avisarle.

—¿Pero tú le conoces? —preguntó como asombrada.

—Y tú también, compañera. No te fías de mí, haces mal, tendríamos que ver entre las dos, como avisarle, lo que importa

sobre todo es que se salve.

—No le conozco, ya te lo he dicho y naturalmente que me confiaría a ti, pero te voy a advertir una cosa, si es verdad que tú conoces a ese hombre, díselo a la policía, porque si no te van a torturar tan bárbaramente como a mí. Te aseguro de verdad, que de haberle conocido no hubiese podido resistir lo que me han hecho. Ellos no se lo creen y me van a matar.

La mujer la miraba extrañada y musitó: “¿no le conoces, de verdad?”, “no le conozco”, volvió a insistir Leonor. La mujer se quedó pensativa, sacó un pañuelo fino y se limpió las manos como si le sudasen. Leonor al ver el pañuelo le pidió:

—Por favor, ¿podrías vendarme los dedos que tengo abiertos con ese pañuelo?

—Poca cosa es, pero vamos a intentarlo. Partió el pañuelo en dos trozos y vendó los dedos más dañados; Leonor sintió algún alivio. Pasó la tarde y la noche sin que nadie apareciese por allí. La celda de al lado ya estaba ocupada, muy de madrugada se oyó vomitar con grandes arcadas.

A la hora del relevo apareció el “murciano”, Leonor le pidió ir al water, abrió el calabozo y entonces la mujer se adelantó y pidió ir también, el “murciano” dijo: “primero una y después otra, vamos muchacha”.

Se encaminaron hacia los retretes, cuando Leonor vio que iban solos le dijo: “No hable nada delante de esa mujer, no sé quién es”.

—La he mirado mucho, su cara no me es desconocida, pero no puedo precisar donde la he visto. Hay muchos “chivatos”, sí hay que tener cuidado, ¿te han vuelto a subir? —preguntó.

—No, me han dejado dos noches tranquila, pero puede que esta noche vuelvan a interrogarme y como no sé nada, son capaces de matarme.

Durante cuatro días estuvieron juntas. A Leonor la volvieron a subir la tercera noche y como de costumbre, la bajaron inconsciente, cuando volvió en sí, la mujer estaba inclinada sobre ella. Tuvo la impresión de que ésta sería la última paliza y que

la mujer tampoco intentaría preguntar más. Al cuarto día subieron a la mujer y cuando bajó la acompañaba un policía, se dirigió a ella y dijo: “Me llevan a otro sitio”. Leonor sintió un íntimo regocijo porque se la llevaron y al marchar amablemente le deseo suerte. Aquella misma tarde dos policías desconocidos para ella abrieron el calabozo.

—Leonor ven con nosotros.

Era un despojo, con el pelo enmarañado, demacrada, los ojos amoratados y los labios partidos estaba irreconocible. Encorvada y con la mirada febril, parecía que no podría dar más. Les siguió como pudo y cruzaron el patio de guardia hacia el ala del edificio donde se encontraban los despachos de los jueces. Desembocaron en un pasillo bien alumbrado y con puertas a ambos lados, en una de ellas, llamó con un ligero golpe, uno de los policías.

—Adelante.

Al entrar Leonor percibió el olor de la colonia que usaba el juez. Éste, detrás de una mesa, miraba atentamente a Leonor mientras avanzaba hacia él. No la hizo sentarse y la muchacha se mantenía de pie a duras penas. Por fin el juez se dirigió a ella.

—Eres una imbécil, ¿piensas acaso que Galván no va a caer en nuestras manos?

—y siguió hablando—. Si te dejo en manos de la policía sé que no sales de ellas; te voy a demostrar que también yo soy humano. Te mandaré a la prisión, aún a sabiendas que con otra “sesión” nos dirías la verdad, pero no me gusta que torturen a las mujeres.

Leonor le miró sin contestar. Ella sabía que ya le habían exprimido como a un limón y que estaban convencidos que no le podrían sacar nada. Cuando ya no les quedaba otro recurso y los detenidos no se habían quedado en sus manos, los enviaban a las prisiones para que fuesen juzgados por los tribunales militares. El juez dejaba a los detenidos hasta el límite en manos de la policía y en algunos casos más allá del límite.

Cuando la bajaron de nuevo al calabozo sintió un frío y una humedad tan grandes que las heridas le producían un dolor lacerante; tomó el rancho de la noche, pensando si sería esa su última cena en los sótanos. Fue la última.

Pasadas unas horas, oyó abrir calabozos y nombrar algunos detenidos. Abrieron el suyo: “Leonor García, recoja sus cosas”. No tenía nada más que su pobre cuerpo magullado.

En una rotonda de donde partía un abanico de pasillos, había unas cincuenta personas en dos filas: en una los hombres y en otra las mujeres. Todos tenían el mismo aspecto, torturados, con los rostros desfigurados de los golpes, las ropas que se les caían de los hombros enflaquecidos.

Pasaron lista por el nombre y primer apellido, tenían que con- testar por el segundo. Subieron hasta el patio de guardia, espe- rando estaba la escolta y dos coches celulares en los que les metieron como sardinas prensadas. Cuando los coches se pu- sieron en camino todos los presos comenzaron a hablar. Las mujeres daban recados para que los hombres que iban a las prisiones de Yaserías, Porlier, Comendadoras, Barco, Torri- jos..., se los trasmitiesen a sus familiares que estaban presos en aquellas cárceles. Todo Madrid estaba lleno de cárceles y cada una quería enviar recados para los suyos. También los hombres los enviaban para las mujeres que estaban en “Ven- tas”:

—Dad un abrazo a mi madre, decidle que no se preocupe, se llama Micaela Benítez. No decidle cómo voy. A ella la cogie- ron porque no me encontraban a mí, se llevará un gran disgus- to.

—Un abrazo para mi mujer; Rafaela Gutiérrez...

Los hombres enviaban abrazos y saludos para sus familiares y amigas, muchas mujeres habían sido detenidas antes que los hombres al no ser encontrados éstos. Llegaron antes a la cárcel de “Ventas”, que era la de mujeres. Al descender los hombres que estaban cerca de ellas, las besaban, no podían abrazarse, se lo impedían las esposas. “¡Animo!, que haya suerte...”. No se

volverían a ver. La mayoría de ellos serían fusilados. A aquellos hombres endurecidos en los tres años de lucha armada y, después de los interrogatorios, se les humedecían los ojos al separarse de aquel puñado de mujeres que habían resistido y padecido como ellos.

Los guardias hicieron calle y, según bajaban las presas del celular, las ponían en fila entrando así en el portalón de la prisión. La escolta entregó la documentación y las dejó en la cocina, partiendo el coche para repartir a los hombres por las distintas prisiones.

La cárcel

En total ingresaban esa noche quince; la reclusión dormía cuando entraron en la prisión. Las esperaban las funcionarías con las “cacheadoras”. Las pusieron arrimadas a la pared y una por una las hicieron desnudarse. Leonor se fijó en los cuerpos de sus compañeras, todos llevaban las señales de las torturas, las características rayas de los vergajazos cruzaban todos los cuerpos. Dos de ellas, llevaban las uñas de los pies desprendidas. El cacheo fue minucioso y lento: las costuras de sus pobres ropas eran deshechas y se las palpaba el cuerpo como si pudiesen esconder algo bajo la piel; todas llevaban las manos vacías, nada poseían. Mientras la “cacheaban”, Leonor saltaba de una idea a otra. “¿Dónde nos llevarán?... pediré pomada para las manos no puedo soportar el dolor..., ¿veré a Paquita?...”. Oyó decir: “En total, quince”.

—¿Dónde las llevamos? Toda la prisión está atestada.

—En el porche del patio del economato pueden apretarse aún más y en escaleras de la 4.a galería. Vengan las ocho primeras. Tú llévate a “esas” al porche.

A Leonor le tocó al porche. Pasaron por encima de las filas de mujeres acostadas en el suelo y cruzaron un patio húmedo y con montones de basura. Era una noche de luna y se veía la

basura como pequeñas pirámides. Al fondo estaba el porche; subieron cuatro escalones y la funcionaria llamó: “¡Mandanta!”.

Había un solo jergón en toda la fila y de él se incorporó una mujer. Medio dormida preguntó: “¿Qué hay?”.

—Aquí tiene siete mujeres, colóquelas.

—Pero..., ¿dónde? Aquí ya no cabe nadie.

—Arrégleselas —y la funcionaria desapareció.

Las siete mujeres estaban de pie muy juntas y miraban aquel rectángulo de cuerpos apretados, apiñados sin un solo resquicio y pensaban que, efectivamente, no podría hacer la mujer milagros. La “mandanta” gritó:

—¡Venga, chicas!, que hay ingresos y tenemos que hacer sitio para siete compañeras.

La fila empezó a gruñir y comenzaron a comprimirse como si fueran de goma hasta dejar huecos de un ladrillo o ladrillo y medio y, donde se lograba, llamaban “aquí una”, “otra aquí” y otra y otra..., hasta que las siete se fundieron en aquella masa que parecía un monstruo de cien cabezas. Cuando se movía una era como una convulsión general, no cabían movimientos individuales.

Leonor se metió en el hueco que le dejaron y se colocó como pudo. Le dolía todo el cuerpo y no podía moverse. La noche se le hizo interminable. Dormir en aquel porche era casi como hacerlo al raso y vio por el cuadrante del patio palidecer las estrellas y aparecer las primeras claridades del día. Aún era de noche cuando tocaron diana.

Casi todas se incorporaron al tiempo; tenían los ojos llenos de sueño y expresión de frío. Las compañeras que rodeaban a Leonor preguntaban:

—¿Cuántas vinisteis anoche?

—Quince.

—¿De dónde?, ¿de Gobernación o de falange?

—Gobernación.

—¡Sí que venís buenas! —las miraban en aquella tenue luz de

la madrugada sus caras amoratadas.

Leonor se levantó y trató de estirarse para desentumecerse. Buscó con la mirada a las otras seis compañeras que habían ingresado en la prisión con ella, pero no las distinguió: aún no se veía bien y eran muchas mujeres, quizá unas cien en aquel reducido espacio. Quería preguntar dónde se podría lavar, pero no tenía toalla ni peine y ninguna cara le era conocida; se decidió a preguntar por Paquita Ortiz.

—¿Conocéis a Paquita Ortiz?

—¿Paquita Ortiz...? —contestaron las que estaban más cerca de ella.

Una chica alta, delgada y muy joven, de aspecto decidido, dio unas palmadas y dijo en voz alta: “Chicas un momento, por favor. ¡Oídmeme! ¿Conoce alguna de vosotras a Paquita Ortiz?, esta compañera pregunta por ella”. Se oyó una voz que decía: “sí, yo”.

La muchacha condujo a Leonor después de la primera formación al lado de sus compañeras de prisión, cruzando toda la cárcel hasta llegar al ala derecha de la misma. Por todas partes había una actividad febril; cada mujer, en aquella primera hora sabía exactamente lo que tenía que hacer. Iban ligeras, con la toalla al brazo buscando dónde lavarse, dónde poder evacuar, que era el problema más tremendo de por las mañanas, ya que las colas en los escasos retretes eran inmensas; otras sacudían el trozo de manta que las servía para todo: de cama, de asiento y de abrigo; se disputaban el débil chorro de agua de un botijo que alguien sostenía para aclarar los platos de latón. Era la búsqueda de todo para las necesidades más apremiantes. Cada día era un triunfo para poder sobrevivir.

Leo y su acompañante penetraron en una amplia galería que le dio la impresión de una enorme grillera. Había celdas a ambos lados, separadas por alambradas en su parte superior, dando aspecto de jaula. De ellas salía un murmullo aturdidor de conversaciones incoherentes, deshilvanadas. Celdas y pasillos estaban repletos; aquello era una especie de hormiguero. La mu-

chacha se veía que estaba acostumbrada a aquella multitud; iba ligera, Leonor la seguía con sensación de mareo. Llegaron a una celda y la muchacha llamó con los nudillos: “Pase quien sea”, se oyó una voz.

El espectáculo que se ofreció a los ojos de Leonor, sin saber por qué le resultó familiar. En el interior de la celda había siete mujeres, todas jóvenes; dos de ellas se estaban peinando, y otra abrochándose el sujetador, la que se vestía dijo.

—Chicas en el lavabo no hay quien se mueva, te meten los codos hasta en los ojos.

—¿Está Paquita?, esta compañera que ha ingresado anoche pregunta por ella. Todas se volvieron a mirarla y una de ellas contesto:

—Paquita está en los lavabos —y volviéndose a Leo—: ¿Has ingresado anoche?,

¿no serás Leonor García?

—Sí, soy Leonor García.

La rodearon. La que parecía mayor dijo:

—Nosotras somos de la “comuna” de Paquita. Conocemos tu caso y cada día hemos esperado tu regreso con verdadera ansiedad. No tienes qué decir cómo te han tratado —y ofreciéndole una manta doblada la invitó a sentarse.

La miraban las manos y la cara desfigurada por los golpes; ninguna hablaba. Una de ellas fue a avisar a Paquita; de pronto se abrió la puerta y ésta apareció con la toalla al brazo.

—¡Leo!

El abrazo fue intenso. Paquita la separó de sí para mirarla, la acarició el cabello y con un suspiro dijo: “Cómo te han puesto, ¡cabrones!, pero... ya estás aquí, entre nosotras, pensábamos que no volverías”.

Leo se sentó en la manta apoyándose en la pared y las demás en el suelo rodeándola. Eran once. Daban la sensación de limpias a pesar de la falta de higiene. Todas llevaban el pelo tirante y recogido en dos trenzas detrás de las orejas. Chocaba en ellas lo abigarrado del colorido; todo era inarmónico y deto-

nante.

Despacio, calmosamente, la que presentó la “comuna” a Leo preguntó:

—¿Te han puesto las corrientes?

—Sí.

—¿Eres sola en tu expediente?

—No, somos treinta y seis.

—¿Has sido detenida la última o la primera?

—Ni lo uno ni lo otro, había detenidos antes que yo y después de mí ha seguido la redada.

Callaron. Paquita preguntó:

—¿Han detenido a Galván?

—No.

Leo no preguntó si le conocían. De pronto todas empezaron a preguntarle y las preguntas salían de sus bocas a borbotones: querían saber todo. Ocho meses llevaban ya detenidas, encerradas y para ellas cada nuevo ingreso era como una bocanada de aire fresco. A todas les preocupaban los acontecimientos de la calle, “si había guerrillas, si los aliados avanzaban”..., “qué hacía la Unión Soviética”..., “qué pasaba en Francia...”. Sus mentes estaban pendientes de los acontecimientos exteriores, pero Leo no podía darles ese oxígeno que les faltaba; ella había dejado de ser “noticia”. Llevaba tres meses detenida, sin salir de los calabozos de Gobernación y todo lo que pudiera decir ya estaba sobrepasado. Les habló de lo que acababa de dejar, de aquello que mantenía su retina a fuego Vivo, del compañero que mataron en su presencia, del otro que se suicidó, de las torturas y también del Madrid que dejó hacía tres meses.

Leonor hablaba como consigo misma, sus compañeras atentas escuchaban olvidándose de todo. También ella se olvidó de que iba a pedir algo para lavarse la cara. Les sacó de esta abstracción un grito que dieron desde la galería: “¡las de la nueve!, ¿es que no quieren hoy el “café”?”. Precipitadamente se levantaron tres o cuatro y cogieron los platos donde les echa-

ron el brebaje.

—Quédate con nosotras. Te vas a la hora del “cuento”.

Leo se quedó y compartió con ellas ese líquido y un trozo de pan negro; por primera vez en tres meses se sentía cómoda.

Ese día fue para Leonor de gran ajeteo. Se aturdió en el laberinto de la prisión; muchas conocidas acudían a verla con la misma ansiedad por saber. Contestaba como una autómatas, desfallecía de cansancio y debilidad. Paquita le acompañó para conseguir el traslado del porche a la galería y aguardó con ella, una fila interminable en la puerta de la enfermería para que le diesen pomada en las manos.

Aquella noche durmió amontonada con las otras once compañeras y entró a formar parte de la “comuna” de la celda nueve en la 3.ª galería derecha. Antes de acostarse aquella primera noche, Leonor quiso que Paquita le contara por qué estaba allí y no en Francia, habiéndose escapado del Puerto de Alicante.

Se sentaron en un rincón de la sala de lavabos y Paquita, sonriendo, empezó su historia:

—“Cuando salimos del puerto estaba decidida a cruzar la frontera con Moncho y los demás, pero al verme fuera de aquel recinto con libertad de movimientos sólo desee volver a nuestro Madrid, saber qué había sido de mi madre y mi hijo. Les dije a los camaradas que yo me quedaba, les pareció, ¡naturalmente!, una locura, pero yo, tozuda como siempre, no hice caso a sus razonamientos y me despedí de ellos; así emprendimos nuestras respectivas odiseas. Me quedé sola en aquel Alicante que ya no era nuestro sin saber cómo podría regresar a Madrid. Tenía sólo unas monedas y el carnet del partido por toda documentación y la sahariana que me cubría, con una flamante estrella de cinco puntas bordada en ella. Por primera vez en mi vida, me sentí absolutamente sola y derrotada y también por vez primera sentí un miedo desconocido, que en nada se parecía a los otros miedos padecidos. Se me echaba la noche encima y grupos de falangistas pedían la documentación, yo iba aterrorizada

con aquella sahariana, no sabía qué hacer, casi como una autómatas me encaminé hacia la estación, lloviznaba y sentía mucho frío, siempre me he acordado de aquel frío, era el 30 de marzo y con aquel clima no había razón para ello, sin embargo yo temblaba, pero a pesar de mi frío tenía que deshacerme de aquella sahariana. En la estación me dirigí a los wáteres, éstos rebosaban de gente, en la espera empecé a fijarme en las maletas que estaban al lado de mujeres, me había hecho a la idea de robar una para poder cambiarme. Me tocó el turno de entrar sin haber logrado mi propósito, en el retrete traté de tapar la estrella que tanto me comprometía, pero la maldita estrella estaba tan visible que la única forma de disimularla era con la mano”. Paquita se paró en su relato y mirando a Leo pregunto: “¿Cómo es posible que una cosa tan pequeña me causase tantas fatigas?”. Bueno..., ¿pero robaste la maleta? — preguntó Leo—: “Sí, pero no fue tan fácil..., en la estación pregunté los trenes que salían para Madrid y su precio, aquello fue catastrófico, no salía ninguno hasta las ocho de la mañana siguiente y a mí no me llegaba el dinero ni para la mitad; aparte de esto ahora no recuerdo qué papel exigían aquel primer día para viajar, no sabía dónde pasar la noche y no podía deambular por las calles, tampoco estar toda la noche en la estación porque causaría sospechas, así que me fui a dar una vuelta por aquella zona, tenía mucha hambre y me metí en una taberna pequeña y pobre, no tenían pan, pero sí patatas enteras cocidas y me comí dos. Las calles empezaban a quedarse desiertas y volví a la estación, ya mucho más descongestionada, me acurruqué en la sala de espera, pero poco a poco me iba quedando sola, fui de nuevo a los servicios y al verlos vacíos concebí la idea de pasar la noche en uno de los retretes, poniendo un cartelito de “no funciona”, no sé cómo lo logré, pero lo logré. Así, con mil sobresaltos, pasé mi primera noche de huida, por la mañana mi primer objetivo era robar una chaqueta o algo con qué cambiar y ponerme a caminar carretera adelante. Tenía que dosificar muy bien el poco dinero, hasta salir de Alicante, después ya

comería por las huertas. Tomé un vaso de malta y me puse al acecho en la cafetería, no tardó mucho en llegar la ocasión, una mamá con dos niños dejó la maleta al cuidado de ellos mientras iba a algún recado, los niños se distrajeron jugando y yo me llevé la maleta, una sensación terrible de que no podía avanzar con ella me dominaba; sabía perfectamente, que si en aquellos momentos me cogen, me hubieran fusilado. Salí de allí, metiéndome por callejas, no me daba cuenta del peso, fuera de la estación volaba. Anduve más de media hora sin parar y tuve de nuevo que meterme en otro café, para ver lo que llevaba esa maleta; cuando la abrí quedé maravillada, un uniforme completo de falange de mujer, la cubría, todas las prendas me venían bien; sabiendo ya lo que contenía busqué un sitio para cambiarme, aquello era difícil, ¿dónde meterme?, seguí caminando y de pronto vi una iglesia, sin reflexionar mucho me metí en ella, estaba vacía y oscura, no había nadie, ni curas ni feligreses. Sin pensarlo, en el rincón más oscuro, empecé a cambiarme, despacio salí de la iglesia vestida de falangista, la maleta la metí debajo de un banco y me llevé mi ropa para tirarla en otro sitio”.

Leo escuchaba a Paquita como alucinada, no despegaba los labios, sólo pensaba “¡cuánto ingenio!”. “Busqué la carretera que me podía conducir a Valencia, seguía sin dinero, en la maleta no había ni un solo ochavo y en adelante tendría que buscar comida y medio de locomoción, no podría llegar a Madrid andando. Mi miedo era encontrarme con falangistas, ¡imagínate, lo que nosotros conocíamos de sus formas y lenguaje!, sin embargo aquel primero de abril todo era euforia en ellos y desconcierto en todas partes, pasaban camiones por la carretera llenos de falangistas que me saludaban con el brazo extendido a los que tenía que responder. Así caminé casi dos kilómetros, hasta que encontré una especie de “venta”. Entré, y el dueño al verme levantó el brazo, me dio la sensación que con más miedo que entusiasmo, le contesté con un contundente “¡Arriba España!”. Me puso comida y le dije que estaba esperando a

unos “camaradas” para ir a Altea, único pueblecito que recordaba. Cuando hice ademán de pagar la comida no me la cobró, pasé más de una hora descansando y me puse de nuevo en camino so pretexto de que los “camaradas no llegaban”. De cualquier modo, tenía que llegar a un pueblo antes de que se hiciera de noche; tuve suerte, un camión de los que pasaban me cogió y me llevó a Denia; no sé Leo como salí de allí. El caso es que me hilvané un cuento detrás de otro y dormí en casa de una gente del pueblo y a la mañana siguiente, me pusieron en el tren para Valencia, créeme que aquello fue posible porque yo llevaba un uniforme de falange y ellos estaban borrachos de triunfo; era tal el lío que tenían, que hasta me dieron un salvoconducto, porque les dije que había perdido la documentación al subir al camión. En Valencia volví a comer con otro “¡Arriba España!”. Me metí en el primer tren que salía para Madrid, sin billete, sólo con aquel salvoconducto. El tren iba abarrotado de curas, soldados y falangistas, llegamos a Madrid, sin que nadie hubiera aparecido por el tren para pedirnos nada; así llegué a nuestro Madrid, querida Leo, me calé bien la boina de requeté y emprendí el camino de mi casa. ¡Qué impresión me hizo ver aquel Madrid tan distinto!” —

—como a mí, murmuró Leo, y miró a su amiga de forma nueva, nunca la hubiese creído tan audaz, en voz alta la dijo: “jamás hubiese pensado que tuvieses tanta sangre fría”—, “ni yo tampoco, pero obligada te veas, de todas formas yo creo que todo me vino rodado por la estrella de la sahariana. De no ser por ella, no hubiese encontrado el traje de falangista y todo hubiera sido distinto”.

—¡Bueno!, ¿pero por qué no tiraste la sahariana y te habías ahorrado tanto lío?

—¡Toma!, porque debajo no llevaba más que la combinación; la blusa se la di en el puerto a Aurora.

Leo no preguntó por qué le dio la blusa a Aurora, pero sí cómo la detuvieron.

—No sé, como a todo el mundo, pasé tres días escondida en

mi casa pero aquello era insostenible, así que me fui a casa de una amiga de mi madre, ésta tenía una hija muy joven y bonita, que en aquellos días empezó a acostarse con soldados por un chusco y un poco de comida, de los soldados pasó a un sargento y éste le daba comida y dinero; en una “noche de amor” le dijo que su madre tenía escondida a una amiga. El sargento fue a por mí, pude escaparme porque era una casa baja y salté por la ventana. Después, como tú, una casa tras otra hasta que me cerraron el cerco y caí.

—¿Te torturaron?

Paquita la miró un tanto extrañada y pregunto a su vez:

—¿Conoces a alguien que haya pasado por Gobernación que no lo torturaran? Leo le apretó la mano y la miró hondamente.

La prisión desbordaba, su aspecto general era sórdido y miserable. Aquello no era más que una masa de carne humana difícil de clarificar. Pobre carne enferma, hambrienta, depauperada y torturada por miles de sufrimientos. Todo allí era nauseabundo, el olor de las pomadas de azufre para combatir por igual, la sarna y los parásitos se mezclaba con el de los retretes infectos, la mierda que les desbordaba y el agrio de los ranchos que se había pegado a las paredes de la prisión. Todas las mujeres padecían de sarna ulcerada y se rascaban la piel hasta desollarla; la avitaminosis abría llagas purulentas en las piernas y en las manos; los piojos se las comían. No había agua ni retretes, ni comida, como cantaba una canción de la cárcel. El rancho que se les daba era un brebaje, los medicamentos brillaban por su ausencia y una aspirina adquiriría el valor de una onza de oro.

Leonor curaba de sus heridas muy lentamente, aún no podía utilizar las manos y un nuevo tormento se le presentó: el hambre. Hasta entonces había estado demasiado preocupada por las torturas para sentir el estómago, hasta el punto de haberse preguntado, si ya nunca más desearía comer, pero..., de improviso, sin avisar, el ¡hambre!, se presentó y se adueñó de ella hasta hacerla gemir. Los jugos estomacales estaban en cons-

tante revulsión, su olfato se insensibilizó para los malos olores y sólo apercibía olor a huevos fritos con morcilla. Sentía hambre, un hambre feroz, primitiva, y se le hacían las horas interminables de rancho a rancho. Por otra parte, éstos no saciaban, en nada, la terrible mordedura del estómago vacío. Su hambre como el de todas, era un hambre animal, se husmeaba por las cocinas y en los montones de basura de los patios, tratando de encontrar cáscaras de patatas, un troncho de col o cualquier cosa que se pudiera masticar.

Quince días habían pasado desde que Leonor empezara a hacer vida en común con las compañeras de la celda nueve. En este corto espacio de tiempo se había unificado a ellas, asimilando su lenguaje carcelario, sus costumbres y hasta un poco sus manías. Su afecto se inclinaba por Paquita y Adela, a la primera le unía la vieja amistad, a Adela la serenidad y firmeza que emanaba de toda su persona. Se destacaba de toda la “comuna” y se buscaba su consejo y apoyo. Jamás discutía, ni se quejaba de hambre, de frío o de sueño, Leonor reconocía de forma tácita su superioridad. Ella le enseñó la prisión y la orientó sobre la mejor forma de vivir en ella.

La prisión constaba de tres plantas, dividida cada una por una galería central que separaba el ala derecha e izquierda. Cada planta tenía tres galerías de celdas cerradas por una cancela de gruesos barrotes y un monumental cerrojo. Las galerías tenían celdas a ambos lados, abajo estaban los sótanos, salas rectangulares, húmedas e infectas por la basura de los patios, éstos eran pequeños cuadros acementados con escaso sol por encuadrarlos tapias muy altas que les hacían aparecer hondos y sombríos. Leonor recorrió la prisión: fue a la enfermería, donde las mujeres se morían de inanición en una fila de jergones de paja tirados en el suelo; visitó la galería de ancianas tapándose la nariz, para no percibir el terrible olor que se desprendía de aquellas mujeres sexagenarias, que se evacuaban entre las mantas, por no poder esperar de pie, la fila inacabable de los retretes. Penetró en la “galería de madres”, donde morían los

niños, con el único calor del regazo de sus madres y vio la galería de condenadas a muerte. Más de cien mujeres de todas las edades esperaban allí su turno, las había casi niñas junto a ancianas, madres e hijas, hermanas, toda una gama de mujeres condenadas a muerte, expectantes a cada ruido a cada gesto de quien se acercase a aquella cancela, las “sacas” se sucedían con intervalos muy cortos, marcando con profunda huella a las que quedaban esperando.

Sin embargo, Leonor no conocía tan solo el aspecto sórdido de la cárcel, por encima de todas sus privaciones y miserias había un rasgo común en todas las presas, no se sentían vencidas. A pesar de la gran represión sufrida por cada una, a pesar de sus condiciones de vida infrahumana, se vivía con una altísima moral que hacía frente, de mil maneras, a aquel enemigo que físicamente se tenía encima.

Desde el primer momento las presas comprendieron que su única salvación era no perder su espíritu militante, que al terror de la cárcel había que hacerle frente con la organización, así cuando llegó Leonor, todos los partidos estaban organizados. Cada uno tenía su propia vida, pero existía un Comité Unitario integrado por los distintos partidos, donde se planteaban y discutían cuestiones generales de la prisión. No siempre se llegaba a un acuerdo inmediato, pero el hecho de que existiese y se discutiera ponía calor y ardor en la vida de las presas. El gran hacinamiento de la prisión tenía la ventaja de que la dirección no podía controlar el movimiento de las reclusas, éstas podían moverse de un lado para otro, lo que facilitaba su vida de organización. La vida política daba al conjunto una especie de disciplina que las salvaba de la gran hecatombe en que se había caído. En medio de tantas calamidades, se tenía el valor suficiente para no dejar aflorar las mezquindades personales o al menos hacer que éstas no se desbordasen.

Leonor fue incorporada a una célula de su galería que la componían diez militantes; la responsable era Herminia, pertenecía al Partido Comunista desde el año 33, dirigente sindical toda la

guerra, la distinguía aparte de su capacidad, un espíritu de sacrificio, rayano en la mística. Era esta cualidad una de las más valoradas. En las condiciones en que se vivía, nadie podía permitirse el lujo del personalismo. La colectividad tañía que estar por encima de cualquier otro interés, había que frenar los egoísmos y las mezquindades, a toda costa había que esconder y refrenar lo que no se podía corregir.

Leonor participó ya en la discusión general que en esos momentos tenía planteada la prisión: ¿cómo ayudar a los niños que se morían de inanición en la galería de madres? Esta galería de niños era una pesadilla para toda la reclusión, más de mil mujeres estaban allí concentradas con sus hijos, algunas tenían dos y tres con ellas, por lo que aquella galería albergaba más de tres mil personas. La falta de agua era total, como en toda la prisión, los niños en su mayoría sufrían disentería, aparte de los piojos y la sarna. El olor de aquella galería era insoportable, a las ropas estaban adheridas las materias fecales y los vómitos de los niños, ya que se secaban una y otra vez sin poderlas lavar. En aquellos momentos se había declarado una epidemia de tiña, ninguna madre, a pesar de la falta de medios para cuidarles, quería desprenderse de sus hijos para llevarles a una sala, llamada “enfermería de niños”. Esta sala era tan trágica, que los pequeños que pasaban a ella morían sin remedio, se les tiraba en jergones de crin en el suelo y se les dejaba morir sin ninguna asistencia. El problema era cómo ayudarles; ellos no estaban condenados a muerte de forma oficial, había que intentar rescatar algunas de esas vidas y eso lo podían intentar ellas.

Se acordó que un grupo de compañeras enfermeras pidiesen a la dirección que les dejase hacerse cargo de la “enfermería de niños”. La dirección accedió sin poner nada en ello. Ahora se trataba de ayudar de forma colectiva para aminorar la mortandad de los niños. Cada, reclusa debía dar un trozo de su ya escaso pan, dos dedos de agua del bote que le daban por la mañana y la mitad del jabón que recibiera de las familias; las

compañeras de cocina se comprometieron a “robar” todo lo que pudiesen, igualmente las compañeras que ayudaban a meter los cántaros de leche a la prisión y que nadie sabía su destino.

Se creó un comité en cada departamento para organizar la ayuda. Fueron catorce mil voluntades que a pesar de su hambre y miseria trataron de rescatar algunas de aquellas preciosas vidas.

Hoy, después de veintiún días de su segundo reingreso en la prisión, por fin iba a comunicar con su familia.

Ese día era de visita para su galería y en toda ella había un movimiento inusitado, hasta se diría que tenía cierto aire de fiesta. Las familias iban a visitarles una vez cada ocho días y ellas trataban de ofrecerles la mejor impresión posible para que no se fueran de la puerta de la cárcel con mayor sufrimiento que habían venido. En diez minutos de visita no querían ni podían volcar en los suyos su vida de calamidades. Ese día se peinaban con más cuidado, algunas lucían cuellos blancos encima de sus harapos, sólo les veían de hombros para arriba y era eso lo que cuidaban.

No todas las mujeres de la galería comunicaban, muchas no recibían visitas, bien porque todos los suyos estuviesen también encerrados o porque eran de la provincia y sus familiares no podían desplazarse para verlas.

Sin embargo, las que comunicaban estaban nerviosas desde las primeras horas de la mañana. Algunas recibían pequeños paquetes de comida de los suyos pero otras ni eso; las familias se morían de hambre en la calle y no podían ni pasar un pan a la cárcel. De las doce compañeras de la “comuna” de Leonor comunicaban siete. Toda la celda estaba revuelta buscando qué ponerse para mejorar su aspecto. Cada semana era igual. Leo era la primera vez que iba a ver a los suyos después de casi cuatro meses y tenía un “nudo en la garganta”, no podía ni hablar ni moverse, muy quieta esperaba consumiendo las horas. Oía a las otras sin escucharlas. “Tenía que preguntar a su ma-

dre cómo se arreglaban para comer y vivir”. “¿Qué le dirían de Emilio?...”, tenía que aprovechar muy bien los diez minutos, les tenía que preguntar muchas cosas... ¿Vendrían todos...? “Seguramente traerían boniatos, su madre sabía que le gustaban mucho...”. Oyó que Adela le decía:

—Toma, Leo, ponte esta bufanda roja que he encontrado por ahí, estás muy pálida y es el primer día que te ve tu familia. Te dará mejor aspecto que eso verde que llevas.

—Gracias Adela.

—Hoy tendrás noticias de tu amor. ¡Ay, quién tuviera uno!

Era Julia, le llamaban la “romántica” porque siempre hablaba del amor. Era alta y extremadamente delgada con ojos brillantes y negros, cercados por grandes ojeras; tenía aspecto enfermizo agudizado ahora por el hambre que pasaba.

Llegó la hora de comunicar y nombraron tres listas. Las reclusas se agolpaban alrededor de las “voceadoras”. Comunicaban cuatro galerías. Más de mil mujeres en dos locutorios, por listas de treinta a cuarenta. Cuando salían unas, ya estaba otra fila esperando. Cada mañana era un flujo y reflujo de mujeres en el locutorio. Hasta el interior de la prisión llegaba un gran ruido parecido a un rugido prolongado, eran las voces de los comunicantes que se entrechocaban para entenderse; Leo y Paquita fueron llamadas en la misma lista. El corazón de Leo saltaba. Oía el ruido del locutorio y la obsesionaba la idea de no entenderse con su familia. Sonaron las palmadas que ponían fin a la visita y la angustia de la despedida acrecentaba el griterío hasta hacerlo ensordecedor.

Leo veía cómo los familiares por fuera y las presas por dentro, se aferraban a las alambradas del locutorio para aprovechar un segundo más, para terminar la frase empezada o tirar con las manos los últimos besos. Vistos desde fuera parecían locos.

Tanta desesperación había en sus voces por hacerse oír. Las funcionarias echaban a las presas a empujones, deseaban terminar una comunicación, para empezar otra. Todas salían con expresión distante, ajenas a cuando las rodeaba, llevaban refle-

jados en los ojos las figuras de los suyos al otro lado de las rejas.

Nombraron a Leo y se encontró cogida de la mano de Paquita, corriendo hacia un rincón del oscuro locutorio.

—¡Aquí, Leo! Es lo más alejado de la puerta y estamos más aisladas —gritaba Paquita mientras arrastraba a Leo tras ella.

Se puso a su lado. Seguían entrando las reclusas y el locutorio iba llenándose; a todo lo largo de la alambrada se apretaban las mujeres y todas metían sus dedos por los huecos de la tela metálica mirando fijas a la puerta por donde tenían entrada los familiares. Nadie hablaba en ese primer momento. Esperaban las primeras pisadas de los de fuera. En esa espera Leonor se fijó en el locutorio: tendría unos doce metros de largo por ocho de ancho, separando a las presas de los visitantes había un pasillo de metro y medio con dos telas metálicas bastante tupidas, a ambos lados de las telas se ponían los visitantes y las reclusas; un funcionario se paseaba por el centro de ese estrecho pasillo para vigilar la visita. “Me oirán...”, “les podré ver siquiera...”. Cortó las reflexiones de Leo el correr, más bien el trotar de unos chiquillos... “¡mamá, mamá!, ¿tía dónde estás, tía?”. “¡Pablito!, ¡Rosita!, estoy aquí. ¡Aquí, madre!, ¡aquí!, ¡estoy aquí!...”.

Todo eran voces, la puerta de entrada era una avalancha, niños y mayores corrían con los ojos anhelantes por todo lo largo de la alambrada, buscando a la “suya”. Leo vio a sus hermanos, andaban deprisa, fijándose en todas las caras del otro lado de la reja y llamando ¡Leo! ¡Leo!... ¡Joaquín! ¡Andrés!, estoy aquí, ¡aquí!

Leo chillaba como las demás y se olvidó de Paquita y de todo lo que no fuera ponerse en comunicación con aquellas voces que la llamaban. Llegaron a ella y, haciéndose sitio se aferraron a la alambrada.

—Leo, querida, ¿cómo éstas?

—Bien. ¿Y vosotros?, ¿no viene mamá?

—Sí, nos hemos adelantado...

Allí estaba su madre; sus hermanos se retiraron y pasó a primer término. No pudieron decirse nada en un segundo. Al fin, su madre rompió el silencio:

—¡Hija, hija mía! ¡Cómo te han martirizado!

Leonor casi no la entendía, pero su madre la miraba con tal intensidad, hablaba sin chillar, como para ella misma y Leonor intuía sus palabras. Sus hermanas le tiraban besos, subían al niño en alto para que lo viese, gritaban, gesticulaban y, de vez en cuando, oía alguna palabra suelta: “Emilio está bien”... “Leo”... “Leo”... Leonor miró al niño, a todos, no dijo nada de lo que quería preguntar, se le borró todo del pensamiento, sólo quería tranquilizarles “mamá estoy bien, tranquilízate. Mamá, te escri...”.

¡Fuera!, ¡fuera!, terminó la visita. Palmadas, voces...

Agarraron a Leo de un brazo. Su madre seguía allí resistiendo la presión del guardián que le empujaba desde fuera y, ahora gritaba muy fuerte:

“¡Te he traído boniatos...!”.

Leo salió mareada de esos diez minutos de visita. Paquita la cogió de un brazo y le preguntó:

—¿Cómo has encontrado a tu familia?

—No sé...

Paquita la miró a la cara y comprendió que estaba muy lejos de allí. Leonor iba pensando en su marido, no se había enterado de cómo se encontraba, no le habían podido decir nada de él; pensaba angustiada que si siempre iban a ser así las visitas nunca sabría nada y, pensaba también en lo que Emilio sentía cada vez que ella se separaba de la reja; la impotencia, el vacío y una sensación curiosa de sentirlos a ellos, a los de la calle más desvalidos que a nosotros mismos.

Cuando llegaron a la celda se encontraron a Carmela sollozando y le preguntaron:

—¿Qué te pasa, Carmela?

—¡Nada! Dejarme.

—¿Has comunicado? —volvió a preguntar Leo.

—No. No he comunicado.

Paquita hizo una seña a Leo y salieron de allí. Paquita explicó:

—Lo está pasando mal. Es enfermera y poco antes de terminar la guerra se hizo novia de un médico del hospital donde trabajaba, del que está muy enamorada. Al detenerla él la hizo toda clase de promesas hasta que el fiscal pidió a Carmela veinte años de condena. Cuando él se enteró de la petición no volvió más y cada día de visita es una prueba para ella. Sigue esperando, se aferra a la esperanza de que volverá.

—¿Podemos ayudarla de alguna manera?

—No, creo que no. Eso se lo tiene que pasar sola.

Dieron los paquetes. En la celda se recibieron cinco. Todos eran pequeños y míseros: un pan con arenques, patatas cocidas con sal y unas cebollas, boniatos, aceitunas negras..., todo en muy pequeñas cantidades. Sin embargo, suponía para las familias un gran sacrificio.

Se repartía todo con la equidad más rigurosa. Se contaban hasta las aceitunas, lo que no se podía contar se medía con suma precisión: era tan poco, que las más voraces se lo comían en el momento de recibirlo, otras lo estiraban como goma, por el placer de pensar que “tenían algo”: cuatro aceitunas, una cuarta parte de boniato o media patata...

Media hora antes de lo acostumbrado hicieron el “recuento” y cerraron las cancelas.

—¿Qué hora es? —preguntó Sevi.

—Las siete.

—¿Sólo las siete? —Berta miró a todas y dijo—: Estoy por apostar que hay “Saca”. Es muy pronto para que cierren.

Quedaron todas pensativas. Las presas tenían un fino instinto para saber la noche que había fusilamientos. Cuando iban a fusilar a la madrugada siguiente, sacaban a las condenadas a la caída de la tarde de la galería de penadas y las metían en “capilla”; ésta era una habitación fuera de la reclusión, y durante toda la noche, hasta que de madrugada llegaba el camión que las conducía al cementerio del Este, lugar de los fusilamientos

en Madrid, eran sometidas a las presiones del cura de la prisión ayudado por la dirección de la cárcel, para que las condenadas se confesaran y arrepintiesen de los “pecados cometidos”. Estas presiones a veces alcanzaban el sadismo. Por lo general no había “arrepentimiento” y entonces todos aquellos “señores” montaban en cólera y la última noche de la condenada a muerte se la hacía pasar como la antesala del “infierno”.

Siempre que había “saca” cerraban y contaban antes a la reclusión, aquel día era muy temprano para cerrar las cancelas y todas pensaron que habría fusilamientos. Efectivamente, no había pasado media hora cuando ya sabían que eran seis compañeras las que serían ejecutadas a la mañana siguiente. Las mujeres nunca eran fusiladas solas. Cuando los camiones llegaban venían repletos de hombres recogidos en otras prisiones para recorrer el mismo camino, así que al dolor de ver partir para siempre a las compañeras con las cuales se había convivido, se unía el tremendo temor de que entre los hombres viniesen los maridos y padres de las mujeres allí encerradas.

Toda la galería se conmocionó; a pesar de la frecuencia de las “sacas” no podían acostumbrarse a ese tremendo crimen y cada ejecución suponía para la reclusión un hondo sufrimiento.

Sabían que eran seis, pero ¿quiénes eran?, esperaban que alguna reclusa de las que tenían “cargos” se acercase por la cancela a decirlo.

—¡Adela! —llamaron.

Entre las mujeres se hizo un gran silencio, la que traía los nombres hablaba deprisa: “La abuela Sebastiana, su hija, Dolores Pacheco, Antonia Benítez, Rafaela Díaz, María Soto...”.

¿Qué habían hecho estas mujeres para ser fusiladas? La abuela Sebastiana y su hija, eran campesinas de un pueblo de Madrid y cuando el levantamiento fascista del 18 de julio, el alcalde de su pueblo republicano y cuñado suyo las puso al frente de un taller de costura para “equipar” a los mozos que salían del pueblo para el frente. Su único delito había sido coser y llevar una banderita republicana prendida en la blusa y... ser la cu-

ñada y sobrina del alcalde republicano. La abuela Sebastiana tenía 70 años, su hija cuarenta. Dolores Pacheco era una joven de 23 años, pertenecía a la JSU y se la acusaba además de esto, de haber salido por los pueblos a incitar a los jóvenes campesinos para que se alistasen en las Dos Divisiones de voluntarios de la JSU. Antonia Benítez y Rafaela Díaz estaban acusadas en el mismo expediente de haber “requisado” un convento de monjas, tenían 24 y 25 años, respectivamente; María Soto de haber llevado “mono y pistola”, también de 25 años...

Tocaron silencio. Las funcionarias pasaron dando con las llaves en la verja para que las reclusas se acostasen. El ruido producido por el golpear de las llaves grandes y macizas contra las verjas de hierro dejaban un eco a lo largo de la galería; era la advertencia de castigo ante el más leve ruido. Generalmente se obedecía esta señal, pero aquella noche como todas las de “saca” un estremecimiento recorría a las once mil mujeres encarceladas y, ni advertencias ni castigos, podían reducirlas al silencio.

Leo se acostó entre Adela y Julia. Por la débil luz que entraba de la galería veía a Adela con los ojos abiertos, fijos y sin pestañear Ninguna dormía y se contaban las horas, que se oían nítidas en un reloj cercano. Leo pensaba en las muchas noches que estas compañeras habían pasado en esta angustia, viviendo minuto a minuto, el atroz tormento de esperar oír el frenazo del camión que se llevaba a las penadas. Las mujeres se revolvían inquietas, toda la prisión era un rugido callado. Adela parecía de piedra tanto era su quietud; su marido estaba condenado a muerte hacía tres meses y cada noche que venían los camiones no sabía si en ellos estaría él.

Pasaron las horas y hasta ellas llegó el sonido de cinco campanadas.

—¡Las cinco! —dijo Carmela.

Al cabo de un rato, como si toda la galería tuviese un sexto sentido se incorporaron atento el oído y, un “¡Ya están ahí!”, brotó de cientos de bocas: el chirriar de las pesadas puertas se

oyó en el silencio de la prisión. Toda la reclusión se “despidió” de aquellas seis compañeras que en ese momento subían al camión esposadas... Al poco se sintieron las ametralladoras. Leo sobrecogida, tensa, contó hasta veintiún tiros de gracia. Rodeó la cintura de Adela con su brazo; estaba rígida. También ella había contado: “Veintiuno” —dijo—. Leo ya se comunicaba con su marido. Le permitían escribir una tarjeta de doce renglones cada quince días, pero no era esta correspondencia “oficial” lo que les mantenía en constante relación.

El sistema fascista después de nueve meses de Poder no podía controlar en detalle toda la represión. España entera estaba abarrotada de presos, sólo Madrid tenía habilitados para cárceles, diez grandes conventos y caserones con miles de hombres en cada uno; tres cárceles de mujeres: “Ventas”, “Claudio Coello” y “Quiñones”, y dos prisiones militares.

Cada día se celebraban “Consejos de Guerra”, de forma masiva, y eran llevados a las Salesas cientos de presos de las distintas cárceles. Allí, para ser juzgados, se juntaban hombres y mujeres y se estableció una red de comunicación por medio de “Notas”. Los presos se las ingeniaban para sacar las notas de sus respectivas cárceles y pasarlas a las Salesas, allí se repartían y volvían a pasar de nuevo a las prisiones.

Así empezó su relación con Emilio. Ella escribía cada tres días y recibía sus contestaciones por el mismo sistema; las primeras fueron doloridas, ansiosas por saber los tormentos que había sufrido; después se escribían, sobre todo, de la vida en la prisión, de los acontecimientos que se sucedían a diario. A través de esta red se conocían todos los hechos, se canalizaba la vida en las prisiones, su actividad, lo más importante que ocurría en cada una: castigos colectivos, condenas, “sacas”, expediciones, torturas..., todo pasaba por esta red incontrolada por “ellos”. Era el mundo de los presos, con miles de arterias que regaban y daban vida a miles y miles de encarcelados.

—¿Qué te piden? —preguntaron todas al ver entrar a Julia.

—Lo que esperaba, pena de muerte.

—¿De qué te acusan?

—Pues... de muchas cosas que no entiendo. Ser obrera de la industria de guerra y que, por lo tanto, hacía obuses para matar a los “leales”, haber denunciado a un capitán que vivía en mi casa, que yo no he conocido ni visto en mi vida; ser del PC... Con eso han armado un lío de dos folios: Conclusión, pena de muerte.

Poco había que decir: era la historia repetida de los “Consejos”. El juez venía veinticuatro horas antes de celebrarse a notificar la petición. Se decía que las condenas se llevaban elaboradas de antemano; y el caso era que en poquísimas ocasiones variaba la petición; el fallo final era concluyente y definitivo. Cuando el juez notificaba la petición fiscal, traía una lista de abogados “defensores”, todos “adictos al Nuevo Régimen”. Los detenidos no podían elegir uno particular, su “defensa” siempre estaba a cargo del abogado de turno, que no conocía a su defendido y repasaba la acusación dos horas antes de celebrarse el “Consejo”. Los juicios eran masivos, treinta y cuarenta acusados juntos. Los que habían pasado por esta experiencia aseguraban que bastaban una o dos horas para condenarles. Las condenas más corrientes eran las de pena de muerte o treinta años. Las condenas bajas de seis o doce años, eran miradas con extrañeza, consideradas como una “ganga”. Casi daba vergüenza decir que sólo les habían condenado a doce años. También se decía que los tribunales, compuestos por militares venidos de la zona franquista y con deseos de “liquidar” pronto, a veces no constaban más que de: fiscal, presidente y “defensor” y que se daban casos en que los fiscales no eran ni militares ni jurídicos, sino simplemente familiares de la “víctima”, por la cual estaban sentados en el banquillo de los acusados diez o doce personas, que de forma expeditiva, eran condenados a muerte, por este “letrado de ocasión”.

Julia la “romántica”, se sentó en la celda con gesto preocupado, la pequeña Sevi con su carita de pecas y su mirada risueña fue la primera que habló:

—Julia, tienes que ir bien guapa al “Consejo”, allí habrá muchos chicos y entre ellos tu Antonio.

—Eso quisiera yo, que fuese mío. También lleva pena de muerte. A ese le van a tener que matar para que se decida. Llevo dos años “insinuándome” y qué pelmazo, ¡no hay forma!

Julia trataba de bromear, para ocultar su preocupación.

Todas estaban angustiadas por la condena que sabían seguro, traería al día siguiente Julia y que suponía su separación de la “comuna”. Desde el “Consejo” la llevarían a la Galería de condenadas a muerte.

Hasta la hora de silencio estuvieron buscando y preparando lo que Julia se pondría para ir a juicio. Lo más difícil de encontrar eran zapatos; le dejaron unos torcidos que además la hacían daño. De aquella misma galería iban ocho más con Julia, con peticiones de penas altas todas ellas.

Se había convertido en rutina indagar y preguntar cada noche, cuántas presas iban a ser “juzgadas” al día siguiente. A la caída de la tarde toda la prisión tenía la misma preocupación. Esperar la lista para los “Consejos de Guerra”. Se vivía en continua espera e incertidumbre: las ejecuciones; los juicios; las expediciones para los penales al norte del país y las excarcelaciones, eran como monstruos voraces que se tragaban, sistemáticamente, una tras otra, a las mujeres allí recluidas. Esas vertientes eran sus caminos, nadie esperaba la libertad; la sorpresa mezclada de desconfianza era el sentimiento que producía una libertad inesperada. No era la primera vez que salía una presa con certificado de libertad y nunca más se sabía de ella.

—¿Cuántas vais en total? —preguntó Paquita.

—Treinta.

Julia colgó de un clavo en la pared lo que se pondría al día siguiente y salió a la galería. Las demás se acostaron al toque de silencio. No dormían, se hablaba bajo las mantas para no hacer ruido; era un siseo de conversaciones amortiguadas para evitar los castigos. No se hablaba de Julia, sabían que era la última noche que estaría entre ellas. Leonor, viendo que Julia no se

acostaba, se levantó y fue a buscarla a los lavabos. Allí estaba junto a las otras ocho de la galería que juzgarían con ella. Estaban sentadas en corro y hablando en voz muy baja, se contaban las peticiones fiscales que llevaban cada una. De las ocho, tres iban con pena de muerte. Una de ellas, como de unos cincuenta años, huesuda, macilenta, vestida de negro, tenía expresión de animal acorralado, la otra condenada a muerte, joven como Julia la animaba.

—¡Vamos, señora Geno!, no hay que pensar en lo peor.

La mujer la miraba sin decir palabra, de vez en cuando movía la cabeza como un pesado perrazo de ganado.

Leo, tocó a Julia en un brazo:

—Tienes que acostarte, es muy tarde.

—No tengo sueño.

—Mañana tienes que estar tranquila, es preciso que descanses. Vosotras también

—añadió dirigiéndose a las otras.

Lentamente se levantaron y se fueron cada una a su sitio.

—¿Has visto? Esa mujer está aterrorizada. Resulta que su marido era el maestro del pueblo; votó al Frente Popular el 16 de febrero y sin más actividad, ya que fue al frente cuando movilizaron a su quinta; al entrar los fascistas en el pueblo, le fusilaron a él y a un hijo de quince años. Les clavaron en la puerta de su casa y encima el pizarrón de la escuela con un letrero que decía: “Este pueblo no necesita maestros”. La mujer en un arrebatado de locura salió insultándoles por la calle. Ahora le piden pena de muerte. Está ya muerta, antes de que la maten.

Leo escuchaba, era un caso entre los miles que allí había preñado de dolores y dramatismo: la cárcel estaba repleta de dolores humanos reducidos a “casos”.

Al clarear el día abrieron la verja y la funcionaria llamó a las que iban a “Consejo”. La mandanta fue una por una, avisando a las ocho. Se prepararon rápidamente. Toda la celda nueva estaba levantada ayudando o simplemente mirando a Julia. La galería en pleno las despedía. Julia abrazó largamente a todas

las de su “comuna”: ella la “romántica” sonreía valerosamente, sabía que ya no volvería a esa celda, que se terminaba en este abrazo un año de convivencia, lleno de calamidades pero también de ayuda mutua.

Sevi, su mejor amiga, se pasó la tarde en la cancela que daba al rastrillo esperando el regreso de Julia, pero en vano, al cierre de galerías aún no habían llegado “las del Consejo”.

Cuando por la mañana abrieron las cancelas, corrieron a la galería de penadas para ver a Julia. Esta cancela no se abría nunca pero se acercaron a la reja y llamaron; Julia ya las esperaba y se acercó a la verja, todo el grupo de sus amigas la extendían las manos por entre los barrotes.

—Bueno chicas, no quiero caras tristes, lo esperábamos. Tendré suerte y quizá vuelva con vosotras.

—¿Y tu Antonio? —preguntó Berta.

—¡Magnífico!, me llevó regalitos hechos por él. Un cinturón y esta sortija de un mango de cepillo de dientes. Dice que es la de “pedida” —y, poniéndose seria, añadió

—: También salió con pena de muerte.

—¿Muchas? —pregunto Leo.

—Hombres casi todos, mujeres todas las que llevábamos petición.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —gritó la funcionaria de ella. Se adelantó Adela:

—Esta compañera vivía con nosotras, ayer fue a “Consejo”; como no la dejaron subir a la galería cuando regresó condenada a muerte venimos a preguntarle que cuándo le bajamos sus cosas.

La funcionaria, con una mirada fría, preguntó:

—¿De qué galería son ustedes?

—Tercera derecha, celda nueve.

—¿Todas?

—Sí.

—Quedan castigadas sin comunicación esta semana. Es la mandanta la que tiene que venir aquí y no ustedes. Nadie se

puede acercarse a esta galería —y con una sonrisa de sorna pregunto—: ¿O son todas nuevas?, ¡váyanse de aquí inmediatamente! —Su rostro era duro y frío.

Saludaron con la mano a Julia y se alejaron; ésta con cara de consternación les gritó: “¡lo siento!”.

Sevi llevaba los ojos llenos de lágrimas, no por el castigo, sino por dejar allí en esa galería a Julia. Leo rodeó sus hombros con un brazo y se encaminaron a la celda.

Todas las células del Partido habían mantenido una intensa discusión de carácter político que algunas, lo habían llevado hasta los principios ideológicos. La cuestión se planteó al surgir dos posiciones: de si se debía, o no aceptar “cargos” en la prisión. Una posición mantenía que aceptar servicios subalternos de cocina, enfermería, oficinas, etc., era tanto como colaborar con la dirección, por lo tanto con el fascismo; era, así mismo, abrir una vía a la dirección, para que ésta pudiese justificar sobre los “cargos” el desastroso funcionamiento de la cárcel. No se debía colaborar; que los servicios los hicieran ellos.

Frente a esto, una mayoría opinaba que precisamente por las condiciones infrahumanas en que se vivía, porque la dirección fascista de la prisión era la causante, sin importarle un ápice la vida de la reclusión, tenían que aprovechar los pocos recursos que se les ofrecía para ayudar a las presas a sobrevivir.

La experiencia de la “enfermería de niños” demostró que había que organizarse sobre la base de contar sólo con las propias fuerzas. Estas fuerzas serían tanto más útiles, si las mujeres más conscientes tomaban en sus manos estos recursos, ello aminoraría el robo de la cocina, la atención de enfermería... Otro de los servicios clave era la recogida de paquetes. Esta “ventanilla”, que comunicaba directamente con los familiares, debía convertirse en una vía con el exterior. Así mismo, había que introducirse en las oficinas de régimen de la prisión. Una Comisión Clasificadora, que empezó a funcionar hacía unos meses, tenía como misión clasificar a todos aquellos presos

que no tenían denuncias concretas; la Comisión pedía informes a los lugares de procedencia de forma triple: guardia civil, iglesia y falange. Si no llegaban los informes pedidos que se repetían por tres veces, los presos eran puestos en libertad. Los informes llegaban a la prisión por telegramas, de forma escueta eran: “malos” o “buenos”. Los primeros no salían. Si no se contestaba o había dos buenos para el preso era puesto en libertad y enviado a su lugar de origen. Eran miles de telegramas los que llegaban y su clasificación anárquica; en las prisiones de hombres estaban saliendo muchos de ellos por los “escamoteos de los informes”, pero eso era posible porque las oficinas estaban ya casi en sus manos.

Naturalmente el trabajo de los “cargos” en cualquier sitio que estuviesen sería sacrificado, si éste se ponía al servicio de la colectividad, pero no podían rechazar ese campo de posibilidades que se les brindaba por pura comodidad de las direcciones.

Triunfó esta posición después de acaloradas discusiones e inmediatamente se preparó a las compañeras para los diversos cargos, en espera de que la dirección los solicitase.

Esto no se hizo esperar, las mujeres que trabajaban duraban poco. Su comida tan escasa como la del resto de la reclusión y un mayor trabajo las agotaba pronto, por lo que eran relevadas en cortos espacios de tiempo. Ahora se trataba de que fuesen las compañeras más resistentes para crear una continuidad, había que burlar al enemigo con sus propios recursos.

Leo cogió los apuntes y se dirigió a la puerta; le sobraban unos minutos y lentamente fue hacia el fondo de la galería. Desde hacía un mes era “profesora” de un grupo de mujeres, en su mayoría campesinas semianalfabetas.

A pesar del hambre, del frío y de la incertidumbre, había mujeres que no querían perder el tiempo “por si acaso”. Ese por si acaso significaba la salvación y el volver a la vida; otras..., ese mismo hambre, el frío y el sufrimiento no las dejaba lugar a ocupación alguna. No esperaban salvarse y un “¿para qué?” las

paralizaba.

Leonor estaba entre las primeras, daba clase y recibía a su vez. Esta tarea estaba llena de dificultades: por un lado la dirección de la prisión no lo permitía, por otro el material de estudio más elemental, como lápices y cuadernos no había forma de conseguirlo. A falta de libros se daban las clases sobre apuntes y las cuartillas, una vez aprendidas las lecciones, se borraban para volverlas a utilizar, hasta agotarlas.

Para burlar la vigilancia de las funcionarias, las clases se daban en las celdas del fondo de las galerías y siempre vigilando una compañera para no ser sorprendidas. Cuando Leo llegó a la celda, estaban todas en círculo repasando la lección del día anterior. Eran mujeres de treinta a cuarenta años que habían pasado su vida en el atraso secular de los pueblos españoles, sometidas a las tareas del campo y sobrecargadas con el trabajo doméstico en condiciones míseras. Ahora se encontraban presas porque durante los tres años que duró la guerra, ellas de una u otra forma, habían colaborado en la defensa de la República. Hasta sus pueblos y aldeas llegó muy quedo el eco de las reformas y leyes que la República había promulgado en favor de la mujer; las más “adelantadas” de los pueblos les decían que la República “miraba más por la mujer, que había mujeres en el Parlamento que defendían sus derechos; que había leyes que ya las protegían...”.

No entendían mucho qué leyes podían ser; ellas seguían su bregar diario, así había sido de generación en generación y desde su niñez nacían y morían pegadas al fogón, pero..., “si era verdad lo que decían las republicanas que defendían sus derechos...”. Y comprobaron que, aunque muy tenue, hasta sus remotos pueblos llegaban aires de libertad. Algo, indudablemente, estaba cambiando: las escuelas nocturnas para que ellas y sus maridos aprendieran a leer y escribir; la protección a sus hijos y las escuelas para todos los niños del pueblo con maestros permanentes; las medidas de higiene y... esa “Casa”, el local donde se reunían los campesinos para discutir sus pro-

blemas enfrente al patrón y donde las dejaban entrar a ellas y hablar como a los demás; sí, algo cambiaba y cambiaba para bien. Cuando “eso” se lo quisieron quitar de nuevo, ellas lo defendieron. En esos tres años su bregar no había sido menos duro, pero tenía un sentido, defendían algo que les daba esperanzas.

Leo las vio inclinadas sobre sus cuadernos, con las caras contraídas en un supremo esfuerzo de atención; los dedos torpes para manejar el lápiz en unas manos encallecidas; manos y mentes que se iban desbrozando poco a poco. Su vida trabajada, nunca les había permitido tener horas para ellas mismas y ahora, a pesar de la tragedia que les envolvía, querían aprovechar este “compás de espera”, dedicar a algo ese tiempo que se les iba de entre las manos en días de “holganza” como llamaban a esta inactividad forzosa en su sentido sobrio de la vida de trabajo.

Cada mañana, “profesora” y alumnas, se esforzaban por enseñar y aprender lo más elemental de unos conocimientos primarios. Se aprendía con lentitud, sin embargo iban adquiriendo nuevos conocimientos. Leonor se esforzaba por enseñarles y ellas correspondían con el mismo ahínco.

Cuando la clase terminaba, las mujeres corrían al patio para calentarse en el escaso sol que entraba en él. La lucha por un rayo de sol era sorda, tenaz y, a veces, las convertía en enemigas. El espíritu solidario y de compañerismo se olvidaba con frecuencia, por las pequeñas cosas que allí adquirirían un valor inconmensurable. En la franja de sol, se apiñaban cientos de mujeres, tantas, que unas a otras se lo quitaban. El sol hacía que las presas se volvieran primitivas, se moría tanto de frío como de hambre.

Josefina era la “intelectual” de la “comuna”, era licenciada en filosofía y letras y tenía maneras persuasivas. En su cara de rasgos comunes, destacaban unos ojos inteligentes que daban a su fisonomía una gran personalidad. Tenía además un gran sentido “diplomático”. Cuando había que conseguir algo, con

ese método antiquísimo de “engatusar” con buenas maneras, Josefina, salía a la palestra. Procedía de la pequeña burguesía que se había radicalizado en la guerra. Era viuda desde el año treinta y siete que mataron a su marido en el frente de la Ciudad Universitaria. Su actividad en la guerra la había dedicado a la enseñanza y participó en las “Guerrillas del Frente” elaborando programas de festivales para los soldados. Esta participación era motivo de su detención.

Ahora en la prisión se dedicaba a dar clase a distintos grupos de mujeres, se le consultaba constantemente y escribía las cartas de decenas de campesinas analfabetas.

Josefina entró a la celda con los labios apretados y tiró los apuntes encima del petate: este gesto desacostumbrado en ella, hizo que todas la mirasen. Berta que sentía una particular admiración por Josefina y “sus conocimientos” le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—¿Que qué me ocurre?, ¿pero..., no os habéis enterado? — contestó casi desafiante.

—¿De qué teníamos que enterarnos? —la voz de Adela, sonó calmosa como siempre.

—Ya veo que nada sabéis. Hace más de una hora han llegado los ingresos, no sé cuántos, sólo que entre ellos vienen cuatro mujeres violadas. Preguntaréis que por qué me pongo así, cuando es el pan nuestro de cada día, es que esto es alucinante, una de ellas es nada menos que una anciana de setenta años, viuda desde hace más de treinta. Sus violadores la dijeron: “abuela, la vamos a deshollar, lo debe tener lleno de telarañas”, y la forzaron entre cuatro, junto a ella viene una niña de dieciséis años que la han traído en una silla, a ésta la han violado entre ¡nueve!

Era verdad, las violaciones eran el pan nuestro de cada día, el abuso de poder de los hombres sobre las mujeres, en estas circunstancias adquiría proporciones dramáticas, las llamadas “rojas” eran menos que nada para los machos fascistas. Las violaciones a las detenidas, nada tenían que ver con el deseo

sexual, era simplemente un acto de poder y humillación, el sadismo de sentir debajo de ellos, unos cuerpos que se desgarran de horror en un acto que está hecho para el placer. Era la afirmación machista, ahí estaba si no esa anciana de setenta años para demostrarlo.

Se las violaba en las comisaría, en los centros de falange, en las cárceles de los pueblos, en la calle y hasta en sus mismas casas. Cuando las mujeres eran detenidas el primer temor era el de la violación y lo que añadía mayor horror a las violaciones, eran las consecuencias.

Hacia unos días habían fusilado a Julia Lázaro, tenía veinte años; a los dos meses de estar condenada a muerte se dio cuenta que había quedado embarazada de sus violadores, esperaron hasta que diese a luz y a los quince días la fusilaron. Julia tenía en la prisión una hermana, que no quiso hacerse cargo de “aquello”, le daba horror. El niño fue llevado a una Inclusa, los hospicios se estaban nutriendo en estos últimos meses de criaturas que nunca sabrían que eran hijos de la tortura y el repudio.

Leo sin decir palabra se levantó, era la hora de recibir su clase. Leonor nunca había estudiado de forma ordenada, pero su naturaleza curiosa le había llevado a leer todo lo que caía en sus manos, sabía muchas cosas, pero todo deshilvanado; necesitaba un método y eso es lo que estaba aprendiendo con este grupo de muchachas estudiantes que la ayudaban en su esfuerzo para que se pusiese a su nivel. Cuando entró en la celda todo el grupo hablaba de lo mismo, de las violadas. Las presas todas, habían vivido en su propia carne los efectos de la dura represión, sin embargo las violaciones causaban en todas ellas un sentimiento tal de humillación y rebeldía que se crispaban los puños con sentimientos homicidas.

La expedición

Primera quincena de septiembre de 1940. Hacía días que se rumoreaba por la reclusión que se confeccionaban listas para una gran expedición. Todas las ya juzgadas pensaban que acaso formarían en ellas. Las noticias que llegaban de los penales eran desalentadoras: más hambre, más frío, disciplina impuesta por monjas con una secuela atroz de castigos y la separación por años de los familiares.

Este día se advertía algo anormal en las funcionarías; nerviosismo, órdenes y contraórdenes; paseos de la “Jefe de Servicios” por las galerías, signos desacostumbrados que indicaban que algo, no usual, se avecinaba.

Dieron el rancho más pronto que de ordinario. La reclusión estaba intranquila. Eran infinitas las cábalas que se hacían. Empezó a funcionar “radio petate” y los “bulos” se sucedían de forma vertiginosa: “libertades para las condenas bajas” — que casi nadie creía—, “la expedición de ancianas para los asilos”..., “la separación de los niños de sus madres”... Los bulos y las noticias más extremosas creaban un ambiente de efervescencia. De la “comuna” de Leonor, dos compañeras estaban juzgadas: Carmela con veinte años de condena y Amelia con treinta. Esta era campesina de carne flácida y mal color; el hambre le roía constantemente y creaba en ella una irritación continua, tenía un carácter agrio y desabrido. Su obsesión era la comida. Su cara avejentada y de gesto hosco la privaba de la juventud de sus veintiocho años. Le habían matado a su padre y marido y tenía dos hijos pequeños que vivían con su madre en el pueblo y estaban tan hambrientos como ella misma. Sus continuas quejas por la falta de comida creaba problemas en la “comuna”, las demás también hambrientas, saltaban hostiles ante sus lamentos. Se temía siempre que Amelia se la llevasen de expedición pues le sería muy difícil sobrevivir.

Se confirmó al fin la expedición. No había nada en la prisión

que crease un revuelo semejante. Las expediciones creaban un estado de excitación que se traducían en un desprenderse de todo por parte de las que quedaban. Se daban recados para que se avisara a las familias por medio de las comunicaciones, éstas lo sabrían cuando ya estuviesen camino de los penales; la incertidumbre de no saber quiénes entrarían en las “listas”; la pena de las separaciones..., todo hacía que las expediciones fueran temidas como una de las mayores calamidades.

El sonido prolongado del claxon hizo que las mujeres formasen cada una en su galería. Apareció la directora, embutida en su horrible uniforme de prisiones, símbolo del poder absoluto dentro de aquellos muros. Iba acompañada de la funcionada que llevaba las “listas” de la expedición:

—Todas las que se nombren que salgan de la formación contestando por el segundo apellido —dijo despaciosa.

La funcionaría empezó a nombrar: Faustina Bueno... “Díaz”; Francisca López...

“Fernández”; y así salieron de la fila hasta veintisiete mujeres. Cuando nombraron a Carmela masticó su segundo apellido y lentamente salió de la formación; Amelia, al ser nombrada, se abrazó a Adela sollozando:

—Todas las nombradas dentro de una hora, deben estar preparadas —ordenó la funcionaría.

Cuando cerraron la cancela se abrazaba a las expedicionarias. Eran familiares y amigas que se iban a penales desconocidos. Había madres que se separaban de sus hijas, hermanas y amigas entrañables. Algunas lloraban, otras se agarraban de los hombros dándose ánimos.

Toda la galería se puso en movimiento para ayudar a las que se iban. Carmela con los ojos secos y una sonrisa dijo a su “comuna”:

—Bien, amigas, me llevan. Quiero deciros lo mucho que ha representado para mí la convivencia con vosotras. Os deseo mucha suerte y me llevo la pena de dejar a Julia en la galería de penadas.

Amelia llorosa repetía: “¡Hijos míos! ¿Cuándo volveré a verlos?”. Al cabo de una hora vinieron a buscarlas. Una tras otra salieron y entonces, las de dentro apiñadas en la cancela, las despedían con grandes gritos.

Furiosamente la funcionaría daba con las llaves en la reja de la cancela.

—¡Callen! Estúpidas, callen ustedes.

Las compañeras que se iban agitaban las manos en un último saludo.

Setecientas mujeres hacinadas, amontonadas, metidas en los locutorios, esperaron durante cuatro horas a que vinieran los camiones para conducir las a la estación, donde las esperarían trenes de mercancías para llevarlas a los penales del norte del país.

Cuando la expedición partió y abrieron las cancelas a la reclusión, ésta invadió todos los departamentos para indagar a quiénes se habían llevado de cada uno.

Paquita y Leo fueron al departamento de “menores”. Este tenía unas características peculiares: Situado en los sótanos con patio independiente, permitía el aislamiento casi completo del resto de la reclusión. Esta separación en un principio, se hizo por petición de una presa, doña María Sánchez Arbós, directora de la Institución Libre de la Enseñanza en uno de los períodos de la república, con ella había estudiado la actual directora de la prisión y se empeñaba en dar un trato preferencial a doña María. Ésta no lo admitió, pero pidió se crease un departamento para las menores, donde hubiese un poco más de higiene y pudiesen estudiar. Efectivamente, se habilitó aquel sótano y a él fueron llevadas todas las menores de veinte años. Eran tantas que a pesar del buen deseo de la Arbós no disminuyó el hacinamiento, es más, al poco tiempo, burlando a doña María y a sus buenas intenciones, ese sótano se convirtió en una tortura para las jóvenes. La higiene y la alimentación no se diferenciaban del resto de la prisión, simple y llanamente el sótano sirvió para separar a las hijas de las madres y a las hermanas

entre sí y para someter a las muchachas a jornadas exhaustivas de “reeducación”, reeducación que consistía en una presión constante y sistemática de la dirección y de la iglesia.

La directora de la prisión se equivocó. Accedió a la petición de María Arbós porque creyó que, aislando a las menores de sus madres y de la población adulta, podría ensayar con ellas un tratamiento especial de “catolicismo”, que las podría “redimir de la nefasta educación recibida de sus padres infieles”. Para “redimirlas” creó los “martes y los sábados de la catequesis”; en estos días venían las catequistas del exterior y poniendo a las menores en círculos trataban de enseñarles el catecismo. Esto sólo duró unas semanas, aquellas clases se convirtieron en un martirio para las señoras catequistas, que no sólo no podían llevar a esos pequeños monstruos “la buena nueva”, sino que les ponían en verdaderos aprietos con sus preguntas y llegaba su osadía hasta explicarles por qué eran comunistas, socialistas y ¡hasta anarquistas! No, esas malditas muchachas no tenían educación, eran mala hierba y había que arrancarla de raíz.

Desde el momento que la directora se dio cuenta de que no eran recuperables se las sometió a un gran aislamiento y a una mayor disciplina que a las demás presas.

Siete de entre ellas, engrosaron la expedición. Dos eran maestras, pero maestras de “verdad”, como decían las jóvenes y sería muy difícil reemplazarlas. A las menores les estaba permitido los grupos de estudio y comprar material escolar, todo el Sótano estudiaba cuando el estómago no arañaba demasiado: estaban organizadas también por organizaciones, tenían a prurito ser tan fuertes como las de “arriba” y ¡vaya si lo eran!

El fusilamiento de las *trece menores* el 5 de agosto del 39, demostró a toda la prisión de qué estaban hechas esas jóvenes. Fue la “saca” más dolorosa que se recordaba. Las juzgaron el 3 de agosto junto a 55 jóvenes más, los 68 menores y todos miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas. La acusación: “complot contra Franco”. Aquello era tan ridículo que se hacía inconcebible que por tal acusación pudiesen ser ejecuta-

dos. Los jóvenes no habían hecho otra cosa en aquellos dos meses de mayo y junio hasta que fueron detenidos, que buscar formas de esconderse, de huir del vendaval de represión que se cernía sobre todos los españoles que habían estado al lado de la República. No había, no pudo haber en aquellos meses “complot” contra la persona de Franco; cada antifranquista estaba demasiado preocupado de cómo guardar y salvar su propio pellejo. Aquellos jóvenes se habían visto por separado para tratar de ayudarse mutuamente y cuando les detuvieron sin saber cómo ni por qué se encontraron con aquella acusación, que al principio tomaron a chacota y que sólo días después les costó la vida.

Las trece muchachas cuando volvieron de Consejo el día 3 por la noche sabían, ya, que la cosa no iba en broma, estaban convencidas de su inminente fusilamiento en el término de setenta y dos horas, y con una serenidad que helaba la sangre en las venas de las “adultas”, escribieron sus cartas para las familias, se despedían de las amigas; hicieron su pequeño “testamento”, “para ti, mi cuchara, y para la otra el cinturón; el cepillo de dientes como recuerdo y el peine”, que casi ninguna usaba porque todas estaban rapadas. Todo lo repartieron, sabían que sólo tenían unas horas de vida.

A las doce de la noche del día 4 fueron las funcionarías falan-gistas a buscarlas por los distintos departamentos donde estaban para meterlas en “capilla”. Entonces aún no se había creado la galería de “penadas” y las trece estaban repartidas por la prisión; sus nombres fueron repetidos dramáticamente por toda la cárcel, cuando llamaron a la primera: ¡Joaquina López Lafitte!, las catorce mil mujeres se estremecieron y como un reguero corrió la voz: ¡fusilan a las menores! Y las trece muchachas se juntaron sin una lágrima en sus ojos juveniles, con las cabezas erguidas, rapadas, serenas y valientes, se despidieron de sus hermanas de cautiverio dándoles ellas ánimo, a esas miles de mujeres que se resistían a creer que se pudiera cometer ese crimen monstruoso. Se las llevaron cantando la “Joven Guar-

dia”, y durante toda la noche en “capilla” cantaron hasta que pasaron los camiones a recogerlas. Hasta el silencio absoluto de la reclusión llegaban sus ecos, las catorce mil presas se bebían el aliento por escucharlas, hasta que oyeron los camiones y el cerrado del rastrillo y a poco, los ecos de las trece menores se extinguieron para siempre, sólo al cabo de un cuarto de hora escucharon el tableteo de la ametralladora y catorce mil bocas, contaron uno a uno los tiros de gracia. ¡68! El “complot” había concluido.

Ese Sótano que encerraba tanta vida en flor, tenía en jaque a las catequistas y a los curas, sin esperar nada y sin miedo en su ardor juvenil, discutían cara a cara con ellos, sin doblegarse, sin falsa modestia. Eran irreductibles y por ello recibían un castigo tras de otro.

Un castigo era ya el no poder “disfrutar” de la única ventaja que tenía el resto de la reclusión, su mayor grado de movimiento, no era posible cerrar cada escalón ni poner tapia a cada dos ladrillos, la disciplina individual no podía aplicarse en medio de aquel desorden. Sólo las menores sufrían un riguroso control y un riguroso encierro.

A lo largo del 39 al 40 sacaron muchas mujeres de “Ventas” para fusilar. Las “sacas” se producían con frecuencia escalofriante, a veces las mujeres que metían en “capilla” eran desconocidas para la mayoría de la reclusión; en aquel hacinaamiento no era posible identificar más que a las anteriormente conocidas. Muchas de las fusiladas de aquel año no estaban en prisión más que unos días u horas, había cientos de los pueblos cercanos a Madrid de las que se oían sus nombres en el momento de la “saca”, pero que muy pocas habían conocido antes.

En los meses del verano del 39 aún no existía la galería de “penadas”, ésta fue creada después del fusilamiento de las menores, hasta entonces las condenadas a muerte habían estado revueltas con toda la reclusión lo que hacía muy difícil localizarlas en el momento de ir a buscarlas para su ejecución, entre

tantas miles de mujeres, se les escamoteaban y las funcionarias tardaban horas en encontrarlas, la tensión que se producía entre la “caza” y el esconder a la penada a veces alcanzaba extremos de histerismo que dejaba a la prisión extenuada.

Se creó la galería de condenadas a muerte y pasó a ser la mayor preocupación de todas las presas, rara era la “comuna” que no tenía una de sus miembros en la fatídica galería. La “comuna” de Leo vivía pendiente de Julia, cada día burlando la guardia, iban a verla por la mañana y por la noche, ella estaba bien y animada; la madre le daba esperanzas y ella tenía necesidad de creerlas. Su “caso” estaba ya en la “oficina de penadas”. Esta oficina la creó el tesón de Matilde Landa, ella también condenada a muerte, se rodeó de un grupo en la misma galería y comenzó a cursar instancias de petición de indulto, aprovechando algún resquicio “legal” para demostrar lo falso de la condena o de las acusaciones. Este fue el primer trabajo serio frente a las autoridades salido de las entrañas de aquella galería y en aquellos meses terroríficos. Matilde Landa y su “oficina” que se propuso como misión ayudar a todas aquellas condenadas a muerte que ignoraban cómo elevar un recurso legal ante lo monstruoso de la condena. Ayudar a estas penadas que ante las acusaciones amañadas, desvirtuadas o inconsistentes se hundían en la más completa perplejidad. Algunas de las condenadas jamás habían oído hablar de los hechos que se les imputaban. La oficina, les orientaba de los papeles y pruebas que sus familiares debían buscar para elevar recurso o simplemente la petición de indulto.

La “oficina” surgió ante la resistencia de la dirección de la prisión para atender las peticiones de las penadas. Todos los recursos se estrellaban contra la apatía y la hostilidad de aquellos burócratas, su argumento era la falta de tiempo para ocuparse de tantos “casos”. Costó un gran forcejeo que las propias penadas pudiesen elevar sus recursos y pedir documentos que los avalasen. Fue concedido por creer que esta “oficina” no tendría ninguna efectividad. Sin embargo, la “oficina de penadas”

ejercía un influjo bienhechor en todas ellas. Inmediatamente que ingresaban en la galería se ponían en manos del grupo que la dirigía y se empezaba a movilizar a sus familiares, ya que muchas familias perdidas y atónitas en la confusión de las falsas acusaciones y con un lenguaje y trámite burocráticos desconocidos para ellos, no sabían cómo orientarse. Les acobardaba el despotismo y la arbitrariedad de los organismos que visitaban, pero las penadas, desde dentro y en función de aquella “oficina”, les animaban y les orientaban en los pasos que tenían que seguir dando. Y hubo casos, no obstante al sistema poderoso y despótico que tenían frente a ellas, que se pudieron comprobar como de falsedad palmaria: la condena capital impuesta a una mujer por la acusación de haber participado en la desaparición de una persona, que pudo demostrarse que vivía oronda y feliz, al otro lado de la capital. Fueron pocos los casos que se salvaron a través de esta “oficina”, pero, aparte de los resultados prácticos que podían lograrse, había otro de incommensurable valor: la esperanza. Matilde y su oficina les daba optimismo, les hacía reclamar a ellas y a sus familias y esto dignificaba a cada condenada a muerte, no dejando lugar al desaliento.

Las galerías centrales y escaleras quedaron descongestionadas con las últimas expediciones. Sin embargo no decreció el hacinamiento en los departamentos y galerías de celdas. Todas las vacantes de los mismos fueron ocupadas por las que desalojaron de los lugares de tránsito. En la celda de Leo quedaron nueve y llevaron a otras dos mujeres para completar las once. Pura era de edad mediana, guardadora infantil durante los tres años de guerra; Pepita, muy joven, que se libró por poco de ir al departamento de menores, era enfermera.

Cuando llegaron, la “mandanta” llamó a Adela y le dijo:

—Estas dos mujeres vienen destinadas a tu celda, acóplalas.

—Bien —dijo Adela dirigiéndose a las dos “nuevas”—, os presentaré a las compañeras.

Entraron a la celda y se quedaron mirando y sin decir palabra,

dejaron en el suelo una manta y una caja. Sevi y Leo que estaban en la celda se levantaron al tiempo que Adela les presentaban —“bienvenidas a nuestra comuna, compañeras”—, les dijo Leo.

Necesitaron pocos días para congeniar, las dos eran sencillas y “cayeron” bien al resto de la comuna; Pepita era graciosa y bonita y, sin ningún pudor, presumía de ello, formó pronto trío con Berta y Mary. Pura era todo lo contrario, modesta y callada, hacía el trabajo de la hormiga, todo sin prisa, pero jamás parada. Tenía dos hijos presos en Porlier, a su marido le mataron en el frente de Teruel. Ella había consumido toda su vida al cuidado de los niños. De una aldea de Toledo a los ocho años el cura la llevó de “niñera” a la capital para quitar una boca de su casa. Le pusieron un delantalito y una cofia y la sentaron al lado de una cuna ricamente vestida para que cuidase del bebé que había en ella. Cuidar a niños no le venía de nuevas, ella se ocupaba de sus hermanillos menores desde que tenía cinco años y bien que les zarandeaba y buenos chichones que se hacían cuando les dejaba llorar hasta reventar, para irse a jugar mientras su madre estaba en el campo, pero... este niño era diferente, nunca había visto nada igual, tenía una piel tan fina y tan blanca que parecía se fuese a romper, pues..., ¿y sus ropas?, ¿qué era aquello?, parecía espuma de puro blanco. Le habían dicho que este niño no podía llorar, ¿por qué no podía llorar?, que ella estaba allí para cuidarle... De ese niño pasó a otros, todos de piel fina, bien alimentados y ricamente vestidos. El contraste de esos niños con sus hermanos y los chicos de su pueblo, agrietados, de rodillas y manos como la lija, con el pelo tan duro como la tierra que nadie se preocupaba si lloraban o no, durmiendo entre mantas y comiendo todos en la misma cazuela, empezó a crear en Pura una sensación desconocida, sabía que algo no iba bien, pero no sabía qué, sólo que sentía una inmensa piedad por los niños del pelo de tierra y la piel de lija. Fue niñera en casas “grandes”, más tarde doncella y después mujer de un obrero y madre de niños paupérrimos.

Tuvo seis hijos, dos se le murieron tuberculosos, a los otros los sacó adelante enclenques y esmirriados y fue precisamente en el contacto de aquellos' dos mundos tan distintos —donde en uno los niños eran de porcelana y en otro de latón roñoso—, donde unos eran paridos por úteros mimados y otros en las eras o en medio de salas infectas, cuando no, en chabolas y en cuchitriles que era donde vivían los pobres, lo que hizo que Pura tomase conciencia de la gran injusticia.

En la guerra se dedicó a cuidar niños, organizó expediciones de pequeños evacuados a Levante y Cataluña para apartarles de las bombas y del hambre atroz que pasaban en Madrid, llevó dos expediciones a Francia y más tarde se dedicó a las guarderías. Y ahora Pura pensaba, al ver los niños en la cárcel, que las madres y los hijos pobres eran un todo fundido. Que la vida de las madres es un infierno, cuando son pobres y además presas.

¿Qué podían esperar aquellos niños, de aquellas madres escuálidas?, ellas se desdoblaban mil veces para transmitir un hálito de vida a sus hijos moribundos, pretendían a fuerza de voluntarismo salvarles, pasaban minuto a minuto, hora a hora y día a día el infierno de ver que su voluntad nada podía contra el hambre y la miseria y, ¿por qué siempre tienen que ser las madres, las mujeres, quienes llevan la peor parte? El padre pobre no se funde en un todo con el hijo pobre. Preso o no el padre recibirá la noticia de su hijo muerto, la noticia concreta y el golpe le sumirá en el dolor, pero es un dolor que nada tiene que ver con la agonía de sentir cada minuto que aquello se te va, que a pesar de tu infinito cansancio y fatiga no puedes cerrar un ojo, porque te empeñas en “ver” y sentir hasta el último latido de aquel corazón.

Pura había sido una niña pobre que a los ocho años no pudo ya comer en la mesa de sus padres porque faltaba comida, sus hijos fueron de piel de lija y Pura pensaba que mientras hubiese esos niños, las madres serían esclavas.

Entre todas las prisiones de Madrid, Porlier se había hecho

célebre por sus “sacas” diarias y por encontrarse en ella la mayor cantidad de condenados a muerte.

Los hijos de Pura estaban en la misma galería de Emilio, esa coincidencia creó una especie de conspiración entre ellas, cuando Pura quería saber algo de sus hijos sin preguntarles lo hacía a través de Emilio, en otras ocasiones eran Daniel y José, los hijos de Pura, quienes sufrían el bombardeo de Leo. Se seguían escribiendo por las “notas” de las Salesas y Daniel dijo a su madre que el Consejo de Guerra de Emilio era inminente para aquellos días. Emilio no se lo había notificado, a Leonor por no intranquilizarla pero su familia se lo confirmó. Leo sabía lo que esto significaba; con el Consejo de Guerra llegaría su pena de muerte y su fusilamiento. Cuando pensaba en la eliminación física de su marido, en su desaparición de la vida, en que no le vería más, la sangre se le helaba en las venas, entonces se sabía tremendamente cobarde.

En toda la prisión era conocida la “veneno”, una funcionaria vieja en sus métodos y su físico, desgredada y sucia, entre grotesca y cruel que gustaba de atemorizar con sus gritos y amenazas y de vez en cuando con sus bofetadas. Era guardiana desde hacía treinta años, en la vieja cárcel de Quiñones y tenía a orgullo no ser de la “hornada” de funcionarias que debían su uniforme a los “enchufes”, por ser mujeres de militantes o fallangistas rabiosas.

El mundo de la “Veneno” se limitaba a las cuatro paredes de la cárcel, donde vivía tan presa como las mismas reclusas; no podía ni sabía desenvolverse fuera de aquellos muros donde tenía poder, para hacer y deshacer a su antojo. Su pequeña figura ridícula, renqueante con su capote lleno de manchas que le arrastraba más abajo de los pies se veía y oía por todas partes. Casi nadie se atrevía a abordarle, jamás se paraba a escuchar. A esta guardiana que recorría todos los servicios de la prisión dejándoles “manga por hombro” y que era temida hasta por sus propias compañeras por su lengua viperina, Josefina se la había metido en un bolsillo: la “Veneno” escuchaba con

atención y hasta con respeto a Josefina, era un espectáculo ver a la guardiana cómo se paraba en seco ladeando un poco la cabeza para aminorar un tic nervioso y siempre terminaba, dando una palmadita a Josefina, diciéndole: “sí, hijita, sí, se hará lo que se pueda”.

Leo estaba concibiendo la idea de aprovechar este ascendiente para conseguir una comunicación extraordinaria con su madre. Conocía una de las acusaciones que se le hacían a Emilio, del todo falsa y quería explicar a su madre la forma de aclarar dicha inculpación, lo que en una comunicación ordinaria no podía ser por el escaso tiempo y el ruido. Josefina consiguió la comunicación para Leo.

—¿Qué tienes? —preguntó Leo a Mary.

Se la encontró en el petate boca abajo, llorando.

—¡Hambre!, ¡tengo hambre! —explotó la muchacha con gesto de rabia—, hay días que no lo resisto, quiero distraerme y no puedo, ¡no puedo...!

—Vamos a ver si podemos encontrar un troncho de col —dijo Leo.

—Estoy harta de tronchos, de mondas y de pan de serrín.

—¿Qué hacemos Mary?, no hay otra cosa; te creí más fuerte.

—Leo ponía su voz más dura, para que la muchacha reaccionara.

—¡A la mierda con la fortaleza y con la entereza!, ¡a la mierda con todo!, ¿de qué nos sirve?, yo no quiero ser héroe, no lo he pedido. ¿Por qué he de morir callando? Sí, vamos a morir todas y todas estáis tan desesperadas como yo, pero sois unas hipócritas que os lo calláis.

Leo le acarició la cabeza. Sí, era hambre, hambre animal sin esperanza de saciarla; hambre que hacía desfallecer a las más fuertes y ponía furiosas a las más serenas; hambre que iba con ellas pegada más cerca que su propia sombra, hambre rapaz, enseñoreada como dueña de toda la prisión.

Mary como las demás trataba de ocultar esa sensación atroz que las perseguía siempre, pero había momentos que no era

posible acallar el estómago, entonces se perdía el control y saltaba por los aires la entereza y el “espíritu de sacrificio” invocado para todo. Se perdía el pudor y se mostraba al desnudo las sordideces y todo aquello que cada una se imponía para salvar la propia dignidad y la dignidad colectiva.

Por hambre hubo verdaderas mezquindades, impensables en otra situación menos extremosa de miseria: de una “comuna” hubo que expulsar a una compañera, porque escamoteando el paquete que recibía de su familia y en combinación con otra se lo repartían, cuando fue descubierta se justificó diciendo “que percibía más de su paquete, si lo repartía con una que con diez”; eso no evitaba que admitiese la ración repartida en la “comuna”. Otras se negaban a vivir en “comuna” preferían el aislamiento por no compartir los alimentos que recibían del exterior; se dieron casos de robo, de mentiras y de humillaciones por un poco de comida. Compañeras que a la hora de repartir la escasa comida de la “comuna” les parecía que se les daba menos que a las demás y se convertían en criticonas o estallidos de rabia como el de Mary, en los cuales mandaban todo a la mierda, porque lo único que importaba era su pobre cuerpo.

Leo sabía muy bien del hambre de Mary, muchas veces había tenido que apretar los dientes para no gritar, para no aullar su propia hambre que la invadía toda.

Mary sollozaba quedamente con los puños metidos en el estómago y de vez en cuando murmuraba: “¡no puedo más, no puedo más!, ¡a la mierda con todo!”.

La celda daba a uno de los patios donde todas las tardes se reunían un grupo numeroso de presas para cantar. Esta era también una forma de ahuyentar el hambre. Las cantoras ponían todo el entusiasmo de que eran capaces, sabían que eran escuchadas por miles de mujeres. Organizaron unos coros dirigidos por “doña Justa”, militante socialista y profesora de folclore español que hacían las delicias de toda la prisión, en aquellos momentos estaban cantando y Leo insinuó a Mary:

—¿Por qué no vamos a cantar?

—No quiero cantar, la mitad de la reclusión se engaña el hambre a base de berridos.

—Sí, pero cantes o rabies, no hay forma de lograr comida, ¿qué haremos?

—Tú haz lo que quieras, a mí déjame en paz.

Leo comprendió que eran inútiles las palabras y calló un poco rabiosa consigo misma, por no ser capaz de calmar a Mary. Se puso a escuchar las canciones y se admiraba de que no desafinasen como los pianos mal engrasados, pero no, sus notas saltaban limpias y claras, ¿sería verdad aquello, de que los jilgueros cantaban mejor, cuanto más hambre tenían?

Notas alegres, notas que saltaban por encima de los muros de la cárcel escapándose de las gargantas de las presas para retozar en al aire, buscando su pueblo natal; notas inaprehensibles, locas, que llevaban en sus ecos toda la sabiduría de nuestros pueblos: la dulzura de la huerta valenciana; el tesón de la sardana; el canto bravío de las jotas aragonesas, navarras y asturianas; la nostalgia de Galicia y la adustez castellana unidas a la alegría de las sevillanas; las “isas” y los cantos de Extremadura, allí estaba toda España con sus cantos milenarios, cantados y recitados por sus hijas encarceladas y hambrientas que para no llorar de hambre como Mary, cantaban y cantaban.

“Disciplina de cuartel, seriedad de banco, caridad de convento”

Así rezaba en grandes carteles puestos, a todo lo largo de las galerías centrales. La cárcel había dejado de ser “campo de concentración” para convertirse en prisión. Desde hacía seis meses la regía una comunidad de monjas con una superiora alemana, “Sor Serafina”, que había introducido el método y la disciplina cuartelaria. En pocos meses, se había descongestionado la cárcel por las sucesivas expediciones a los penales. Ya

no existía el departamento de “menores”; en su mayoría habían sido juzgadas y trasladadas a cumplir condena a distintos puntos del país. Se creó una prisión para “Madres lactantes”, los niños mayores de dos años fueron internados en hospicios. La “oficina” de penadas dejó de funcionar, fue considerada por “la alemana” una “libertad absurda en el interior de una cárcel”. Las guardianas, antes las dueñas de la prisión, quedaron reducidas al simple papel de “máquinas calculadoras”: su única función consistía en contar las formaciones. Las monjas se posesionaron de todo y, de pronto, la prisión tuvo ese aire conventual, que imprimen a todo lo que tocan. Empezó a funcionar la “disciplina de cuartel”, la “caridad” ni por disimulo se molestaron en practicarla.

Toda la “comunidad” era seca, dura y autoritaria. En contraposición con las funcionarias no gritaban, pero la más leve infracción a la disciplina era castigada drásticamente. Las celdas de aislamiento por tiempo indefinido se hicieron corrientes. “La alemana”, que injertó en la prisión los métodos de la Gestapo, dividió la cárcel en tres categorías: “Peligrosas”, “Inadaptadas” y “Recuperables”. Para las primeras creó una galería especial con una disciplina tan rigurosa que controlaba hasta el respirar de las reclusas que habían sido calificadas de “peligrosas”. En manos de las “recuperables” (y a decir verdad, este era un número irrisorio) puso los cargos subalternos, quitando de ellos a las reclusas que anteriormente los llevaban y que creía no servirían para sus fines.

El hacinamiento era menor, se vivía a seis por celda en lugar de once. Toda la prisión estaba ya en régimen celular, habían desaparecido las mujeres de los patios, escaleras y pasillos y a todas se las controlaba detrás de las cancelas de las galerías. El “Reglamento” había hecho su aparición. Un “Reglamento” presente en todo y para todo. Personaje impalpable que pisaba los talones de cada mujer, impidiéndole moverse: fantasma tiránico portador de deberes sin ningún derecho, ¡reglamento, que invadía toda la prisión y aturdía a las presas!

La galería de “peligrosas” no tenía más que dos horas de paseo; las visitas y correspondencia pasaban por la criba más meticulosa; la separación del resto de la reclusión era rigurosa. Sólo medidas disciplinarias y de control se introdujeron en la nueva organización. Por lo demás, la comida seguía siendo una bazofia, la higiene brillaba por su ausencia, todo ello, con el agravante de que el trato era más gestaponiano aplicado directamente de manos alemanas. Todo cambió para peor. El aislamiento con el exterior era total; ya no existían las “notas” de las Salesas, con ello se había dado un duro golpe a los presos, ese cordón umbilical que ponía en relación a todas las cárceles de Madrid, esas “notas” que fueron las arterias por donde discurría la vida prisionera de la capital desaparecieron.

Lo peor de todo este control y nuevo sistema fue que en parte desarticuló la vida política de las presas. La infraestructura que a fuerza de habilidad se había montado para tener relación y noticias de la calle que no pasaran por censura fue desmontada. La Superiora alemana cambió todo, sabía que dando palos de ciego algún papirotazo alcanzaría a esa red, que estaba segura existía entre el interior y el exterior. Uno de esos papirotazos les pilló de plano: el cambio de envases en los paquetes de comida. Hasta allí la comida se había metido en latas de hojalata o latón; cuatro de éstas eran el conducto de comunicación directa con la calle. Hasta lograr la perfección habían pasado meses, pero al fin conseguido era un medio casi perfecto, consistía en que dos de los costados más estrechos se hicieron dobles siendo el grosor de las dos hojas igual a los dos costados sin arreglar, toda la lata iba rematada por un filo, éste se levantaba y se podía introducir hasta dos folios muy finos en ambos lados del envase. Este medio no era conocido más que por la dirección de los partidos y las dos “paqueteras”; entre éstas y el exterior estaba todo tan sincronizado que funcionaba a la perfección y toda la vida política de la reclusión se nutría de las noticias pasadas por esta vía. A través de ella se les transmitía los “Boletines de la BBC”, escuchados en las casas

debajo de las mantas, con mil peligros; se les daba, así mismo, noticias de detenciones, de rumores, de “bulos”..., pero ése era el oxígeno de las presas, lo que les ayudaba a tener esperanza. Cada semana se esperaba con angustia incontenible “por si descubrían el medio”, “por quién habría avanzado, si los nazis o los aliados”, “las guerrillas..., las detenciones..., las torturas...”.

Las noticias recibidas eran conocidas al otro día por toda la reclusión política organizada, en pequeños grupos se discutía con ardor por el placer de manosear y mimar las noticias que habían burlado el cerco que las encerraba. Eran su tesoro y ahí eran más fuertes que sus guardianas.

“La alemana” acabó con todo y hubo que empezar de nuevo, la organización de los partidos tuvo que adaptarse a la nueva situación, mucho más difícil y peligrosa.

La autoridad y control de las monjas no sólo alcanzaba a la reclusión, sino que la misma administración civil, se vio acogotada por su inmensa influencia. Toda la plantilla estaba descontenta con la toma de posesión de la comunidad, pero se guardaban muy bien de manifestarlo. Las guardianas que hasta la venida de las monjas actuaron con poder absoluto dentro del recinto de la cárcel, ahora se sentían también controladas, aquel nuevo poder no permitía perder ni una sola de sus prebendas y las había reducido a simples máquinas contadoras, no obstante se desbordaban en obsequiosidades, sabían que si querían mantenerse y seguir llevando el uniforme de guardianas, no podían enfrentarse a ellas. Esta situación entre plantilla y comunidad la pagaba la reclusión. El malhumor de las guardianas se descargaba contra las presas, que sufrían castigos por parte de las unas y las otras, se convirtieron en su válvula de escape.

Sólo en una cosa estaban de acuerdo monjas y guardianas: en el abuso y el robo. El cazo no había pasado de ser agua con una hoja de col; las mujeres, si querían comer, debían comprarlo en el economato de la prisión; este economato les estaba

haciendo ricas; a la cárcel había entrado un nuevo elemento al cual le chupaban la sangre como sanguijuelas: era la reclusión común. Al descongestionarse la cárcel de presas políticas, habilitaron dos sótanos para las llamadas “estraperlistas” y las prostitutas de quincena y de mes. Estos sótanos desbordaban, llegaban hasta a dormir en los patios, cada día ingresaban de 80 a 100 mujeres que las cogían en plena calle vendiendo pan, aceite, tabaco y a niñas de quince y dieciséis años: las “aguardienteras”, llamadas así porque de madrugada vendían aguardiente en Recoletos y con el licor sus cuerpecitos desnutridos; estas mujeres que estaban en la cárcel por un mes, se desprendían de todo lo que llevaban encima por comprarse un trozo de tocino, un bote de leche o unas galletas. Esta fuente de ingresos les daba pingües beneficios, especulaban con el hambre de miles de mujeres robándoles a pecho descubierto, sin ningún escrúpulo. Se sabían “modestísimos” comparados con los de “arriba” a quienes por otra parte, jamás podría llegarles quejas de sus latrocinios.

En poco tiempo, monjas y guardianas se pusieron orondas y lucidas, en las muñecas de las segundas tintineaban las pulseiras con el mismo sonido que las llaves en el cinto.

Sólo hacía seis meses que habían abierto la “Prisión de Madres Lactantes”, enclavada en las proximidades del Puente de Segovia, y ya muchas de las madres que llevaron allí estaban de vuelta en la prisión de origen pero..., sin hijos. Una vez que ingresaban en esa prisión, la madre no podía sacar a sus hijos de aquel recinto nada más que muertos; todas las que volvían a reingresar los habían perdido.

En aquella prisión que regentaba una mujer que alardeaba de “aristocrática”, “la Topete”, se anuló el nombre de madre, para dar paso a unas reglas deshumanizadas que eran mil veces peores que el anterior abandono.

Ninguna madre podía cuidar a su hijo ni aun acercarse a ellos aunque estuvieran enfermos; solamente a la hora de lactar los tenían en sus brazos control, dos los minutos de la alimenta-

ción. Los niños vivían separados de las madres en patios aparte, a ellas se les tenía trabajando en talleres más de diez horas diarias.

La directora quería hacer de esta prisión una cárcel modelo en cuanto a su presentación para fines exteriores, por lo que quitó los harapos a los niños y les uniformó todos iguales, pero si un niño de menos de dos años se ensuciaba, era metido en una jaula en un cuarto oscuro, no importaba que el niño poseído del miedo diese gritos de terror, el niño estaría enjaulado hasta que el agotamiento le hiciese callar.

Los niños tenían que comerse hasta la última cucharada del condumio que les ponían sin tener en cuenta su debilidad o el estado de su organismo; cuando vomitaban, porque sus estómagos no admitían aquello, se tenían que volver a comer lo vomitado. Estas escenas daban paso a la desesperación de las madres que no se podían acercar a ellos y que chocaban con la impotencia hasta de poderles sacar a la calle, porque “la Tope-te” para tener repleto el taller no permitía ninguna salida, ni ningún traslado de niños. Si se rebelaban por este estado de cosas, sufrían castigo de aislamientos por semanas y meses.

La “Prisión Modelo de Madres Lactantes” era visitada por “autoridades y jerarquías” y se presentaba como prisión piloto: limpia, con niños de menos de dos años en perfecta formación y con madres que tenían que hacer reverencias. Detrás de ellos se escondía lo más sórdido e inhumano de las prisiones españolas.

Leonor, Paquita y Adela estaban con las “peligrosas”. De su antigua “comuna” no quedaban más que ellas, las otras compañeras ya habían partido para los penales con condenas de veinte y treinta años; Saturarán, Amorebieta, Gerona, Tarragona, Zaragoza, Palma de Mallorca, Málaga..., eran los penales donde morían las mujeres.

Todas marcharon a cumplir condena menos Julia, que a pesar de los esfuerzos de su madre, de su innata confianza “de que no era posible que a ella le pasara “eso”, hacía ya cuatro meses

que había sido fusilada. En la pared de la celda colgaba de un clavo la bolsa de su labor que con un cinturón y los cordones de sus trenzas había legado a su antigua celda 9.

A finales del 40, una madrugada de esas que se oían y contaban los tiros de “gracia” en el cercano cementerio, Adela contó el de su marido y... Emilio llevaba condenado a muerte dos meses.

Paquita estaba en vísperas de “Consejo” le pedían treinta años de condena, a Leonor y Adela había ido el juez a leerles las acusaciones, éstas implicaban pena de muerte.

Leonor veía muy poco a sus hermanas, éstas habían logrado colocarse una en un taller de costura y otra en una fábrica, los días de visita no podían dejar sus trabajos, sólo de vez en cuando buscaban un pretexto. Ganaban unos sueldos miserables su madre ayudaba a estos míseros ingresos haciendo labores caseras, pero Leonor detrás de las rejas les veía famélicas. No tenían casa, desde que se la quitara “aquel capitán” en abril del treinta y nueve, y vivían todos hacinados en una habitación. Se pasaban la vida de cárcel en cárcel. Porlier y “Ventas” eran sus únicas salidas. Atendían en medio de los mayores sacrificios a Emilio y a ella, a veces no tenían ni los céntimos para tomar el tranvía y se hacían grandes caminatas a pie, pero nunca faltaban a la puerta de la cárcel.

Detrás de las cancelas, en las galerías todo era silencio; las presas metidas en sus celdas hacían trabajos de “crochet”. Hacía frío, el invierno había sido durísimo; ni de noche ni de día se podían desentumecer los pies helados, toda la reclusión padecía de sabañones ulcerados en los pies y en las manos por el frío y la falta de alimentación. Sentadas en los petates, enrollándose los pies con las mantas permanecían en la celda de Leonor en absoluto silencio. Cada una tenía los ojos fijos en su labor y rumiaban sus pensamientos. Tres caras nuevas se habían incorporado a la celda. Particularmente una denotaba inteligencia y decisión. Era alta, de pelo azafranado y rasgos acusados, sus ojos y su boca eran de gesto concentrado. Se llama-

ba Mariana. Provenía de la clase media y había sido Directora de un colegio durante muchos años. Había sustituido a Josefina, convirtiéndose en el “consultorio” de sus compañeras, poseía tantos “conocimientos” como aquella, pero le faltaba el sentido de la “diplomacia”; por el contrario, era radical, concreta, brusca. Sin embargo, en cuatro meses de convivencia se había hecho imprescindible en la nueva “comuna”. Su brusquedad escondía un corazón bondadoso; era generosa, recta y valiente. Les daba clases en la celda de francés e inglés y todas las conversaciones se convertían con ella en una fuente de enseñanzas. Sentía gran predilección por Leonor y ésta por ella, desde el primer momento les unió una simpatía mutua. Le pedían veinte años de condena. Nica, era otra de las componentes de la “comuna”. Campesina de la provincia de Madrid, siempre estaba callada y triste. Unas bolsas violáceas le colgaban de los ojos de tanto llorar. A veces Leo, se preguntaba por qué estaría entre las “peligrosas”. Seguramente habían visto en sus ojos un odio profundo y recóndito de los que no perdonan. Mariana le trataba con exquisito cariño, intentando convencerla para que aprendiese a leer y a escribir. Rompiendo el silencio se dirigió a ella:

—Nica, ayer me prometiste que hoy empezáramos las clases.

—Sí, Mariana, pero no tengo ganas de “na”. Para lo que me van a dejar vivir, bastante sé.

—No seas pesimista, mujer.

—No, ¿eh?, ya ves la semana pasada, cuatro fusiladas y seis condenadas a muerte, y mira las peticiones de Leo y Adela, y... mira dónde están mis hombres. Y —añadió—, les vi matar a la puerta de mi casa. Dos hermanos tan altos como castillos, buenazos y alegres y a mi marido, tan hombre de bien, tan bueno, allí mismo, en mi portalón y yo recogí a los tres y... ¡cómo les recogí!, entonces quise morir y aún lo deseo.

—Ellos no quisieran que tú murieses. A mi marido también le han fusilado y yo no quiero morir —le dijo Adela.

Nica se levantó y se quedó mirando a Adela: “tú eres más va-

liente”, musitó.

La tercera de las tres nuevas era Carmen. Vieja militante del PC. Era dogmática y un tanto sectaria, pero con gran espíritu de sacrificio. Tenía unos cuarenta y cinco años, y antes de ser comunista perteneció al Partido Socialista, por tradición de toda su familia. Su padre dirigente sindical de la UGT, le había educado con un espíritu de clase y desde muy joven participó en las luchas obreras. En el año veintinueve, dejó el Partido Socialista y se pasó al incipiente PC, lo que le costó romper casi con su familia; desde entonces fue una gran activista. Había estado en la Unión Soviética y sentía un inmenso orgullo por ello. No era muy inteligente, pero sí muy tenaz y minuciosa. Poseía una gran experiencia práctica que la hacía muy valiosa como militante. Su padre había sido fusilado en los primeros meses del 39 y sus hermanos y marido estaban en el exilio. Ella no pudo salir y hacía solamente tres meses que la habían detenido, ya incorporada al trabajo clandestino. Esperaba, con toda seguridad, pena de muerte.

Desde que condenaron a Emilio, Leonor recibía diariamente un pan con sardinas arenques. Esta era la información de que Emilio seguía con vida. Cada día, hasta recibirlo, Leonor no vivía de ansiedad. Toda la “comuna” estaba pendiente de este pequeño paquete.

Los paquetes se “voceaban” en la puerta de la cancela, aproximadamente a la una del mediodía. Leo, se ponía detrás de las rejas mucho antes de esa hora. Siempre la acompañaba alguna compañera. Cuando veían la lata conocida, Leonor se relajaba y, como si un soplo cálido la invadiera, “revivía” hasta la caída de la tarde, que de nuevo la entraba el temor de que a esa hora, metieran a Emilio en “capilla”. Desde que estaba condenado no había vuelto a dormir, se pasaba las noches pensando, si sería la última de él. Aquella mañana como todas, estaba impaciente por la llegada del paquete: “¿Qué hora es?”, preguntó a Mariana.

—Aún es pronto: las once y media. Acabamos de subir del

patio.

Pasado un rato Leonor, se levantó y salió a la galería. Estaba solitaria y fría, las reclusas no se movían de los petates guardando el escaso calor de la manta. Miró entre los barrotes hacia la galería central también desierta. Volvió a la celda, pero no se sentó. Ya no podía esperar inmóvil, necesitaba moverse, para que sus nervios no estallaran.

Cuando fue a salir de nuevo, Mariana se levantó y salió con ella. Empezaron a pasear a lo largo de la galería y Mariana hablaba sin cesar, para distraer el pensamiento de la muchacha. Sintieron pasos por la central y Leo corrió hasta la verja para preguntar si ya entraban los paquetes. No había llegado a ella, cuando la detuvo Mariana.

—Espera, es una funcionaria, ¿no oyes el tintineo de las llaves?

Efectivamente, era una funcionaria que al verlas pasear ya se había parado en las rejas:

—¿Qué hacen ustedes fuera de las celdas?

—Tratamos de calentarnos los pies —contestó Mariana.

—No pueden estar fuera de las celdas. ¿No lo saben? La próxima vez se quedan sin visita.

Era la “Ojos cariñosos”, como la había bautizado la reclusión. Bajita y patizamba, cincuentona y soltera, tenía pretensiones de joven y se pintaba los ojos de un negro tan subido que le hacían resaltar su fealdad. Para hacer los “recuentos” se empinaba sobre sus cortas piernas y gritaba para hacerse notar. Era estúpida, pero raras veces castigaba, por lo que Leonor y Mariana se libraron de la sanción. De haber sido otra funcionaria, no se hubiese conformado con la amenaza.

Obedecieron y entraron en la celda. A la voz de: ¡paquetes! Leo se precipitó a la cancela y miró ansiosa. La sangre se le paralizó en las venas: ¡no estaba la lata! Se volvió a Adela, y con ansiedad le dijo:

—Adela... la lata... ¿Ves tú la lata?

Adela miraba anhelante todos los paquetes, puestos en fila,

pero no la veía. Leonor se agarró a la reja y preguntó casi sollozando:

—¿Y mi envase?, ¿dónde está mi paquete?

La “voceadora” la miró asombrada. Adela rodeó los hombros de Leonor y le dijo: “calma”.

—No está, Adela, ¡no está!

—Espera, es posible que tu madre haya cambiado el envase o llegado tarde.

—No, Adela... ¡Emilio...!

—Pero ¿qué les pasa a ustedes? —preguntó la funcionaría.

—Nada, no nos pasa nada —contestó Adela.

Arrastró más que llevó a Leo a la celda. Al verla entrar todas se levantaron: “¿Qué pasa?, ¿y el paquete?”, preguntaron”.

—No lo hemos visto. Paquita: ve hasta que terminen de repartir, a ver si viene en otro envase.

Nica y Paquita se fueron a la cancela, Mariana con los labios apretados miraba a Leonor, que como si le doliese el vientre, se lo apretaba con las manos repitiendo:

—Emilio... Emilio.

—Por favor, Leo, no sabemos nada. Puede haber llegado tarde —musitó Mariana. Leonor no oía nada. Una oleada de calor le invadía como si le abrasasen las entrañas. Las sienes, los oídos le zumbaban y un terror sin precedentes se apoderó de ella.

Aún no habían regresado Paquita y Nica, cuando sintieron vocear su nombre. Se levantaron como impulsadas por un resorte y Mariana dijo: “Ahí lo tienes”. Salieron todas, pero... otra funcionaría con un papel en la mano repitió: “Leonor García, a comunicar”. Leonor corría y Mariana impulsivamente la siguió, al salir de la cancela la funcionaría la detuvo:

—¿Dónde va?

—Por favor, déjeme que acompañe a Leonor.

—¿Por qué he de dejarla? ¡A su celda!

Leonor no esperó nada, bajaba las escaleras sin verlas. A la puerta del locutorio estaba “la Alemana”.

—¿Es usted Leonor García? —preguntó con su deje alemán.

—Sí.

—Pase. Sólo cinco minutos.

El locutorio estaba solo. Detrás de las rejas su hermana Laura, a su lado una monja.

—¡Laura! —gritó—. ¿Y Emilio?

Su hermana rígida, con el pelo recogido por una cinta, pálida y desaseada, no pudo contestar. Se miraban y su hermana, agarrándose a la alambrada, inclinó la cabeza.

—¿Qué pasa Laura? —gritaba Leo.

Laura con la voz ronca de tanto llorar, pudo decir al fin:

—Esta mañana han fusilado a trece.

—Pero a él no, Laura a él no...

—Sí, hermana mía, también a él.

—¡Emilio...! —Fue un alarido que restalló en el silencio del locutorio.

Se cogió la cara entre las manos. Un dolor intenso desgarraba sus entrañas en carne viva. Se quedó callada, ni un sollozo salió de su garganta. Se retiró las manos y vio a su hermana con los ojos llenos de lágrimas. Laura lloraba y repetía: “Ha sido un valiente...”, “un valiente...”.

De pronto sintió una mano que se apoyaba en su hombro: “Vamos”; decía “la Alemana”. Leo, como si la hubiese picado una víbora reaccionó: “¡No me toque!”; masticó más que dijo. Ahora era su hermana la que gritaba:

—Leo, hermana mía, sé valiente como él, nos tienes a todos nosotros y ¡al niño!

... Leo, Leo...

Al salir del locutorio todavía oía el llanto de su hermana, pero ella salió con paso firme y erguida la cabeza. Le acompañaba una funcionaria para abrirle la cancela, detrás de ella esperaban sus compañeras. “Le han fusilado esta mañana con doce más”. Ninguna dijo nada, ni intentaron abrazarla. Se metieron en la celda y todas callaron. Sin embargo, Leonor sabía que sentían una pena inmensa, pero cualquier palabra en ese momento hubiera sido inútil.

Algo se había roto en su interior. Ese ser completo que ella era quedó destrozado. No le bastaba su firme voluntad de vivir. Se sentía endurecida y se palpaba tratando de ver si era la misma persona de hacía ocho días. Pensaba que todo lo de ella se había ido con Emilio. No comprendía la vida sin él, sabía que ahora tendría que vivir la vida de los otros. Sólo la figura de su hijo la llenaba toda.

Dos días hacía que comunicó con su familia. Vinieron todos. Su madre marchita y cansada, la envolvía en la caricia de sus ojos. En el costado de una caja de cartón y con tinta simpática, le transcribieron su carta de despedida. La escribió en capilla para ella. Eran sus últimas palabras, su último mensaje de amor y valentía: "...Con toda la fuerza de mi corazón quisiera evitarte la trágica noticia de mi eliminación física..., sé lo que represento para ti, pero..., yo no tengo la culpa...", "...sólo podrán fusilar nuestros cuerpos, ahí quedan nuestras ideas...", "...siempre, siempre, amor mío, fui fiel a tu cariño...", "...¿sabes?, no tengo miedo, no sufras pensando en mi última noche, como una noche trágica, no, nuestra vida ya la entregamos cuando nos entregamos a esta causa, miles y miles antes que nosotros la dieron y aún ha de costar muchos sacrificios...", "...tu nombre y tu personita adorada será lo último que se borre de mí...", "...vive Leo por ti y por nuestro hijo y por la causa que perdimos que necesitará de todos los esfuerzos para convertirla en victoriosa...", "... me voy a la eternidad de la nada, yo termino, tú sufrirás mucho tiempo, esa es mi pena. Educa a nuestro hijo en nuestras ideas...", "...besos, más besos mi fiel compañera, mi amiga, mi amor..."

Estaba vacía, sus últimos pensamientos transmitidos en aquellas líneas le martilleaban las sienas. Cada noche cuando pensaba y esperaba su fusilamiento sabía que le escribiría así, no podía ser de otro modo. Su amor estaba intacto, no se había desgastado porque no les habían dado tiempo a ello. Desde que fundieron sus cuerpos siempre tuvieron ansias el uno del otro, por el temor de que uno de los dos sucumbiese en aquella atroz

vida que les había tocado vivir. Sólo llevaban dos meses de casados cuando fueron separados por la violencia que les envolvió; aún no conocían sus cuerpos, estaban en el balbuceo de una vida que a ellos, en su amor, les parecía que debía ser eterna, por eso, en aquellos tres años de guerra, cada encuentro era nuevo, gozoso, apasionante y ya no quedaba nada, no habría más encuentros, ya jamás vería reír sus ojos, ni sentiría sus manos acariciantes, todo ese gran amor que cada uno encerraba se había desparramado con su sangre, ella estaba vacía, sin amor y también sin sangre...

En la siguiente comunicación le dijeron que había escrito siete cartas en “capilla”; que estaba enterrado en una fosa común con los 12 compañeros de su expediente; que al filo de la madrugada pidieron un ajedrez y que cuando llegó el piquete de ejecución estaban jugando con mano segura y mente despierta como si les quedase mucho tiempo para terminar la partida, no la concluyeron, allí quedó el rey y la reina, sin poderle dar jaque mate.

Murió noble y valiente como había vivido... Laura hablaba a borbotones para que le diese tiempo de contar a su hermana, lo que suponía que ella quería saber. Leonor no pestañeaba absorbiendo sus palabras, por fin preguntó:

—¿Quedó muy desfigurado? —Con la pregunta se rompió el dique, flaqueó y estalló en sollozos hondos, incontenibles.

—No, hija, no —decía su madre.

En medio de su desesperación pensó: “y qué más da”.

Despedían a Paquita. Tres meses hacía que la habían juzgado, y como el juez le dijo, quedó con treinta años de condena; desde que la juzgaron estuvieron temiendo el momento de la separación, ya había llegado. Se la llevaban con cuarenta mujeres más al penal de Amorebieta.

La despedida era triste, dos años de convivencia llenos de penalidades crearon un cariño entrañable. Paquita además, representaba para Leonor el recuerdo de días más felices; juntas

caminaron muchas veces al lado de Emilio, juntas desempeñaron trabajos de organización y juntas sufrieron los primeros embates de la represión en aquel puerto de Alicante. Junto a ella dio los primeros pasos en la prisión y ahora cuando había perdido a Emilio ella se volcaba en atenciones y solicitudes. Era su hermana de lucha, su amiga fiel y se iba lejos y entristecida por dejar a Leonor en esos momentos y porque durante mucho tiempo ya no vería a su madre ni a su hijo. Leonor pensaba que todo esto se lo podría haber evitado si hubiese tenido más cabeza que corazón, si hubiese cruzado los Pirineos en lugar de volver a Madrid, tomar ese camino le costó treinta años de condena.

Al abrir la cancela para llevársela, Paquita abrazó estrechamente a Leonor:

—Cuídate, Emilio te lo pidió. Cuídate por todos los que te queremos. Que tengas suerte, amiga mía, y ojalá nos volvamos a ver.

—Prométeme lo mismo, si sobrevives y yo llevo el camino de Emilio, habla mucho a mi hijo de los dos.

No podían separarles, fue un abrazo prolongado y lleno de tristeza, vio tanta pena en los ojos de Paquita, que tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar.

¡Qué infierno de prisión! En invierno se morían de frío y en verano se asfixiaban de calor.

Las presas eran pasto de las chinches, había miles, gordas, cebonas, brillantes. Por las noches invadían las celdas saliendo de todas partes: del suelo, las paredes, de la crin de los jergones: caían como paracaidistas de las alambradas, para cebarse en los brazos, las piernas y la cara de las mujeres. Era imposible combatir las, mataban una y salían diez. Como sanguijuelas se pegaban a la piel y succionaban hasta levantar ampollas. Era el terrible verano..., como el terrible invierno. Sin agua, metidas en las “grilleras”, con olor a crin podrido, el vaho de los putrefactos retretes y la debilidad endémica que llevaban con-

sigo, hacía que las mujeres se deshidratasen invadiéndoles una laxitud, rayana en el desmayo.

Una tarde bochornosa del mes de julio, de esas que parece que la tierra haya retrocedido a su estado primario de bola incandescente..., una tarde asfixiante, seca, agobiante, llamaron a Leonor para el locutorio de jueces, bajaba con desgana y la guardiana la apremió:

—¡Vamos, dese prisa! Hace mucho calor en ese locutorio para que el señor juez espere.

Leo la miró despaciosa y siguió su andar lento. “El señor juez tiene calor...”, ¡qué gracia! Ella llevaba pegada a las costillas el uniforme de burda tela, pero... tenía que darse prisa... “El señor Juez tenía calor”.

El “señor Juez”, sin mirarla, con la cara redonda y reluciente, con prisa por salir al aire libre, le notificó:

—Mañana a las diez se celebra su “Consejo de Guerra”. Petición fiscal: pena de muerte.

Firmó la notificación y sin esperar más el “señor Juez” se marchó.

Leonor ni le saludó ni se despidió; con el mismo paso cansino, tomó el camino de su celda. Y esa noche se acordó de Julia como nunca, pero ella no sentía nada, ni miedo ni ansiedad. Las compañeras se encargaron de prepararle las cosas. Ninguna durmió. Sabían que se repetiría la historia. Sería la última noche que pasaría con ellas.

Adela tan ecuánime y Mariana tan valerosa, no podían separarse de ella; la tenían en un apretado abrazo, sin importarles la voz imperiosa de la guardiana. No se decían nada. Ese abrazo fraterno era todo lo que podían dar y decir. Llegaron con ella a la cancela y cuando ésta se cerró, la siguieron con los ojos como si quisieran clavársela en la retina.

Once mujeres iban a “Consejo”. Las pusieron en fila para cachearlas y les sacaron a la oficina del rastrillo. Pronto llegaron los coches-celulares y, esposadas de dos en dos subieron a ellos. Estaban oscuros, por lo que al entrar no distinguieron a

los hombres que también llevaban a juzgar. En la parte delantera del coche, al lado del chófer, iban dos guardias civiles con metralletas, en la parte posterior otros dos. No se veían más que bultos pero del fondo del coche salió una voz gozosa que gritó: “¡Leo!, ¡querida Leo!”. Era Jaime uno de los compañeros de su expediente, allí sentados en la penumbra con las manos esposadas estaban sentados los nueve compañeros que juzgarían con ella, todos la llamaban y ella les abrazó casi en montón. De los nueve, seis estaban en Porlier cuando sacaron a Emilio, tres venían de “Comendadoras”. En seguida le dijeron que llevaban la “pepa”, los diez del Consejo tenían petición fiscal: pena de muerte.

Le hablaron de Emilio y de aquel grupo de hombres como de una “saca” imborrable en medio de tantas otras como habían presenciado. Al mirarles Leo, pensaba que otros hablarían pronto de su propia “saca”.

Los guardias les dejaban hablar impertérritos, sabían que su charla sólo duraba los minutos del trayecto y fumaban tranquilamente, sin molestarse en mandarles callar. Por las ventanillas enrejadas con tupida tela metálica, que el polvo había tapado hasta en sus más pequeños orificios, nada se veía del exterior. Por eso se sorprendió Leonor cuando el coche dio un frenazo y los guardias saltaron a tierra: “¡qué poco había durado!”, ya estaban dentro de las Salesas. Era un edificio enormemente grande, ocupaba toda una manzana de calles, allí estaban reunidos todos los juzgados y en los sótanos estaban los calabozos donde esperaban los detenidos la hora del “Consejo”.

Saltaron los hombres de dos en dos, después las mujeres. Les separaron, metiéndoles en calabozos distintos.

Leonor no había podido avisar a su familia, no sabía si por algún conducto se habrían enterado, lo deseaba y lo temía. Temía el sufrimiento de su madre y los suyos durante el juicio y después verla salir de él condenada a muerte. Sin embargo, quería verles sin rejas, con un poco de suerte hasta le dejarían besarles.

La subieron casi en seguida, desembocó en un hall espacioso y entró en la Sala 3; en el banquillo de los “acusados” ya esperaban los nueve hombres, detrás de ellos otro banco ocupado por la guardia civil que mantenía las metralletas entre las rodillas. Un mujer con voz engolada, abriendo la puerta, gritó: ¡Audencia pública!

Los detenidos sintieron la avalancha de gente que entraban y todos volvieron la cabeza simultáneamente, Leonor vio a sus hermanos y a su madre entrar entre la gente con su hijo en los brazos. Sus ojos por un momento se encontraron y los labios de su madre se abrieron en un gesto y ella percibió un “¡hija mía!”, lleno de temor y angustia.

Los guardias les ordenaron no mirar al público. Leonor vio venir hacia ella un hombre alto, garboso, dentro de su toga y con una amplia sonrisa que iluminaba su cara. Con una inclinación de floritura, como si se tratara de sacarla a bailar un minué, le dijo: “Leonor, tanto gusto. Soy su abogado defensor. He leído bien su expediente y haremos lo que podamos”. La muchacha le miraba atentamente, también con una media sonrisa irónica, como cuando se mira a un payaso hacer piruetas. “¿Quién era aquel individuo?”. Ni siquiera conocía su nombre. Se dirigía a ella alegre, feliz, pensando seguramente en el opíparo almuerzo que le esperaba después del juicio. Leonor no contestó a su saludo.

Se agitó una campanilla que hizo el silencio en la Sala. Por una puerta que daba al estrado entraron altivos e impecables los militares que componían el “jurado”.

Y..., empezó la vista. Rápidamente, tras la brutal acusación del fiscal, apoyado por el Ponente, uno tras otro fueron condenados a muerte. El presidente bostezada y sólo salía de su aburrimiento cuando algún detenido se levantaba para defenderse: Entonces agitaba la campanilla y decía: “¡silencio!”. Sin embargo, los presos se defendían, por otra parte daba lo mismo ya que iban condenados de antemano. A Leonor la dejaron para la última. Las acusaciones eran cortadas a medida de un mismo

tipo. Los acusados eran “los sediciosos, los rebeldes, los que habían vendido a la patria, los que pedían siempre más de lo que se les podía dar, la horda roja, los que no respetaban el poder tradicional del Estado, la Iglesia y el Ejército; los que se opusieron a Franco cuando se levantó contra el comunismo para salvar a España”; por lo tanto eran anti-españoles y debían morir todos condenados por el mismo delito: “rebelión militar o masonería y comunismo”. Y Leonor pensaba que era una mofa; se les condenaba por rebeldía y sediciosos. Ellos, los verdaderos sediciosos que levantaron sus armas contra un gobierno legítimamente constituido en elecciones libres.

Todos menos uno, fueron condenados a muerte. Ni la campanilla ni los guardias pudieron callar a los condenados. Por pura fórmula, al final les preguntaban si tenían algo que alegar. Y todos alegaban: ¡cómo no!

Tres horas con diez minutos habían tardado en condenar a nueve personas a muerte y a otra a treinta años.

Cuando desalojaban la sala, Leonor miró a los suyos, todos estaban con los ojos fijos en ella, como si quisieran grabársela así, llena de vida y juventud. De pronto oyó un grito desgarrador de su hermana Laura: “¡Leo, hermana mía...!” Un guardia rápidamente la tapó la boca y la arrastró fuera de la Sala.

Leo entró en el calabozo. Ya estaban en él dos compañeras juzgadas. Habían tenido más suerte que ella: condenadas a veinte y treinta años. Al filo del mediodía, bajaron a las ocho del mismo expediente: siete con doce a treinta años y una, como Leonor, con pena capital. Los abogados defensores ni siquiera se tomaron el trabajo de ver a sus “defendidos”.

Galería de condenadas a muerte

Eran veintidós penadas en una galería de veintitrés celdas. Cada condenada ocupaba una. Paseaban en un patio destinado para ellas; sin ninguna relación con el resto de la población

reclusa. No eran los tiempos de Julia. Leonor llevaba cuatro días condenada a muerte y no había tenido ni una sola noticia de las compañeras de su “comuna”. Sus efectos personales se los enviaron por la funcionaria. Ni una nota, ni un saludo encontró en ellos. A las condenadas a muerte se les sometía a una vigilancia constante y estrechísima. No se les permitía comida de la calle; si querían comer algo fuera del rancho lo tenían que comprar en el economato por medio de la “mandanta” de galería. Esta reclusa no era penada y sólo a ella se le permitía salir. Cuando alguna condenada necesitaba la visita del médico, éste iba a las celdas, ellas no salían salvo para el paseo solitario. Leonor pensaba en su madre. Tenía muchas horas para pensar; todo el día y toda la noche. Su única compañía eran las chinches y cucarachas. La pared de su celda daba al costado de la cocina y Leonor no sabía si estaba en una celda o metida en la misma caldera del rancho; tanto era el calor, que la celda anterior se le antojaba fresca. Las cucarachas entraban por debajo de la puerta y salían de las ranuras del retrete. Las chinches habían perdido todo su interés ante esta nueva invasión; las cucarachas eran de caparazón duro y brillante y se le subían por la cara y por los hombros cuando se acostaba en el jergón. A las setenta y dos horas de estar condenada y a la caída de la tarde, abrieron la celda de Leonor y la guardiana dio paso al capellán acompañado de la “jefa de servicios”. Leonor estaba echada en el jergón mirando por la pequeña ventana enrejada cómo pasaban unas finas nubes igual a volutas de humo. No se levantó. La “jefe” la miró y conteniendo su soberbia le dijo:

—¡Levántese!

—No puedo —contestó con tono tranquilo.

—¿Por qué no puede?, ¿qué le pasa?

Leonor les miró de abajo a arriba y en el mismo tono añadió:

—Me duele el vientre.

—Haga un esfuerzo —dijo la mujer mirándola fijamente.

—No —dijo Leonor tajante.

—El capellán, que hasta entonces no había dicho nada, añadió:

—Por mí no se mueva si se siente mal.

La imaginación de la muchacha volaba: “vienen a meterme en capilla...”, “es justo la hora...”, “no tiembles Leonor, no seas cobarde”; pero un sudor frío le invadía empapando las palmas de sus manos.

El cura empezó a hablar con voz suave:

—Leonor, venimos a hacerte algunas reflexiones; todos sentimos tu situación como la de esas otras infelices que te acompañan. En estos tres días habrás pensado mucho en las banalidades de esta tierra. Tú eres cristiana, puesto que estás bautizada y seguro que Dios habrá vuelto a ti, y haciendo acto de contrición te sentirás arrepentida...

—¿Qué quieren?, ¿me ha llegado mi hora? —preguntó Leonor haciendo un esfuerzo para parecer tranquila y añadió—, no siga por ese camino.

—Calle usted, le está hablado el padre —rugió más que dijo la “jefe”.

El capellán la miró sonriente, no le iba ese papel, era un cura de opereta, los ojos saltones y siempre turbios con el color de coñac. De gesto suelto, andaba siempre por las galerías con los manteos recogidos para ir más aprisa. Era popular sobre todo en los departamentos de “comunes”. Las prostitutas le rodeaban metiéndole las manos en los bolsillos para sacar de ellos cigarrillos. Le iba mejor el lenguaje desenfadado que la melosidad del sermón. Sonriendo siempre, se dirigió a la “jefe”:

—Vamos. Seguro que Leonor pensará en Dios.

Y se fueron. Leonor respiró, no habían ido para sacarla.

En la primera comunicación que tuvo con los suyos, encontró a su madre terriblemente avejentada y se dio cuenta de que todo su pelo blanqueaba. Los ojos parecían más pequeños, achicados y quemados por las lágrimas. Se veían y oían mejor, el locutorio estaba destinado únicamente para las condenadas a muerte. Su madre repetía como alucinada: “no, hija, no. A ti no pueden matarte”. Y Leonor, en ese momento, deseó ardientemente que fuese verdad: “Que a ella no”; la martirizaba la

cara de sufrimiento de los suyos. Tratando de tranquilizarles, les dijo sonriente:

—Claro que no, vive tranquila, nada me pasará.

—Hija mía vive tranquila tú, no tengas miedo.

—Pero mamá si no lo tengo, estoy segura que nada va a ocurrirme.

—Todos los días venimos por la mañana a entregar algo de dinero para que te pasen comida por el economato. —Dijo Laura—. Ya sabes que no nos permiten traértela.

—No es necesario que vengáis todos los días. Tengo buen apetito y como el rancho.

—Sí, Leonor, vendremos a diario. Estamos más tranquilos.

El niño daba palmadas en la alambrada para que le hicieran caso, Leonor le preguntó:

—¿Qué hay, mi vida?, ¿qué quieres decir a mamá?

Se había hecho un chico fuerte. Tenía el pelo negro y unos hermosos ojos, era muy bonito y despabilado; con voz clara le contestó a Leonor.

—Mamá, ¿ahí no hay juguetes?

—¿Tú quieres algún juguete?

—Sí, mamá, un caballo como el de Carlitos.

—Mamá te lo sacará. Aquí hay caballos como el de Carlitos. Gozoso el niño le tiraba besos con la mano.

Aquella semana Leonor dedicó la tarjeta de correspondencia para rogar a los suyos que no le enviaran ningún dinero y que lo guardaran hasta reunir lo que pudiera costar un “caballo como el de Carlitos”.

Treinta días llevaba en esa celda. Treinta días que dormía con el sol y se desvelaba con las sombras.

Cada semana su familia trataba de tranquilizarla, todo lo que era posible hacer lo estaban haciendo: Petición de indulto; certificados; visitas diarias a Capitanía, todo lo que estaba al alcance de sus pobres medios. Y..., esperaban como ella..., y su madre no dormía, ni de día ni de noche.

En esos treinta días hubo tres ejecuciones. Ya no les formaban

con la lista en la mano, espaciando el nombre, hundiendo en mortal angustia a toda la fila de condenadas. Las monjas lo hacían con más “cuidado”. Sabían perfectamente la celda que cada una ocupaba y cuando toda la reclusión dormía iban sigilosas, procurando que las faldas de sus hábitos y las cuentas de la cruz que colgaban de su cintura hicieran el menor ruido posible. Pero las condenadas no dormían y cuando oían la llave en la cerradura de la cancela moverse despacio, siniestra y segura, acompañada del leve rozar de los hábitos, todas se sentaban en sus jergones y las palmas de las manos transpiraban y los corazones les golpeaban en la garganta. La rigidez de la muerte se apoderaba de cada una, eran minutos mortales: “¿A por quién irían?”. Morían una y otra vez, con cada ejecución. Hubo una “saca” que fue particularmente dramática. Era una mujer de más de cuarenta años. Había sido juzgada en el treinta y nueve y condenada a treinta años. La sacaron al penal en las primeras expediciones y estuvo unos meses en Saturrarán, al cabo de los cuales, el denunciante no conforme con la sentencia, reclamó nuevo “Consejo” y logró su regreso a Madrid, esta vez la condena fue a muerte. Llevaba cinco meses condenada y tenía una hermana en la reclusión. Era de las condenadas que mayor terror sentía por su situación. El poder de su “denunciante” para anular una sentencia y poner otra mayor, no le dejaba dudas de su suerte. Antaño una mujer gruesa y fuerte, ahora sólo se le adivinaban pellejo y huesos debajo del uniforme. A su hermana le dejaban estar una hora con ella cada semana y todas las condenadas oían su llanto implorándole que hiciera todo lo posible porque no la mataran. La pobre hermana impotente para hacer nada, se iba desesperada y acongojada. Hacía tres noches que se la habían llevado... Fue algo patético, cuando abrieron su celda empezó a dar gritos: “¡Hermana, hermana que me matan!”. Se agarró a la puerta con la desesperación de una demente y tuvieron que sacarla entre tres funcionarías. Aún resonaban en los oídos de Leonor sus desgarradores gritos: “¡Compañeras salvadme!”... De to-

das las celdas gritaron. Hasta el amanecer se oyeron sus gritos y lamentos que resonaban en el silencio de la prisión, hasta que sin fuerzas cayó extenuada y el piquete se la llevó sin conocimiento.

Una a una abrieron las puertas de las celdas. Eran las cuatro de la tarde, hora de paseo hasta las cinco. Formadas de dos en dos, salieron por una galería aislada del resto de la reclusión. El patio de penadas era hondo como todos los de la cárcel pero en verano daba el sol de plano en su lado de poniente. La guardiana abrió la puerta achatada y dio una palmada para que se rompiera la formación.

Leonor formaba con Clarita, la compañera que ocupaba la celda contigua a la suya. Clarita era muy joven y extremadamente frágil, su cara de un candor nada común, la hacía atrayente a primera vista; esto le trajo malas consecuencias; el juez la sometió a un asedio pertinaz. Antes de ser condenada venía a verla casi todos los días para hacerla “proposiciones” y después cuando no consiguió nada de esta forma, con amenazas. Clara llevaba ya seis meses condenada a muerte pero no había desaparecido de su cara la sonrisa, ni de su ánimo la esperanza. Leonor y ella se conocían desde antes de la guerra por militar en la misma organización, siempre les unió una gran simpatía y ahora que estaban condenadas en la misma galería, no se separaban siempre que podían. Clara tenía el cabello largo y espeso y aprovechaban la hora del paseo para que Leonor le hiciera las trenzas. Ese día mostrándole una bolsita le dijo a Leonor:

—Mira te traigo membrillo. He oído que pedías ver al médico por esa dichosa disentería que tienes. Esto te irá bien, lo he mandado traer del economato.

—Me encuentro tan mal que me da miedo todo —contestó Leonor.

Hacía más de quince días que Leonor sufría una disentería que le estaba dejando en los puros huesos. Ese día se encontraba un poco febril y llamó al médico para que la viese; pero como de

costumbre, el médico nunca estaba cuando se le necesitaba. Clara sacó de la bolsa el membrillo y Leonor empezó a comerlo con desgana.

Una de las funcionarías que las vigilaba el paseo, se acercó a ellas y preguntó en tono agrio:

—¿Qué come usted?

—Un poco de membrillo —dijo Leonor.

—Sabe que está prohibido comer en el patio, ¿por qué no lo comió en la celda?

—Me encuentro mal. No he comido en todo el día y lo he traído aquí por si sentía apetito.

—¿No sabe que por esto la puedo castigar?

—¿Sí?, ¿cómo? —preguntó Leonor irónicamente.

Clara quería hablar, pero Leo le apretó el brazo. La guardiana alzó la voz.

—¿Que cómo? Sin paseo, sin comunicación, sin correspondencia.

—¡Hágalo!, no tiene importancia —replicó Leo en tono tranquilo.

Las veintiuna penadas rodearon a la guardiana, que, rabiosa, gritó dirigiéndose a todas:

—¿Qué miran ustedes?, ¡a pasear o se termina ahora mismo el recreo!

Leonor fue la primera que le dio la espalda y, en silencio, la siguieron las demás.

—Lo siento Leo. Debiste dejar que dijese que el membrillo te lo di yo —dijo

Clara.

—¿Para qué?, ¿para qué nos castiguen a las dos?

—No creo que lo haga.

—Yo sí.

Al día siguiente abrieron todas las puertas menos la de Leonor. Se quedó sin paseo durante tres días.

Habían transcurrido dos meses. A Leonor la disentería le había dejado las mejillas descarnadas. El maldito calor de aquella

maldita celda la trituraba. Ya ni sentía deseos de matar las cucarachas; cuando la molestaban demasiado tiraba un cubo de agua por la celda y se sentaba en el borde del retrete. Aquel día encontró triste a Clara.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Me duelen las muelas. No me hagas las trenzas, no tengo ganas de nada, ¡si vieses!, llevo soñando dos noches que me sacan.

Leonor la miró extrañada. Entre las penadas, la palabra “saca” era “tabú”. Tácitamente ninguna hablaba de ello, siempre al contrario, aparecían ante las demás optimistas y esperanzadas. Nunca había visto a la muchacha tan decaída.

—¿Pasó algo nuevo?

—No. Sólo que mi madre vio el otro día al denunciante en Capitanía. Dice que la miró con una sonrisa.

—Bueno. Eso no quiere decir nada. Es posible que le llamaran. “¿Cómo le habría dicho su madre lo de la sonrisa del denunciante?” —pensaba Leonor—. “Seguramente la mujer necesita más ánimo que su propia hija, pero... ¡nos hacemos tan susceptibles!”. “Cada mirada, cada gesto, cada palabra adquiere para nosotros una importancia tremenda”. Trató de alejar los pensamientos pesimistas de la muchacha sin conseguirlo: Clara estaba obsesionada.

¡La llave! Palpitante, se sentó en el jergón. La cancela se abrió con suave chirriar y el ruido del rosario denunciaba los pasos de las monjas. Se acercaban del lado de Leonor y se pararon en su puerta. Se puso en pie de un salto, con las manos crispadas, con los ojos fijos en la cerradura, esperando ver abrirse la puerta. Dos pasos más y sintió que la llave se introducía con cuidado, pero la puerta no se abría, continuaba cerrada y en un susurro oyó: “Venga con nosotras”.

¡No era su puerta! De pronto se dio cuenta: ¡Clara!, y gritó su nombre casi al mismo tiempo que sintió la voz de la muchacha: “¡Leo, amiga mía, me llevan!”. Leonor golpeaba la puerta con los puños desesperadamente, sin casi darse cuenta de sus

gritos, llamando a su amiga. La voz infantil de Clara retumbó en la galería: “¡Compañeras, me llevan a fusilar! ¡Compañeras...!”, y unas últimas palabras: “Leo da la bolsa de la labor a mi madre”.

Oyeron cómo la cogían de los brazos para apartarla de allí. Leo se tiró en el jergón, metiéndose los puños en la boca para no seguir gritando. De todas las celdas golpeaban y llamaban a Clara.

Ya no eran impares. Formó con otra penada para el paseo; una tristeza inmensa invadía a todas las condenadas. Clara era la más joven. Durante los ocho meses que paseó por ese patio, lo alegró con sus risas y juventud. Siempre salía a él, como un potrillo retozón, salvo la tarde que la metieron en capilla jamás se le había visto desconfiada; no podía concebir que la fusilaran. Era casi una niña, aún no había cumplido los 20 años y su mente no admitía tal monstruosidad; sólo esa última tarde tuvo miedo, un miedo premonitorio una casi certeza de que había llegado su fin. La “sonrisa” del denunciante fue clara para madre e hija, era la satisfacción del sádico ante la culminación de su obra. Y... Clara ya estaba ejecutada, con la cara destrozada por la ametralladora, según dijeron los que habían visto segar su joven vida.

Leonor, unía el dolor que sentía por la muchacha, por Emilio, por Julia y por los millares de conocidos y anónimos que día tras día caían bajo el tableteo de la ametralladora. Pidió la bolsa de labor de Clara y se la sacó a su madre, para que ésta a su vez, se la llevara a la otra madre, como postrer recuerdo. Era lo único que había podido legarle; pero Leonor estaba segura que a la madre la quedaría imborrable el legado del rostro destrozado de su hija.

Entre las guardianas de turno que vigilaban la galería de penadas había una que en nada se parecía a sus compañeras; sentía verdadera angustia por ese puñado de mujeres. Cuando le tocaba la guardia suavizaba el duro régimen en todo cuanto podía. Escuchaba con atenta amabilidad, forzaba al médico para

que les atendiese y cuando tomaba su turno y veía que no faltaba nadie una sonrisa iluminaba su rostro. Por ella llegaban a Leonor notas escritas por las compañeras de su “comuna”. Esta guardiana sentía particular afecto por Clara y estaba de turno cuando se la llevaron. A la mañana siguiente sus ojeras eran profundas, igual a las de las mujeres que formaban. Ella contó a Leonor de la serenidad de la muchacha. De cómo rehusó los “buenos oficios” que le brindaban las monjas y el capellán. La funcionaría lo contaba con voz apagada, y Leonor, viéndola tan apenada, pensaba cómo con aquel otro guardia de Gobernación “el murciano”: “¿Cómo pueden estar debajo de ese uniforme? Parecen buenos. ¿Por qué entonces sufrir tal amargura?”.

Diciembre. De las chinches no quedaban más que las larvas. Las cucarachas, más resistentes, todavía merodeaban por la celda. Ahora se buscaba el sol en el patio. Una franja pequeña que ya declinaba a las cuatro de la tarde. En las celdas no se sacaban los pies de las mantas. Se habían renovado las caras de la galería; de las antiguas sólo quedaba Leonor que había sufrido la angustia de ver fusilar a un buen número de compañeras. Las otras fueron conmutadas. Ahora eran diecisiete en total y se hablaba de llevarlas a un sótano para dejar la galería a los “cargos”. Cinco meses llevaba Leonor allí y en esos meses recibió una sola alegría: Adela había sido juzgada y condenada a treinta años y no a pena de muerte, como se temía. Sin embargo, en la galería la acompañaba Carmen, la vieja militante. A Adela aún no la habían sacado para el penal y, siempre que escribía a Leonor confiaba en que irían juntas. Todas le daban esperanza. Cada día pasado parecía una victoria en su lucha contra la muerte; pero ella no se confiaba, no podía confiarse. A Clara y a otras las habían fusilado a más de los ocho meses o del año de estar condenadas.

Hora tras hora, sola y en silencio, con la cabeza reclinada sobre la pared absorbiendo el trocito de azul enrejado que se veía por

la ventana, pensaba en Emilio, esta obsesión desalojó de su mente cualquier otro pensamiento. A veces tenía que hacer esfuerzos para darse cuenta de que aún vivía. Y de pronto le entraban ansias de vida, de estrechar a su hijo entre los brazos, de reunirse con los suyos, de reírse. Hacía mucho tiempo que su boca no se abría en una carcajada; de andar, andar sin darse con las paredes a los dos pasos. De sentir la lluvia y el aire en la cara. Oler la tierra mojada y ver la escarcha en los arroyos. Percibir la caricia de los tenues rayos del sol que se filtran por los árboles pelados; oír los pregones de la calle, el ruido de los coches, las voces de los niños; contemplar los escaparates adornados ante el próximo Año Nuevo. Ver caras desconocidas pasar fugaces a su lado, palpar la vida y sentirla. Sufría de estos arrebatos como todos los que viven en un aislamiento forzoso y entonces se daba cuenta del poco valor que damos a cosas tan pequeñas como las que ahora deseaba. ¡Qué no daría por mezclarse con la gente en una calle llena de sol!

Para volver a la realidad abría los ojos y miraba las cuatro paredes de su celda y allí en su corazón se agigantaba la figura de Emilio y volvía a reanudar su soliloquio. “26 años de vida no son pocos si se ha sabido escoger el camino, no pasar por él como ciegos”. “¿Te hubiera gustado morir de vieja y en la cama?, ¿pero cómo llegan los pobres a viejos?, ¿no mueren mil veces en el camino?...”.

Sin embargo, sí quería morir de vieja, 26 años le parecían muy poco para una vida.

Era la Nochevieja, a la reclusión le dejaban esa noche la luz encendida hasta las doce de la noche. Desde la galería de condenadas a muerte se oía un bullicio desacostumbrado del resto de la prisión, también desde la calle, grupos de gente pasaban cantando por debajo de los muros de la cárcel, despidiendo al año que se iba.

Leonor paseaba por la celda, esa galería seguía su ritmo monótono; solas, cada una en su celda, se disponían a recibir el Nuevo Año. El año 1942, sin saber cuántos días vivirían de él.

Se paró en su “paseo”, le pareció oír que descorrían los cerros. Efectivamente, allí estaban descorriendo el suyo, la funcionaria dijo lacónica: “Salga”. Al salir vio a otras penadas a las puertas de sus celdas y a “la Alemana” en medio de la galería. Cuando se hubieron abierto todas las celdas, la funcionaria dio una palmada ordenando formación. Los ladrillos blancos y negros del suelo sembraban un gran dominó que parecía alargarse hasta el infinito con la luz amarillenta.

En medio de la galería con el hábito blanco, arrogante y seria, “la Alemana” volvió a repetir la palmada.

Como un número ensayado las mujeres formaron, quedando las puntas de los pies en línea perfecta. La monja les miró detenidamente y en su mal castellano les dijo:

—Son las diez y media de la noche, hoy se les deja las puertas de las celdas abiertas hasta las doce, para que también ustedes puedan dar la bienvenida al Año Nuevo. No pueden salir de la galería, por eso se les cierra la cancela, pero pueden estar ustedes juntas hasta el toque de campana, —haciendo un esfuerzo para sonreír, añadió—: Que tengan suerte en el año que entra.

Un “gracias” casi inarticulado, salió de las gargantas de las condenadas.

Todas se reunieron en la galería y juntaron la comida que tenían. Las compañeras de la reclusión les habían enviado del economato alguna “chuchería” a casi todas, las familias en este día también hicieron un mayor esfuerzo. Se olvidaron momentáneamente de su situación y rieron y cantaron felices por estar juntas. Cuando sonaron las doce campanadas, un “¡Compañeras, por nuestra conmutación!” resonó en la galería y... un fuerte abrazo, las fundió a las unas con las otras.

Recibió una nota de Mariana, con su letra apretada y picuda, escueta, y concisa como ella: “Ayer se llevaron a Adela al penal, creemos que a Saturarán. A ver si vienes pronto a hacerme compañía, os echo enormemente de menos, me dijo que os enviará a todas un abrazo, pero en particular a Carmen y a ti.

Trasmíteselo. Se fue con la pena de dejaros en esa galería. Cuidaros mucho y recibir otro muy fuerte de vuestra amiga y camarada”.

¿Así, pues, se la habían llevado?, no se habían cumplido sus deseos, no fueron juntas. Las dejó en esa maldita galería de condenadas a muerte y Leo sabía cuánta pena se habría llevado con ella. Sabía que una de las mayores preocupaciones de Adela era su situación, el temor de que corriese la misma suerte de Julia, la angustia de no verla nunca más. Por cada separación, se sentía este dolor siempre renovado.

Los carámbanos de escarcha se pegaban a las rejas de la ventana como finas estalactitas. Durante toda la mañana había caído la nieve nutrida, espesa y no había paseo. Leo veía los copos blancos como bolitas de algodón, condensarse en el bordillo de los barrotes; ni un solo ruido turbaba el silencio de la prisión. Sentada en el jergón se tapaba, con la manta hasta la barbilla; se imaginaba el patio blanco y solitario. Sólo la fuente, en medio, emergiendo de esa alfombra immaculada. Mañana aún estaría blanco, si no nevaba les permitirían el paseo y blandamente pisarían esa alfombra, contando sus huellas, para ver cuántos pasos daban en el “recreo”. “¿Tendría su hijo botas que le aislasen de la nieve y la escarcha?”. En las comunicaciones no le veía nunca los pies, sólo el busto y su cabecita morena aupándose para llegar a la alambrada, siempre entre sombras. Cuatro años serían los primeros que cumpliese; le llevaban a todas las comunicaciones y jamás preguntaba por qué no estaba con él, se había acostumbrado a verla siempre detrás de unos barrotes.

Hacía tanto frío, que no se atrevía a sacar las manos para hojear un libro que le habían llevado de la Biblioteca. El silencio de la galería se turbó con la tos áspera de una penada “es la abuela Jesusa, ¿cómo no se la llevarán a enfermería con esa terrible bronquitis?, el frío del suelo la va a matar, no van a tener necesidad de ejecutarla...”.

El cielo lechoso de nieve iba tomando tonalidades oscuras, no

eran más de las cinco de la tarde y ya empezaban las sombras a invadir la celda. “¿Cuándo darán la luz?...”, sus pensamientos se alejaron con el ruido de la cancela; unos pasos ligeros se oyeron en la galería y se abrió su celda. Levantó la cabeza y vio en el marco de la puerta la figura de la guardiana.

—Venga conmigo —apremió.

Leonor se levantó y por un momento pensó lo peor: “pero..., era muy temprano y, además, no venían las monjas”, preguntó: “¿Dónde?”.

—Ya lo verá.

Salieron y una voz retumbó en la galería preguntando desde una celda: “¿Dónde te llevan Leonor?”, reconoció la voz de Carmen. “No sé, amigas”, contestó fuerte. La guardiana comprendiendo el temor de toda la galería añadió: “Queden tranquilas, no es para “eso””.

La introdujo en el locutorio de jueces; el juez se paseaba frotándose las manos envuelto en un grueso abrigo. Al verla le miró sin decir palabra. Despacio abrió un portafolios y empezó a leer. A Leonor le golpeaban las palabras: “... y se le conmuta la puerta de muerte, por la de treinta años de reclusión mayor, que...”, una especie de mareo la invadió y, tragando saliva, sin que el juez hubiese concluido la lectura, preguntó quedo:

—¿Que me conmutan?

—Sí, Leonor. Bien a mi pesar. Firme aquí.

Leyó la conmutación y firmó con un garabato, las letras bailaban como ebrias: le salió una “O” redonda y panzuda y una “N” estilizada. El pulso iba al ritmo del corazón y éste le ahogaba. Como si saliera de un gran letargo, se dio cuenta de sí misma. Se enderezó. Sintió su carne, su sangre correr veloz y alocada por las venas. Aquella amiga inseparable durante siete meses, de rostro descarnado, huyó veloz.

Como una torrentera avanzó hacia ella la vida; abrió los ojos y no vio al juez, ni el locutorio pequeño y estrecho, ni las sombras de la celda; sintió el olor tibio de la tierra, los rebrotes de los árboles, ¡la vida! La volvió a la realidad el recuerdo de sus

compañeros y temerosa preguntó al juez:

—¿Han conmutado también a mis compañeros de expediente?

—No, muchacha, tú te has librado por tablas. Con ellos se cumplió la sentencia esta madrugada.

Otra vez el frío de la muerte. Sus camaradas habían sido fusilados. Un odio incontenible le subió a la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas.

“¿Cómo decirles a sus compañeras que ya no estaría con ellas? ¿Cómo que ya no les acompañaría en sus noches interminables? ¿Qué no se le secaría la boca cada vez que oyese pasos en la galería? ¿Las despediría deseándoles suerte o con un adiós? Había dejado de ser una de ellas, ya no flotaba entre el ser y la nada. Ahora podría luchar por sobrevivir”.

Llegó a la galería ya encendida la luz y miró las celdas cerradas. Detrás de cada una, palpitaba una vida amenazada, sin proyectos ni ilusiones, todo quedaba relegado al “después”, si es que había un “después”.

La oyeron llegar y como al marchar, le preguntaron: “¿Para qué era, Leonor?”. Una pena inmensa le invadió y como si fuera culpable de dejarlas, les dijo con voz apagada: “Compañeras, me han conmutado...”. No pudo seguir. De todas las celdas salían voces de enhorabuena. Leonor estaba tan emocionada que no sabía qué decirles. Allí de nuevo en la galería de condenadas a muerte, le pareció una monstruosidad la alegría alocada que había sentido cuando se lo comunicó el juez. Dieciséis mujeres esperaban morir y seguramente aquella noche sería la última para algunas y ella palpitaba de un gozo interior que sepultaba la tremenda pena que sentía por dejar a sus compañeras. Oía sus voces de enhorabuena y se reprochaba su deseo incontenible de huir cuanto antes de esa galería de pesadilla.

Las conmutaciones eran como una fiesta para la reclusión. Como reguero de pólvora corría la voz de que “una compañera se había salvado”. Toda la prisión vibraba de alegría, como moría de pena con las ejecuciones.

Leonor, sentada en un petate estaba rodeada de sus compañeras en la tercera galería izquierda y le parecía soñar. Eran las nueve de la noche, casi la hora de silencio; las mismas bombillas que en la galería de penadas, los mismos ladrillos blancos y negros, iguales grilleras..., pero a Leonor todo le parecía distinto. Algo la diferenciaba: aquellas amigas charlatanas y reidoras por la “suerte que había tenido”, los petates alrededor de la celda, las bolsas de labor colgadas de las paredes, el cajón con los pocos víveres de la “comuna”; la repisa de tablas con media docena de libros; los portazos de las celdas, los lavabos en esa hora llenos de mujeres; el hablar fuerte;

el discutir..., se diferenciaba tanto como la vida de la muerte. Su “comuna” había sido renovada de nuevo, de la segunda sólo quedaban Mariana y Nica, ahora eran cinco por celda y Leonor tuvo suerte de que en su antigua celda sólo hubiese cuatro, por lo que fue de nuevo con ellas. Continuaba el régimen de clasificación y aquella galería seguía siendo de “peligrosas”, ahora a Leonor esto no le parecía una calamidad, estaba contenta de estar en ella; aquella noche durmió sin zapatos con un sueño prolongado y profundo.

Al día siguiente la comunicación con los suyos fue delirante. Todos reían y hablaban a la vez, tirándole besos. Llevaron un cubo de arroz con leche para que lo celebrasen. Sin embargo, en medio de la alegría, porque ella se había “salvado”, había un gran dolor por los camaradas caídos, su madre le dijo; “Antes de venir a verte, hemos ido al cementerio a poner en la tumba de tus camaradas claveles rojos; como todos, hija mía, murieron gallardamente”.

Sus nuevas compañeras eran Pilar y Marta. Las dos de veinticuatro años. Leo, sentada en el petate, tricotaba con toda la velocidad que le permitían sus frías manos y escuchaba a Pilar contarle su alucinante historia... Era de origen campesino, de un pueblo de la Mancha toledana. Su padre trabajaba un trozo de tierra y con él toda la familia, de sol a sol. Campesinos ha-

bían sido todos los suyos, jamás levantaron la cabeza de los surcos, él fue el primero que, limpiándose el sudor que cegaba sus ojos se preguntó: ¿por qué se nace y se muere pegado a una tierra que no es la tuya?, ¿por qué empapaban la tierra con su sudor y su sangre y no comían y no sabían leer y eran siempre humillados? Estas y otras muchas preguntas empezó a hacerse el padre de Pilar y quiso encontrar respuestas y las encontró en la boca de un jornalero de un pueblo vecino al que ningún amo le daba tajo y del que decían que se pasaba la mayor parte de su vida en los cuartelillos de la guardia civil. Aquel jornalero no sólo le dio respuestas, sino que le enseñó a leer, y él enseñó a sus hijos. Pilar a los diez años oyó por primera vez la palabra comunista; alguien se la escupió a la cara como un insulto: ¡vete de aquí, tu padre es comunista!, y cuando llegó del campo la niña le preguntó; Pilar recordaba cómo la sentó en sus rodillas, y con las manos agrietadas y ásperas acariciando sus cabellos le contestó: “sí, soy comunista”, y le habló durante mucho tiempo. Jamás había visto a su padre sentado una hora, meciendo a uno de sus hijos, y nunca tampoco se había dado cuenta de lo dulce que podía ser su voz. Pronto percibió que su hermano Juanito, el mayor de los chicos, era como su padre y éste empezó a ser su aliado.

En el año 34 llegó hasta su pueblo la agitación que levantó el movimiento insurreccional de Asturias, fue en este preciso momento cuando Pilar, con 14 años, reclamó su derecho a participar en la actividad política de su pueblo, pero se encontró con algo que no esperaba, los hombres asombrados la preguntaron: “¿qué, quieres venir a nuestras reuniones?, ¡eso es imposible, tú eres una mujer y además una

mocosa!”, pero desde ese momento empezaron a utilizarla para hacer “encargos”; sin embargo a Pilar no le bastaba aquello y comenzó a hacer proselitismo entre sus amigas campesinas, al año siguiente eran ya siete las que “exigían” organizarse con los muchachos. Tampoco esta vez lo consiguieron. Hasta ahí no se había desbrozado la mente campesina..., ¿cómo jun-

tar a los mozos y mozas para hacer reuniones secretas?... , las muchachas tenían que estar al anochecer ayudando a la madre... , tendrían que casarse con ellas si siempre les veían juntos... , imposible, las chicas tendrían que ir por un lado y por otro los chicos. Y aquellos comunistas de buena voluntad encontraron la fórmula: hacer una célula sola de mujeres y que bajase un hombre mayor a dirigirlas, y así, en el año 35, surgió la primera célula con siete jóvenes comunistas en el pueblo de Pilar. A ellas les pareció perfecto. Entonces no habían oído hablar de la discriminación de la mujer, tampoco los hombres campesinos, por muy revolucionarios que fuesen. Era ya un avance tremendo para su mentalidad que sus hijas se reuniesen a hablar de política en lugar de ir a la iglesia o emperifollarse para gustar a los mozos. Dejarles organizarse e ir de un pueblo a otro significaba todo un cambio. Las chicas se creían también emancipadas y miraban por encima del hombro a las otras muchachas del pueblo.

En aquel año 35, el campo ardía, las revueltas campesinas sucedían y al pueblo de Pilar iban oradores de Toledo y de Madrid; después vendría la campaña electoral del Frente Popular en la que la célula de mujeres participó activamente, ya eran veintiuna, seis de ellas adultas. Como colofón, el triunfo desbordante de la izquierda y Pilar se sentía muy orgullosa, creía que ella había contribuido de forma decisiva a ese triunfo.

Y... , el 18 de julio, el terrible 18 de julio. El día 19 se incorporó a la columna de su pueblo donde estaban su padre y su hermano; en unas horas el pueblo se tranquilizó y la “Columna” emprendió en camiones el camino de Madrid, “para ayudar a los de la capital”, llegaron todavía al asalto del cuartel de la Montaña, de allí a Cercedilla a parar a las columnas que venían de aquella zona. De Cercedilla les enviaron a Talavera y el día 28 de agosto del 36 Pilar cayó prisionera de los moros que defendían ese frente. Desde entonces llevaba seis infernales años en prisión.

Cuando cayeron en una acción envolvente de los legionarios a la caída de la tarde, Pilar hacía ya horas que había perdido a su padre, en la retirada él y otros mayores fueron cubriéndoles durante casi todo el día, pero de pronto le perdió, nunca más le vería. Llevaron a los prisioneros a Navalморal de la Mata, y el día 29 por la mañana fusilaron a 14 milicianos y a Dolores, una joven campesina de Puebla de Amorabiel. Pilar y los demás pensaron que correrían la misma suerte, pero al día siguiente les enfilaron para Cáceres. Muchos de los prisioneros iban heridos, al llegar a un puente del río Tajo pararon los camiones e hicieron bajar a los prisioneros, separaron a los hombres de las mujeres y a ellos les fusilaron con rápidas ráfagas de ametralladora, discutieron por si echar los cadáveres al río Tajo o no, hasta que un oficial se opuso decididamente a echarles al río, porque durante un mes habían tirado a él tantos muertos de la represión de Extremadura, que las autoridades de Lisboa advirtieron a Millán Astray, que era quien llevaba aquella zona, “que no tiraran más cadáveres al Tajo, porque desembocaban en Lisboa y era todo un espectáculo...”. Para no dejarles por la carretera hicieron con ellos una gran pira, Pilar decía que nunca más se le había ido el olor a carne quemada. Las ocho chicas presenciaron ese espectáculo dantesco, esperando arder ellas después; estaban horrorizadas y no comprendían por qué no les habían fusilado como a Dolores o con los prisioneros, pero al llegar a la cárcel de Cáceres lo supieron en toda su monstruosidad. Los legionarios las metieron en una sala, de forma brutal les rasgaron la ropa y las obligaron a las más repugnantes prácticas sexuales, les abrían la boca y les introducían sus asquerosos penes, Pilar se libró de ello, sólo eran seis legionarios y ella era la más joven y según decían la más fea, cada legionario cogió a una, Pilar era una de las dos que sobraban, que arrinconadas en la pared, vieron la violación de sus compañeras, el horror de sus caras ahogadas, su tremendo martirio. Permanecieron en las losas de la sala tiradas y

desgarrados sus cuerpos durante dos días, al tercero las sacaron y las llevaron al interior de la cárcel. Pilar estuvo presa en Cáceres hasta mediados del 38 que pusieron en libertad a tres de las ocho de Talavera; abrieron la prisión y las dejaron en la puerta de una ciudad desconocida, vestidas se sacó, rapadas (en la cárcel no les dejaban crecer el pelo) y en el puro esqueleto. Y allí en la puerta estuvieron mucho tiempo como animales acorralados sin saber dónde ir, hasta que se acordaron de la dirección de la familia de una tal Isabel que habían fusilado hacía unos meses. Hasta llegar a aquella casa pasaron toda una odisea, su aspecto llamaba la atención y hasta les tiraron piedras, pero..., aquella casa les acogió, cambiaron sus sacos por vestidos, comieron y durmieron en una cama con sábanas blancas; resultaba que aquella era una “casa de señores”, ¡hasta tenían criada! y Pilar y sus compañeras no salían de su asombro, ellas creían que sólo los pobres de la tierra podían ser sus amigos y allí estaba esa “señora tan bien vestida” con los más exquisitos cuidados hacia ellas. Eran catedráticos —Pilar no sabía muy bien de qué—, pero su casa estaba llena de libros y ellos hablaban muy bien, escuchaban la historia de las muchachas con toda atención y les dijeron que Isabel no era su hija, sino su sobrina, hija de un hermano del “señor” y que los padres de Isabel habían sido fusilados al tomar Cáceres; a Isabel la cogieron con una emisora que transmitía a la zona republicana y por ello la habían fusilado, todos eran socialistas, su padre ya lo fue desde Pablo Iglesias y que ellos estaban muy vigilados en la ciudad, pero que no importaba, que les buscarían donde pudiesen estar seguras y cómodas. En cuanto a la seguridad les dijeron que tenían que presentarse todas las semanas a la prisión por lo que no podían estar escondidas. A Pilar la llevaron a casa de un médico como “sirvienta” y al mes escaso ya tenía relación con la guerrilla por allí operaba un movimiento guerrillero que le llamaban la “Cruz Blanca”, nunca se explicó este nombre, pero así le llamaban y la incorporaron a él. A los tres meses este movimiento cayó y como

consecuencia de ello Pilar volvió a la cárcel, pero no complicada con la guerrilla, sino que detuvieron a todos los que estaban en libertad provisional presentándose a las autoridades. De esta caída fusilaron a muchos jóvenes vallisoletanos y a seis mujeres, a cuatro hermanas llamadas las del “quemadero” porque trabajaban en un horno, las fusilaron juntas.

La derrota de la República en marzo del 39 postró de desesperación a todos los presos que esperaban de su victoria la liberación. Pilar estaba presa en Cáceres y recordaba ese día como el más amargo de su vida, las esperanzas de miles de presos de la zona fascista, se hundieron y derrumbaron, la desesperanza fue total, sus rejas se prolongarían por muchos años.

En el traslado a su pueblo hicieron escala en Madrid en un cuartel de Carabanchel donde mandaba la falange, el “jefe” intentó violarla, Pilar recordó con horror lo de Cáceres y abriendo una ventana se precipitó por ella, era un primer piso y no se hizo ni el más pequeño rasguño pero evitó la violación. Llegaron a su pueblo y su madre la pudo ver después de muchas súplicas, supo por ella que su hermano sobrevivió al frente, pero que fue fusilado el 17 de mayo del 39; del padre jamás supo nada la madre.

Era como una maldición, la pesadilla de la violación la perseguía, también en la cárcel de su pueblo tuvo que defenderse de ella; otro “jefe”, Benito Montánez. En Pilar se despertaban los instintos fieros cuando veía al macho que iba por ella como si le perteneciera, el gesto de la mano en la bragueta la enloquecía y cuando vio venir “al Montánez”, sin pensarlo, se lanzó a su cara y con las uñas se llevó la piel, le pegó desesperadamente. Él no podía reducirla y cuando lo hizo sentía tanto odio hacia Pilar que desfogó su deseo en la gran paliza que la dio, se quitó la correa y todo su cuerpo fue un hematoma, pero no consumó su propósito.

Después, toda clase de sufrimientos: las metieron en la “Bodega” eran más de cien mujeres de los pueblos del partido judicial. Hacían la vida entre las tinajas, donde no se podía pasar

por estar invadidas de espesas telas de araña; se morían de sed, no les daban agua más que cada tres días. Vivían casi a oscuras, todas estaban rapadas y habían pasado por las tomas masivas de aceite de ricino, continuamente les hacían simulacros de fusilamiento. El 20 de noviembre del 39, aniversario del fusilamiento de José Antonio asaltaron la cárcel y sacaron a fusilar en dos días a 108 entre hombres y mujeres. De nuevo se libró Pilar.

Condenada a muerte la llevaron al penal de Ocaña, este penal era famoso por lo terrible de su trato. Penal mixto con más de 5.000 hombres y 2.000 mujeres; esto no era más que una fuente de castigos, siempre que descubrían que se había establecido la más pequeña relación entre ambos la represión se cebaba en ellos: rapados, palizas, y celdas de castigo estaban a la orden del día. En aquel penal las “sacas” estaban reglamentadas a los lunes, miércoles y viernes; ni uno solo de los tres días dejaban de fusilar. Pilar recordaba la ejecución de Milagros Garrido que la fusilaron con su novio; de la abuela Candelas de 82 años, que arrastraba los pies pero llevaba erguida la cabeza; de aquella otra de 60 años de Villanueva de Alcadete que dio un bofetón al funcionario porque la cogió del brazo de forma airada para que subiera más deprisa al camión que los llevaba a fusilar..., y de tres madres lactantes que las ejecutaron juntas y las presas tuvieron que hacerse cargo de los tres niños huérfanos, al final se los quitaron y los sacaron a un hospicio.

Ocaña era ya tumba de cientos de mujeres, de hombres y de niños, los que no morían ejecutados morían de hambre. Hambre y podredumbre. Las familias iban de los pueblos a llevarles lo que podían, siempre eran mujeres las que estaban por las carreteras para llegar a las puertas de las cárceles. A Ocaña venían de todos los caminos, como no tenían para el tren se juntaban las que podían y en una borrica ponían sus míseros paquetes, ellas caminaban detrás de la borrica veinte y treinta kilómetros para llegar al penal, a veces más. Y muchas veces no llegaban porque la guardia civil les paraba en el camino y

les quitaba las pobres taleguillas diciendo que era “estraperlo”, todos sus esfuerzos, sus sudores quedaban en los cuartelillos. Había mujeres que se tiraban de los trenes en marcha antes de la llegada del revisor por no llevar billete, el resto del camino lo hacían a pie con el frío del invierno y los calores del verano, todo para llevar a la prisión unas patatas cocidas, o un pan con arenques.

Mujeres de dentro y de fuera, humilladas, maltratadas, relegadas a la condición de la nada.

Mujeres de presos, madres de presos, hermanas y novias de presos, igualmente hambrientas, vejadas y ofendidas por todos los caminos de España.

España...

Pilar estuvo dos años condenada a muerte, esperando cada lunes, miércoles y viernes de cada semana. Y ahora estaba aquí, en la galería de “peligrosas” con 30 años de condena; desde los 16 años, sólo tres meses había estado en libertad y contaba su historia como si fuese de otra, sin histerismo, sin quejas, esa alucinante historia, y Leo pensaba que a qué abismo de represión les habían sometido para no gritar ante tantos horrores.

Pilar preguntó:

—¿Os he aburrido?, es que cuando cojo la hebra no sé parar.

Todas la miraron y Nica contesto: “¡Coño!, ¿cómo nos vas a aburrir?, mira que yo he pasado, pero me has puesto los pelos de punta”. Pilar le sonrió con su aire socarrón, no había perdido su “estilo” campesino, detrás de ello escondía una inteligencia nada común y una voluntad de hierro.

Marta procedía de la prisión de Albacete. También como Ocaña era prisión mixta, miles de hombres ocupaban la mayor parte de la cárcel, a las mujeres, más de mil, las metieron en un reducido espacio amontonadas hasta el extremo de tener que dormir sentadas. Sólo un retrete para las mil mujeres; había mujeres de muchos pueblos de la provincia: Villarrobledo, La Gineta, la Roda y del mismo Albacete; llegó un momento que no cabían en la sala ni aun sentadas, así por la noche se lleva-

ban a 60 o 70 mujeres al departamento de hombres y dormían en un patio pequeño, cerrado y estrechamente vigilado. Como en el patio no podían evacuar, cada noche se llevaban cubos donde las mujeres evacuaban; cuando por las mañanas regresaban al departamento de mujeres el olor fétido llegaba antes que ellas, los cubos, llenos de mierda hasta los topes, los traían para vaciarles en el único retrete que había, pero la poca agua de éste no absorbía esa cantidad de materias fecales. El camino del departamento de hombre al de mujeres con los cubos llenos hasta el borde de mierda, era una verdadera proeza de equilibrio para no derramarlo por donde pasaban.

Unido a esta atmósfera nauseabunda, el hambre. Durante tres meses no les dieron de comer más que unas cuantas algarrobas mezcladas con cagadas de ratones. Las mujeres no tenían patio para salir, el único de la prisión, estrecho y pequeño, era para los hombres. Los niños se morían en la sala apretados entre las piernas de sus madres por falta de espacio.

Empezaron los fusilamientos nada más tomar Albacete, todos los días había “sacas”. El día que fusilaron al comandante Martínez Rabadán, fueron casi cien los fusilados. Su mujer, María Ayala, que les vio subir al camión, al despedirse de ellos levantó el puño, a los pocos minutos estaba hacinada con las demás mujeres y un hijo que sólo contaba seis días. Por aquellos días fusilaron también a la mejor amiga de Marta, Josefina López de 18 años, miembro de la JSU como ella; juntas militaron y juntas estudiaron. La noche de “capilla” la acompañó durante una hora, en el tétrico locutorio que servía para ese fin. Nunca olvidaría Marta a Josefina.

En Albacete había una acusación que causaba particular pavor. Albacete en el año 36 estuvo una semana tomado por los fascistas. Tanta represión ejercieron en esos ocho días que se le llamó la “semana del fascio”; cuando nuevamente fue reconquistada por las fuerzas republicanas hubo una “señorita albaceteña”, que se apellidaba Llanos que subida a una terraza, con una ametralladora hizo estragos entre los republicanos. Sola-

mente la pudieron coger cuando se quedó sin municiones y la fusilaron. A esta familia se la conocía por el apodo de los “locos”. Los “locos” hicieron perder realmente la razón a medio Albacete, todo detenido era acusado por la familia Llanos del fusilamiento de la tal “Señorita” e invariablemente condenado a muerte y fusilado de forma expedita. Josefina fue fusilada por esa acusación sin conocer siquiera la existencia de la Llanos. Más del 70 por 100 de los fusilamientos de Albacete fueron por los “locos”. Se decía que esta mujer había liquidado más antifascistas que una división del enemigo.

Marta contaba el ejemplo que dio Lolita, una joven de 22 años, en el momento que la llamaron para entrar en “capilla”. Estaba contando a un grupo de amigas algo chistoso, era popular por lo graciosa, cuando la “Paulina” abrió la puerta de la sala y fue hacia ellas, esta funcionaria gustaba de jactarse de no perderse ninguna ejecución de los “rojos”, así que cuando la vieron mil pares de ojos se dirigieron hacia ella, se acercó al grupo en que estaba Lolita y como si la avisara para ir a comunicar le dijo sin la menor alteración en la voz “prepárate Lolita, vas a entrar en “capilla””, todas sus amigas ahogaron un grito y miraron a la muchacha espantadas, pero ésta, también con la mayor tranquilidad, sin perder la sonrisa y con la misma suavidad en la voz que la guardiana, le dijo: “espera, voy a terminar de contar el chiste a mis compañeras”, tranquilamente prosiguió su relato y al terminar ella rio con una, sonora carcajada y viendo las caras angustiadas de sus compañeros les preguntó: “¿No os ha hecho gracia?, pues la tiene, independientemente de que me maten —y dirigiéndose nuevamente a la guardiana—, no se impaciente a la que esperan es a mí, aquí no me van a dejar, pero voy a deshacerme las trenzas, hace meses que no me da el aire en el pelo suelto”. Se paró en la puerta de la sala, y abriendo los brazos como para abrazar a todas, sonriente y luminosa exclamó: “¡Ea!, ¡no llorar!”.

Así desapareció Lolita, con paso firme y el pelo suelto.

En las “sacas” de Albacete, la mayoría eran de Villarrobledo,

aunque muchos villarrobledanos habían quedado en su pueblo, sufriendo la más atroz de las muertes. Existían en Villarrobledo unas zanjas llamadas barreros de donde se extraía la tierra para la construcción de tinajas, estos barreros eran tan profundos que si caías a ellos no podías salir, allí fueron arrojados vivos decenas de villarrobledanos, así murieron tres hermanas llamadas Cuesta, una tras otra fueron arrojadas a los fosos después de haberles cortado los pechos.

A Marina Ardiz ya le faltaba una pierna cuando la fusilaron, la había perdido siendo comandante en el ejército republicano. Era de Sama de Langreo, estuvo condenada a muerte durante ocho meses sin esperanza, tenía la total convicción de que no se salvaba. Una fría mañana a principio del 40 la sacó la “Paulina”. Dejó la muleta a una anciana, no porque la necesitara, sino porque era su amiga.

Estuvieron más de un año sin salir de aquella sala infecta, al cabo de esos larguísimos doce meses abrieron un pequeño patio, al salir a él y recibir un poco de aire y luz las mujeres se caían sin poder levantarse. No se explicaban aquel fenómeno, pero las mujeres en aquellos primeros días de patio, morían más deprisa que en la inmunda sala.

A Albacete llegó otra calamidad que superó a las ya conocidas en cuanto al trato de las guardianas. Esta calamidad estaba personificada en María Sacristán. Según ella misma decía, voluntaria en la División Azul, pasó a colaborar y ayudar a sus “hermanos nazis” en los campos de concentración de exterminio. Verdad o no, sus métodos eran totalmente nazistas, no había hornos crematorios ni cámara de gas, pero “la Sacristán” las martirizaba con todo lo que tenía a mano. Con ella entró el terror, no le hacían falta motivos para sus palizas, sin ellos podía patear a una mujer. Extremadamente delgada, pero musculosa, tenía una gran fuerza, de cara afilada y dientes postizos miraba a las presas metiendo un poco de la barbilla en el cuello dando un aspecto siniestro a su figura. Albacete carecía de agua y en ocasiones la reclusión se pasaba tres y cuatro días

sin beber, en los meses de verano la escasez era casi total. En un mes de agosto que llevaban cinco días sedientas, “la Sacristán” formó a las mujeres delante de la fuente abrió el grifo y tuvo a las presas mirando correr el agua que se perdía, durante quince minutos. Las presas no recibieron un cazo de agua hasta el día siguiente. Puso horas para evacuar, nadie podía hacerlo después de las cinco de la tarde y antes de las nueve de la mañana. Como sólo había un retrete para casi mil mujeres, desde las 9 de la mañana hasta las 5 de la tarde, las mujeres se pegaban por entrar a él y a las nueve de la mañana la fila era interminable; llegó a obsesionarlas y casi todas enfermaron de cistitis, la sensación de que tenían deseos de orinar y no podían les reventaba la vejiga.

Tampoco en Albacete se libraron de los violadores; dos funcionarios del departamento de hombres “Luisito” y Ricardo fueron una pesadilla para las mujeres a todo lo largo del verano del 39. En poco menos de tres meses violaron a treinta presas. Abrían la sala, miraban “al montón”, elegían a una o dos y se las llevaban no muy lejos de allí. Debajo de la escalera había un cuartucho donde se guardaban los enseres de la limpieza y con la puerta abierta, porque de puro pequeño no podían cerrarla, los “guardianes de la ley” se quitaban el aburrimiento. A veces las mujeres ni siquiera protestaban, pero en la mayoría de los casos se oían sus gritos en toda la prisión.

Marta estaba obsesionada por los años vividos en Albacete, hablaba de ello una y otra vez, pero nunca de sí misma. Se sabía que era estudiante y de un expediente de las Juventudes Socialistas Unificadas, que durante cinco meses estuvo condenada a muerte y que la trasladaron directamente de Albacete a “Ventas” a la galería de “peligrosas” por un enfrentamiento con “la Sacristán”.

Era una gran dibujante y fue ella la que hizo la cabecera de *Mundo Obrero*, y la hizo como si la hubiese calcado, ¡sin embargo, hacía tres años que no veía esa cabecera! Se hizo sólo un periódico de tres hojas: *Mundo Obrero. Prisión de Mujeres*

de Ventas, número 1. Se cuidó el formato y el contenido y como una bandera pasó por las manos de todas las comunistas de celda en celda, de galería en galería. El impacto fue colosal y la emoción callada y Marta se convirtió casi en un mito.

La marcha

Los guardias les hicieron apartarse de las ventanillas y sentarse en los bancos de madera de un vagón de tercera. Cuando la locomotora se puso en marcha les aflojaron las esposas y les dejaron ir al retrete. A Leonor le dolían las muñecas y le hormigueaban las manos del peso de los bultos. Había tenido que trasladarlos con una sola mano, de la sala de espera de la estación a los vagones. En este intervalo vieron a sus familias estacionadas en los andenes. Avanzaron hacia ellos pero el sargento les echó hacia atrás, sin dejar que se acercaran a las presas. Se lo pidieron por favor, pero fue inútil. Las presas subieron rápidamente a los vagones y sólo entonces, desde las ventanillas, permitió que se saludasen.

Las familias se afanaban por saber a qué penal las llevaban, pero nada podían decir, las presas estaban tan ignorantes como ellos. Sólo sabían que iban al norte y en el norte se encontraban Saturrarán, Amorebieta, Durango, etc., y no conocían a cuál de ellos iban. Pasarían semanas y seguramente meses, hasta que la familia tuviese noticias de su destino.

Allí en los andenes, quedaron fijos y estáticos mirando al convoy como se alejaba. Leonor agitó la mano despidiéndose de los suyos hasta que la apartaron de la ventanilla. Cuarenta días hacía que la habían conmutado y ahora iba camino del penal a cumplir su condena de treinta años de pena mayor.

Las expedicionarias eran sesenta, la mayoría con condenas de treinta y veinte años. Dos vagones destinaron para ellas, eran bancos de madera corridos en vagones de tercera, no había compartimentos y las entradas estaban guardadas por guardias

civiles.

Leonor iba esposada con una sexagenaria que tenía la cara surcada de arrugas y los ojos cerrados de la fatiga, de los años y el sufrimiento. La mujer iba extenuada, no había podido ayudarle a transportar los bultos y la pobre anciana, haciendo un esfuerzo desesperado los mantuvo con su mano libre. Ahora yacía con la cabeza reclinada en el respaldo de madera con expresión de infinito cansancio.

Les aflojaron las esposas, pero no se las quitaron. Tenían que ir de dos en dos al retrete, y éste quedaba abierto por el fusil que sostenía el guardia.

El tren traqueteaba por las afueras de Madrid. Era un marzo frío y lluvioso y las presas se habían puesto encima todo lo que tenían de abrigo, pero a pesar de ello la humedad y el frío las tenía pálidas y desencajadas. Las sacaron por la mañana temprano de las galerías, aislándolas de la reclusión, no les dieron nada caliente para tomar, sólo un chusco de pan y dos sardinas y hasta las cinco de la tarde no vinieron los camiones a recogerlas. Algunas familias llevaron termos de café caliente a la estación, pero la rigidez de los guardias no permitió que se los diesen. Seguían al pie de la letra las “ordenanzas” y temían más que nada una evasión. El cordón de guardias a veces alcanzaba un número igual al de detenidas, por otra parte estaban acostumbrados a llevar esas cuerdas de presos cada día, por todos los puntos del país; por nada se conmovían, raramente tenían un gesto humano.

En “Ventas” quedaron esperando “Consejo” Mariana y Nica; pendientes de expedición Marta y Pilar... Carmen llevó el mismo camino de Julia, la fusilaron los últimos días de enero del 42. Su resistencia fue callada y tenaz como había sido su vida. Adela decía de ella, que tenía madera de héroe; en el fondo siempre esperó ese fin con una especie de masoquismo, porque ello le daba la razón de la causa que defendía.

La cabeza de la anciana se golpeaba en el respaldo de madera por el vaivén del tren, no abría los ojos y Leonor le tocó en un

brazo diciéndole:

—Abuela Francisca, apóyese en mi hombro.

Apoyó en el hombro de la muchacha su cabeza blanca y gimió.

—¿Qué le pasa? —preguntó Leonor.

—Nada hija, soñaba con mi Francisco —gruesas lágrimas se le escaparon de sus marchitos ojos—. ¿Sabes que me lo mataron, verdad?

—Sí, abuela, sí lo sé, pero ahora trate de descansar.

—¿Quién puede descansar con este frío? Tengo ganas de ir al retrete. —Leonor llamó.

—Guardia, por favor: ¿podemos ir al water?

El guardia se levantó de mala gana y dijo: “Vengan”.

Estaban entumecidas y la abuela se tambaleaba, no le sostenían las piernas en la inestabilidad de la marcha y la mano esposada no le dejaba buscar el equilibrio. Como pudo Leonor le ayudó y entraron juntas en el estrecho lavabo del vagón. El guardia apoyó el fusil en la puerta dejándola medio abierta, entonces la anciana se volvió a él y con voz irritada le dijo:

—¡Vamos!, ¿cómo quiere que me baje las faldas con la puerta abierta?

—¿No temerá que la mire?, ¿verdad, vieja?

—Muchacho: podría ser por eso, por vieja, tu abuela, ¿no te da vergüenza tratarme con esa grosería? —la voz de la anciana estaba preñada de dignidad.

—Si no fuera usted una vieja asquerosa ahora mismo se traga-ba los dientes, ¡llamarme a mí grosero!

Pero aquel barbilampiño, aún no se había endurecido lo bastante y quitando el fusil dejó una pequeña ranura.

Una de las mujeres se dirigió a los guardias: “¿No pueden decirnos dónde nos llevan?”; los guardias se miraron entre sí: “No sabemos, nos relevan a mitad de camino”. Otra presa, dirigiéndose a la que había preguntado, le increpó: “¿Por qué preguntas?, qué más da, para reventar de asco cualquier sitio es bueno”.

—¡Eh, tú!, la lengua corta, no vaya a ser que revientes antes de

llegar. No quiero
una palabra más. ¡Me dais asco los presos!
En la bocamanga llevaba la insignia de sargento.

Segunda Parte

Doce años de prisión

Con un patrón cortado en papel medía un jersey que tricotaba para su hijo. Aún no había llegado a la mitad de la espalda y pensaba que le quedaban muy pocos días y debía terminarlo para su cumpleaños, ¡quince años haría el próximo 20 de febrero! Siempre que había podido para estas fechas le había confeccionado un regalo y era a través de estas prendas como medía su crecimiento y el paso del tiempo por el muchacho. Era alto y fuerte y ya empezada a sombrearle el bigote. Cuando le enviaron estas últimas medidas se asombró del “estirón” que había dado. Le veía dos veces al año y a través de las rejas siempre sombrías de todos los locutorios por los que había pasado, no percibía su transformación con tanta nitidez como por estas prendas.

Se quitó las gafas y limpió los cristales con cuidado; llevaba el pelo recogido y las sienes le clareaban con infinitos cabellos blancos, Leonor pensaba que estaban demasiado blancos para sus treinta y seis años. ¡Treinta y seis años! Llevaba doce en prisión y ya no se acordaba siquiera de cómo era cuando la detuvieron; hacía mucho tiempo que había perdido el brillo de los ojos a los que circundaban pequeñas arrugas, su tez pajiza denotaba que el hígado no funcionaba bien. La juventud pasó; pasó entre rejas de penal en penal, celdas de castigo, hambre, frío y calor intensos en una lucha dura y desesperada por sobrevivir. Era el saldo de doce años de represión directa. No se habían bañado en agua de rosas precisamente, Leonor se asombraba que hubiesen superado esos doce años, años sinietros y calamitosos, que hubiesen logrado sobrevivir. Miles de presos no lo habían logrado, se habían quedado en ese mundo miserable de las prisiones. Su piel, su sangre, sus quejas y su entereza quedaron enterradas en los muros y en las losas de todas las cárceles del país. También recordaba muchas veces, en este penal de castigo, las épocas que en su vida presidaría

habían transcurrido casi en “calma”. Recordaba los tres años del penal de Segovia, entonces Segovia fue el “emporio” de las prisiones, sentada en la silla de enea sus ojos se perdieron en la lejanía del recuerdo. Con frecuencia, para evadirse de esta prisión, la peor del Estado, “Penal de inadaptadas de Guadalajara”, recordaba aquellos tres años.

Cuando levantaron el penal de Amorebieta y las llevaron al de Segovia empezó una nueva vida para ellas y se encontraron con algo que no esperaban.

Todas las presas de la primera “hornada” que arrastraban su condena de cárcel en cárcel, las que habían “aguantado” se reencontraron allí. Habían habilitado el gran penal segoviano para concentrarlas. De nuevo se reunió con Paquita, Josefina, Berta... Amelia y Mary habían muerto en Saturrarán, no pudieron resistir el hambre y el hambre se las comió. Sevi estaba enferma sin poderse levantar, de una extraña dolencia que le había dejado paralítica. A Adela y a Mariana las había encontrado en el penal de Amorebieta y desde entonces no se habían separado.

Encontró a Paquita tuberculosa de vientre y a una Josefina encorvada como si tuviese veinte años más..., todas eran un despojo de lo que fueron, sin embargo la alegría del encuentro las vivificó por unos días, después empezaría de nuevo la monotonía de ver pasar un día tras otro igual, gris, macizo pesado.

En aquellos días no tenían horas suficientes para contarse las calamidades que habían pasado en esos diez años de separación. Todos los relatos se asemejaban en lo fundamental, sin embargo al individualizarse parecía que cada una había sufrido más que las demás. Paquita sufría su tuberculosis por la huelga de hambre de Málaga.

Esta huelga había sido particularmente reprimida y había marcado de una u otra manera a las compañeras que habían participado en ella.

En el penal de Málaga como en todos los penales, empezaron a introducirse las formas “monásticas” en la vida carcelaria. En

este presidio había unas sesenta presas políticas y trataron de presionarles con actos religiosos: “charlas” de las “catequistas”; del cura; “rosarios”; misas interminables, etc., la reclusión política también, como en todos los penales, se resistía a esta presión y luchaba como podía por sus derechos de presos políticos, comenzó con una resistencia pasiva y una negativa rotunda a colaborar sin participar para nada en sus letanías. Esto costaba a las presas en todas las prisiones múltiples castigos y las direcciones de las mismas buscaban constantemente formas de humillación. En Málaga se les presentó la ocasión de humillarlas por la Semana Santa con el “vía crucis”. Las formaron haciéndoles entrar en la iglesia y las obligaron a ponerse de rodillas, en esta posición el cura y la “directora” les dijeron con una sonrisa de triunfo: “Este vía crucis, se hará todo de rodillas”. Esto suponía recorrer la iglesia de cruz en cruz casi durante dos horas de rodillas. No habían terminado de decirlo, cuando las presas se miraron y, sin necesidad de palabras, todas y cada una de ellas sabían lo que tenían que hacer. Antes de que hubiera desaparecido la sonrisa de los labios del cura, ya estaban todas en pie. La “directora” se congestionó, era algo inconcebible que dentro de la iglesia pudiera haber una desobediencia de esa magnitud. Rugiendo más que hablando, gritaba: “¡De rodillas!”, “¡de rodillas ahora mismo!”; las sesenta presas políticas, impávidas ante sus gritos, la miraban a la cara sin moverse. Las guardianas se pusieron al lado del cura y la “directora” formando un grupo amenazante; las presas políticas a su vez, se agruparon como en un bloque. Entre ambas actitudes la reclusión común permanecía de rodillas mirando con los ojos atónitos.

La soberbia del cura y de las guardianas era tal, que gritaban a coro: “¡De rodillas!”, “¡de rodillas!”. Una voz serena pero enérgica salió del grupo de reclusas: “¡Noo!”, fue un no, tan decidido que acalló los gritos histéricos de las “autoridades”, pero cuál no sería su estupor, cuando vieron que no sólo no había forma de doblegar a este grupo de mujeres, sino que a él

se sumaban algunas presas comunes.

No hubo “vía crucis” y sí celdas de castigo. Al día siguiente de estar incomunicadas, declararon la huelga de hambre. Estuvieron sin ingerir ni una gota de agua durante diez días; hasta que ganaron la batalla de no ver más a las “catequistas”, ni acudir al “rosario”.

La dirección fascista, no podía dejar pasar esta actitud sin un castigo ejemplar: las tuvieron incomunicadas en celdas individuales durante tres meses, con la mínima ración de alimento para mantenerlas con vida. Cuando salieron del castigo, todas estaban enfermas; algunas con vómitos de sangre, otras con llagas en las piernas y las más con afecciones de vientre.

Así, enfermas y debilitadas, las enviaron al penal de Segovia.

Una y otra vez contaban este “plante”, se sentían orgullosas de su firmeza, porque a pesar de todo, habían hecho morder el polvo a las “autoridades” de la prisión.

De Valencia, había diez compañeras como castigo a la denuncia que pusieron a la dirección que “gobernaba” aquella cárcel. La cárcel estaba regida por dos hermanas solteras verdaderas “señoras feudales de horca y cuchillo”, que tenían sometida a la reclusión a la más dura vida y que las mataban de hambre.

Desde por la mañana en verano y en invierno, las “echaban” al patio el cual cerraban por fuera y ya no podían salir de él ni para las necesidades más perentorias. Si una reclusa se ponía enferma, incluso con fiebre, se tenía que tirar en un rincón del patio hasta que les abrían por la noche. Con calor tórrido o lloviendo, la reclusión estaba a la intemperie, por lo que casi todas las presas se encontraban enfermas y agotadas. Unido a esto, estaba la casi total falta de alimentación, las “hermanas” practicaban el más escandaloso robo. A pesar de las protestas de las presas llevaban años sin cambiar de sistema. Mientras las presas morían de inanición, las “regidoras”, se habían enriquecido, hasta el extremo de comprar fincas enteras en Valencia. Se mofaban de las protestas, aquello era su “feudo” y estaban bien protegidas en las “alturas”.

La situación llegó a un extremo tal de gravedad que se temía que no saliese ninguna mujer viva de allí. Todo lo habían ensayado contra la rapiña y la dureza de “las hermanas”, pero se estrellaban contra un muro de granito.

Decidieron que tres de las reclusas políticas apareciesen como “renegadas” para tratar de ganarse la confianza de las “regidoras” y que las llevasen a trabajar en las oficinas; las compañeras lo hicieron tan bien que las “feudales” cayeron en la trampa. Al poco tiempo de estar en las oficinas, tenían ya una cantidad de datos incontrovertibles de los robos de estas dos mujeres. Fueron acumulando pruebas y guardándolas hasta esperar la salida de alguna presa política. Cuando ésta se produjo la compañera que se iba sacó los datos en la vagina e hizo ya en libertad copias que se presentaron a todos los departamentos, ¡echados por correo! afectos a prisiones, para ver si entre todos alguno daba resultado.

No se esperaba demasiado de este procedimiento, ya que los de “arriba” y los de “abajo” vivían en perfecta armonía cuando se trataba de imponer la “ley”; en cambio sí estaba previsto el castigo durísimo que sufrirían las compañeras de oficina si este intento fallaba, por lo que desde la salida de la “mensajera” vivían días de ansiedad.

Habían pasado ya más de quince desde la denuncia y no tenían ninguna noticia sumiéndolas en la incertidumbre; pensaban que, como otros tantos intentos, aquel tampoco serviría de nada. Ya estaban preparándose para los castigos que se les avecinaban, cuando a los diecisiete días les hicieron formar para una “inspección”, inmediatamente pensaron que esta “inspección” podía ser el resultado de la denuncia y como todo en la cárcel se volvía contra ellas, por un momento tuvieron miedo.

Sin embargo, la cara de terror de las “hermanas”, disipó su propio temor. Esta vez les habían cogido con las manos en la masa, confiadas durante años, estaban desprevenidas y sus caras mortalmente pálidas les delataban.

De las muchas denuncias, sólo una había surtido efecto y esta

fue por carambola; cayó en manos de alguien que tenía rencillas personales con las “regidoras” y supo aprovecharlo. Fueron destituidas de sus cargos en la prisión y se suavizó un tanto el régimen de la cárcel; ¡pero no podía faltar el castigo!, ¿cómo no sancionar el atrevimiento de las reclusas por denunciar a sus superiores?

Diez compañeras fueron castigadas en celdas de aislamiento y posteriormente llevadas al penal de Segovia, punto alejado de su lugar de origen.

Así mismo, se hablaba de compañeras ausentes de este gran penal, perdidas en cárceles de provincias, aisladas, solas, llevadas allí como castigo por rebelarse ante un hecho o por sorprenderlas con un trozo de periódico de la calle...

Adela, Mariana y Leonor, escuchaban todos los relatos que se desbordaban en el contar; la misma temática regía en aquel sarpullido de presidios, todos estaban alimentados por el mismo caldo de cultivo: hambre, robo y represión.

“Operación risco”

Sin embargo, también se contaban los logros. A pesar del hambre y la represión, había habido un denominador común en todas las presas políticas y una constante mantenida a través de esos largos años: la voluntad de sobrevivir. Pero de sobrevivir con dignidad, lo que creó un espíritu de resistencia sabiendo que sólo podía contarse con las propias fuerzas y la de sus hermanas de cautiverio.

Las mujeres se hicieron duras, y una voluntad de hierro las mantenía unidas, sin distinción de etiquetas cuando se trataba de enfrentarse a los abusos de las direcciones de los penales. No importaba el mayor o menor número de presas políticas, por donde pasaban mantenían una posición de resistencia y dignidad, una especie de cordón umbilical las unía de cárcel a cárcel y cada protesta y cada lucha traspasaba los muros de las

prisiones, las protagonistas sabían que pronto su acción sería comentada y saludada por sus hermanas presas en otras cárceles. En cada penal se luchaba como se podía por ir conquistando al menos el derecho de ser tratadas como personas. Así la organización de las presas al correr de los años consiguió un alto grado de consolidación y continuidad, que no podían romper ni las formas más represivas de los directores más tiranos. No sólo se resistía, sino que se crearon múltiples vehículos por donde recibir el oxígeno del exterior.

Ya por los años 44-45 se recibían de vez en cuando “informes” elaborados por las mismas familias o amigos. Los “informes” consistían en pasar las noticias más importantes de los Boletines de la “BBC”, en ellos siempre avanzaban los aliados, las familias jamás transmitían derrotas, por lo que cada nota era una inyección de optimismo; pero no sólo informaban de aquella lucha lejana allá en Europa, los “informes” eran mucho más vibrantes y cálidos cuando les hablaban de algo mucho más cercano y entrañable para las presas: ¡las guerrillas!

Los guerrilleros eran algo mítico para las mujeres encarceladas, confiaban que por ellos y los aliados, su cautiverio no se prolongaría por mucho tiempo, por ello cada victoria aliada o cada acción guerrillera era festejada como preludio de libertad. Fueron días casi de delirio, aquellos de mayo del 45. ¡Se había derrotado al fascismo en Europa! Las fuerzas democráticas avanzaban victoriosas en París, sobre Berlín, Roma, ¡pronto le tocaría a Madrid! ¡Franco tenía los días contados!, no podía quedar España fascista como un islote en medio de una Europa democrática. No podía repetirse la historia de la Sociedad de Naciones, ahora Europa entera sabía lo que era el fascismo, lo había sufrido en su propia carne, no podían olvidar al pueblo español y tampoco que Franco había sido una base de sustentación de Hitler y Mussolini..., el triunfo de los aliados, sin duda alguna, traía su libertad...

¡Pobres presas!, ¡que poco entendían de “alta política”!, su gran idealismo no entendía más que de honestidad y de solida-

ridad humana, frases huecas para los nuevos detentadores del Poder. Se terminó la guerra, los partes bélicos de la “BBC”, pero no se abrieron los portalones macizos de las prisiones. Franco, con su poder inamovible, seguía cubriendo con su sombra siniestra toda la geografía del país y el islote fascista, siguió meciéndose en sus oscuras aguas.

A algo había que aferrarse y como una tabla de salvación ahí estaba la guerrilla. Ahora ya sólo de ellos podía llegar la liberación. ¿Quién sino ellos podían hacerlo?, el pueblo estaba amordazado y maniatado, el miedo le acogotaba, no tenían organizaciones obreras y a quien osaba levantar un dedo le cortaban hasta el codo. Sólo los núcleos armados del monte..., así pues, era a ellos a quien había que ayudar.

Por insólito que parezca, de las cárceles de mujeres salió ayuda no sólo moral, sino material para las guerrillas.

Prendas de vestir, guantes y calcetines, salían de las prisiones de mujeres para aquella guerrilla “salvadora”.

Las presas sentían una íntima necesidad de prestar ayuda directa y efectiva a los hombres de las montañas y comenzaron a madurar la posibilidad de hacerlo cuando tuvieron en sus manos piezas de tela, hilo y unas máquinas a su disposición. Tenían los materiales, ahora dependía de que esos materiales, puestos cada mañana en sus manos, pasasen a ser de su “propiedad”. Y así fue. Por obra y gracia de un puñado de compañeras: la tercera parte de las prendas confeccionadas en los talleres penitenciarios de “Ventas”, no iban a Intendencia Militar, sino a los desarraigados guerrilleros.

¿Cómo fue posible que se burlase a toda la dirección de la prisión con controles tan estrechos como ejercían en los talleres y en la salida de paquetes?

La “operación risco” se componía de tres fases: cortar, confeccionar y sacar las prendas al exterior.

En la primera fase, la monja encargada del taller estaba presente cuando la reclusa cortadora cortaba la primera prenda de la gran pieza, por una sencilla multiplicación sabía las prendas

que habían de sacar de aquella pieza de equis metros; la segunda fase era controlar el tiempo que tardaba la máquina en confeccionar dicha prenda, aunque la labor era a destajo, no se podía sacar menos de lo calculado para ocho horas de trabajo. El control era riguroso cada mañana y con cada prenda (saharianas, pantalones, camisas, etc.); pues bien, como por arte de magia, las cortadoras, poniendo las piezas de tela de forma distinta, sacaban tres prendas, de donde debían salir dos y las máquinas confeccionaban tres en el tiempo de dos. Escamotear las prendas a la hora de la entrega de la labor era otra pericia, y sacarla al exterior rayaba en el heroísmo. Este heroísmo se debía a las paqueteras; sólo ellas sabían del medio que se valían para franquear la maciza puerta o los muros guardados no solamente por sus grandes cerrojos, sino vigilados por fusiles y ojos hostiles a la vida que discurría dentro.

Pero la realidad era que la audacia, la inteligencia y el heroísmo de ese grupo de compañeras, hacía posible que, tres veces por semana, se repitiese la hazaña. El conjunto de compañeras que participaban en la “operación risco” pasaban horas mortales hasta que la contraseña de “sin novedad” se hacía visible.

Las compañeras que cada día se arriesgaban, sabían que sí fallaba alguno de los eslabones el castigo sería draconiano; la arrogante dirección de la prisión descargaría sobre ellas toda su furia, burlarles en su sacrosanto recinto y ser burlados por aquella especie de “insectos”, no tendría perdón ni misericordia.

De otros muchos penales y a pesar del hambre, las presas pedían a sus familiares que rebajasen la ayuda en comida y les enviasen madejas de lana y en el tricotar de guantes y calcetines para que los enviasen a “los del monte”, las reclusas se sentían parte integrante y directa de esa lucha desigual, pero heroica, que se mantenía en las montañas del país. A su solidaridad se mezclaba una gran dosis de romanticismo y esperanza. Las mujeres creaban y esto les imprimía una gran confianza en ellas mismas, en sus propias facultades, no solamente estaban

sobreviviendo, sino venciendo en muchos casos al medio destructor que las envolvía.

Aquel era un mundo de mujeres y eran ellas quienes daban soluciones, en esos largos años; sin ni siquiera ponérselo en cuestión rompieron con el mito de su pasividad. Sus grandes dotes organizadoras se revelaron en múltiples facetas, y por vez primera en aquel mundo encerrado, fueron dueñas de sus decisiones y desarrollaron su inteligencia para dominar aquel mundo infrahumano, haciéndose más fuertes que él.

Se les burlaba en su propio terreno y con sus propios medios. Cientos de presas fueron puestas en libertad en todos los penales, en virtud de la osadía y la pericia de las compañeras que prestaban sus servicios en las oficinas de régimen de los penales y que escamoteaban los malos informes o los falsificaban por buenos, robando así años de libertad para muchas mujeres, que la guardia civil o falange habían “decretado” por medio de esos informes, que aún debían permanecer en prisión unos cuantos años más.

Era una lucha sorda y callada en la que vencían las presas. Dominaron hasta el hambre a base de ingenio; campesinas y mujeres del pueblo que a lo largo de sus vidas no habían hecho otra cosa que repetir faenas monótonas y groseras, transmitidas de generación en generación, en las cárceles dieron rienda suelta a su imaginación y se convirtieron en verdaderas artistas. Artesanas de miniaturas de madera, de hueso, tela e hilo; repujadoras en cuero; pintoras; encuadernadoras; poetisas..., un caudal de ingenio y habilidad para ahuyentar el hambre por unas monedas.

Estos eran los logros de los que se sentían orgullosas. Allí estaban laceradas por los castigos y el hambre, pero habiendo roto con los mitos de su incapacidad creadora, de su falta de inteligencia e iniciativa para dirigirse por sí mismas. En ese mundo de mujeres se rompió con el mito de las “lágrimas femeninas”; con el de la indecisión; con su papel pasivo. Se lloraba poco. Todas eran protagonistas de sus decisiones y accio-

nes, dándoles una nueva dimensión de su valía.

Se pasaron los días de euforia en el contar y Leonor conoció a nuevas compañeras; a esas otras que no eran de la primera “hornada”. Aquellas incorporadas a la lucha clandestina de los últimos años, que conocían mejor que ellas lo que suponía luchar en las montañas con las guerrillas o colaborar con ellas.

El movimiento guerrillero en España estaba en plena efervescencia en aquellos años del 44-48, la mayor parte de las provincias y regiones del país conocía a grupos de guerrilleros en sus montañas. La guerrilla se extendía de norte a sur y las cárceles estaban pobladas de hombres y mujeres que habían ayudado o colaborado de alguna manera con los hombres que trataban de hostigar al fascismo desde sus atalayas. La represión contra los colaborados de la guerrilla era particularmente sangrienta y feroz. También había mujeres guerrilleras que habían sido capturadas en combate o en emboscadas. Más de diez mil campesinos habían sido detenidos en esos años por ayudar de una u otra forma a la lucha guerrillera.

Allí estaba Carmen, erguida y esbelta, con sus sesenta años a las espaldas. Sus ojos hundidos de mirar serio, parecían siempre perdidos en la lejanía de sus montañas gallegas. Carmen era una guerrillera gallega. Viuda con dos hijos, los tres trabajaban el trozo de tierra heredado de generación en generación y amasado con las manos de todos los suyos. Tenían ese trozo de tierra y una casa en la ladera de la montaña. Casa y tierra fue puesta a disposición de la guerrilla y Carmen y sus hijos se convirtieron en lo más importante de aquel sector para los “hombres del monte”. Desde la casa se cavó un túnel que se metía en la montaña, y durante dos años madre e hijos trabajaban la tierra por el día, y de noche, desde el túnel como los topos, pasaban alimentos, medicamentos, prensa, etc., y también algún huido para el que su último refugio era el monte. A los dos años fueron descubiertos y una madrugada rodearon la casa y, sin previo aviso, la prendieron fuego. La guardia civil no conocía la existencia del túnel y esa fue su salvación, esca-

paron por él los tres y se incorporaron a la guerrilla. Otros dos largos años, por riscos y montañas evitando los caminos y salvando las emboscadas, hasta que un día cayeron en una. Carmen bajó como estaba convenido a por los alimentos a la cueva del pastor de aquella aldea perdida. Lo venían haciendo sin tropiezos desde hacía meses, esta vez le acompañaba su hijo mayor y otro compañero, el aviso anunciaba abundante cantidad de comida y ella no podría sola con todo. Llegaron a la cueva del pastor, la contraseña estaba visible y Carmen se adelantó, al entrar por la boca de la cueva dos fusiles la ciñeron los costados y sólo tuvo tiempo de dar un grito de aviso, pero en ese momento sintió una descarga y supo a quién iba dirigida. Todo fue rápido y terrible, la empujaron hacia afuera y a menos de dos metros vio los cuerpos de los dos muchachos boca abajo, toda la descarga de fusilería les había entrado por la espalda, el día anterior habían matado al pastor y aún no le habían sacado de la cueva. Carmen sufrió torturas pero su boca testaruda no se abrió. Los ojos hundidos y la boca apretada daban un aspecto a su cara de piedra esculpida, no le reían jamás ni los ojos ni la boca, siempre parecía mirar a la lejanía, sólo cuando hablaba de sus andanzas guerrilleras, el azul de sus ojos se hacía fuerte y apasionado.

Era conmutada de pena de muerte. Tenía 30 años de condena. Las hermanas Marín, eran tres de 18, 20 y 23 años. De las guerrillas de Valencia habían pasado a Extremadura y las cogieron en la Zona Centro.

Se incorporaron a la guerrilla con su padre y un hermanillo de 16 años; la historia era la misma, descubierta su colaboración tuvieron que huir. Tres años saltando como saltamontes de un monte a otro, en uno de ellos mataron a su padre, en una cañada a su hermano le machacaron la cabeza saltándole la masa encefálica. Ellas participaron en muchas escaramuzas, las tres eran diestras con las pistolas, pero... las cogieron desarmadas. Bajaron de la montaña al llano para hacer unas misiones y sin querer se metieron en la boca del lobo. El enlace había sido

detenido y de esa punta salió el ovillo. Se mantuvieron firmes y negaron su estancia en la guerrilla y fueron “solamente” condenadas a 20 años.

...Y Mary, que recibió un balazo en el vientre al interponerse entre la policía y la puerta de entrada donde estaba el jefe de la guerrilla de aquella zona. El balazo lo recibió ella y el hijo que llevaba en el vientre, pero el “jefe” huyó.

Lucía, la leonesa que vio bajar a su marido y hermano entre la fuerza antiguerrillera y delante de ella les cortaron las manos con un machete y después les fusilaron a la sombra de un roble en la puerta de su casa. Su delito había sido dejar dos sacos de comida en un refugio guerrillero. Lucía se trasladó de pueblo y por espacio de más de dos años no sólo ayudó a los “del monte”, sino que organizó toda una red de colaboradores, todas las horas de su vida las dedicó a la lucha activa. Ella suplió multiplicado por cuatro, el esfuerzo de su marido y hermano.

Y Leo, como las demás, quedó espantada cuando le presentaron a Milagros. Sólo tenía limpios los ojos en una cara retorcida como cosida a pliegues, el fuego había borrado sus rasgos humanos para crear esa carátula, no tenía boca ni casi mejillas, porque el fuego se las comió. La casa de Milagros servía de “depósito”, ella había contraído la responsabilidad de salvar lo que allí se guardaba. En los años 45-47, se comenzó a crear una elemental infraestructura de guerrilla del llano, que tenía como función fundamental ayudar a la guerrilla del monte, proporcionándoles comida, armas, dinamita, etc., así mismo para pasarles la gente perseguida en las ciudades. Raramente se conseguían armas, por ello eran defendidas con la vida. La dinamita y los fulminantes no adquirirían ese valor, porque eran proporcionados por los presos de los batallones de trabajadores que trabajaban en las canteras y podían sustraer cada día una pequeña cantidad que guardaban, al cabo de ocho días se sacaba en las bolsas de la ropa sucia, sobre las que no había un riguroso control. Milagros iba cada semana a los batallones de trabajadores y, en bolsas de lona, transportaba en los coches de

línea la dinamita, que entregaba sin llevarla a su casa, pero en su casa sí guardaba de vez en cuando alguna pistola. Tenía dos aquel día que se declaró un fuego fortuito, sin dudarlo entró por entre las llamas para salvarlas y las salvó a costa de aquel terrible precio.

Al salir del hospital volvió a incorporarse al trabajo clandestino y fue detenida en el 46. Quien la entregó dio como dato su cara inconfundible.

Pero no sólo las cárceles se repoblaban constantemente por la lucha guerrillera; también había mujeres por su participación en la lucha clandestina de las ciudades. La lucha clandestina de los años 40 estaba constreñida a grupos totalmente minoritarios, voluntaristas y heroicos, desligados de las masas y por tanto vulnerables a los golpes de la policía. Estos golpes eran sistemáticos, lo que hacía que ninguna organización se consolidase por mucho tiempo, por consiguiente las formas eran artesanales y primarias. Cada seis meses había que empezar de nuevo, hubo momentos que la prensa clandestina se imprimió con letras de imprentilla y tampón: imprimir y repartir prensa clandestina, organizar grupos de solidaridad con los presos y perseguidos, esconder antifascistas, recibir una carta del extranjero, leer boletines de la “BBC”, participar en reuniones clandestinas, etc. Eran delitos por los que se jugaban la vida o condenas de treinta años quienes participaban en ellos, aparte de las torturas de las que ninguno se libraba. La represión seguía tan virulenta como en los años 39-41; pues, a pesar de ello, en todas las caídas había un puñado de mujeres, que demostraban, por lo general, ser al menos tan valerosas como los hombres.

El penal de Segovia desbordaba, en él estaba reunidos por su gran número lo mejor y más combativo de las mujeres prisioneras del país, por paradoja la dirección de este penal, que aglutinaba a estas presas pasadas por el cedazo, no era tan dura como las direcciones de los penales y las cárceles de donde provenían. Se decía que su director estaba tachado de “izquier-

dista” y de hecho allí se respiraba un ambiente de cierto “liberalismo”.

Grandes salas soleadas, patios amplios de tapias bajas que dejaban entrar el aire de las eras que rodeaban el penal, régimen de seis horas de patio, hacía que la reclusión se sintiera casi “cómoda” después de las penalidades pasadas. Venidas de todo el Estado donde los penales eran una pesadilla “Segovia” era un emporio.

Se estudiaba, había un cuadro artístico por el cual se redimía; cocina de economato donde se podía guisar los propios alimentos; correspondencia en carta y más tiempo de visita con los familiares, incluso se podía protestar, sin sufrir castigos de aislamiento, del trato vejatorio de las funcionarías. El régimen de mayor libertad, permitía una vida política intensa, todas las organizaciones funcionaban a “tope”; existía un Comité Unitario, donde se tomaban la mayoría de los acuerdos para la vida colectiva de la prisión.

Había más..., la relación con el penal de Burgos donde también estaban reunidos la mayor parte de los presos políticos y que era como algo mítico para las mujeres, se había hecho casi estable; decididamente, a pesar de las goteras en las salas, del frío de muchos grados bajo cero, del robo en el economato y de la mala comida, Segovia era el mejor penal por donde habían pasado.

Hasta que bruscamente ese “emporio” desapareció; como una maldición se recordaba la visita de aquella chilena, periodista dijeron que era.

Las formaron para una “visita”, haciéndoles ponerse el uniforme más limpio y en formación correcta. Toda la plana mayor de la Dirección General de Prisiones encabezaba la visita, entre ellos iba la célebre directora de la “Prisión de Madres Lactantes”, “la Topete”, y aquella chilena. El director del penal enseñaba a las presas como parte de una colección particular, explicando las características de alguna de las reclusas su tono paternalista dio paso a la “periodista” para que se dirigiera a la

formación de las presas también en tono protector y empezó diciendo que “efectivamente, estaba impresionada por el trato inteligente y humanitario que recibían los presos españoles, no sólo en las prisiones, sino España en general era un oasis en medio de las turbulencias del mundo...”, y cuando se dirigió concretamente a preguntar a una reclusa, ésta le contestó y aprovechó el minuto que le dejaron hablar para demostrar a lo vivo lo que era aquel “oasis”... El estupor paralizó por unos momentos a todos aquellos “jerarcas”, Leonor recordaba sus ojos de asombro ante tal osadía. Cuando reaccionaron hicieron callar a la reclusa y, enseguida que se marchó la visita, la metieron en una celda de castigo. Aquella noche toda la reclusión política declaró la huelga de hambre en solidaridad con su compañera, cuando les fueron a sacar de las salas para internarlas en celdas de aislamiento las presas se negaron a salir. Entonces aquel “izquierdista” hizo algo nuevo en la historia de las prisiones de mujeres..., mandó entrar a la guardia y entraron al asalto, con porras, las presas fueron metidas en celdas de castigo a golpes, chorreando sangre, arrastradas por los pelos. Un año duró el aislamiento de las que consideraban cabecillas y seis meses el del resto de la reclusión política. Perdieron condicionales, beneficios de redención de penas por el trabajo, visitas, correspondencia, todo. Siete días duró la huelga de hambre, les daban de beber agua sucia de los lavaderos, una vez que ésta terminó. Las funcionarías entraron a saco en sus cosas personales y no les quedó ni un calcetín, ni un trozo de jabón ni nada de lo poco que poseían. Durante los siete días de huelga no se les permitió petates, estaban en pleno enero, en un penal donde el frío era tan intenso que, durante seis meses estaban los patios con escarcha, nieve y hielo, donde el agua de los lavaderos cubríase con una capa de hielo que había que romper con maza, donde se solidificaba la tinta en los tinteros y las presas tenían que pasarse el día saltando para evitar que se les helasen los pies, estar siete días sin petates en la humedad de aquellas celdas enfermó a un gran número de reclusas

de pulmonía y a casi todas de bronquitis.

La represión fue satánica y con ella se cerró el capítulo de “liberalismo”.

Las funcionarias tuvieron de nuevo carta blanca y la usaron sin medida, “la Sacristán” que estaba en la plantilla de Segovia por entonces, hacía jornadas intensivas para desquitarse de los dos años que no había podido pisotearlas a su antojo.

Y aquella otra, “la Gregoria”, que en bolsas de lona se llevó las prendas interiores, las sábanas y todo lo aprovechable de las castigadas para venderlo en la calle como vulgar “ratera” y todas las demás que estaban en un elemento ensañándose con las presas, practicando su papel de guardianas medievales.

Después..., la creación del penal de castigo, clasificación y traslado a 14 presas políticas, entre ellas Mariana, Adela y ella, el resto, hasta 34 que compuso la primera expedición, eran presas comunes que las llevaban allí como “inadaptadas”.

Leonor, con los ojos medio cerrados, recordaba la despedida clamorosa de Segovia. La solidaridad y el calor de esos cientos de compañeras que quedaban allí y que sabían que ellas iban a un penal de castigo. Y ahora, después de un año, pensaba que ni remotamente vislumbraron todo el horror de esta prisión. Sólo a catorce les había tocado la desgracia de vivirlo. Entraron allí jadeantes, fueron andando y esposadas con los fardos a cuestas los tres kilómetros que distaba la estación del penal y aquí estaban, en la peor prisión de aquel sarpullido de prisiones. En una prisión de castigo, donde todo era brutal, “Penal de Castigo de Guadalajara”, penal que con su solo nombre hacía temblar a la mayoría de las presas de los otros penales y cárceles. Amenaza para cada una. Todo había sido cuidadosamente seleccionado para atemorizar. La plantilla que regía la prisión estaba compuesta por funcionarias que habían pasado por los penales dejando una estela de malos tratos y recuerdos amargos, ¡cómo no!, allí estaba “la Sacristán”, ese era su sitio, un penal de castigo donde todo estaba permitido.

En esta prisión se podían ensañar, aplicar todos los métodos de

sometimiento, eran “inadaptadas” y había que someterlas. Escasa reclusión y medidas en un edificio que por sí solo era ya una tortura; pequeño, sombrío, con una franja descubierta que llamaban patio, pero que no era más que una tira de tierra estrecha y sin sol. Celdas de castigo que rezumaban agua y con ratas tan grandes como conejos como única compañía. Pequeñas habitaciones, con siete literas para catorce mujeres, sin ninguna ventilación, con retretes atascados saliendo las materias fecales en medio de la habitación, porque se reventaban las viejas cañerías y tardaban meses en arreglarlas, lo que hacía de aquellos lugares hediondos e irrespirables. Lavaderos sin luz, enfermería sin medicamentos, y cocina con alimentos podridos.

Sólo constaba de la planta baja, donde estaban los calabozos de castigo y las dos salas infectas al fondo y un primer piso rodeado de celdas. Todo era gris, sombrío y rezumante. Allí habían llevado mujeres para cumplir condenas de 30 años. Las catorce políticas ocupaban las celdas en régimen celular individual, 22 horas de celda por 2 de patio. ¡Para eso eran inadaptadas!

La campanilla, pequeña y de viático, sonó para la formación de la comida, despertando a Leonor de sus recuerdos. De un cajón de madera que tenía debajo de la cama, sacó el plato y esperó a que abriesen la celda. Cogían el rancho formadas en el rastrillo y lo comían encerradas en las celdas. Una común ayudaba a la funcionaría a abrir los cerrojos. Adela ocupaba la celda de al lado y Mariana la de enfrente; ella formaba con Adela, cuando salió ya estaba esperándola y, cuando estuvo a su lado, le dijo en voz baja:

—Tienes tarjeta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Leo.

—Me han llamado al despacho y la he visto encima de la mesa.

—¿Para qué te han llamado?

—Para denegarme la “redención” de Segovia.

—Lo siento. ¿De quién es la tarjeta?

—Creo que de tu hermana Laura.

En el rastrillo se encontraron con Mariana. Esta llevaba dos envoltorios en la mano. Se dirigió a la funcionaría y le pidió:

—¿Puedo dar esto a Adela y Leonor?

—¿Qué es?

—Dos bocadillos del paquete que he recibido hoy.

—Enséñemelos.

Mariana le mostró dos barras de pan con tortilla y pescado dentro:

—Déselos.

Los tomaron sonrientes y Mariana con un guiño les dijo: “¡que aproveche!”. “Igualmente”, contestaron.

Leo dejó el rancho encima de la cama y lo revolvió con la cuchara; como siempre esos puntitos negros que se mantenían a flote en el agua, eran los bichos de las almortas. Hoy no lo comería, tenía comida de casa. El rancho, con gran placer, lo tiró al retrete. Se puso una servilleta en las rodillas y abrió el bocadillo. “¡Qué olor delicioso!”: la tortilla, amarilla y jugosa, y el trozo de pescado tan doradito... Las glándulas salivares de Leonor, se dilataron. Lo comió con apetito y de postre tomó una pastilla de chocolate. Todo cuanto recibían de sus familiares lo repartían entre las tres; eran su “comuna”, las otras compañeras también estaban organizadas en “comunidades” de a tres. La menos atendida era Adela, pero a Mariana y a Leonor les enviaban los suyos un paquete de comida semanal. No todo llegaba a sus manos, buena parte quedaba entre las uñas de las “cacheadoras”, pero gracias al esfuerzo de los de afuera, no pasaban el hambre de los primeros años.

Leonor recomenzó el trabajo en el jersey de su hijo devorándole la impaciencia por la entrega del correo. Una ansiedad que no lograba dominar la embargaba constantemente. Siempre temía “algo”. Tantos años de desgracia hacía que presintiera las malas noticias y vivía con el temor, un poco enfermizo, de

males inevitables. Su hermana Laura iba a tener su segundo hijo. Con el primero tuvo dificultades y, desde que se encontraba embarazada, nuevamente Leonor tenía pesadillas y presentimientos inquietantes. Su madre, también muy enferma, la hacía vivir atormentada. En la correspondencia que enviaba a los suyos les apremiaba y reclamaba noticias regularmente y si alguna fallaba la obsesión de “¿qué habrá pasado?”, la privada de toda actividad.

En la familia de Leonor ya había aparecido una generación nueva. Sus dos hermanas se habían casado y habían traído al mundo nuevas vidas, vidas que ellas habían formado y que ahora eran el centro de su existencia. Se casaron y vinieron a las rejas a presentar a sus maridos y después a sus hijos envueltos en sus primeras mantillas. Conoció, así mismo, a la novia de su hermano Joaquín y así Leonor seguía el curso de la vida. Su hermano Andrés tenía grandes “proyectos”. Su hijo adolescente empezaba a “gallear”. Sólo su madre se había estancado en una angustia de años. Un álbum, repleto de fotografías colocadas por fechas y que a Leonor se le antojaban con nervio y sangre, como la existencia que encerraban, hacía que Leo viviese la vida a saltos: Laura del brazo de su marido, 1946..., los primeros pantalones largos de su hijo, 1951..., los niños de Alicia con sus mismos ojos y sólo con un año de diferencia, 1950-51..., y su madre, en un viaje a Saturrarán con la cesta de la comida en la mano y gesto indefinible. Allí estaban sus hermanos con un grupo de amigos o solos. En la soledad de su celda ella repasaba las hojas de este álbum y se fijaba tanto en cada rasgo de sus caras que parecía que le hablasen. Le gustaban las primeras hojas, donde estaban de niños, como les dejó, los sentía más suyos. Tenía muy pocas fotografías de aquella época y en todas ellas estaban delgaditos y casi haraposos, pero de vez en cuando, su madre se gastaba unas pesetas para que ella pudiera verles y tenerles en cartulina. Era la época heroica, en la que ganar un día de vida, significaba un esfuerzo sobrehumano. La época del hambre rabiosa, del “pio-

jo verde” y del frío. Y las cartillas de racionamiento. Sus hermanos, llenos de parásitos y pupas de avitaminosis, pusieron tesón en vivir y sobrevivieron, y le gustaba mirar sus ojos decididos en sus caras famélicas, porque aquellos niños tesoneros hoy se habían convertido en hombres y mujeres de carácter recio.

Hacia años que ya no vivían en Madrid, se trasladaron a Valencia al lado de unos familiares y allí habían organizado su vida. Venían dos veces al año a verla; una en verano y otra en invierno, esta visita la hacían coincidir con el aniversario del fusilamiento de Emilio y, ese día, llenaban su tumba de claveles rojos.

Estas visitas eran para Leonor una felicidad y un tormento. Durante semanas su familia le anunciaba la fecha de su llegada y ella contaba las horas, con miedo de todo: al imprevisto que estropease el viaje, a los accidentes de cualquier tipo; al “humor” del director; a un posible castigo. Repasaba las “guardias” para saber a cuál de ellas le correspondería vigilar la visita y sufría de angustia si era de las peores. Sabía que ello suponía unos escasos minutos de comunicación, sin darles casi tiempo para verse, después de tan largo viaje. Ilusión y sufrimiento, miedo y esperanza y un vacío inmenso, cuando les veía marchar para otros seis meses. Doce años, y no había podido dominar la ansiedad, ante cada visita de los suyos. El día de visita se trataba ahora, igual que en los primeros años, de esconder el gesto vigilante que les acompañaba siempre y borrar el rictus amargo de la boca. Salía a las rejas del locutorio preocupada porque no se fueran más tristes de lo que habían venido. También ellos disimulaban y hablaban deprisa y se despedían invariablemente con la esperanza de tenerla el próximo año con ellos. Y así, un año tras otro.

La parte superior de las celdas, tenía un enrejado de unos cuarenta centímetros de alto por cincuenta de ancho. Subiéndose

al borde de la litera se alcanzaba a ver la galería de enfrente y la planta baja. A este enrejado le llamaban las reclusas “montante”, Leonor sintió un ruido extraño y se encaramó a él. Cuando se asomó, vio en los barrotes de su celda a Mariana, que también miraba hacia abajo con gesto de extrañeza. Desde el lado de Leonor se veían la fila de las celdas de castigo y de esa parte llegaba el ruido que le había hecho asomarse. Miró hacia allí y vio a una reclusa común, al lado la guardiana abriendo dos celdas de castigo. Debajo de ella, y dando la cara a Mariana, se sentían gritos. Los gritos empezaron a resonar con más fuerza y en todos los barrotes de las celdas aparecieron las cabezas de sus ocupantes. Tres funcionarias se habían reunido en el lado de donde partían los gritos. Leonor miró cómo arrastraban a una mujer de los brazos y el pelo, para meterla en la celda ya abierta.

La mujer se resistía a entrar, gritaba desesperadamente, al mismo tiempo que se agarraba a las piernas de las guardianas. Simultáneamente, a la otra la metían a empujones, cerrando la celda de un portazo. Eran dos comunes, la que se resistía ladrona habitual, hacía pocos días que la habían trasladado de otra prisión y padecía un fibroma en el vientre teniendo éste enormemente abultado.

Mariana, pregunto alto: “¿Qué pasa Leo?”.

Una de las guardianas que estaba tratando de reducir a la común, dio una palmada y gritó: “¡Quítense inmediatamente todas de los montantes!, ¡abajo!”.

Pero de todo el lado que estaban viendo lo que hacían con la mujer surgió una protesta: “la Sacristán”, “la Rompehuesos”, se subió encima del vientre de la mujer enferma y empezó a patearla. Adela y Leonor y todas las de su fila, a las que inmediatamente se unieron las de enfrente empezaron a gritar, y un ¡aaah!, ¡aaah!, ululante, atronador, invadió todo el penal.

“La Rompehuesos”, cada vez más furiosa, seguía maltratando a la presa, las otras guardianas no sabían hacia dónde imponer silencio desconcertadas por el griterío de la reclusión. No se

oían sus voces amenazadoras, gesticulaban con los brazos dirigiéndose a las celdas, pero nadie les prestaba atención, fijas en la presa que estaba siendo pisoteada. De pronto se abrió la puerta del rastrillo y entraron dos funcionarios de la “Jefe de Servicios”; ésta logró apartar a “la rompehuesos” que parecía un animal babeante; los hombres metieron a la presa en la celda de castigo y las guardianas, acompañadas de ellos, subieron por las celdas haciendo bajar a las reclusas de los montantes.

En medio del tumulto, las presas políticas sabían que, detrás de eso, vendría un castigo ejemplar y riguroso sobre ellas.

Abrieron la celda y Leonor bajó de un salto para no caer de bruces; con los ojos fuera de las órbitas, la “Jefe de Servicios” y las guardianas le gritaron: “¡Ahora va a saber lo que es bueno!, ¡os aseguro que vais a tener motivos para gritar! ¡Fuera el petate, la comida, la labor!, ¡todo fuera!”.

En mitad de la galería estaban los petates que habían sacado ya de otras celdas. No le dio tiempo a nada, cuando se quiso dar cuenta, tenía ya la celda vacía. Había pasado todo en unos minutos y aún no sabían por qué habían castigado a las dos mujeres.

Leonor dio con los nudillos en la pared para llamar la atención de Adela, quien la respondió inmediatamente. Un ruido sordo retumbó en los pasillos, Mariana volteó su petate que cayó por encima de la barandilla yéndose a estrellar contra las losas de cemento del rastrillo. Fue un movimiento impulsivo que las funcionarias no pudieron evitar. Mariana, con la cara congestionada, se enfrentó a la “Jefe de Servicios”: “¡Al diablo con esto!, ¿qué pretende?, ¿asustarnos?”. Mariana no conocía el miedo, vació su celda rápidamente tirando todo por la barandilla y después se cruzó de brazos.

Los pasillos quedaron convertidos en “rastros”; se habían desocupado las celdas y las salas de las comunes que habían participado en el “abuqueo”. Las guardias se pusieron cara a las celdas, para que ninguna reclusa, se subiera a los montantes y la prisión quedó en silencio. Sólo se oía el gemido de la presa

pisoteada y tirada en la celda de aislamiento.

Leonor empezó a pasear, esperando. Sabía que no se conformarían con dejarlas incomunicadas en sus propias celdas.

El silencio se rompió por un ruido chirriante de un cerrojo al descorrerse, después otro, eran los cerrojos de las celdas de castigo. En seguida empezaron a sacarlas una por una. Venían tres guardianas para cada reclusa; en las puertas de aislamiento esperaban otras dos. Oyó los nudillos de Adela en la pared y simultáneamente cómo entraban las guardianas por ella. Se asomó con rapidez al montante, pero sólo le dio tiempo de ver cómo la bajaban. Adela llevaba las manos en los bolsillos y entró en la celda de aislamiento sin mirar atrás. “Ahora me toca a mí”, pensó, descolgándose del enrejado.

Cuando abrieron su celda estaba recostada en la pared con los brazos cruzados. “La Rompehuesos” la distinguía con una particular antipatía, se la quedó mirando de arriba a abajo. Le sobresalían los dientes postizos más que de costumbre; grandes y voraces, le daban un aspecto repulsivo. Con los dientes casi colgándole en su labio inferior y con mirada de odio, aulló a Leonor: “¡Fuera! Vamos a ver lo valiente que eres. Que conste, que sé que has sido la promotora del alboroto”. Leonor, sin contestar, salió y la metieron en la celda contigua a la de Paula. Las paredes eran blandas, descascarilladas, y con enormes manchones de humedad. Leonor pasó los dedos y dejó dos rayas marcadas en la cal. La cal caía como serrín apelotonado. Las paredes goteaban agua; en el pequeño patio del lavadero, a esa hora cerrado, se oían correr las ratas husmeando; por la noche harían su acostumbrada “visita” en las celdas. El chapotear de sus patas en las cañerías de los retretes, era como el timbrazo de llamada a una casa amiga. La celda ya estaba a oscuras por la caída de la tarde, pero, en pleno día, esas celdas eran sombrías; entraba escasísima luz por la estrecha ventana que daba al penumbroso patio del lavadero, encerrado por altas tapias.

Estos calabozos recordaban a Leonor los de Saturrarán, prácti-

camente debajo del río, hasta el extremo de que, cuando había crecida, entraba el agua por las ventanas inundándolas. En uno de esos calabozos murió una compañera después de haber perdido la razón. Nueve meses estuvo en él, por el único delito de decir a una monja que no era católica. A media ración de la misérrima que ya daban, en un calabozo oscuro y lleno de agua, se volvió loca y se comía la cal de las paredes. No la sacaron del calabozo a pesar de su locura y allí murió un día. La encontraron tirada en la celda revuelta en las turbias aguas que aquella noche la habían invadido, después de una torrencial lluvia. Era de Oviedo, maestra, de veintitrés años de edad.

¡Saturarán! Penal que no era fácil de olvidar. En cuanto a crueldad había sido el precursor de Guadalajara, con el agravante de que allí había miles de mujeres. El penal se hallaba regido por monjas mercedarias. Grandes salas de mujeres inmóviles por una extraña enfermedad que las hinchaba las piernas era la panorámica de aquel penal. Esta hinchazón, en algunos casos, alcanzaba lo monstruoso, las piernas de las mujeres parecían sacos terreros, las venas se reventaban y se abría la piel dejando heridas profundas: avitaminosis, parálisis..., nadie sabía lo que era. Un buen día, empezaban las piernas a hincharse y doler atrocemente y te dejaban postrada, tumbada en el petate, hasta que morías. Cada día, por la puerta trasera del penal, el furgón se llevaba un buen número de mujeres. Era una forma como cualquier otra de descongestionar los penales, sin gastos.

Cuando llegaron las expediciones de mujeres condenadas de lo que había sido la zona republicana, encontraron el penal repleto de reclusas de aquellas otras regiones tomadas por los franquistas en los primeros meses, por lo que muchas mujeres llevaban presas en esas condiciones más de dos años, consumidas ya, de hambre y malos tratos.

En este penal, cuando llegaban las expediciones, las monjas hacían que dieran un paso al frente las “no católicas”. Se daba,

¡cómo no!, pero eran sometidas a una ración menor y por la más leve falta eran castigadas a calabozos de aislamiento, durante meses. Los paquetes de alimentos que, con miles de sacrificios, enviaban los familiares desde los puntos más distantes del país, cuando llegaban a las manos de la reclusas encontraban: ¡piedras! Cuando se reclamaba, aquellas “monjitas” con su voz más dulce decían: “¡Hijita, habrán sido los ferroviarios!”.

Otros paquetes, los retenían tanto que, al entregarlos, estaban cubiertos por una capa de moho.

Las mujeres morían de inanición y hambre. Nadie podía acudir en su ayuda, las familias estaban lejos y también luchando por sobrevivir. Las monjas en este penal fueron particularmente crueles. Las cosas llegaron a tal extremo que la Dirección de Prisiones envió a una Directora del Cuerpo Civil de Prisiones para hacerse cargo de la administración. Al llegar se encontró un penal moribundo y los almacenes repletos de judías, patatas y bacalao, preparado y listo para sacarlo del Establecimiento por la puerta de atrás. Esta Directora, que no olvidarán nunca aquellas presas, se enfrentó con la “comunidad” y el primer día de su actuación se comió un plato caliente de judías con bacalao, después de muchos años de no probarlas. En pocas semanas se mejoró el estado de las enfermas de “parálisis”. Pero..., esto duró poco. Aquella Directora, al cabo de muy pocos meses, fue enviada a una prisión de tercera categoría, perdida en un rincón del país, donde no había casi reclusión.

Con su desaparición volvió de nuevo el hambre.

Saturarán había quedado indeleblemente marcado en las miles de presas que por tal presidio pasaron y que, a duras penas, lograron sobrevivir.

A un lado de su celda de castigo la acompañaba Paula, una joven campesina navarra que se había distinguido en las cárceles por su valentía y afán de superación. Había caído en el 48, y el director de la prisión de Segovia la había clasificado como “cabecilla”.

Al otro lado, Emilia, procedente de Galicia; licenciada en Filosofía y Letras. Muy menuda y nerviosa, con una inquietud constante y un espíritu crítico y humorístico que se traducían en sus ya célebres dibujos en carboncillo caricaturizando toda la vida carcelaria. Hablaba muy deprisa y denunciaba cada atropello que veía. Como había muchos, Emilia era considerada “indeseable” en todas las prisiones, por eso estaba en ésta de castigo. Había sido guerrillera, cuatro años luchó en el monte; tenía las piernas agujereadas a balazos, así la “cazaron”. Fue condenada a muerte y conmutada gracias a un familiar muy cercano, militar de alta graduación que intervino en su favor. Tenía condena de treinta años de pena mayor.

Era de noche cerrada y aún no les habían pasado ni el cazo de rancho ni el jergón. Leonor estaba cansada de pasear por la celda y como la oscuridad era absoluta, para no darse con la pared de enfrente, contó los pasos de pared a pared.

Le asombraba cómo, en el mismo recinto del penal, podían estrujarles aún más, haciéndoles doblemente penosa su situación. La celda de arriba se le antojaba ahora el *sumun* del confort: la cama y la silla de enea, el retrato de Emilio, mirándola siempre, puesto en una tabla que tenía en la pared con cuatro libros; la bolsa de la labor; el cajón debajo de la cama, con los platos y siempre alguna comida, el tablero de damas hecho con una tabla y fichas de cartón, escondido entre las mantas, ¡y tantas veces salvado de los cacheos!; las sábanas de su casa... Cada noche, cuando daban el cerrojazo del último recuento, se despojaba de su bata de rayas, se metía en la cama abrigada hasta los hombros y repasaba los libros, ya leídos muchas veces, si no tenía otro en la biblioteca y era “su hora”. Una hora que les dejaban de luz, después de ese recuento. Sesenta minutos, que invariablemente dedicaba para ella, abandonaba la labor y leía o se entregaba a sus recuerdos. Su mente hacía un esfuerzo para “evadirse” y muchas veces conseguía “ver y oler”, la calle. El olor a sándalo y romero, el canto de las chi-

charras en una noche cálida de verano, el viento que despeinaba la rubia cabellera de un trigal. Esa era la vida, y ella tenía que recordarla, recordarla, para desear volver a vivirla y no sucumbir en las siniestras prisiones.

Pero aquella noche, no había más que el calabozo negro y húmedo con una sensación absoluta de soledad.

Quince horas diarias tenían que estar de pie. No les obligaban a ello, pero las celdas de castigo cada mañana quedaban vacías, hasta las diez de la noche. La humedad no les dejaba sentarse en el suelo, ni siquiera en el poyo de cemento del retrete.

Al tercer día les metieron un cubo y una toalla. Leo trató de sacar de aquellos dos utensilios el mayor provecho posible. Volvió el cubo y puso la toalla en su base improvisando un asiento que encontró comodísimo. Hizo un cuadro en la pared con los treinta días del mes, tachando hasta el que hacía cuatro. Todos los presos caían en las mismas cosas: el calendario en las paredes; el adiestramiento de una chinche o pulga; los golpes en los tabiques con su mudo lenguaje; buscar el rayo de claridad que entra por la ventana para ir por él; contar los ladrillos...

¡Qué lento pasaba el tiempo en aquel agujero! Se contaban las horas casi con la precisión cronométrica de un reloj por las distintas tonalidades que adquiría el calabozo. Cuando el sol caía más perpendicular sobre el pequeño patio, la celda se iluminaba con un color lechoso, descubriendo en las paredes las manchas pardas de la humedad; después, cuando invadían los tintes grisáceos, estas manchas se convertían en figurillas familiares para la retina de Leonor. Allí, debajo de la ventana, estaba la cabeza de toro, con sus astas perfectamente perfiladas, pero su cuerpo no correspondía a su cabeza, era más fino, más esbelto, casi como el de la gacela; en la pared de enfrente ese goterón grande..., el gorro de un cosaco, sobre una amplia frente con nariz aguileña y mentón suave y más arriba, a la derecha, el lebril con las patas traseras encogidas y el hocico

en alto, como husmeando a su presa. Allí estaban, definidos e inalterables, inmóviles y testarudos.

Ya llevaba tachados veintiún días en su calendario. No sabía nada de las otras compañeras, sólo con sus vecinas se comunicaba por medio de los nudillos, cuando los calabozos llenos de negrura eran más que mazmorras.

Alguien tocaba en la puerta. En los 34 días que llevaba encerrada nadie se había acercado por allí fuera de las horas del rancho. Las celdas de aislamiento estaban estrechamente vigiladas por lo que era casi imposible llegar hasta ellas.

Al oír el ruido pensó que serían las funcionarias, pero Carola, la común que repartía el rancho, acercó la boca al “chivato” y le dijo:

—Leo, esta mañana ha ingresado una política, viene castigada de la prisión de Valencia, está en la celda de “período”, me ha dicho que os dé a todas un abrazo. Vale.

—Gracias Carola, atiéndela si puedes, ¿cómo se llama?

—Susana, me voy, ¡adiós!

Leo se quedó con una rara sensación, después de 34 días era la primera vez que hablaba con otra persona y había sido para decirle que otra presa estaba metida en aquel cepo. Llamó con los nudillos a Paula y Emilia, quería darles la noticia, pero no se hizo entender.

Cincuenta y ocho días sufrieron la celda de aislamiento. Cuando se vieron en la luz del patio que dañaba sus ojos y comprobaron que todas habían resistido sin enfermar, una amplia sonrisa iluminó sus caras demacradas. No se lamentaron, sabían que éste no sería el último castigo.

Susana hacía días que había salido de “período” y se sentó en su “corro”, como las demás tenía su labor de tricotar y empezaron a trabajar en silencio. Todas deseaban preguntar a Susana, pero ninguna se atrevía, por otro lado, se encontraban tan débiles..., fue Susana quien rompió el silencio para decir:

—Bueno, ninguna me conocéis, sólo hace dos años que me

detuvieron, en una caída de Valencia del año 50, soy comunista y me han traído castigada por enfrentarme con la jefe de servicios por una cuestión de enfermería.

Susana calló como si ya lo hubiese contado todo y ninguna preguntó más, a Leonor le sorprendió su voz grave y seca y la miró, su gesto era también duro y ceñudo.

En el “corro” no había sólo comunistas, de las quince, dos eran socialistas y tres anarquistas y todas respetaron su silencio. A Leonor le pareció que había más dureza que amargura en toda ella, tendría de 35 a 36 años y era muy guapa, de tez y pelo moreno y boca carnosa que dulcificaba un poco lo duro de su mirada. Adela, dirigiéndose a ella, le dijo:

—Bien, nuestros nombres ya los conoces, todas menos Aurora venimos castigadas del penal de Segovia, Aurora vino de Málaga también castigada —y señalando a las compañeras las presentó—, Benita y Maite son socialistas; Herminia, Isabel y Ana, anarquistas. Las demás comunistas. Esta es una cárcel dura, ya lo verás. A pesar de nuestra actitud de resistencia conseguimos poco, sólo hay una cosa que hemos impuesto, se nos castiga pero no se nos insulta. Vivimos en “comunidades” de tres, así es más fácil repartir los paquetes. Trabajamos labores para la calle a fondo común y poco más hay que contar. Y —dirigiéndose a todas preguntó—: ¿Os parece bien que venga a nuestra “comunidad”?

Susana se adelantó a la contestación del grupo y dijo:

—Yo no recibo ninguna ayuda, no tengo a nadie, sólo una hermana en el campo de Oropesa por prostituta.

Lo dijo como un reto y como un reto miraba al círculo; las mujeres, un poco embarazadas por su actitud, contestaron a Adela “que sí, que fuera a su “comunidad”, que daba igual una que otra”.

—Bien, entras a formar parte de nuestra “comunidad”, ya sabes, la componemos Mariana, Leo y yo, ¿de acuerdo? —la cogió las manos cariñosamente.

Al otro día a la hora del patio, Susana, habló con las de su “comuna”. La hora del patio pasearon y no se sentaron en el “corro”, Susana les contó su historia.

“Soy de Madrid, militante del Partido desde el año 36, mi padre y mi hermano eran anarquistas, les fusilaron, a Vicente, mi compañero, le mataron en el año 37 en el frente de Teruel. Mi barrio era Vallecas, en los años treinta era una barriada más que proletaria, paupérrima, de casas más parecidas a chabolas que a viviendas. La promiscuidad era lo natural en aquellos agujeros y los niños oíamos como los padres hacían el amor, escuchábamos con curiosidad y al día siguiente, en medio del barrizal de las calles, nos lo contábamos los chiquillos los unos a los otros. En este medio crecimos mis hermanos y yo. En mi casa reinaba la miseria, los continuos despidos de mi padre por sus ideas, creaban una constante tensión en mi madre, con continuos enfrentamientos en el matrimonio.

Mi hermano y yo hacíamos causa común con mi padre, lo que desesperaba a mi madre; os cuento esto porque siempre tengo como una mala conciencia cuando pienso lo poco que comprendíamos a aquella pobre mujer. Bueno, durante la guerra trabajé en la industria de guerra, tuve un hijo —Susana calló y a Leo le pareció que estaba tragándose las lágrimas—, tuve un hijo —repitió—, ya no le tengo. En marzo del 39 salí para Valencia con la seguridad de que iba a embarcar, —¿estuviste en el puerto de Alicante?, preguntó Leo—. No, fui para Cartagena, pero tampoco embarqué, volví a Madrid con mi hijo, no conocía a nadie por Levante. Busqué a mi familia y les encontré en una casa derruida del barrio de liseras, al otro lado de Madrid de donde habíamos vivido siempre. Estaban solas mi madre y mi hermana Rosa y mi padre y mi hermano ya habían sido detenidos. Me encontré a una madre enloquecida, hambrienta y sin casa, siempre lloraba y lloraba. Me quedé con ellas en aquel barrio de Madrid, nadie me conocía y empecé a robar para comer, primero fueron unos boniatos, después todo lo que caía en mis manos, me iba a por carbonilla a la vía del

tren, pasaba todo el día en la calle buscando comida...”. Leo se preguntaba que por qué les contaría eso, una historia vivida por todos, de hacía ya diez largos años, pero se daba cuenta que Susana hablaba como ausente y para sí misma, no había posibilidad de interrumpirla, Leo siguió escuchando“... Mi madre no hacía más que indagar el paradero de su marido y su hijo, Rosa no había cumplido aún los 16 años, 16 espléndidos años, pero sin energía, yo me mataba para buscar el sustento de todos y me enfurecía su pasividad y le echaba en cara el boniato robado que se comía. Ella cuidaba al niño, si aquello era cuidarle, iba por agua a una fuente de la calle y hacía fuego con lo que podía para hervir las berzas que yo traía, pero a mí me parecía poco, mi fatiga y la miseria me enfurecían. Al fin encontramos a mi padre y mi hermano, pero yo tuve que salir huida y estuve escondida en una casa amiga y en agosto unos amigos me llevaron a Asturias. Viví un año cuidando cerdos en una alquería de Cangas de Narcea, enviaba a mí madre lo que podía por medio de estos amigos. En diciembre del 40 fusilaron, en el término de ocho días, a mi padre y hermano y yo volví a Madrid. Cuando regresé me encontré a mi madre y mi hijo solos, Rosa se había ido de casa y andaba por ahí prostituida. A mi madre el fusilamiento de su marido y su hijo acabó de trastornarla, se pasaba el día sentada en un rincón hablando sola, abandonó el cuidado del niño y el suyo propio, no comía si no se le daba, mi hijo hablaba solo como su abuela y se apañaba como podía. Me quede con ellos...”.

—Susana, no es necesario que nos cuentes todos esos años de fatigas y sufrimientos, a no ser que sea para ti un alivio, —Leo se decidió a cortar a Susana, se daba cuenta de su sufrimiento.

—Sí es un alivio, por eso os lo cuento —y prosiguió.

“La locura de mi madre y la soledad de mi hijo me reventaba el corazón de rebeldía, yo volví a robar, no podía trabajar, la policía me buscaba y además no había trabajo y no quería prostituirme como mi hermana, prefería robar. Tres años vivimos como las ratas y no me preocupé más que de mi hijo y mi

madre, de Rosa no sabíamos nada, hasta que un día se presentó en casa bien vestida y bien alimentada. Venía de Sevilla, nos dejó quinientas pesetas que cogí sin escrúpulos. En el 43 encontré al Partido, éste estaba lleno de desconfianzas y no me incorporaron hasta el 44. Los bulos e incluso las calumnias alrededor de muchos camaradas creaba un ambiente malsano, no sólo se cribaba la paja, sino hasta el mejor grano...”. Adela miró a Susana y le pregunto: “¿estás resentida por esa actitud?”. “No, creo que no, pero en nombre de la clandestinidad se cometen muchas injusticias, yo no fui una purista, robé y hubiese matado por salvar a los míos y comer yo misma pero ¿cómo echarme a mí la culpa de esa actitud?, ¿hasta dónde llega nuestro puritanismo, que perdemos de vista el bosque por el chopo que tenemos enfrente?, ¿y quién da el derecho a unos pocos para que se erijan en jueces implacables?...”. “Indudablemente, Susana, no es una comunista ortodoxa, pensaba Leo...”. “Bien, de todas formas me incorporaron y ya sabéis..., imprentas, repartos, “estafetas” y todo eso. Naturalmente dejé de robar y me puse a servir. A finales del 44 murió mi madre y me fui con Rosa a Valencia que me había buscado un trabajo. Llegué a principio del 45, mi hijo tenía ya ocho años y le metimos en una escuela del barrio de Ruzafa que es donde vivíamos. En el verano del 46 tuve que huir de Valencia, Rosa se quedó con el niño. En el 48 mi hijo, con 11 años, era un niño muy inteligente y extremadamente guapo, tanto que sorprendía cuando se le veía por vez primera, pero era un niño introvertido y triste. La vida de mi hermana, aunque ella ponía mucho cuidado en disimularla, no le pasaba desapercibida, y mis visitas fugaces, siempre con la promesa de que me le iba a llevar, que nunca se cumplía, sumían al niño en profundas depresiones. El maestro del colegio pasó a ser para él su ídolo, este “ídolo” sembró el terror en el corazón del niño, un día llegó aterrorizado a casa y, entre sollozos, le contó a su tía, que el maestro “Don Faustino” le había llevado a su casa y en la cama le había hecho mucho daño en el culo, Rosa en un ata-

que de furor cogió al niño de la mano y fue a buscar al “maestro”, al llegar a su domicilio él se desprendió de su mano y emprendió una veloz carrera, metiéndose debajo de las ruedas de un coche que le dejó aplastado en la calzada. Mi pobre hermana loca, vociferó e insultó al maestro..., al día siguiente mi hijo era enterrado tan solitario como había vivido y mi hermana era detenida por “prostituta” y enviada al campo de Oropesa. A los dos meses de no tener noticias, fui a ver qué pasaba y me encontré una tumba sin lápida y una hermana desaparecida. Hasta pasados dos años no pude ver a mi hermana en Oropesa, aquella muchacha no era Rosa, estaba enflaquecida y con el pelo cortado como las tiñosas y un gesto de animal acorralado que la “hacía irreconocible”. Busqué a aquel maldito pero no le encontré —y repitió como obsesa—, no le encontré...”.

Leo apretó el brazo de Adela, porque no podía articular palabra, Mariana dijo a Susana: “algún día le encontraremos y a todos los “Faustinos” verdugos”.

Susana ya no habló más, no explicó su detención, ni cómo cayó, ni su condena siquiera, eso no tenía importancia para ella, era la inmensa tragedia de su pobre vida lo que tenía que contar, lo que llevaba en el estómago como un revulsivo lo que tenía que vomitar una y otra vez.

Aquel fue un mal día para la reclusión. Desde por la mañana se alteró el orden monótono de la jornada. El toque de diana se adelantó en media hora y las puertas de las celdas se abrieron cuando aún no entraba ni un rayo de claridad por la alta clara-boya del rastrillo. Las presas tenían los ojos medio cerrados de sueño.

Enseguida se dio orden para que toda la reclusión estuviese dispuesta para oír misa de campaña, a las ocho de la mañana. En el rastrillo de losas de cemento grandes y agrietadas, formaban el altar, casi desnudo en su sencillez. Sólo el gran mi-

sal, puesto sobre el ara destacaba entre cuatro cirios y las rosas artificiales, que trataban de adornar a un Cristo en la cruz y a una Virgen de talla, menuda y deslucida. Unas sillas con reclinatorio de peluche un tanto decoloradas se alineaban al pie del entarimado. En ellas, oían misa la dirección de la prisión. Unos bancos de madera, vacíos, hacían de divisoria entre ésta y la reclusión, que formaban de pie detrás de ellos, encuadradas por las guardianas con sillas a ambos lados.

Las misas eran agotadoras. Los domingos y días festivos, resultaban torturantes para las presas: más de dos horas de pie, oyendo misa y sermón; un sermón martilleante, siempre las mismas amenazas terrenas y “divinas”; las genuflexiones continuadas, el estómago vacío, la formación perfecta..., hacían de estos actos algo temido y odiado, hasta para las mismas creyentes. Por eso, ese día que no era festivo y que nadie esperaba “misa” empezó mal para todas. En las caras se veía la misma interrogación: “Misa hoy..., ¿por qué?”. En la formación dieron las palmadas de ritual. No se podía ni mover un músculo de la cara: “¡atención!, iba a hablar la Jefe”. Habló y la reclusión quedó enterada del “motivo”. Nada más ni nada menos que, el santo del “Señor Director, el “Padre” de la reclusión, esta misa, había que oírla con particular devoción, para que nunca os falten las bondades de vuestro Director...”. La voz sin matices de la Jefe de Servicios retumbaba en el frío rastrillo, con las primeras luces del alba. Las caras de las mujeres estaban imperturbables, pero en los ojos de todas había una chispa de burla. “¡Bondadoso!”, la mayoría de ellas ya habían sentido en su carne los golpes de los nudos de su garrote que siempre le acompañaba, y todas sin excepción sufrieron los castigos más crueles por leves faltas. Casi sin mover los labios, Adela que formaba detrás de Leonor musitó: “¡cínicos!”. Leo le tiró de la manga para que callara, de haber sido oída habría ido otra vez a la celda de castigo.

Se oyó la misa y duró más que las de precepto, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro porque las piernas hormiguea-

ban. La reclusión tuvo que escuchar impávida la apología que, durante más de cuarenta minutos, hizo el capellán de aquel “benefactor”. Y el “benefactor” arrellanado en su sillón, con la papada violácea de hombre bien comido y bebido, escuchaba las loas que le prodigaban con mirada aprobatoria.

A las diez y media se rompió la formación, les dieron rancho extraordinario: arroz con chirlas y una naranja de postre, además les permitieron comer en el patio.

Por ese arroz sobrevino un hecho penoso que ensombreció a la reclusión. Hacía ocho días que habían llegado ocho mujeres del “Campo de Oropesa”, este “campo” albergaba a miles de prostitutas que no habían alcanzado la categoría de “elegantes”, toda esa masa de mujeres que tuvieron que venderse al final de la guerra por un “plato de lentejas”, que deambulaban por las calles y se daban por dos pesetas o una botella de aceite, las pobres que no encendían el fuego en su casa y se acostaban por una cena, todas esas mujeres eran las “prostitutas” de Oropesa. Y Oropesa tenía fama por la vida que allí se les daba. Regido por monjas duras como el granito, lo primero que hacían para despersonalizar a las mujeres, era cortarles el pelo a tijeretazos, sus cabezas quedaban pelonas a trasquilones, cubrían sus cuerpos con batas de telas ásperas y como sayones, para que no se notasen sus “formas”, causa de pecado, y para domar su “pereza” les hacían trabajar diez y doce horas encorvadas en la huerta o de rodillas fregando suelo o sangrándoles las manos de lavar a puño docenas de sábanas, no sólo de la comunidad, sino de “señoras” particulares. La comida era justo la necesaria para mantenerlas trabajando como negreras; las dos horas de “recreo” se “aprovechaban” para los rosarios y las novenas, todos estos rezos eran de rodillas, como “penitencia a los pecados de la carne”. Los castigos no tenían límite ni medida, ¿a quién le importaba que una ramera muriese en una celda de castigo o extenuada de trabajar?, ¿quién iba a pedir cuentas a aquellas “monjitas” que estaban allí por amor a la humanidad...?

“Oropesa” palabra alucinante para las hambrientas que querían quitarse el hambre por diez minutos de su cuerpo. Muchas no llegaron a “Oropesa” se tiraban del tren antes de llegar, les era más dulce la muerte que aquel infierno.

Y fue una de estas mujeres, una de las ocho mujeres de Oropesa, la que ensombreció a la prisión. Todas estaban famélicas, destacaban aún en medio de la vida miserable de Guadalajara y a pesar de ser ésta una prisión de castigo, para ellas fue un premio y sólo a los ocho días de estar allí se les daba rancho extraordinario... Victoria, la de gesto idiotizado, se comió su plato y fue recogiendo sobras de aquel arroz apimentonado, comía vorazmente, metiendo la cabeza en el plato de latón y babeando se limpiaba la boca con la falda de su andrajoso uniforme, sentada en el bordillo de la acera del patio empezó a vomitar y a desabrocharse el botón del cuello del uniforme; cuando la reclusión se dio cuenta la pobre Victoria tenía los ojos vidriosos y vomitaba arroz por la boca y la nariz, cayó con un alarido, quedando rodeada de los platos pringosos y vacíos.

Con las primeras oscuridades de la noche, con la luz mortecina que invade las celdas y los pasillos de las prisiones; en esa hora melancólica y triste para los presos, la reclusión, callada y asomada a los montantes de sus celdas, vieron sacar el cuerpo de Victoria envuelto en una sucia manta, el furgón se llevaba a enterrar su pobre vida al cementerio de un pueblo que no era el suyo. El día terminó mal, como había empezado. Susana, desde que llegaron “las de Oropesa”, andaba taciturna, le dieron noticias de su hermana Rosa..., “que... estaba mal, esquelética...”. Y Leo la vio en el “montante” mirar muy fija cómo se llevaban el cuerpo de Victoria.

Esperaban la libertad de Mariana. Hacía meses que estaba pendiente de ella, pero se había retrasado como consecuencia del último castigo. Cada castigo, traía consigo la secuela de “malas notas” en los expedientes penales, que retrasaban mu-

chas veces por tiempo indefinido la salida de los presos, aunque éstos hubiesen cumplido su condena. Este era el caso de Mariana, su expediente estaba retenido en espera de cumplir la sanción impuesta, que era, aparte de los cincuenta y ocho días de aislamiento, seis meses sin “beneficios”. Los seis meses se habían cumplido ya y su familia le había comunicado que estaba a la “firma del Consejo de Ministros”. Así que esperaban su salida de un momento a otro. Casi trece años llevaba en prisión y a pesar de lo inminente de su libertad trataba de no hacerse ilusiones, llevando la misma vida, como si nada esperase. Eran las compañeras las que le hablaban de ello. “Había que preparar un vestido y zapatos para salir. No podía irse con el uniforme de rayas”. Pero ella, como si le doliese, nunca lo mencionaba. Siempre sintió como un poco de vergüenza por no haber sido condenada a veinte y treinta años como condenaron a casi todas las compañeras que con ella convivieron en la prisión. Su condena fue de quince años. Ahora que le quedaban solamente días de vivir entre ellas, estaba obsesionada por tener que dejarlas. Su cariño por Leonor y Adela se había cimentado a lo largo de tantos años de sufrimiento y cuando éstas le gastaban bromas para su vida futura, los ojos se le llenaban de lágrimas. También Leonor sentía que con ella se marcharía una parte muy importante de su vida presidiaria. Con la marcha de cada compañera, cuando la pesada puerta se abría para darles paso, se iba con ellas algo que era de todas. Se sentía envidia y alegría, porque era una menos que estaba en aquel infierno; se renovaba la añoranza que parecía dormida en cada corazón, se la miraba partir con una mezcla de sentimientos encontrados. Aquella noche no se dormía bien y los días siguientes se “vivía” un poco la vida de la que se fue, imaginando mil maravillas y..., después venía la calma; la monotonía y un recuerdo sereno, porque la vida quedaba dentro. Se recibían noticias de ellas de forma espaciada, por unos dulces o por las familias y, poco a poco, se iban desdibujando en el sentir diario. Nunca dejaban de ser “una de las tuyas”, pero ya pertene-

cían a otro mundo. Así Leonor había visto desfilar a compañeras muy queridas, sin embargo, ahora, era muy diferente. Mariana era para ellas, además de la camarada, la hermana solícita, el apoyo más decidido y solidario, la maestra de muchas facetas de su vida, su vacío sería difícil de llenar. No se desligaría de sus vidas por completo pero no sería lo mismo. Ninguna de las que se fueron abandonaron a sus hermanas presas, de mil formas les hacían llegar el discurrir de sus vidas; las que tenían medios, su solidaridad en forma material. Se vivían sus amores y se admiraba en muchas, su reincorporación a la lucha clandestina. También habían retornado otras a la vida carcelaria por segunda y hasta por tercera vez, por seguir luchando una vez en libertad, a pesar de la amarga experiencia del presidio. Así, a través de los años, se había establecido una corriente entre las de “fuera” y las de “dentro”, pero por más estrecha que quisiera ser, mil barreras limitaban esta relación.

Era domingo, salieron de misa y como de costumbre formaron en el patio, para la revista del Director. Éste se paró en medio del patio y calmamente miró a la fila de mujeres inmóviles. Esta revista era particularmente comprometida. El Director, con su garrote, iba señalando a aquellas reclusas que no estaban a su “gusto” y, como éste variaba de una semana a otra, ninguna estaba segura de no ser señalada. En el profundo silencio, todas temían que la garrota se alzara. Entonces sabían que tenían que salir de la fila y esperar aparte, a que se pronunciase su “sentencia” que podía ir, desde el aislamiento hasta fregar los retretes, pasando por la suspensión de paquetes, correspondencia y visita. El señor “omnipotente” comenzó la “revista” y llegó a la altura de Mariana. Se paró delante de ella mirándole de arriba a abajo; ésta sostuvo la mirada sin pestañear. El Director con rostro risueño, consciente del embarazo que esto suponía seguía delante de ella. Toda la reclusión tenía los ojos fijos en Mariana que, erecta e inmóvil, esperaba la señal para salir de la fila. A su lado Leonor, no podía volver la

cabeza, pero no recordaba nada que pudiese motivar un castigo. El Director no levantó la garrota y siguió la revista. Un suspiro de alivio, ensanchó el pecho de todas. Cuando la guardiana dio las palmadas de “rompan filas” dirigiéndose a Mariana le dijo: “Usted al despacho del señor Director”.

A ninguna de las compañeras se le ocurrió pensar que era para la libertad a pesar de que era habitual que se dieran los domingos. Tanto temor causaba ir “al despacho del señor Director”. Mariana haciendo un gesto con la mano, dijo a sus amigas: “Veremos que les ocurre ahora”.

Cuando marchó Mariana empezaron a pasear inquietas; pero no habían transcurrido diez minutos cuando la vieron entrar en el patio con la cara demudada e intensamente pálida. De forma maquinal se sujetaba las horquillas de su gran moño. Leonor de un salto, se puso a su lado y asustada, por su gran palidez, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Mariana, cerrando los ojos para ocultar su turbación, con voz apagada contestó: “Me voy”. Hay momentos en que la mente no es lúcida y eso le pasó a Leonor, sin comprender siguió preguntando:

—¿Te vas?, ¿dónde?

—En libertad, amigas mías...

No pudo continuar, un gran griterío se formó a su lado. Todas querían abrazarla, darle recados. Algunas comunes lloraban, Mariana era respetada y querida por todas. Leonor recibió como un latigazo en la frente que la aturdió. Como una sonámbula abrazó muy estrechamente a Mariana hasta que Adela la separó.

Desde ese momento, hasta que la vio salir por la puerta, todo lo hizo como en sueños. Veía a Mariana con la nariz enrojecida de llorar —nunca en los doce años lo había hecho hasta entonces—. Percibió la ilusión de Adela al presentarle los zapatos y el vestido que le compraron como sorpresa, que resultó sentarle muy bien; vio preparar la maleta con las pocas cosas

que podía llevarse; a todas las compañeras que revoloteaban alrededor de ellas. Todo lo veía como con una neblina que le velaba la realidad, la maravillosa realidad de que Mariana dentro de unos minutos pisaría la calle, ese mundo inalcanzable, tan lejano todavía para ellas. Y también la otra realidad, la de que se quedaban sin ella.

Llegó el último abrazo prolongado, sin palabras, y la figura alta de Mariana, como pegada a la puerta abierta del rastrillo, sin decidirse a trasponerla, mirándolas a todas con una gran pena en los ojos.

Una guardiana la tomó del brazo cerrando la pesada puerta. Adela pasó el brazo por los hombros de Leo y dijo: “vamos”.

Siempre que abrían las puertas para el paseo, Adela y Leonor, de forma instintiva, miraban la celda de Mariana. Ella se convirtió por mucho tiempo en el centro de sus conversaciones. Sabían por sus familias que ya trabajaba y cada semana tenían sus noticias directas a base del envío de un paquete de alimentos; no, ella no las olvidaría.

Mirado en su conjunto le parecía que no era posible que hubiesen transcurrido tantos años. Se le antojaba que los podía coger con las manos, que no habían pasado porque en realidad ella no los había vivido. Pero esos diecisiete años, estaban allí, pegados a las paredes de las prisiones por las que pasó, inmóviles, sin desarrollo, sin expansión, perdidos y putrefactos. No obstante, cuando revivía esos largos años en detalle..., ¡entonces sí!, le parecían tan largos y distantes como una eternidad.

En todas las presas se había operado una especie de endurecimiento. Todas se habían hecho más calladas y retraídas y algunas apuntaban el cansancio. Cansancio que, por otra parte, trataba de disimularse, pero se percibía en las actitudes más críticas y en alguna manera más individualistas.

Cinco años en Guadalajara llevando una vida de casi absoluto aislamiento había creado en ellas una segunda naturaleza susceptible y defensiva, nunca esperaban nada bueno y ese continuo alertar se reflejaba en el rictus duro y amargo de sus caras.

Los cinco años habían transcurrido como el primero, sin una mejora en lo sustancial.

Hasta ellas llegó la noticia de que el penal de Segovia había sido levantado y trasladado al de Alcalá de Henares, se decía que ese era el punto de concentración de todas las presas políticas del país. Leonor y sus compañeras empezaron a albergar ilusiones, para ellas que no esperaban la libertad, la suprema aspiración era salir de ese maldito penal de castigo. Sin embargo, pasaban los meses y ellas continuaban allí encerradas, como olvidadas leprosas, salvo las familias, nadie se acercaba a ese penal de Guadalajara, pensaban con desesperanza que, ¿si sería posible que las dejaran allí olvidadas para terminar sus largas condenas? No podrían resistir seis años más, si todo iba bien, metidas en esas mazmorras. Envidiaban la suerte de las compañeras del penal de Alcalá de Henares, pareciéndoles la suya más negra.

Este año precisamente no era bueno para Leonor. Su hijo se había incorporado al servicio militar, a través de sus cartas Leo percibía que llevaba muy mal la vida del cuartel, se había acrecentado la ternura hacia su madre parangonando su vida cuartelaria con la reclusión de ella. Leonor sentía un cariño enfermizo por él, un cariño que la llenaba toda, había sido así desde siempre, desde que nació. Cuando él nació acababa de perder a una hija de ocho meses que se fue en veinticuatro horas, a los pocos meses le tuvo a él. En medio de aquel Madrid, bombardeado y acosado, sin alimentos, sólo con la leche de sus pechos, vivía la angustia continua de que esta leche se la retirase o de que la metralla le dejase sin el niño. Después el campo de concentración..., más tarde la huida teniendo que abandonarle y su pequeña figura la llevaba siempre en el corazón agigantada por el tormento y el ansia de no tenerle.

Desde que nació, por encima de cualquier cosa y de todo, su hijo había sido siempre lo primero. Desde que perdió a Emilio, él se convirtió en una obsesión enfermiza que a veces se repro-

chaba, agigantaba los peligros a que pudiese estar expuesto y si le faltaba una carta en los días que la esperaba sufría tanto, que hasta se sentía enferma físicamente. Todas las compañeras conocían esta debilidad de Leonor y algunas llegaban a criticárselo como “falta de entereza comunista”; a Leonor nunca se le había ocurrido comparar, ella estaba encerrada, separada de su hijo sin reprocharse su abandono porque creía que ese era su deber, pero..., su hijo..., era su hijo.

Y..., llevaba unos días desasosegada porque sus cartas no llegaban, temía por los castigos en el cuartel, por sus monótonas horas pasadas en él, por su ardor juvenil, temía por todo y por nada. Las cartas de los suyos y sobre todo las de él llenaban su vida; sus relaciones eran muy estrechas a pesar de haber vivido toda la vida separados. Emilio comprendía perfectamente la reclusión de su madre y ya hombre conocía la figura de su padre tal como él hubiera deseado. Leonor y su hijo eran amigos y este era su mayor orgullo. A través de sus cartas conocía a su novia, se creía como todos los enamorados, que nunca nadie había amado tanto; con lenguaje convenido y entre líneas le hablaba ya de sus preocupaciones políticas y..., Leonor sentía terror de que pasase las experiencias de la tortura; la contaba sus proyectos profesionales y también “conocía” a sus amigos. Sí, su hijo era la maroma que tiraba de ella hacia “fuera”, hacia la vida. Y ahora llevaba muchos días sin carta suya... Este ansia la llevó a infringir una de las prohibiciones de aquel penal; pisar el escalón del patio que daba acceso al rastrillo cuando una reclusa era llamada, sin pedir permiso a la guardiana. Llamaron, Leonor sólo pensó en la carta de su hijo y pisó el escalón, ¡sin permiso! La voz agria de la guardiana que vigilaba el paseo la llamó:

—¡Leonor!

Leonor sin mirarla a la cara ya sabía lo que la esperaba, porque aquella “funcionaria” santurrona era inflexible, la estupidez de su intelecto la llevaba a cumplir las órdenes con todo rigor.

—¿Qué desea? —preguntó Leo casi sonriente.

—No deseo nada, que queda castigada a fregar los wáteres durante quince días.

A Leonor le subió una oleada de furor a la garganta y cuando iba a contestar sintió la presión de los dedos de Adela en su brazo y oyó que decía:

—¿Usted cree que hay motivo para tal castigo?

—Pero..., ¿cómo se atreve? —barboteaba furiosa la funcionaría—, ¿cómo se atreve a decirme a mí cuándo debo de castigar?

Todas las reclusas políticas la rodearon y Paula la gritó en la cara: “¡Qué abuso, por ese uniforme!”, “¡todas, todas castigadas durante quince días a fregar los retretes!”, chillaba “la Amparo” como posesa.

Se alejaron de ella y Paula riendo dijo: “¡Bien!, así tocamos a menos”.

Desde el director a las funcionarias, tenían sus manías “trágicas”. Una de estas “manías” era la que el director tenía por Aurora. Aurora no le había “caído bien”, desde su llegada, y “decretó” que no la consideraba presa política y la metió en la sala de comunes. Hacía tres años que la mantenía en estas condiciones, el resto de las políticas vivían en régimen celular y aunque ello implicaba vivir aisladas durante 22 horas diarias, compensaba la mayor tranquilidad y no estar en aquellas salas infectas.

Esta “manía” del director hacia Aurora representaba un grave problema para la reclusión política. Legalmente no cabía apoyarse en ninguna ley, las autoridades franquistas habían decidido que ya no había presos políticos en España, que los “benignos decretos del Régimen” habían dejado las cárceles limpias de presos políticos, que lo que en ellas se encerraba eran bandidos, bandoleros (según las zonas), terroristas y gente de “mal vivir”, pero no políticos, esa semilla se había secado en el país.

Así lo insertaba diariamente la prensa.

Los directores de las prisiones tenían carta blanca para regentar

el “Establecimiento” según su particularísimo criterio, y el de Guadalajara ejercía ese derecho a tope. Aurora era su víctima preferida y las funcionarias, para seguir a su compás, también se ensañaban con ella. Esto hacía que Aurora tuviese los nervios rotos y una salud enclenque y enfermiza. Un día ocurrió lo inevitable, estallaron sus nervios contenidos y gritó lo que llevaba dentro durante tres años de humillaciones. Se enfrentó por un nada con las comunes de su sala y éstas que sabían de la persecución hacia ella la golpearon. También su furor contenido hizo presa en la carne de Aurora. La sacaron de la sala con la ropa desgarrada y la cara ensangrentada y la sacaron para una celda de aislamiento, porque la “investigación” del director había dado como resultado la ¡culpabilidad de Aurora!

Aquello había llegado al límite. Ese día en el patio el grupo de políticas acordaron ir a la huelga de hambre si no levantaban el castigo a Aurora. Sin embargo sabían que aquello no era la solución. A aquella dirección le importaba muy poco la vida de ese puñado de mujeres. Ya estaban allí como inadaptadas y con un certificado de defunción no tendrían más complicaciones.

Las habían llevado a ese penal de castigo, porque allí se podían cometer las mayores atrocidades. Hacía escasamente un mes que, desde la misma celda que ahora ocupaba Aurora, habían sacado los loqueros a una presa común. Dos meses llevaba en aquel calabozo: desesperada, un día que abrieron la celda para darle el rancho, atacó a la funcionaría con la cuchara afilada hiriéndola en una mano. La amordazaron y la ataron las manos atrás con manoterías, durante el día y la noche aullaba como un perro, se revolvió en los excrementos. La alimentaban con suevo tirada en el suelo, amordazada, maniatada y babeante. Quince días tardó en volverse loca; se la llevaron metida en la “camisa de fuerza”, los loqueros la arrastraron por las losas del rastrillo, dejando una estela de alaridos animales que chocaban en las oquedades de la prisión.

Cuando limpiaron la celda, las guardianas se tapaban la nariz,

murmurando: “guarra, cagarse en el suelo”. En esa celda estaba Aurora y ese o parecido fin podría ser el de todas ellas con una huelga de hambre en aquel penal... , sin embargo no tenían otra arma para hacerse sentir: decidieron ir a la huelga al día siguiente por la mañana.

Leonor, aquella noche en la celda, cenó todo lo que le quedaba de provisiones, dos quesitos, galletas y chocolate. Con el azúcar y la malta hizo un paquete para entregarlo por la mañana a la hora del desayuno, hora que habían acordado para iniciar la huelga.

Durmió mal y se levantó antes del toque de diana. Miró para comprobar lo que debía hacer desaparecer, pero no encontró nada. El tablero de damas lo perdió en el castigo anterior, la navajita la puso en la paja de la silla, debajo del asiento a ver si se salvaba. Cuando sonó el toque del “café”, puso el paquetito encima de la cama y no cogió el jarro para que le pusieran el cazo del desayuno.

La primera celda era la de Adela, la segunda la suya. Cuando sintió que abrían la de su amiga escuchó, Adela hablaba muy fuerte y decía: “¿Que han levantado el castigo a Aurora?”.

“Sí, anoche, la han subido a la celda diez, como a ustedes”, le contestó la funcionaria. Adela repitió: “Cuanto me alegro por Aurora, lléneme bien el cazo de café”. Leonor pensó que tendría que hacer lo mismo para que la oyesen las otras compañeras, eso variaba todo. Cuando abrieron su celda dijo tan fuerte como pudo: “He oído que han sacado a Aurora de la celda”, “Así es”, volvió a contestar la funcionaria. La huelga de hambre no se llevó a cabo y, sin saber tampoco por qué, el director cambió de actitud con Aurora y la llevó a régimen celular. Al menos aquella pesadilla, desapareció por el momento.

Estaban preparando la “fiesta” de Año Nuevo. Los últimos días del 56 tocaban a su fin para dar paso al 57. Desde hacía dos días no podían salir al patio porque estaba nevando. Era el veintinueve de diciembre y Leonor pensaba que si al día siguiente también nevaba, no podrían preparar la “fiesta”.

La noche de Fin de año y Nochebuena, eran las dos únicas noches que les dejaban cenar juntas y en ello ponían mucha ilusión. Estas dos fechas junto con el seis de enero y el veinticuatro de septiembre, que les dejaban pasar a los hijos y sobrinos, por las festividades de Reyes y la Merced, eran para las presas todo un acontecimiento. Sobre todo estas dos últimas que pasaban unas horas al lado de los niños. Las escenas eran patéticas. Había niños que se asustaban de los “cacheos” que les hacían en la puerta; de aquellas horribles celdas y también de los abrazos ansiosos que les prodigaban seres casi extraños para ellos. Pero ocho días antes de la entrada de los pequeños las reclusas no hablaban de otra cosa. En un régimen de dureza y falta total de derechos para los presos, en la mente de muchos, no cabía el por qué de este gesto tolerante... ¡Claro que, al día siguiente, todos los periódicos de la nación daban cuenta del trato “humanitario y cristiano” que se recibía en las cárceles españolas!

Leonor hacía ya muchos años que no recibía a su hijo, siempre recordaba cuando era él quien entraba, los días de ansiedad y de tristeza después de su marcha. En aquellas horas que estaba con ella, quería resarcirle de toda su separación y le tenía ávidamente, sin tregua en sus caricias, el niño también se pegaba a ella como adherido a su piel, no abandonaba su mano y la miraba embelesado con sus grandes ojos negros, repitiendo una y otra vez mamá, mamá; hasta un día, ya con doce años la propuso meterse en un bidón de agua que había en el wáter y esconderse para quedarse con ella para siempre. Cada año recordaba esos encuentros directos con su hijo; ahora recibía a sus sobrinos a los que quería entrañablemente, eran los hijos de Alicia y los niños parecía que siempre hubiesen estado con ella. Volvía a repetirse la ansiedad y la tristeza por la venida y la marcha de esos seres pequeñitos que alegraban con sus risas y sus charlas los sombríos pasillos y patios de las prisiones. En la “comuna” de Leonor recibían seis niños y por extraña coincidencia todos eran tranquilos, no se asustaban de los “ca-

cheos” y entraban a la prisión como algo familiar. Cada uno venía cargado de cosas que contar y las presas se asombraban de lo mucho que sabían, contaban chistes antifranquistas, noticias de prensa clandestina, también noticias del mundo y lo contaban en voz baja, como lo habían aprendido en la calle y si se acercaba una funcionaria en seguida cambiaban de gesto y de tema, los que tenían doce años, eran ya personitas que sabían explicarlo todo. Los sobrinos de Leonor eran particularmente inteligentes, por lo que se convertían en el centro de las reclusas, de todo sabían, viendo a estos niños el corazón de Leonor se llenaba de esperanza, ellos eran una vía para un porvenir más venturoso.

Como cada año en estas fechas, venían a renovarse en cada una de ellas el deseo de evasión. Siempre hacían proyectos para estas noches por ser las únicas que podían moverse con cierta libertad. Recordaba que durante diecisiete años y por todas las prisiones que recorrieron habían sido múltiples los “planes de fuga”. El deseo de fugarse lo llevaban pegado como su propia piel. No hay años suficientes de prisión para que los presos se acostumbren a su falta de libertad, es precisamente esa idea de inestabilidad y de “cambio” lo que permite resistir encierros de quince y veinte años. El preso jamás se “acomoda”, cada día se espera algo nuevo, siempre parece que aquel año puede ser el último o que el último plan de fuga se hará realidad. No hay mente humana que entre por las puertas de la prisión, pensando que va a pasar allí veinte años de su vida. Se entra con condenas de treinta años, pero se espera salir al siguiente, ¿cómo?, el preso no lo sabe, pero esa es su esperanza. De esos “planes de fuga” hubo uno en Segovia que estuvo a punto de cumplirse.

En el patio de comunicaciones existía una leñera, ésta era una pieza que tenía una salida que daba precisamente al recinto. En ese lugar era donde los familiares esperaban para entrar a comunicar. El problema estribaba en hacerse con las llaves de las dos puertas, la del patio del interior de la prisión y la del recin-

to de acceso a la calle. Se lograron los moldes de las dos cerraduras y con éxito se sacó a la calle. Todo se planeó minuciosamente y se preparó para llevarse a cabo el día de Reyes por ser la fecha de más aglomeración de familias y mayor confusión de los funcionarios por la entrada de los niños en la prisión. Seis eran las reclusas que se iban a evadir. Meses de preparación e ilusión, pero llegó el día señalado y el medio por el cual debían entrar las llaves, falló. Todo, como otras veces, había quedado en ilusión y proyectos. No obstante aquello era tan factible que se volvió a la carga, cuando ya estaban por lograrlo por segunda vez, surgió la maldita huelga de Segovia y, con esto, definitivamente el plan se esfumó.

También allí en Guadalajara habían husmeado por todas partes buscando un punto vulnerable, al no existir, algunas propusieron hasta reducir a las guardianas que hacían el servicio interior y salir con sus uniformes, pero esto era una quimera. Las puertas del recinto estaban perfectamente guardadas por funcionarios desde fuera. Eran ellos quienes tenían las llaves de salida. Leonor se reía ahora, pero cuando en el patio hablaban de ello, convirtiéndose en verdaderas “conspiradoras”, se olvidaban de lo imposible de la empresa y siempre renacían nuevas esperanzas. Sólo sabía de una fuga de presas que, por su limpieza, fue sorprendente. Allá por el año 44 en “Ventas”. Habían trasladado la galería de condenadas a muerte a una pequeña sala de los sótanos. Entre ellas se encontraba una de inminente peligro de ser ejecutada: Elvira Albeida. A la hora del recuento faltaba una presa precisamente del sótano de las penadas. En seguida se supo que era Elvira. Al principio las funcionarias no pensaron en una fuga. Aquello estaba descartado, estaban “bien guardadas”. Creyeron que en un momento de descuido, habría salido de la sala de penadas para ir a alguna galería. Eso por sí solo, ya era una “osadía” que nunca se había dado y era bastante delito como para merecer un castigo ejemplar; así que, furiosas por este hecho insólito, empezaron a llamarla por los altavoces de la prisión. Los altavoces resona-

ban en las galerías y sólo el eco contestaba. La reclusa no aparecía. Por los claxons se dieron los tres toques de formación y todas las reclusas formaron. Se contó galería por galería, pero cuál no sería el estupor de aquellas guardianas, cuando no solamente no aparecía Elvira, sino que al contar en una de las galerías faltaba otra reclusa. Con temor mal disimulado preguntaron a las presas en formación de aquella galería que a quién echaban de menos. Ante el silencio de las mujeres tuvieron que pasar lista. De las setenta que encerraba aquella cancela, sólo contestaron sesenta y nueve. Ya sabían quién era: Asunción, “la Peque”. El apodo se lo debía a su pequeña estatura y a sus pocos años. Hacía sólo unos meses que estaba detenida. Cogieron a parte de la organización clandestina a la que estaba incorporada. La habían torturado bárbaramente, pero se mantuvo firme sin hablar. Dentro de dos días iría a Consejo de Guerra, con petición de pena de muerte. Se rumoreaba que les ejecutarían en setenta y dos horas..., pero Elvira que entraría aquella noche en “capilla” y “la Peque” se habían esfumado. Un revuelo nunca visto, agitaba a la dirección. Formaciones, recuentos, búsqueda por todos los rincones de la prisión, amenazas, todo fue inútil. La reclusión, imperturbable, nada sabía. Ninguna ventana forzada, todas las puertas cerradas, ni un rastro ni señal que indicase por dónde aquellas mujeres, habían desaparecido sin dejar la más pequeña huella. ¿Cómo era posible? El departamento de condenadas a muerte, estaba cerrado a piedra y canto. “¿Por dónde?”, era la pregunta que toda la prisión se hacía. “¿Y cómo las dos, cada una en un departamento, sin comunicarse nunca?”.

Durante toda la noche no dejaron dormir a la reclusión. Las penadas fueron preguntadas por turno y una por una. De la galería de Asunción llamaron a aquellas que eran sus más íntimas amigas. Nadie pudo aportar un dato, ni dar la más pequeña luz. Una hora antes del recuento, las dos evadidas estaban en sus respectivos departamentos. Después..., nadie sabía nada.

Desaparecieron y nunca más se supo de ellas. La una se libró de una muerte cierta y la otra posiblemente también.

La reclusión saltaba de gozo. Había sido una evasión maestra, perfecta y calculada en sus menores detalles. La dirección de la prisión a pesar de sus investigaciones, presiones y amenazas no consiguió el más leve indicio y estaba rabiosa. Es claro que sobre alguien tenía que recaer la culpa. La dirección tan limpiamente burlada no podía dejar sin castigo este hecho sin precedentes en la prisión e insólito en las cárceles de mujeres.

Dando “palos de ciego” pusieron su atención en una reclusa, ésta era una presa política que las funcionarias tenían como “ayudanta”; las funcionarias por no molestarse en abrir las puertas tenían a esta reclusa de “llavera”, ella era la que abría las galerías para el médico, el economato, los talleres y, en general, para todo, mientras las funcionarias en las cabinas leían o hacían labores. Pues bien, las compañeras que organizaron la fuga se pusieron de acuerdo con la “llavera” y lograron el plan con el mayor de los éxitos.

Aquella reclusa y dos más de las organizadoras de la fuga a las que ella abrió las puertas de sus celdas, acompañaron a las penadas, que también las abrió la “llavera” hasta un taller de manipulados que por entonces no funcionaba y que tenía una puerta al recinto y cabina de soldados. En aquella época sólo ponían guardia en las cuatro esquinas por fuera del recinto de la cárcel y aquella cabina no era esquina y además daba a un terraplén. Por allí se marcharon deslizándose con una cuerda del tendadero, cuerda que recogieron las que ayudaban y volvieron a poner en su sitio; asimismo volvieron a cerrar todas las puertas no dejando ni una sola huella de la fuga. Las funcionarias no declararon contra la “ayudanta”, porque temían delatarse a sí mismas, pero sin declarar que ella llevaba las llaves no se libró del castigo de aislamiento a pan y agua. Seis meses estuvo en celda de castigo, se hubiese muerto de hambre, a no ser por la enfermera reclusa política, única que tenía acceso a las celdas de incomunicadas y que burlando la vigi-

lancia alimentaba a la castigada. Diariamente escondido debajo del uniforme llevaba una cantimplora con leche o caldo y yemas de huevo, a la cantimplora le ponía una goma que introducía por el “chivato” de la puerta y que la castigada tomaba a rápidos sorbos.

Esta fuga fue durante mucho tiempo el orgullo de las presas de “Ventas”.

Al poco tiempo corría una letrilla por la prisión, creada por la fantasía de las mujeres que decía:

*Debajo de la capa del “padre Víctor”
se escapan las penadas por el recinto.*

Leonor, como tantas miles de presas, lo había intentado muchas veces, pero siempre fracasó. Pero nunca se daba íntimamente por vencida.

Penal de Alcalá de Henares

En una mañana calurosa de julio del 58, fueron llamadas las siete al despacho del director. Las sacaron formadas de dos en dos. Cuando llegaron al rastrillo, los ojos de todas se detuvieron en el macizo de geranios que crecía a ambos lados de la puerta del despacho. Hacía seis años que no veían una flor. Aquel director, no permitía que dentro de los muros de la prisión creciera una mala hierba. Aspiraron con fruición su fuerte olor y aflojaron el paso para sentirlo mejor.

Sentado detrás de la mesa estaba la figura obesa y transpirante de aquel hombre que, cuando pasaba al interior, hacía temblar a toda la reclusión. Un ventilador sobre la mesa, despedía rachas de aire. Las ordenó que se pusieran en semicírculo y señaló un sillón para la “Jefe de Servicios”. Dirigiéndose a ésta, sin mirar a las presas, dijo:

—Mucho calor...

—Sí, señor, mucho.

Sacó el pañuelo y se limpió la frente. Las mujeres estaban inmóviles, cuadradas, esperando a que se dirigiera a ellas. Mirándolas y tamborileando los dedos en la mesa, al fin dijo:

“Bueno..., nunca les he visto juntas aquí. Se estarán preguntando para qué les he llamado. Les voy a dar una noticia que no sé si les agradará o apenará. He recibido órdenes de la Dirección General de Prisiones para que sean ustedes trasladadas al Penal de Alcalá de Henares. Mañana saldrán para él. Hemos pasado seis años juntos. Las conozco a todas muy bien; las siete son rebeldes, por lo que me he visto precisado en ocasiones a castigarles, porque estoy aquí para imponer disciplina. No obstante, me quiero despedir de ustedes deseándoles suerte. Aunque no sé si la tendrán; se verán muchas veces castigadas por su tozudez. Se pasan los años añorando algo que ya no puede volver a esta España Nueva. Somos nosotros los que mandamos y seguirán mandando nuestros biznietos; así que apéense de su burro, sean obedientes y todo les irá mejor”.

Leonor no podía reprimir su alegría. Los ojos de sus compañeras brillaban, “por fin, por fin, iban a salir de ese maldito penal”. “¿Apenarse por dejarle?, ¡aquél buitre deliraba!”. “¿Qué era ese, bla, bla...?”.

Cuando les despidió con un gesto de la mano, las siete tuvieron que hacer un esfuerzo para marcar el paso reposado y no echar a correr dando expansión a su loca alegría.

Vinieron por ellas a las diez de la mañana. Era domingo y la guardia de la conducción tuvo que esperar a que terminara la misa. Un coche celular les esperaba en la puerta. Subieron a él esposadas y arrastrando los bultos. Las funcionarías y el oficial del rastrillo estaban en el portalón de la prisión esperando que el motor del Celular se pusiera en marcha, cuando lo hizo, aquella odiada cancela se cerró. Siete pares de ojos miraban de modo indefinible aquel edificio con sus estrechas ventanas enrejadas, sus piedras grisáceas y aquel conjunto de hierro y cemento que tantas penas encerraba y de las que ellas habían

sido sus protagonistas.

Leonor pensó en las pobres mujeres que aún quedaban allí. En el “Penal de castigo”, en lo horrendo de sus vidas: veintidós horas de encierro, dos de patio, año tras año. Castigos, malos tratos y hambre.

Sólo media hora tardaron en llegar al otro Penal de destino. Otras cancelas se abrían para ellas y otras funcionarias con los mismos uniformes las recibían. La puerta se abrió con un chirriar pesado. Nada más descorrer la chapa una especie de griterío llegó hasta ellas. Entraron a una rotonda acristalada donde estaba sentada la “Jefe de Servicios”. La rotonda daba la espalda a una gran puerta por donde se entreveía un patio. Leonor miró hacia allí y lo primero que percibió, fueron las hojas de una acacia. Algunas presas con batas grises asomaron la cabeza y volviendo a las del patio gritaron: “¡Ingresos!”. Adela, sonriendo, susurró a Leonor: “ya estamos en Alcalá, querida”. Aurora, que era la que más había ganado en el cambio, decía a Paula: “¡Qué alegría!”, y Paula contestaba: “Veremos..., veremos”.

A través de los cristales, mientras la “jefe” les hablaba, vieron cómo se iban agrupando compañeras en el patio, Adela, que miraba no pudo reprimir un movimiento de emoción: “¡Paquita!”, Leonor dirigió la vista al mismo punto, pero no distinguió ninguna cara conocida: “¿dónde?”, preguntó bajito. Adela señaló con la vista. Al fijarse mejor Leonor vio a una mujer que, con el pelo completamente blanco, las saludaba con la mano: “¡Paquita!”, pero... “¿Qué Paquita era aquélla?”. Sólo por su sonrisa la había reconocido.

Salieron de la rotonda y las funcionarias dieron unas palmadas para que las mujeres se alejasen de la puerta del patio. Los ingresos entraron en él y todas se quedaron asombradas al verlo. Les pareció inmenso rodeado de árboles y de bancos. Aquello era inconcebible para sus ojos acostumbrados a una faja de tierra de 30 metros. Las funcionarias no dejaron que las presas se acercaran a los nuevos ingresos, pero aquellas subidas a los

bancos les llamaban... ¡Leo!... ¡Adela!... “Mira para acá Paula...”. Las siete les saludaban con las manos, sin ver más que a un grupo de mujeres, también saludando con las suyas.

Las subieron por una estrecha escalera y las introdujeron en una sala rectangular sin camas, siete colchones de paja estaban tirados en el suelo y encima unas sábanas oscuras de retor. Una pequeña habitación contigua con dos lavabos y dos retretes componían el aposento, donde tendrían que pasar veinte días de “período” aisladas del resto de la reclusión.

Todas tenían las manos llenas de ampollas; llevaban ocho días de “período” y desde el segundo de su llegada, las pusieron a ejecutar los trabajos más pesados de la prisión. Estos trabajos los hacían cuando la reclusión todavía dormía. Hora y media, antes del toque de diana, a las cinco y media de la mañana empezaban a trabajar. Barrían y fregaban los patios, las gavetas del rancho y les hacían trasladar en carretillas escombros de un patio a otro “para hacer ejercicio”. Las cerraban cuando se abrían los departamentos generales y las volvían a abrir a las dos de la tarde. El trabajo era agotador, tenían mucho que hacer y de prisa; a pesar de ello estaban contentas. Los patios por sí solos, suponían ya una mejora vital para ellas, les parecían tan grandes, que los primeros días, desde una acera a la opuesta, no se distinguían. Su vida se había empequeñecido de tal modo en los seis años del “Penal de castigo” que su horizonte más largo casi se podía tocar con las manos.

Allí ¡había árboles!, veinte acacias rodeaban las anchas aceras del patio principal. Cuando de madrugada bajaban para limpiarlo, Leonor aspiraba con deleite el olor que despedían en aquella hora temprana sus frondosas copas, que casi renegreaban a fuerza de verdor.

Sus amigas no habían podido ponerse en contacto directo con ellas, pero cada día les enviaban comida y notas dándoles la “bienvenida” y manifestándoles su inmensa alegría, “porque al fin estuviesen con ellas”.

Los veinte días de “período”, que para otros “ingresos” hubieran sido interminables, a ellas se les pasaron sin sentir. Todo estaba lleno de colorido: los macizos de geranios y claveles del patio de enfermería, los bancos pintados de marrón, los amplios lavaderos, el sol que entraba en la sala, el estar juntas..., todo contribuía a darles una sensación de libertad, haciéndoles los días cortos. Y también la gran ilusión, de que al cabo de esos veinte días se iban a reunir con las compañeras que hacía años no veían.

Se cumplió el “período” y a media mañana las llevaron a una sala que por lo larga daba la sensación de estrecha. Contribuía a ello que sólo tenía tres paredes, la que formaba la entrada era una gran cancela que dominaba todo el Departamento. Una hilera de ventanucos enrejados y camas a ambos lados le hacía asemejarse a la sala de un hospital pobre.

A esa hora se hallaba desierta, toda la reclusión se encontraba en los talleres, en el silencio se oía el trepidar apresurado de decenas de máquinas a pedal.

La funcionaria cerró la cancela y la “mandanta” les señaló las camas que debían ocupar; ellas preguntaron “si aquella era la sala de las políticas”, la “mandanta” en casi un gallego cerrado las contestó que “allí estaban todas las políticas, pero también rapaciñas que no lo eran, pero que todas se llevaban muy requetebién...”.

Las pisadas acompasadas de cientos de pies sonaron sobre las aceras del patio y en seguida dos palmadas de ¡rompan filas! El andar acompasado se convirtió en un trotar y el silencio en griterío; una funcionaria iba abriendo las cancelas y Leonor y sus compañeras, con el corazón expectante, oían cómo subían las escaleras, en un impulso fueron hacia la cancela. Cuando llegaron a ella vieron a un grupo de mujeres y a Paquita de las primeras con los brazos extendidos. Leonor no sabía a quién abrazaba, tal era la algarabía que se formó, de pronto se encontró abrazando a Paquita y las dos se miraron hondamente, ninguna decía nada, pero en sus miradas estaba el asombro de no

reconocer la cara de la amiga. Paquita fue la primera en hablar: “Leo, querida Leo, se terminó la pesadilla de Guadalajara...”.

Leonor por las mañanas, antes de la entrada al taller, corría a ver las clavelinas que crecían en un gran cuadrante en el patio de enfermería. Durante los años de Guadalajara no había visto ni una sola hoja verde, por ello iba a llenar sus ojos del colorido rojo, verde, amarillo y rosa de las clavelinas, las miraba y las olía con fruición; siempre había añorado, desde niña de ciudad, el esplendor de los campos y la belleza de las flores. Recordaba que en medio del sucio asfalto que constituía su barrio, solamente en el patio de su casa se levantaba una gran acacia, que daba en la primavera “pan y quesillo”, sombra a los niños de la vecindad y nido a los pájaros. Esa acacia les hacía ser “importantes” entre los chicos del barrio, era el jardín particular de los chicos del 6; estar debajo de su sombra era un favor que ellos dispensaban a los muchachos de las casas vecinas; todos los del 6 tenían un timbre de “aristocracia” que les confería la acacia. Y el árbol, el árbol de su patio fue lo que hizo que Leonor deseara siempre allí donde estuviese tener por lo menos un árbol.

¡Alcalá tenía 36 acacias!

Formaba trío con Paquita y Adela como en los viejos tiempos, las tres recordaban a las once compañeras de su primera “comuna” en la celda 9 de la tercera galería derecha de “Ventas”.

El saldo era desolador: Julia “la Romántica” tuvo un corto camino, de la tercera galería a la de condenadas a muerte y de allí a 500 metros las tapias del cementerio del Este; Amelia y Mary menos fuertes que el hambre que las acosaba, dejaron el pellejo de sus cuerpos en los fríos y húmedos penales del Norte y Josefina, la amable y educada Josefina arrastró una enfermedad durante años de presidio en presidio, encorvada, luchando por enderezarse, hasta que “aquello” la dobló la cerviz haciéndole morder el polvo.

Sólo cuatro alcanzaron la libertad, pero después de quince lar-

gos años de prisión que marcaron sus vidas y su carne con marca indeleble. Y..., ellas, ellas con 19 años de cárcel, ¿qué eran ellas?, ¿qué había quedado de aquellas mujeres llenas de vida e ilusiones?, ¿de su ingenuidad y buena fe?

Todas se habían endurecido y las cubría una segunda piel recia que no dejaba entrar en su interior las flaquezas bienhechoras. Rígidas y sectarias siempre se pecaba por exceso, nunca por defecto de rigidez. Había una especie de pugilato en el “espíritu de sacrificio” en “dar ejemplo”. A veces Leonor pensaba que sólo les faltaba el cilicio.

Era verdad que en veinte años de represión no habían tenido otras armas más que acorazarse en los “principios”, en la “firmeza” y en la disciplina del Partido. No se perdonaban los errores ni las debilidades, tenían que arriesgarse a no ser estrictamente justas en aras del conjunto; eran años de selectividad y sólo las “mejores”, las que no flaqueaban ante nada, tenían el derecho al respeto y al aprecio de las demás, las débiles no tenían lugar entre ellas. Y caso curioso, hubo muy pocas débiles, se tenía tanto miedo al vacío, a ese vacío terriblemente largo de años, mil veces más doloroso que el peor de los castigos, que todas y cada una escondían sus flaquezas y se trataba a porfía de ver quién se mantenía más “pura”. Aquel purismo de años llegó a deshumanizar los rasgos más sensibles de la naturaleza. Era algo monstruoso que en más de tres lustros nunca aflorase ni personal ni colectivamente los íntimos deseos de aquellos cuerpos que habían sido encerrados en la plenitud de la juventud. Ninguna de entre ellas hablaba de sus ansias, de sus deseos, de sus frustraciones. Si alguna más osada, se le ocurría gritar su desventura, lo hacía en plan de chiste o chacota para provocar la risa, como un relámpago fugaz; sentir deseos o hablar de ellos era una “debilidad”. A fuerza de esconderlo, se terminó por creer que no se sentía. Nunca se hablaba de ello, como tampoco hablaban las monjas; alguien llegó a decir que eran “monjas rojas”.

Se dieron contados casos de lesbianismo entre las miles y mi-

les de mujeres por delitos políticos que pasaron por las cárceles. Esos contados casos fueron lapidados e hicieron historia; la expulsión, el desprecio y el aislamiento les siguió por donde pasaban.

Se habían cometido muchas injusticias.

¿Pero cómo evitarlo? ¿Cómo evitar en el infierno las llamas? ¿Cómo ser justas en medio de las mayores injusticias? A la ferocidad del enemigo, a lo monstruoso de su opresión, no cabía más que combatirle aportando cada uno, si no lo mejor, sí al menos lo más resistente, lo que no pudiese ser mellado. Cualquier flaqueza que debilitase esa resistencia en esa lucha por sobrevivir debía ser apartada del camino. Así fueron sacrificadas muchas mujeres. La falta de entereza o el liberalismo se pagaba a un precio tan alto, que a pesar de las injusticias es lo que daba calidad y seguridad a esa resistencia.

El temor de ellas era que ese purismo las marcara para siempre.

Paquita y Leo hablaban también de sus respectivas familias, de los nuevos seres que se habían incorporado a ellas, de las ilusiones de sus hijos, también el hijo de Paquita tenía novia los dos decían que las esperaban para casarse. Pero sin quererlo empezaban a hablar de la familia y de pronto se encontraban relatando un hecho ocurrido en esta o en aquella cárcel en una u otra época. Y es que 19 años de cárcel era su realidad. La realidad de ellas, era ese mundo que palpitaba con sus mismos latidos, las mujeres que habían envejecido juntas, que hablaban el mismo lenguaje, que habían sufrido idénticas penas, las que unidas día a día, año tras año lucharon juntas por imponerse. La vida de cada una era la vida de todas y por ello los pequeños detalles de esas existencias eran su mundo, su conocimiento, su realidad.

También sin darse cuenta, pronto se acostumbraron al nuevo aspecto de cada una. De aquella primera impresión ya no quedaba nada, Paquita con el pelo blanco, las arrugas alrededor de los ojos, el rictus marcado de la boca, volvió a ser para Leonor

la de siempre. La chispa bondadosa de sus ojos, la voz cálida, las manos activas, las ideas y el lenguaje que no habían cambiado, crearon a esta nueva Paquita borrando los años de separación. Con todas y cada una pasó igual, casi veinte años de presidio que hicieron de mujeres jóvenes y lozanas, casi ancianas, pero aquella imagen hacía lustros que ya había desaparecido.

Alcalá de Henares devolvió a “las de Guadalajara”, sobre todo su vida política. A este penal llegaba una mayor información y el régimen interior permitía la conexión entre ellas.

Aquel verano pasó ligero para Leonor y sus compañeras, si bien ya se iba empequeñeciendo su horizonte, ya no “olía el aire a libertad” como en los primeros meses. Las características del nuevo penal, tomaban cuerpo en ellas y las iba estrechando en su cerco. La sordidez que al principio no captaron, aparecía poco a poco extendiéndose como una gran mancha de aceite. Leonor recordaba que un día leyó: “¡Que no hay buenas prisiones! ¡Qué no puede haber buenas prisiones, lo mismo que no puede haber un buen cáncer o una buena violación!...”. No, no había buenas prisiones, ellas lo sabían por experiencia, en su peregrinar de penal en penal todo había sido malo, pero llegó a ser infernal en aquel penal de castigo de Guadalajara. Allí los años de acorralamiento les hicieron perder la noción de lo vulgar. Todo fue violento, tiránico, despótico minuto a minuto. Por eso al llegar a esta prisión les pareció que salían de las tinieblas.

El ambiente más dilatado y aparentemente menos hostil de aquel que habían sufrido anteriormente, aletargó un tanto sus antenas de percepción por el momento.

Las compañeras dejaron que ellas viesan por sí mismas que también aquello era un presidio regido por los mismos procedimientos y que en lo fundamental, nada cambiaba de un penal a otro.

Lo más importante de aquel penal eran los talleres. A ello se supeditaba todo. Pronto se dieron cuenta Leonor y sus compañeras que en aquellos patios tan amplios paseaban tan poco como en los de Guadalajara. Que, salvo los domingos, tenían escasamente una hora diaria para estirar las entumecidas piernas por el pedalear de las máquinas.

Los talleres de bordados, confección, telares y manipulados consumían la vida de las presas. Otra vez toparon con la voracidad de las monjas, ellas regentaban los talleres y las exprimían como a limones. Su voracidad era paralela a su testarudez de querer convertir cada prisión en donde estaban en conventos. Imponían sus rezos en todo. Comedores, rosarios en los talleres, novenas, *vía crucis*, ejercicios espirituales y las misas de precepto. Contra ello la reclusión política llevaba una lucha constante y si bien habían conseguido, hacía ya muchos años, no seguir los rezos, tenían que participar con su presencia en todos estos actos.

Sólo una cosa buena tenían los talleres, casi nunca eran castigadas en celdas de aislamiento, las “monjitas” no se privaban de mano de obra así como así y para un “quítame allá esas pajas”, había otros castigos: correspondencia, visita, paquetes, etc., ¡pero no celdas de aislamiento!, ¡había que trabajar!

Las monjas tenían sus “favoritismos” con grupos de la reclusión común o con determinadas presas. Estas reclusas se convertían en función de este influjo en un segundo poder determinante dentro de la prisión. Cuando se necesitaba un favor, una pequeña mejora personal o había una queja sumisa y miedosa por parte de las presas comunes que no caían dentro de la esfera de influencia de los favoritismos, se tenían que dirigir a las “validos” para que las recomendaran y ser escuchadas; conocían que este era el mejor conducto. Se trataba de un servicio “pagable” por lo que la reclusa que requería la “recomendación” sabía que la paga del taller de esa decena sería para el intermediario, esto sin perjuicio de que aquello que iba a pedir

tuviese éxito o no. También las funcionarias tenían sus “satélites” y una lucha sorda se desarrollaba entre aquellos dos favoritismos. Las reclusas se aventuraban menos al lado de las funcionarias, pues el verdadero poder estaba en la comunidad, pero, por otra parte, no podían enfrentarse tampoco a las guardianas, porque tenían el suficiente para agotarlas a castigos. En medio de estos dos campos se encontraba la reclusión política que no estaba ni con “Dios ni con el César” indefensas y atacadas por los dos flancos. Se tenían que valer por sí mismas en lo estrecho de su círculo. La mira de toda la dirección estaba en ellas; se las exigía más que a nadie, se las controlaban todos sus movimientos; se estrechaba la vigilancia de sus paquetes, visitas, correspondencia y hasta las conversaciones que mantenían entre sí.

Una especie de curiosidad morbosa producían todas las presas políticas a la funcionaria encargada de los servicios con el exterior. Todo pasaba por sus manos; cartas, comida y comunicaciones. Llevaba la vida de cada reclusa política prendida en la punta de los dedos. Era aberrante su maldad; sabía que tenía en su poder lo que más caro era a la reclusión: la relación directa con sus familiares. Esta funcionaria, “la Aurita”, que no disimulaba sus antipatías, se ensañaba con aquellas que habían incurrido en su desagrado. Era corpulenta y grasa, de mejillas abultadas, la reclusión la había puesto el sobrenombre de “Cetáceo” por su andar pesado y voluminoso. El tono de su voz engolada no la abandonaba nunca y, constantemente, hablaba de su árbol genealógico que “llegaba hasta la época de los grandes conquistadores”. Esta mujer disfrutaba cuando podía lastimar a alguna presa. Sabía antes que nadie las visitas que cada una esperaba por haber censurado las correspondencia y si no le era simpática, procuraba antes de la visita un castigo para que no hubiese comunicación; si no lo conseguía, hacía de la comunicación una tortura, pues ante cualquier palabra que interpretase a su antojo soltaba una frase que se había hecho célebre, dentro y fuera de la prisión, con voz de trueno

sentenciaba: “*Ipsofacto* queda la visita terminada”. Las familias la temían tanto como las mismas presas, sabían que si la “Cetáceo” lo determinaba, se quedaban sin comunicación después de un largo viaje. Con la correspondencia jugaba con las presas como el gato con el ratón. Retenía las cartas tres y cuatro días en los cajones de su oficina, o bien llamaba a la reclusa y con la mejor de sus sonrisas le decía: “Ha tenido carta. Mírela, sólo el sobre”, ante la cara de consternación de la reclusa añadía: “Fuera, fuera, bastante he hecho con enseñarle el sobre”. Una amplia sonrisa iluminaba su cara mofletuda. A veces cuando la carta contenía dos cuartillas, entregaba una cada día a la destinataria. Los paquetes de comida eran reducidos a migas. Los “cacheos” eran su “hobby”. Eran casi sádicos. La reclusa presenciaba como el esfuerzo de la familia quedaba reducido a un amasijo en manos de esa mujer.

No era ella la única que violentaba a la reclusión con su poder. Había funcionarias que, sentadas en una silla debajo de una acacia, leyendo un libro, tenían a la reclusión en formación en pleno sol, los domingos durante dos horas por el simple hecho de haber oído un murmullo. Los castigos de limpieza por la falta más insignificante, estaban a la orden del día. La comida en el comedor era también una tortura: se rezaba antes de repartir el rancho y acto seguido se daba una palmada para sentarse, comenzaban a repartir y las presas empezaban a engullir el rancho como los pavos, solamente disponían de unos escasos minutos antes de la segunda palmada indicadora del final de la comida; la que no hubiese terminado entre palmada y palmada allí se quedaba el rancho. En los primeros días a Leonor y a sus compañeras no les daba tiempo a terminar, cuando sonaban las palmadas para levantarse aún estaban empezando. Ahora, como todas, llevaban la cuchara del plato a la boca, con velocidad de vértigo.

La escuela la llevaba una monja que parecía rediviva de los tiempos de la Inquisición: bajita y extremadamente gruesa, los hábitos le daban la forma de una canasta. En su cara brillaban

unos ojos negros que parecían despedir fuego. Era de las monjas más influyentes. Por su calidad de maestra, pertenecía a la “Junta de Disciplina” y hacía temblar por sus castigos. Sin embargo, esta monja, tenía su “debilidad”, un afecto tan ardiente como sus ojos la hacían vivir desquiciada por una presa común; estafadora, joven y bonita, que se había conquistado a la monja, con no demasiado trabajo, para hacerse la dueña de la prisión. Esta monja, la tenía a “regalo”, no le faltaban sus bocadillos de jamón, los cosméticos más caros y el mejor calzado en invierno y en verano. Esta reclusa, tenía plena libertad en la prisión y todas las funcionarias respetaban sus “derechos”.

Dicha monja, cuando hablaba a las presas políticas lo hacía con un odio que se reflejaba detrás de sus ardientes pupilas. Si hubiese podido retroceder a la Edad Media, hubiese hecho con todas ellas un gran “auto de fe” para escarmiento de herejes.

Leonor fue testigo del “fuego” de esta mujer. Un sábado por la tarde se dirigió a la Escuela, para consultar un diccionario. La puerta estaba semicerrada y al empujarla se le unió una común, pasaron juntas y se quedaron paradas tras los dos primeros pasos. El espectáculo que se les ofreció a la vista no les dejó avanzar. La Escuela estaba casi en sombras, pero había luz suficiente para distinguir la escena que se les brindaba. Sobre el banco de madera con las piernas abiertas estaba la “favorita”, la cubría la monja, no se veía más que las tocas de la monja, que con sus grandes alas tapaba la cara de la muchacha completamente adherida a la suya. Tan absortas estaban que no oyeron abrir la puerta. Fue la exclamación de la común, llevándose las manos a la boca, la que hizo que la muchacha apartase de sí a la monja. Ésta se volvió rápida y sus ojos centelleaban. La joven tranquilamente se sentó en el banco y empezó a arreglarse la ropa, la “hermana”, segura, pero con la boca apretada se dirigió a las dos presas. Leonor la miró fijamente, la común hizo además de marcharse, pero Leonor la retuvo por un brazo. Los ojos de la monja y de Leonor se mi-

dieron en un desafío y preguntó la primera:

—¿Qué quieren ustedes?

—Venía a consultar el diccionario. No a ver un espectáculo.

—¿Qué espectáculo? —preguntó calmosamente—. Poniendo una mano en el hombro de Leonor.

Con la misma calma Leonor le quitó la mano del hombro y respondió:

—Un espectáculo no corriente, para tener la puerta abierta.

—¿Y usted también ha visto? —preguntó dirigiéndose a la común.

—Yo no he visto nada Hermana, no sé de qué hablan. De verdad, está muy oscuro y no he visto, nada, nada —musitaba la mujer tartamudeando.

—Está bien. ¡Váyanse!

—¿No puedo consultar el diccionario? —preguntó Leonor.

—No, ahora no. Venga el lunes.

Leonor sabía que no podría resbalar en lo más mínimo, desde ese momento se había convertido, sin buscarlo, en la peor enemiga de esa “hermana”.

Ya estaban de cara al invierno del 59. Los árboles habían perdido sus hojas y los patios estaban fríos y tristes. El frío de este penal no se diferenciaba mucho del anterior. Se sentía con profunda intensidad en estas grandes salas; la falta de pared a la entrada y las ventanas a ambos lados, establecía una corriente, que obligaba a las reclusas a dormir con gorros y bufandas de lana enrolladas a la cabeza, el viento mientras dormían revolvió sus caballos y muchas de ellas padecían de otitis. Ya no les dejaban en el patio a la salida de los talleres. Oscurecía muy temprano y era noche cerrada cuando iban a cenar a los comedores. Hasta el toque de retreta no se podían acostar y hasta esa hora paseaban por la sala, para calentarse los pies. Leonor sólo una cosa echaba de menos de Guadalajara: el silencio después del último toque. En las salas de esta prisión, por el contrario, cuando cerraban las verjas el ruido subía de tono. Leonor, para poder concentrarse en la lectura, se taponaba los oídos con al-

godones, pero ni aun así lograba amortiguarlo. Con el toque de silencio, se apagaban las luces y ya no era posible leer. En los dieciséis meses que llevaba allí, jamás se había visto sola.

Los patios ya habían perdido su horizonte; la sensación de que los muros la aprisionaban habían vuelto a hacer presa en ella. Ahora se admiraba de que todo le hubiese parecido tan grande, cuando en realidad eran sólo unos cuantos metros más de encierro.

Aquella noche tenía que esperar que todo el departamento estuviese dormido, tenía un periódico clandestino y le correspondía leerlo. Sólo podría hacerlo bajo la luz mortecina del retrete. La prensa clandestina les llegaba de tarde en tarde y era todo un acontecimiento. Lo leían una a una y después lo discutían. Cuando se había repasado una y otra vez, era destruido. Leonor con el periódico en el forro de un libro, esperaba impaciente que todas durmiesen.

A las once de la mañana, cuando toda la reclusión estaba en el taller, la gran campana del patio empezó a tocar. Se pararon las máquinas y todas las presas se miraron con extrañeza. No dio tiempo a hacer conjeturas. Una guardiana en la puerta daba las palmadas de formación. En seguida apareció la Superiora, seguida de varias monjas. Venían con los ojos bajos y cara de circunstancias. La reclusión esperaba asombrada, jamás se paraban los talleres. La dirección, no perdía ni un minuto de sus ganancias. A las presas, todo lo que se salía de la rutina les inquietaba. La Superiora que, raras veces pasaba al interior, paseó una mirada por todas y con voz dulzona comenzó a decir:

—Hijas de Dios. Hoy la Iglesia universal llora una gran pérdida. Nuestro Papa, el representante de Dios en la tierra, nos ha dejado. El Señor, se lo ha llevado a su lado, para que goce de gloria eterna. Os hemos formado para rezar juntas, por el alma de nuestro gran Pío XII.

En las caras de las mujeres apareció una sonrisa reprimida.

Desde hacía días se decía que el Papa moría y que el nuevo Papa traería consigo un indulto. Así al menos lo esperaban muchas, por significar su única esperanza de liberación. Pensando en ello hubo, por parte de las comunes, más entusiasmo en el rezo del tal rosario que en los ordinarios. Cuando se fue la “comunidad”, las mujeres reían contentas, esos días, podrían esperar “algo” y rompía la monotonía de la prisión.

A los tres días la campana volvió a sonar, esta vez con repiqueteo. Ya había otro Papa en el trono Pontificio y cuarenta y ocho horas después llegó la noticia del indulto.

La prisión deliraba y ni siquiera se paraba a ver las condiciones del mismo. Las presas políticas no querían hacerse demasiadas ilusiones, temían quedar encasilladas en los múltiples apartados de la disposición. Se decía que este indulto llegaría a las condenas de treinta años, no reincidentes ni conmutadas de pena de muerte. Varias compañeras que llevaban diecinueve años de prisión, se encontraban incursas en él, si los rumores se hacían realidad. Entre ellas: Paquita, Adela, Berta, Pura, se quedaba sola Leonor de su antigua “comuna” de “Ventas”. Quedarían en prisión las reincidentes, conmutadas de pena de muerte y las condenadas por trabajos clandestinos en los últimos años.

Adela y Paquita se iban. A Leonor le parecía mentira. Se quedaban otras compañeras, pero se le iban Adela y Paquita; no podía pensar en otra cosa. Se sentía sola, terriblemente sola, ellas lo sabían y no se separaban de ella apurando las horas que aún les quedaban. Les anunciaron la libertad para la mañana siguiente, nueve presas políticas se marchaban. Ninguna, ni las que se iban ni las que se quedaban, durmió aquella noche; se sentaron en la sala de los lavabos y muy quedamente charlaron y charlaron. Adela rodeaba con su brazo los hombros de Leonor y Paquita la cogía de las manos. Nunca habían despedido a un grupo tan numerosos para irse en libertad y todas estaban emocionadas. La alegría y la congoja les embargaba al mismo tiempo; las que se iban, llevaban casi veinte años de prisión,

algunas de las que se quedaban cumpliría más de los veinte. Eran muchos años, toda una vida, por lo que a ninguna le desbordaba la alegría.

Era domingo por la mañana y sonó la hora de partida. Fue un abrazo inmenso el de todas, pero a Adela y a Paquita no les podían separar de Leonor, fue tan hondo y penoso, que tuvo que entrar la “Jefe” para poderlas arrancar de ese abrazo.

Las vieron salir por la rotonda de cristales con la cabeza vuelta hacia el patio donde quedaban ellas sin hablar, Leonor tenía los ojos llenos de lágrimas y los cerró para que no la vieses. Cuando los abrió ya habían desaparecido. Pidió permiso para irse al departamento y se echó en la cama sacudida por los sollozos. Desde el fusilamiento de Emilio, no había vuelto a llorar así.

No habían transcurrido ocho días, cuando recibió un paquete de las tres: Mariana, Adela y Paquita. A los dos meses supo que las dos últimas ya se habían incorporado de nuevo al trabajo clandestino. Se lo dijeron porque sabían que era lo más estimulante que le podían decir. Las conocía y no podía ser de otra manera, pero temió por ellas, después de veinte años de reclusión, no podrían soportar una nueva detención pasando por las torturas consiguientes.

Pasó otro año. En él se habían casado sus hermanos. Su hijo decía: “esperaré a que tú salgas para casarme...”. A Leonor le quedaban dos años y medio para terminar la condena si todo iba bien, pero se le antojaban esos dos años y pico casi inalcanzables, tremendamente lejanos. Sin embargo, sus familiares y amigos le decían que ya cumplidos los veinte de prisión les sería más fácil solicitar un indulto particular. Ellos gestionaban por cuantos medios tenían a su alcance para rescatar esos dos largos años que aún quedaban. Cuando Leonor pensaba que ya llevaba veinte y que los había pasado en los años más calamitosos y sañudos, le parecía que se trataba de otra persona. Desde la marcha de Adela y Paquita, la prisión se le había hecho muy dura, ese año cada día le había pesado como una losa.

1960. Otro año que se iba. Sólo faltaban cuatro días para despedirle, pero éste no se quiso marchar sin causar una nueva pena al grupo de presas políticas del Penal de Alcalá de Henares.

La “voceadora” en la puerta del taller, llamó con voz recia: —¡Regina Álvarez!

Se pararon las máquinas para oír mejor y Regina dio un salto al escuchar su nombre, al acercarse a la “voceadora” le preguntó para qué le llamaban: “para comunicar”, contestó. Regina agitando las manos con regocijo gritó a sus compañeras: “¡chicas, ha venido mi familia, voy a comunicar!”, desde las máquinas la felicitaban.

Regina volvió a los quince minutos, avanzaba por el taller como una sonámbula, llegó hasta Leo y se abrazó a ella sollozando sin decir palabra, de tal manera sollozaba que el llanto se convirtió en gritos. Todas las compañeras dejaron las máquinas y la rodearon preguntando ansiosamente, pero Regina no hablaba, sólo gritaba como enloquecida. Leo y Paula dirigiéndose a la monja, pidieron permiso para llevarla a la Sala. Se lo concedieron y entre las dos se la llevaron.

Regina se había quedado sin sus dos hijos de un solo golpe. Era una historia como tantas otras. Ella y su marido llevaban en la prisión tres años, con condena de veinte. Cuando la detuvieron tenía un hijo de ocho meses y otro de algo más de tres años. La madre, mayor y acabada por las penalidades y el sufrimiento, tuvo que quedarse con los dos niños y ponerse a trabajar para ella y los nietos. Cada día los niños se quedaban solos, mientras la abuela encorvada y renqueante se iba a fregar escaleras. Regina y su marido sacaban a la madre los míseros salarios carcelarios para ayudarla, pero esto era tan poco que la mujer fregaba de casa en casa, durante todo el día. Un día de estos en que los niños estaban solos, los vecinos se apercibieron de una gran humareda que salía del pequeño piso de la “señora Elisa”, cuando quisieron ver lo que era, ya no

pudieron entrar, un gran fuego lo devoraba todo. Los bomberos sólo pudieron rescatar los cuerpos calcinados de un niño de seis años y otro de cuatro.

Estas penalidades les habían acompañado a través de todos esos años de encierros. En el camino se dejaron seres entrañables y quedaron como mutiladas: maridos, hijos, padres, hermanos, amigos. Y ellas vieron pasar cada tragedia detrás de los muros de los penales, siempre esperando un nuevo dolor.

Epílogo de la primera edición

Leonor dejó en el suelo la maleta que llevaba en la mano y miró la verja de hierro de la entrada de la prisión, por última vez había sentido el ruido de la pesada puerta al cerrarse, esta vez se abrió para que saliera y cuando se cerró ella estaba al “otro lado”.

Quiso recordar cómo era antes de que la encerraran, sin que a pesar de su esfuerzo lograra recordarlo. Hacía sólo una hora, que se había mirado al espejo para recogerse el pelo canoso y su cara familiar de hoy no le dejaba ver la de antaño. Lo que sí recordaba fue que al entrar por una puerta similar a esa, tenía veinticuatro años y ahora al abrirse para la salida, tenía cuarenta y cuatro. Estaba parada con su maleta mirando la cárcel desde “fuera”, y desde lo más hondo de su corazón enviaba su último saludo a las compañeras que la acababan de despedir y se quedaban allí encerradas.

Cogió la maleta y con paso firme y decidido echó a andar por la estrecha calle de ásperas piedras, calle de cárceles, conventos y cuarteles, con tapias altas y grises y ventanas enrejadas. Se paró al volver la esquina para echar una última mirada.

Preguntó el camino de la estación y se encaminó hacia la dirección que le dieron. Pasó por una plaza con bancos y se sentó a mirar cómo jugaban los niños y también porque una especie de mareo la envolvía. Volvía después de veinte años. Los

suyos nada sabían, como tampoco ella cuando le llamaron para decirle que “podría irse a su casa” que “firmase aquellos papeles”. Aún estaba aturdida, fue todo tan imprevisto y rápido que no les dio tiempo de reaccionar. La despedida de las compañeras había sido tremenda por lo inesperado. “Y los míos, ¿qué sentirán cuando me tengan de nuevo a su lado?”. Una emoción que la ahogaba la hizo inclinarse.

Después..., lo primero que haría sería ver a Mariana, a Adela y a Paquita.

Epílogo de la segunda edición

Fue en el momento de sentarme en el banco de sucia madera de aquella placita de Alcalá de Henares cuando todo mi cuerpo desentumeciéndose tomó conciencia de que era libre. Puse la maleta muy cerca de mí, por miedo a perderla, en ella estaban apretados con cinta de colores una parte de mi vida; la menos negra de casi la mitad de mi existencia. Allí guardaba cartas que amarilleaban por el paso del tiempo, y también las de la semana anterior; largos años de esperanzas y decepciones; fotografías de toda una vida, de niños que nacieron durante mi prisión y de otros que se hicieron adultos; regalos de todos los cumpleaños llegados recorriendo caminos carcelarios. En todo ello se encerraba el cordón umbilical que me mantenía ligada a los míos a través del tiempo y las distancias.

De pronto mi pensamiento se embargó con el deseo palpitante de correr hacia ellos, besar, acariciar, hablar sin rejas ni controles. Rodearme de mi pequeña tribu, que habían seguido mis pasos sin una queja, llevando mi vida pegada a la suya. Sentí mis raíces muy hondas, muy dentro de mí, y también que eran mi atalaya en mi futura vida.

Y mi primera parada, en un taxi, con un taxista atónito, fue en la calle de Trafalgar nº 13, en Madrid, donde hacía algunos años que vivía mi hermana Alicia, la menor de las tres herma-

nas.

Había tomado el taxi en la misma placita de Alcalá, me acerqué al hombre del volante y le pregunté: “¿me puede llevar a Madrid?”, en el bolsillo llevaba cuatrocientas pesetas y el billete de tren pagado por la prisión, pero no tuve paciencia para esperar; el hombre me miró y me preguntó si venía de algún pueblo, le contesté, “no, acabo de salir del penal”, “¿¡cómo!?, no tiene usted cara de ladrona”; “no lo soy señor, soy comunista, he estado veinte años en prisión”. Pareció enloquecer, salió del vehículo agitado y con voz irritada me dijo: “no puedo llevarla, no puedo llevar a una comunista”, “bien, dígame por favor, donde hay otro taxi y si tendré bastante para pagarle con cuatrocientas pesetas”, “le sobra, le sobra con ese dinero”.

Cogí la maleta y cuando le daba la espalda me tocó en el brazo y musitó, “vamos, pero en mi coche no diga que es comunista, tampoco lo de la cárcel”. Cuando enfilamos la carretera hacia Madrid, temía que nos estrellásemos, su velocidad me parecía vertiginosa y no dejaba de mirarme por el retrovisor. Llegué a Madrid mareada por el olor a gasolina y el vértigo de la carretera. Al llegar, aquel hombre, que no me había permitido decir una palabra dentro de su coche por si le contaminaba, cobró su carrera y salió de estampida.

Este fue mi primer contacto con la calle y los hombres “libres”. Cuando arrancó el coche, me quedé parada en la acera, todo me era confuso, la hilera de árboles me tapaba el número de los edificios, no veía bien, no encontraba el nº 13, entonces no sabía muy bien si era porque tenía los ojos llenos de lágrimas o que el mareo me lo impedía, al fin lo vi, y entré llena de aprehensión en el portal. Sabía que vivía en un bajo, y busqué la escalera para bajar, cuando llamé a la puerta, el corazón me palpitaba con tal fuerza que le sentía en las sienas.

Mi hermana me miró en aquella penumbra de un pasillo estrecho, y cuando con una exclamación de inmensa sorpresa y alegría nos fundimos en un abrazo, ella sollozando decía; “¿te has escapado, verdad?, ¿te has escapado?”, y corriendo cerró la

puerta detrás de mí. Su incredulidad era tanta que yo le explicaba: “¡estoy en libertad, hermanita, estoy en libertad!”. La conciencia de que no era fuga, sino que era libre, fue una explosión de alegría y amor, no podíamos separarnos, estábamos solas, y mi querida Alicia, en medio de toda su alegría, comenzó una actividad febril para avisar a la familia. Mi hermana Laura, mi hijo y mamá vivían en Barcelona; mis hermanos Joaquín y Andrés en Francia.

A las cuatro de la madrugada tenía a mi hijo en mis brazos, había viajado en el avión llamado el “golfo”. Es difícil traducir en palabras cuál es el sentimiento cuando te invade una ternura infinita, y no te deja liberarlo; esa especie de remordimiento, que has llevado durante tantos años contigo, y que se te hace tangible y doloroso, por todo lo que no le has dado; por tus ausencias a su lado, por sus añoranzas y las tuyas. Nos conocíamos mucho, y nos unía un cariño entrañable. Desde el primer momento supimos que siempre seríamos amigos, y ni un solo momento tuvimos de extrañeza, creo que ese fue el pedazo más firme para remontar el impacto.

Andrés, el menor de mis hermanos, aquel niño que con un aro en la puerta haciendo que jugaba iba avisando en aquellos últimos días de la guerra, burlando a la propia policía de la “Junta de Casado”, que estaba a la caza de comunistas, agazapados esperándoles en sus propios hogares. El niño Andrés, que por propia iniciativa se puso a rodar el aro enfrente del portal de nuestra casa que ya la había tomado la policía. Salvó avisándoles a unos seis dirigentes de una detención segura.

Mi Andrés se presentó en doce horas de Lyon a Madrid. Quince años sin vernos, sólo por fotografías, los mismos que estaba viviendo en tierras francesas. Me asombró, Andrés era un hombre fascinante, de lenguaje fluido e inteligente, lleno de ideas, generoso y entrañable para la familia. Cuando la alegría le serenó, me miraba tan hondamente, como si buscara en mí todavía aquella joven veinteañera que era su hermana mayor, reidora y feliz.

Estuve cuatro días en Madrid, y uno completo se lo dediqué a Mariana, Adela y Paquita, ellas eran también parte consustancial de mi vida. Nos reunimos las cuatro en tierra de nadie. Elegimos la Casa de Campo, que tanto habíamos añorado. Alrededor de una mesita a la orilla del lago; nos dimos cuenta de cuánto nos necesitábamos. Yo, sólo llevaba cuarenta y ocho horas en libertad y tenía una borrachera de felicidad, pero algo me sorprendió en el talante de las tres. Pasada la euforia del encuentro, percibía casi tanta tristeza en sus ojos, que tan bien conocía, como en nuestros años de presidio. Ellas preguntaban sin parar, por las compañeras de prisión, en qué régimen se vivía en aquel momento, si me llegó “esto o aquello”, me di cuenta que a pesar de llevar dos años Paquita y Adela y cuatro Mariana en libertad, todavía estaban “dentro”, “¿qué pasa?”, me pregunté. Y como no hablaban de sí mismas, dije, “¿y vosotras, sois felices?”... Sí, ¡claro! que lo eran, pero... algo no marchaba. Su lenguaje era todavía un poco carcelario; me dijeron que no entendían muy bien a la gente; las modas eran un “poco horribles”; la sociedad competitiva que ya empezaba a despuntar las confundía; mantenían todos los tics de la cárcel, y tuvieron que hacer un esfuerzo para dejar de hablar de ésta porque cansaron a familiares y amigos. Donde mejor se encontraban era cuando se reunían las tres. Su trabajo, la familia y su actividad en la lucha clandestina las compensaba de su todavía desajuste con la sociedad. Sin embargo, la actividad política estaba dando sus frutos. La extensión de la lucha antifranquista que ya por los años 60 invadía grandes franjas de la sociedad; intelectuales, universitarios, profesionales y sobre todo el resurgir del movimiento obrero organizado. No me dijeron en qué sector de la clandestinidad estaban encuadradas, pero hablando de los avances se les iluminaban los ojos y parecían más jóvenes.

Fue un día feliz. Sentíamos las mismas sensaciones, ellas degustaban las pequeñas cosas de la libertad como el primer día de su salida. El aire, el sol, tomar un sendero elegido, beber

agua sin medida, pagar con dinero contante y sonante, oír los pájaros, las voces a tu lado, abrazarte sin cortapisas. Hoy, después de treinta años de vivir fuera de la prisión, aún me emociona abrir un grifo de agua; apagar o encender la luz cuando lo deseo; abrir y cerrar mi puerta; elegir un libro...., todo aquello que pasa desapercibido cuando nunca has carecido de ello; y pido a mi memoria que nunca me lo haga olvidar.

Mis tres amigas no habían encontrado todavía el camino del amor. Mariana se consideraba una eterna solterona, era exigente y obstinada y se sentía incapaz “de aguantar las estupideces de los hombres”, y en ese argumento resumía toda su frustración. Adela aún mantenía vivo el recuerdo de su marido; yo la comprendía porque en cada esquina el recuerdo de Emilio, después de 18 años, se me agigantaba. Y Paquita, mi pobre Paquita, mantenía a su madre inválida; su hijo, desde que salió ella, se desentendió de la abuela y de la madre. Nos despedimos faltándonos aún muchas cosas por contar.

Sólo estuve cuatro días en Madrid y los viví como en una nube, y no recuerdo con nitidez más que la infinita pena que sentí, al despedirme de mi Alicia; ella por estar más cerca del penal, era la que me visitaba con mayor frecuencia; la tumba de Emilio, que la cubrimos de claveles rojos; y el día gozoso que pasé con mis tres amigas. Llegué a Barcelona, y mamá y Laura me esperaban consumidas de impaciencia.

Hice el viaje de Madrid a Barcelona en el coche de Andrés, con mi hijo y mis sobrinos, los dos hijos de Alicia; Luis y Eugenio.

La sorpresa e incredulidad de mi presencia fue dando paso a una realidad hermosa. Estaba allí, con ellos y entre ellos, y todo era solicitud a mi lado, mi hijo me acariciaba y miraba constantemente; él me había visto más detrás de las rejas que fuera, mi imagen no estaba distorsionada, su mirar era de asombro porque lo que creía imposible se había hecho realidad; pero mamá y Laura buscaban detrás de mi cara, la cara de aquella muchacha de abundante cabellera rubia, de ojos

inocentes y la risa a flor de labios, aquella hija y hermana feliz y alegre. Ahora sólo veían una mujer de 44 años, de pelo grisáceo, con los ojos tristes y un gesto de amargura en la boca. Se esforzaban para que yo me “reinsertase”, pero una tristeza inexplicable, que no era consciente de ella, empezó a invadirme toda.

En aquellos primeros meses de libertad cayó sobre mí una desgracia mayor que la de la misma prisión.

Perdí a mi madre. Fueron los primeros meses de mi alucinamiento, siempre llevaré en mi corazón el amor inmenso que siento por ella y la gratitud infinita que le debía por todo su sufrimiento. Cuando me vio fuera de aquellos muros, recuperando mi ser natural, se fue, y de nuevo y para siempre quedé incompleta.

Los dos primeros años de libertad fueron muy duros. Encontré un mundo desconocido y no supe adaptarme a él. Toda su fisonomía había cambiado, cuando nos privaron de libertad aún se palpaba la guerra en una posguerra que era una prolongación de la misma. Habían desaparecido los frentes, pero el hambre, los hombres y las mujeres huidos al monte, otros escondidos en las ciudades y los campos; las ciudades y los pueblos destruidos; la persecución, los lutos y las lágrimas. Todo configuraba una guerra sorda e inmisericorde, sin tregua. Los que se fueron huidos y los prisioneros llevábamos en la retina la pobreza y en la mirada de todos los vencidos la solidaridad. En los largos años de cárcel, encerrados y aislados, vivimos de los de fuera, a nosotros se nos paró la vida, y al chocar con una realidad de la cual ignorábamos muchas cosas, nos hacía sentir como intrusos. La mezcla que se había operado en la sociedad, la “normalidad” de la vida; el crecimiento de los míos, con sus identidades y familias propias, sus proyectos acorde con su tiempo, pero aún no era el mío. Todo me era extraño, retenía en la memoria aquellos casi niños y ni las cartas, ni las fotografías, ni el cariño fiel y hermoso que siempre estuvo vivo fueron capaces de situarme en la medida del tiempo que transcurría.

Después he sabido que aún salía con una gran carga de ingenuidad y romanticismo.

Después... ese después largo, de escapadas, de convicciones quebradas, del canto del gallo, con muchas negaciones y menos afirmaciones. Aquel después del lejano año sesenta, lo hemos vivido a grandes trancos y pocas paradas.

Sin embargo, a través de más de treinta años, tantos como para hacerse adulta la tercera generación de los “vencidos de la guerra del 36”, a una gran mayoría de aquellos vencidos se nos hace comprobable que cuando la represión, en cualquiera de sus formas, se convierte en método de cotidianidad automática por la Ley de las Reglas hay que combatirla, aunque eso signifique volver a empezar.

Pero no es verdad, nunca se vuelve a empezar de nuevo, el cuerpo social es como el cuerpo humano, tienen sus resortes que funcionan igual que el organismo para combatir una enfermedad infecciosa. Los anticuerpos sociales son la lucha que nos precedió, la memoria que aunque se quiera, no puede enterrarse, el dolor de los que sufrieron que va dejando huella casi invisible. El forcejeo de aquellos “vencidos” fue largo. No pudimos ni quisimos olvidar, ni tampoco desertar; trabajamos en la clandestinidad durante los casi cuarenta años de dictadura y en esta democracia no hemos huido desencantados, aún tenemos mucho que hacer y decir. La deserción puede darse por múltiples causas, pero ninguna justifica enterrar en el olvido un pasado de ignominias.

¿Qué fue de las jóvenes veinteañeras, de la celda nº9, 3.ª galería, de la Prisión de Ventas?

En el 1.º de mayo del 93 sólo nos reunimos en la manifestación como desde hace tres años Mariana y yo. No quedamos más que las dos en Madrid de las once que convivimos apiñadas y solidarias en la celda 9, en la primera hornada, antes de que comenzaran las expediciones masivas para los penales reparti-

das por todo el Estado.

El vuelo de Julia y Carmen fue corto, las dos fueron fusiladas. Julia “la romántica” y Carmen, la vieja luchadora, que se quedó en la galería de condenada, de la que yo salí conmutada, ella tuvo peor suerte. Mary, Amalia y Josefina murieron de hambre en los penales de Saturrarán y Durango. La dulce Josefina, que era capaz de “amansar” a “la Veneno”, no pudo vencer su propia hambre. Mary, la rebelde, Mary que su quejido de hambre en la celda 9 era como un aullido, murió en Saturrarán y Amalia le siguió a los pocos meses.

Alcanzamos la libertad seis de las once. Nos reunimos dos veces con Berta y Carmela y fue en dos entierros; en el 72, Dña. Justa, nuestra directora de folklore regional en la prisión. Las dos vivían lejos de Madrid, Berta en Canarias y Carmela, la que lloraba por desamor, en Oviedo. Ambas casadas y retiradas de toda actividad aunque continuaban siendo militantes. El otro entierro que nos juntó fue el de Dolores Ibárruri, en noviembre del 89.

Yo volví a Madrid en el año 63. Mi hijo fue trasladado por su trabajo, y nos instalamos en casa de Alicia. Mis dos sobrinos, Luis y Eugenio, ya estudiantes. No éramos unos desconocidos, desde su nacimiento supieron de mí, y mi hijo era como un hermano más. Crecieron juntos, yendo a la cárcel a visitar a “tía Leonor”, y hasta que cumplieron catorce años, como anteriormente mi hijo, los tuve conmigo en el interior de la prisión dos veces por año por las festividades de la Virgen de la Merced y Reyes. Los tres muy niños, conocieron las prisiones por donde iba pasando, por “dentro”, y de ellos recibí muchas caricias, y el gozo inmenso de oír y ver su parloteo y sus risas, que llenaban impregnando las celdas carcelarias. La relación de confianza y camaradería que se estableció entre los jóvenes y nosotras fue un bálsamo para mí, y recuerdo aquel período como uno de los más apacibles de mi vida.

Mi hijo estaba a mi lado y éramos amigos.

Nos faltaba Laura y su núcleo. Tenía dos hijos preciosos toda-

vía niños, Gema y Javier, tan extraordinariamente graciosos como despiertos, ya los jóvenes no llenaban su hueco. Y nuestro cuñado, que era mucho más que eso; y mis hermanos Joaquín y Andrés. Pero en veinte años la vida nos había dispersado. No sé si pudieron elegir, pero aquellos niños salidos de la “Córrala de Espino” habían remontado con tesón y éxito las penurias de los años del hambre.

Al fin me había centrado. Todos me ayudaron, el reencuentro en Madrid hizo el resto.

En ese tiempo mi hijo se casó con su novia de siempre, Marieta, una joven catalana, que yo conocía por fotografías. Tuvieron tres hijos, mis nietos: Alexis, Lina y Sonia; que ya viven sus propias vidas. Siendo la tercera generación de nuestras raíces, y pronto pondrán en pie la cuarta generación, ¡quién me lo iba a decir! Ya voy a ser bisabuela.

Mi hijo y mis sobrinos a mediados de los 60 se organizaron y al principio de los 70 sufrieron persecución y cárcel.

De nuevo Laura y Alicia volvieron a tocar el mundo de las prisiones. Por esa época yo estaba en Francia. Crucé la frontera clandestinamente y volví de igual forma a los dos años. Fue en París donde se me abrieron nuevos horizontes, aprendí algo tan importante como sentir mi ser de mujer. Fueron las “petroleras” parisinas las que me abrieron un mundo de ideas nuevas. Y empecé a mirarme de forma distinta, y encontré que una parte de mi mente jamás había funcionado, y mil preguntas nunca articuladas, a pesar de haber vivido en un mundo de mujeres parte de mi vida, se agolparon y tuvieron respuesta. Y uní a los ideales de toda mi vida los ideales del feminismo, porque esa batalla será la más larga, dura y justa que ganará la mitad de la humanidad más oprimida de todos los tiempos.

Se lo expliqué a mis tres amigas, me miraron asombradas y se dijeron, “las mujeres comunistas ya luchamos por todos los oprimidos”, fueron tan rotundas que comprendí que aquella parte de su mente cerrada aún tenía candados.

A finales de los sesenta encontré de nuevo el amor, también

Adela y Paquita; Mariana se ha quedado en “solterona integral”, le gusta hacer esta precisión.

Siempre fuimos las cuatro por el mismo camino; no fue rectilíneo, hubo separaciones y reencuentros, el cordón umbilical de nuestra solidaridad cimentada en la adversidad se mantuvo inalterable, por encima del tiempo y del espacio.

Adela y Paquita murieron en el 90; Paquita con sufrimiento y dolor; Adela unos meses más tarde encontró la muerte serenamente como siempre fue su vida. Una mañana fueron a despertarla y se había dormido durante la noche para la eternidad. También murió Carmela, en el 92, nos enteramos tarde de su muerte, fue una noticia escueta y casual. Berta sigue viviendo en Canarias rodeada de nietos. Y mi Mariana querida sale raramente, sus huesos no se lo permiten, pero sigue voluntariosa y obstinada.

Y... yo, hace muchos años que vivo independiente en Madrid, sigo siendo militante “integral”, como diría Mariana. Y aún me quedan muchas semillas en las manos. Como siempre, mi familia es mi refugio, mis mejores amigos y mi atalaya.

Pero también encontré amigos/as entrañables fuera de mi familia.

Leonor